ANA G. HERRÁEZ

Donde habita tu reflejo



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Cita

1. Tinieblas

2. Una visita inesperada

3. El debate

4. Cecily Bishop

5. La carbonera

6. La travesía

7. Despedidas

8. Un cambio de planes

9. Música

10. Victoria

11. Árboles

12. El fin de la esperanza

13. Una misión que cumplir

14. Un favor

15. Una pequeña espina

16. Justicia

17. La huida

18. El horror

19. Un disparo en la noche

20. En busca del peligro

21. Rostros del pasado

22. El comienzo del fin

23. El nudo

24. Llamadas

25. La casa

26. Noche de paz

27. La desconocida

28. Culpa

29. Finales y comienzos

30. Una luz en la oscuridad

31. Sombras, voces, abrigo

32. Un fuego desconocido

33. Libertad y belleza

34. Reencuentro

35. Cecily o el azar

36. El peso de la nostalgia

37. El cielo de Manhattan

38. Las alas de la memoria

39. El último viaje

Nota de la autora

Bibliografía principal consultada

Agradecimientos

Notas

Créditos

Donde habita tu reflejo

Ana G. Herráez



«Volar de verdad, para quien durante siglos voló solo con la imaginación, ha de ser la más tentadora aventura de muchas mujeres».

CLARA CAMPOAMOR

«Que otros hagan la Historia y cuenten lo que quieran; lo que yo quiero es no olvidar y, como nuestra capacidad de olvido lo digiere todo, lo tritura todo, lo que hoy sé quiero sujetarlo a este papel».

VICTORIA KENT

1

TINIEBLAS

Lausana, febrero de 1971

Relámpagos atravesaban los cristales, azotados por una lluvia inmisericorde, y acuchillaban la oscuridad del dormitorio. Latigazos de luz y sombras se sucedían y revelaban en el rostro agitado de Clara una estela de emociones, ocultas hasta entonces entre los pliegues de la memoria. Su anciano cuerpo se giró, emulando los movimientos que otro, más joven, hacía en el mundo irreal que palpitaba bajo sus párpados. Los dedos crispados intentaban apartar las tinieblas que se cernían sobre su yo dormido. Un murmullo ininteligible escapó de sus labios mientras movía la cabeza de un lado a otro, negando lo que fuera que estuviese ocurriendo en las cavernas de aquella mente rendida a los sueños. Su voz se alzó para hablarle a los seres con los que se cruzaba por los senderos fantasmales que transitaba en esos instantes:

—Madre... No... no puedo marcharme... —De nuevo cambió de postura en la cama y, tras unos minutos de aparente calma, chilló—: ¡Cuidado! ¡Victoria!

El grito se transformó en un gemido. Clara se acurrucó, tumbada de lado con los brazos presionando su vientre.

El tacto suave de una mano en el hombro la hizo despertar. Su gesto, aún atrapado en el miedo que, como un sudario tangible y denso, lo cubría unos segundos antes, fue relajándose a medida que tomaba conciencia de dónde se hallaba. El dolor, no obstante, permaneció al dejar atrás la realidad alternativa del mundo onírico.

Reconoció a Antoinette, a quien más que ver intuía a través de las telarañas que nublaban sus ojos.

—Solo era una pesadilla, querida —susurró esta mientras le acariciaba la frente y recolocaba los cabellos adheridos a ella por el sudor.

—Lo sé... Aunque las imágenes son cada vez más vívidas y las emociones que me producen también. Quizá sea la forma que tiene el universo de compensarme por estar quedándome ciega.

—Quizá —convino Antoinette reprimiendo las lágrimas—. ¿Quieres contarme lo que soñabas?

—No era nada concreto. Retazos de escenas que se entremezclaban sin sentido.

—Has mencionado a tu madre... y a Victoria.

Clara estaba a punto de decir algo cuando una descarga de dolor volvió a sacudirle el estómago.

—Voy a llamar al médico. Ya llevas así muchos días.

Antoinette notó cómo Campoamor, apoyada en un codo para incorporarse, la sujetaba.

—No te preocupes. Además, ahora no tengo tiempo para médicos ni para hospitales.

—¿Cómo que no?

—He de acabar lo que empecé, aunque ya apenas pueda leer... Las malditas cataratas no me dan tregua.

La frustración y el agotamiento la hicieron derrumbarse en el lecho. Parecía estar a punto de romper a llorar.

—Ya habrá tiempo para tus artículos. Ahora lo más importante es tu salud y que te pongas...

—No me refiero a los artículos. Necesito terminar mi historia —la interrumpió con cierta impaciencia—. Por favor.

Antoinette la miró confusa. ¿Podría ser que Clara lo hubiera olvidado?

—Ya escribiste tu historia. ¿Recuerdas? Yo misma la traduje para su publicación.

—No... —Cerró los ojos. Un cansancio súbito, inoportuno, enredaba sus pensamientos—. No es eso... Me refiero a mi vida, la verdadera... La importante.

Volvió a abrir los párpados. Con lentitud hilvanó las palabras:

—Busca en mi escritorio... Allí lo encontrarás.

—¿El qué?

—Todo... léelo.

—Pero, Clara, no hace falta, ya lo miraremos juntas cuando estés mejor. No me sentiría bien fisgando entre tus cosas. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora.

—Por favor... —insistió sin apenas fuerzas para mantenerse despierta—. Necesito tu ayuda para terminarlo.

Su respiración se hizo más lenta. Antoinette vio cómo los sueños retornaban y se la llevaban adonde no podía seguirla para protegerla.

El escritorio había viajado desde España unas semanas después de la llegada de Clara, enviado por su hermano. Era, junto con unos tinteros, una lupa y un abrecartas, de las pocas posesiones que le

quedaban tras dejar atrás toda su vida. Había adquirido el mueble, de estilo castellano y fabricado en roble, para su despacho en Madrid. En él había tres cajones de los que sobresalían unos tiradores de metal. Antoinette se inclinó y abrió el de arriba. Encontró varias plumas y sobres, además de las hojas en las que Clara escribía su correspondencia. Metió la mano para alcanzar el fondo, pero no detectó nada más allí. En el segundo, reconoció varias de las carpetas en las que guardaba los documentos oficiales, certificados, invitaciones, menciones honoríficas, fotos y otros textos. El cajón más cercano al suelo le reveló un voluminoso montón de folios escritos a mano. A simple vista se observaba que estaban divididos en cuatro paquetes. Tres de ellos habían sido atados con un cordel aterciopelado cada uno. El primero era rojo, el siguiente amarillo y el último morado. Antoinette sonrió al reconocer los colores de la bandera republicana. En cuanto al cuarto paquete, nada lo sujetaba. Echó un vistazo por encima y le pareció otro tipo de material, donde abundaban anotaciones dispersas de distinta extensión. Decidió esperar y preguntarle después. Sin embargo, cuando estaba a punto de volver a guardarlo todo, una frase, escrita en la primera página de los papeles rodeados por el cordel amarillo, atrajo su atención: «La primera vez que caminé por las calles de Lausana, un sol tímido apenas conseguía abrirse paso entre las nubes».

Sus ojos se desplazaron por la hoja con avidez. Lo que Clara explicaba en esa parte debía referirse a los meses posteriores a su llegada a Suiza huyendo de la guerra en España. Notó la emoción florecer en su pecho al visualizarla narrando hechos que para ella era importante dejar por escrito. Se acomodó en la silla y comenzó a leer.

La primera vez que caminé por las calles de Lausana, un sol tímido apenas conseguía abrirse paso entre las nubes. Por entonces, a finales de 1936, no imaginaba cuánto echaría de menos el azul intenso del cielo que había dejado atrás al partir hacia el exilio. Solo años después, comprendería que la añoranza de mi vida pasada y los recuerdos serían el equipaje más valioso que podía llevar conmigo durante el largo periplo iniciado en Madrid.

Aquella parte de la ciudad, que tan bien conocía, me pareció muy distinta de noche y sin apenas gente por las empinadas calles. Había tenido que inventarme una excusa para que Antoinette no sospechara nada al verme abandonar la casa. Le conté que una conocida nuestra, una intelectual francesa muy interesada en la literatura española, me había citado para hablar de un libro que estaba escribiendo sobre el tema y para el que necesitaba que la asesorara. Antoinette me hizo prometer que cogería un taxi y, así, el asunto quedó zanjado.

Después de dejar atrás la estación de tren, me dirigí a paso ligero hacia la zona más elevada de la ciudad. Debía estar en la catedral a las ocho y media, aunque a falta de diez minutos para la hora todavía me quedaba un buen trecho. Mis zapatos, de suela baja, que son los que siempre he preferido, resonaban con un eco que la humedad, adherida a los adoquines, multiplicaba entre los muros de los edificios. Aunque el abrigo me protegía las piernas hasta los tobillos, un frío intenso ascendía por debajo de mi falda y atravesaba mis tupidos leotardos.

No dejaba de preguntarme si habría hecho bien aceptando la invitación de alguien que ni siquiera se había dignado a poner su nombre en el mensaje que un chiquillo me había entregado el día anterior. Me encontraba en Lavaux, una cafetería de amplios

ventanales que solía frecuentar, donde reinaba una tranquilidad que me permitía leer y hasta tomar notas para mi biografía, en la que trabajaba desde hacía unas semanas. Cuando solo llevaba allí unos minutos, un muchacho entró y vino directo hacia mí. Fue visto y no visto. Se acercó a mi oído y, en un francés bastante cerrado, confirmó si yo era *mademoiselle* Campoamor. Al verme asentir, miró a su alrededor como si intentara asegurarse de que nadie nos observaba. Después, con gesto de alerta, de miedo incluso, depositó en mi mano un sobre. No tuve tiempo de reaccionar. Para cuando quise averiguar quién lo enviaba, ya se había marchado. Mis ojos recorrieron el local. Nadie parecía estar prestándome atención, de modo que abrí aquel misterioso sobre, en el que encontré la siguiente nota manuscrita en castellano.

Señorita Clara Campoamor:

Me dirijo a usted para hacerle una propuesta que podría resultarle útil en su lucha contra las injusticias que están teniendo lugar en España. Sé que la libertad es una de sus aspiraciones, más teniendo en cuenta las circunstancias que la obligaron a abandonar su país. En estos tiempos convulsos, en los que no sabemos quién podría estar vigilándonos, he preferido contactar de este modo y no cara a cara. Le adelanto que nos conocimos en París en 1932, cuando viajó allí para contarle al mundo su tenaz defensa del derecho al voto para las mujeres españolas. Su extraordinaria hazaña al lograrlo me impresionó enormemente. Con la esperanza de que decida aceptar esta invitación, le propongo vernos mañana viernes a las ocho y media de la tarde en el mirador que hay junto a la catedral. Le ruego que no le hable a nadie de este mensaje y que acuda al lugar sola. Toda precaución es poca.

Firmado,

Un amigo

La suerte estaba echada. El familiar nudo que me oprimía el estómago se tensaba más y más con cada paso que daba. Era consciente de que podría tratarse de una trampa urdida por los canallas que estaban aniquilando mi país y todo lo que siempre defendí, junto con mis esperanzas de regresar allí en un futuro cercano. No sería la primera ni la última republicana en el exilio que era detenida y deportada a España para someterse a un juicio o, más probablemente, para ser ejecutada sin que nadie supiera jamás lo que había sido de ella. No obstante, aquel era un riesgo que estaba dispuesta a afrontar. Ya empezaba a cansarme de mi vida plácida y exenta de emociones en Suiza, alejada de la política, rodeada de gente que me había acogido con mucha cordialidad, pero que carecía de la calidez de mis compatriotas.

Me detuve sobresaltada al oír un ruido por detrás de mí, no muy lejos. Al girarme, percibí que mi respiración iba mucho más rápida que antes. Podía escucharla con claridad. Contuve el aliento para cerciorarme de si lo que creía haber oído era cierto. No se veía nada a una veintena de metros. Las sombras podrían estar ocultando no a una, sino a varias personas, pero no era capaz de distinguir nada en las densas tinieblas. Esperé unos segundos y después continué, apretando el paso.

Tras dejar atrás el puente de Bessières, tomé la Rue Mercerie y luego la empinada Rue de Saint-Étienne. A pocos metros distinguí, a mi izquierda, una calle que descendía hacia el casco antiguo. Lo lógico habría sido regresar a la zona más transitada de la ciudad y olvidarme de aquel asunto. En qué estaría pensando... Mi cabeza debía de tener un precio muy sustancioso entre los franquistas. Y aunque en algún momento llegué a creer la mentira de que la distancia nos protegía a mi madre, a mi sobrina Consuelo y a todos los que tuvimos que abandonar España con el estallido de la guerra,

no era verdad. Los tentáculos de los fascistas podían alcanzarlo a uno en cualquier rincón, por mucho que se escondiera. No estábamos seguros en ningún lugar de Europa mientras Franco establecía nuevas alianzas con sus camaradas del Eje. Tenía poderosos amigos en Alemania e Italia, ojos y oídos prestados por naciones extranjeras para atrapar y castigar a sus enemigos. Mi vida no valía más que la de otros exiliados y sabía que para ellos representaría un triunfo apresarme y llevarme de vuelta para hacer conmigo lo que desearan. Aun así, no podía evitar sentir curiosidad por averiguar quién me había citado en lo alto de la ciudad, ya fuera para ayudarme o para matarme. Lo que tuviera que ser sería. Ya estaba harta de huir.

Seguí adelante tan rápido como me fue posible. El repiqueteo de mi corazón destacaba por encima de todos los demás sonidos. Cierto era que no estaba en forma, nunca lo había estado. Ya comenzaba a notar los rigores de la edad y me resultaba complicado subir una cuesta tan empinada como aquella. Había empezado a jadear y el sudor cubría mis axilas.

Ahí estaba de nuevo ese ruido.

Ya no tenía la menor duda. Alguien me seguía. El eco ronco de un par de botas jugaba al escondite con el rítmico roce de mis suelas sobre el pavimento. Sin darme cuenta de lo que hacía, eché a trotar calle arriba, consciente de que no había ningún sitio donde ocultarme de mi perseguidor. Tropecé y mis manos no lograron impedir el golpe contra el suelo. Si sobrevivía a esa noche tendría un par de buenas heridas en las rodillas y los leotardos estarían echados a perder. El escozor no iba a detenerme.

Dios, quién me mandaría meterme en la boca del lobo. La sabelotodo de Clara... Siempre empujando los límites para demostrar que no había barrera que no fuese capaz de derribar, desafiando a

mis oponentes, intentando demostrar que tenía razón. Pues la maldita confianza en mí misma, que otros llamarían vanidad, me iba a costar la vida. Y no lo lamentaba tanto por mi propia seguridad como por mi madre, que seguía viva solo por complacerme, aunque ya no tuviera el menor interés en hacerlo. Y por Antoinette, la mujer más buena que he conocido y que me brindaba un cariño y un apoyo inquebrantables.

Cuando llegué a la plaza que rodeaba la catedral vi, a la derecha del mirador, el pabellón Levade, una construcción de madera sustentada por tres columnas. Sabía que bajo aquel encantador edificio había una escalinata que, quizá, me permitiría escapar. Sin embargo, antes de aventurarme a descender los resbaladizos escalones, me detuve. Debía volverme, pese al pánico que me recorría las entrañas y aceleraba mi sangre, bombeándola por las venas como si también intentara huir despavorida. Inspiré y oí mis propias palabras transmutadas por un temblor que casi las hacía irreconocibles.

—Déjese ver. No le temo.

Tragué saliva. De pronto, percibí un movimiento a mi izquierda, bajo el pórtico de entrada al templo. Alguien acababa de salir de detrás del muro. Así que eran dos las personas que me habían preparado la emboscada. La que había revelado su presencia avanzaba despacio hacia mí. La oscuridad todavía no me permitía verle la cara. Lo primero que surgió de las sombras, al situarse más cerca de la farola que relucía a unos metros, fueron un par de zapatos y de piernas. El pantalón sobresalía por debajo de un abrigo oscuro cuyas solapas quedaron a la vista a medida que aquel hombre se aproximaba. Un sombrero de ala ancha seguía manteniendo oculto su rostro.

La incertidumbre, y también el miedo, por qué no reconocerlo, terminaron con las últimas provisiones de valor que me quedaban. Me hallaba a merced de unos extraños y, aunque gritara con todas mis fuerzas, nadie podría ayudarme. Había caído en la trampa. Debían de estar relamiéndose, saboreando su victoria sobre la incauta que los observaba aterrada, por mucho que fingiera tener el coraje de enfrentarme a ellos.

De enfrentarme a la muerte.

Una voz deshizo el misterio y me sorprendió por su inesperada dulzura. El castellano en el que se dirigió a mí poseía un acento que no me resultó del todo desconocido.

—Ya sé que no me teme. No esperaba menos de usted, señorita Campoamor.

Por fin se descubrió y creí reconocer algo familiar en su rostro, si bien aún no podía distinguirlo con claridad y, mucho menos, acordarme de dónde había visto a aquella mujer.

—¿Quién es usted?

—Como le dije en el mensaje, nos conocimos en París hace cuatro años.

Se acercó, supongo que para que pudiera verle la cara. Calculé que no llegaría a los treinta y sus ojos, que bajo la luz de la farola daban la impresión de ser azules, destilaban ironía. De algún modo, pude imaginarla hablando en inglés de otros temas... No, no lo estaba imaginando; lo recordaba.

—Cecily... —dije sin convicción.

—¡Eso es, Cecily Bishop! Su memoria es excelente. —Sonrió y me ofreció una mano para que la estrechara—. Nos presentó Antoinette Quinche. Fue muy inspirador escucharla hablar en aquella conferencia. No pudimos intercambiar muchas palabras, había tantas

mujeres deseando acercarse a usted..., pero supe que volveríamos a vernos.

—Sí, ahora la recuerdo. Formaba usted parte de la delegación británica, si no me equivoco. Y hablaba tan bien español porque..., déjeme ver..., sus padres la llevaban de vacaciones a... ¿Benidorm?

—Altea —me corrigió.

—Eso es...

—Amo el español, cómo suena, lo que evoca para mí. Y su país... es maravilloso, lleno de belleza. Fue una época muy feliz. Después, con el «pasaje» de los años, dejamos de viajar. Pero he intentado no olvidar su idioma.

Una vez resuelto el enigma de su identidad, se hizo un silencio incómodo. Aún no sabía por qué había sido convocada en un lugar tan solitario y a una hora de lo más intempestiva. Algo no encajaba. ¿Sería posible que aquella extraña, en apariencia alguien de mi pasado, una conocida, hubiera llegado hasta mí utilizando mi amistad con Antoinette como cebo para asesinarme? A esas alturas, nada podría sorprenderme. Y como si leyera mis pensamientos, volvió a hablar:

—No tema, Clara. Conmigo no corre peligro. —Hizo un gesto que sirvió de señal para que un hombre, que había permanecido escondido en la oscuridad de las escaleras, bajo el pabellón, subiera los últimos peldaños hasta quedar a la vista. Casi al mismo tiempo, otro individuo, el que debía de haberme seguido por las calles de la ciudad, surgió por detrás de los muros de la catedral—. Las dos estamos a salvo. Estos compañeros nos protegen.

—¿Y quiénes son ellos? Mejor dicho, ¿quién es usted? Porque es obvio que no me ha citado aquí en calidad de amiga.

Pese a la tensión que, con toda probabilidad, asomaba a mi rostro —no era para menos, dadas las circunstancias—, en su cara seguía

brillando una sonrisa cálida.

—Trabajo para el MI6.

El servicio de inteligencia británico. Durante el tiempo en el que fui diputada me había esforzado por estar al tanto de la política de mi país, así como de todo lo que ocurría a nivel internacional. Me informé sobre las instituciones que funcionaban a la luz de los focos, pero también acerca de las que palpitaban bajo un manto secreto que extendía sus redes por todo el mundo.

—No comprendo. ¿Qué interés puede tener el Gobierno británico en mí, en una exiliada española?

—Usted no es una simple exiliada, Clara. Conocemos perfectamente la gran labor como diputada que llevó a cabo en defensa de los derechos de la mujer y los muchos juicios que ha ganado como abogada.

—Le agradezco los cumplidos, pero todavía no me ha dicho qué es lo que quiere de mí. ¿Por qué estamos aquí?

—Tengo una propuesta que hacerle... ¿Le gustaría trabajar para nosotros?

Mi carcajada escapó libre, sin muros que la amortiguaran en aquel espacio abierto. Volví a mirar a la señorita Bishop a la espera de que riera también su propia broma. No lo hizo.

—A ver si lo entiendo, ¿me está proponiendo que trabaje como espía? Porque no creo que haya venido hasta aquí para ofrecerme un empleo de mecanógrafa.

Esta vez sí se rio mientras negaba con la cabeza. A la luz de la farola distinguí un hoyuelo en el mentón de aquella joven.

—Supongo que la idea que tiene la gente del mundo de los agentes secretos está muy influida por la literatura. En la realidad, todo es mucho menos... glamuroso, aunque no se puede negar que tiene un aire de misterio muy atractivo.

—Pero, señorita Bishop, ¿sabe cuántos años tengo?

—Cumplirá cincuenta en febrero.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sospechaba que mi edad era el dato menos relevante que conocía sobre mí.

—Por el amor de Dios, no puede estar hablando en serio. Me dedico a la política. Escribo ensayos, doy conferencias...

—Usted ha hecho más por la democracia en su país que nadie. Es una luchadora. Su inteligencia, su coraje para defender sus ideales en un mundo dominado por hombres e incluso en contra de muchas otras mujeres que no han sabido ver lo que estaba arriesgando por ellas la convierten en una persona muy valiosa.

—Pero ya no soy más que una señora de mediana edad que se ha visto obligada a renunciar a todas sus aspiraciones. De nada me han servido mis logros pasados.

La agente Bishop dio unos pasos, súbitamente cabizbaja, hasta que volvió a detenerse y su voz resonó de nuevo.

—«¿Cómo puede decirse que la mujer no ha luchado y que necesita una época, largos años de República, para demostrar su capacidad? Y ¿por qué no los hombres?». —Me miró con expresión triunfante antes de añadir—: «Yo, Señores Diputados, me siento ciudadana antes que mujer, y considero que sería un profundo error político dejar a la mujer al margen».

Un sentimiento familiar cosquilleaba mi pecho: vanidad. A punto estuve de dejar escapar una sonrisa, pero conseguí controlarme. La dichosa vanidad no me había acarreado más que problemas.

—Sí que tiene usted buenos contactos. Veo que ha leído los diarios de sesiones del Congreso de los Diputados. ¿No me dirá que ha memorizado mis intervenciones?

—Solo algunas partes, las más emocionantes, para mí, de aquel debate épico.

—Fue un combate brutal. Aquellos a quienes creía de mi lado también me dieron la espalda en el último momento.

—Y, aun así, lo consiguió, Clara.

Ahora era yo quien necesitaba caminar para apartarme de aquella mirada penetrante. Me da cierta vergüenza reconocerlo, pero me sentía intimidada.

—Mire, no sé qué pretende. Por mucho que me adule, ambas sabemos que su propuesta es un disparate. A nadie en su sano juicio se le ocurriría reclutar a una mujer de mi edad, sin ninguna experiencia en el mundo del espionaje ni preparación física o los conocimientos necesarios para...

—Precisamente por su edad, por su situación, no despertaría ninguna sospecha. Muchas mujeres de sus características colaboran con nosotros en todo el mundo. Usted es una candidata ideal para ayudarnos a...

—¿A qué demonios pretende que la ayude? ¡Si ya no soy capaz de hacer nada de nada! —estallé—. Tengo las manos atadas, me he visto forzada a huir con mi anciana madre para evitar la cárcel o la muerte, ya no soy diputada ni tengo cargo alguno... ni volveré a tenerlo, si es que alguna vez puedo regresar a España. Mis bienes han sido confiscados... ¿No se da cuenta de que mi vida es un desastre? No puedo ayudarme ni a mí misma, como para plantearme serle de utilidad a nadie.

—Pero sí lo sería, Clara. Las mujeres como usted pueden actuar como enlaces de otros agentes, averiguar información reservada y vital en determinados círculos a los que nosotros no tenemos acceso. Y eso nos permitiría, quizá, descubrir los planes del Gobierno franquista y frustrarlos antes de que lleguen a realizarse. Sabemos que muchos de los países que forman parte del Comité de No Intervención en España están saltándose las reglas y ofreciéndole su

apoyo a Franco, enviándole tropas, municiones, incluso aviones de combate. No solo han roto el pacto Alemania e Italia, pronto se sumarán otros que ayudarán a inclinar la balanza —¿se dice así?— en la guerra civil española. Tenemos informantes que intentan cortar esas comunicaciones, pero casi todos nuestros agentes se encuentran bajo el radar del Eje. Siempre estamos a la búsqueda de nuevos colaboradores, desconocidos por el resto de los servicios de inteligencia, con contactos muy útiles en varios países. Usted, señorita Campoamor, sería muy valiosa por sus conexiones con España y las que tiene en Francia e Inglaterra. Y, por supuesto, ahora en Suiza, donde sabemos que se están creando alianzas que no solo afectarán de un modo terrible a su país, sino a toda Europa.

—¿A qué se refiere?

—Sospechamos que lo que está ocurriendo en España es una especie de ensayo para lo que Hitler ya ha comenzado a organizar en todo el continente. La creación del Eje Roma-Berlín es solo el principio de algo mucho más grande. No hay tiempo que perder. Si no actuamos ya, estaremos envueltos de nuevo en un conflicto bélico a nivel mundial. No hace falta que le recuerde lo que significó la Gran Guerra.

—Por supuesto que no tiene que recordármelo. Dudo que usted, con su edad, tenga la memoria tan llena de aquel horror como yo... —Callé, consciente de la animosidad que contenían mis palabras—. Discúlpeme, estoy bastante nerviosa y...

—No se preocupe, Clara. Pero, por favor, considere mi propuesta como... una segunda oportunidad para usted. Para poder llevar a cabo todo lo que ya no se le permite hacer en España, para contribuir en la lucha contra los totalitarismos que amenazan la seguridad mundial. Tal vez incluso podamos acelerar el final de la guerra y lograr que no ganen quienes pretenden destruir la libertad

y transformar este mundo en un lugar hostil y peligroso para muchas personas. Entre ellas las mujeres. —Se detuvo sin apartar sus ojos de los míos—. No me dé una respuesta ya. Dígame que lo pensará al menos.

Tomé aire para ganar un poco de tiempo. En mi cabeza bullían todo tipo de ideas, de hipótesis, de deseos frustrados. La verdad era que aquella mujer había conseguido tentarme. La posibilidad de abandonar una vida ociosa, comparada con mi existencia anterior, de formar parte de algo tan alineado con mis principios de solidaridad y lucha por los derechos humanos... Sin embargo, sabía lo que debía decir.

—Lo lamento mucho, señorita Bishop, pero ya tengo una respuesta y es no. Ahora mismo necesito trabajar por mi país de otra manera, desde la política. Y solo puedo hacerlo junto con otros compañeros exiliados. Necesitamos unirnos y convencer a los países más poderosos, no solo a su remilgado primer ministro, sino también a quien maneja los hilos en Estados Unidos, de que los golpistas capitaneados por Franco no merecen una posición neutral. Los líderes extranjeros no pueden seguir observando cómo matan a mis compatriotas y destruyen una sociedad y un Gobierno que, aunque no eran perfectos, sí eran legítimos. Si nadie nos ayuda, no podemos esperar en silencio a que todo quede reducido a cenizas. Lucharemos con la palabra y sin escondernos.

—No me queda más remedio que aceptar su negativa, Clara. Pero, si cambia de opinión...

—No lo haré, se lo aseguro.

—Lo entiendo, pero nunca se sabe lo que puede ocurrir. Y si llegara el momento en que necesitase contactar conmigo por cualquier motivo, hable con alguna de las camareras del café

Lavaux. Siempre tenemos a colaboradoras trabajando allí y pueden localizarme de inmediato. ¿De acuerdo?

Sin siquiera responder, le ofrecí mi mano a modo de despedida. Después, di media vuelta y emprendí el camino de regreso. No llegué a confesarle la idea que, desde hacía semanas, estaba tomando forma en mi mente: la decisión de marcharme de Europa.

De manera que así fue como Clara había vivido aquel día que Antoinette recordaba bien, porque a la mañana siguiente descubrió que su propia existencia estaba a punto de cambiar.

Pensativa, dejó el montón de hojas sobre el escritorio. Sabía que era de suma importancia para Clara que se ocupase de esos textos, si bien urgía más averiguar qué le estaba provocando los dolores en el vientre. Un mal presentimiento le nubló el gesto mientras intentaba decidir si ignorar lo que le había pedido o llamar al médico. Se asomó al balcón y su mirada se perdió en la lejanía, al fondo de la empinada calle, donde el lago Lemán relucía bajo las montañas.

2

UNA VISITA INESPERADA

Durante los siguientes días Clara se dedicó a dictarle instrucciones a Antoinette, quien leía en voz alta las anotaciones de la española. Allí había ideas sobre artículos que tenía la intención de escribir; comentarios sobre alguna persona que le hubiera causado una profunda impresión, como Paulina Luisi, la doctora uruguaya que la inspiró para volver a estudiar e ir a la universidad, cambiando así su vida por completo; reflexiones sobre la política española y la situación en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, e informes acerca de sus actividades durante los años pasados en Argentina.

Había tanto trabajo por delante que Antoinette sintió vértigo.

—No te agobies, lo conseguiremos —dijo Clara como si pudiera ver su expresión.

Tantos años juntas les habían servido de entrenamiento para intuir lo que la otra estaba pensando sin necesidad de que hablara o de leerlo en su cara. Los silencios, los suspiros y el repiqueteo de los dedos sobre una superficie proporcionaban tanta información como otros indicios más obvios.

—De lo que no estoy tan segura es de poder hacer lo que esperas de mí: convertir estos textos en narración.

—Sé que lo que te estoy pidiendo es mucho y yo misma lo haría si pudiera. Pero no quiero que se queden en un cajón. Sobre todo, los que cuentan lo que ocurrió allí...

No hacía falta terminar la frase. Antoinette sabía perfectamente a qué se refería. Nunca olvidaría aquellos años terribles que pasaron separadas sin saber si volverían a verse. Al reparar, de pronto, en el aspecto exhausto de Clara, dejó de rememorar el pasado y la acompañó al dormitorio.

Acababa de ayudarla a tumbarse en la cama cuando sonó el timbre.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Campoamor con gesto de dolor.

Aunque intentó disimularlo, Antoinette no solo lo había visto, sino que había percibido su respiración, más entrecortada de lo habitual mientras subían la escalera. Se limitó a encogerse de hombros en silencio.

—Antoinette... —Clara le sujetó con suavidad la barbilla para que la mirara—. No te enfades conmigo, por favor.

—Pero es que te empeñas en ignorar algo que podría ser grave y... —Las lágrimas se interpusieron entre ella y sus palabras.

—Shhh... No pasará nada. ¿De acuerdo? Esto no es más que agotamiento porque las pesadillas no me dejan descansar. Pero cuando hayamos terminado de hacerlo todo, te prometo que iré al médico para que te quedes tranquila. Y entonces nos marcharemos de viaje, ¿qué te parece? A Londres o a París... Hace tanto que no viajamos juntas.

La suiza no pudo evitar devolverle la sonrisa pese al llanto, que deformaba la imagen de Clara. Asintió y se sonó la nariz.

El timbre volvió a sonar.

—Sylvie no debe de haber vuelto aún de comprar las medicinas. Voy a ver quién es.

Una mujer morena, con una melena a la altura de los hombros, ojos de un color indefinido entre el azul y el gris, vestida con pantalón de campana beis y un chaquetón marrón de lana, esperaba en la calle. La confusión primero y luego el asombro acudieron al rostro de Antoinette mientras la contemplaba boquiabierta. Imposible. No podía tener ese aspecto, habida cuenta del tiempo transcurrido. La persona que la miraba con expresión dulce rondaría los treinta años y no los más de sesenta que, por lógica, debería haber cumplido. Una sensación de mareo, que apenas duró unos segundos, la invadió impidiéndole decir palabra.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en inglés la desconocida al detectar su palidez y su desconcierto—. Disculpe que no me haya comunicado con ustedes antes de presentarme aquí.

Extendió una mano hacia Antoinette, que la estrechó sin apartar la mirada de ella.

—Me llamo Anne Bishop —dijo—. Imagino que usted será la señorita Quinche. Es un verdadero honor conocerla.

—Y usted es...

—La hija de Cecily Bishop, sí —completó la frase por ella.

—Por supuesto, discúlpeme. Se parecen tantísimo que ha sido como si la estuviese viendo a ella. Pero pase, por favor —consiguió decir, ahora que todo acababa de cobrar sentido.

La guio hacia la salita, donde tomaron asiento.

—Supongo que ha venido a ver a Clara.

—Sí, aunque también quería conocerla a usted. No todos los días tiene una la oportunidad de hablar con la abogada más reputada de Suiza. De no ser por su coraje y el de la señorita Campoamor muchas mujeres en el mundo no podrían votar. No quiero ni

pensarlo —concluyó con una mueca de desagrado fingido que hizo sonreír a Antoinette. Definitivamente, había heredado el atractivo de su madre, aunque de momento le caía mejor.

—Cecily y yo coincidimos en un par de ocasiones. En París, en un congreso en el que alguien, no recuerdo quién, nos presentó. Y cuando apenas habíamos intercambiado unas pocas palabras, yo le presenté a Clara. La última vez que la vi fue hace más de veinte años. Si no me equivoco... sería en el cuarenta y tres.

—Lo sé —afirmó con una seguridad que la dejó un tanto perpleja.

—Me temo que la señorita Campoamor no se encuentra muy bien hoy.

—Siento mucho oír eso. Pero ¿cree que podría dedicarme cinco minutos? He volado desde Londres solo para verla y me gustaría tanto saludarla...

Antoinette dudó. Si ella misma había experimentado una tremenda impresión al reconocer en el rostro de aquella joven el de la mujer que, años atrás, había cambiado el destino de Clara y el suyo, ¿cómo reaccionaría esta ante la inesperada visita? Su salud ya era lo bastante delicada como para correr riesgos. Sin embargo, algo en la expresión agradable y franca de Anne, iluminada por las expectativas, la llevó a decir:

—No le prometo nada. Según se encuentre, tal vez haya que posponerlo. Y tendré que prepararla, no creo que le venga bien alterarse.

—Por supuesto. Gracias.

Subió al dormitorio y llamó con los nudillos. Al no recibir respuesta, entró con sigilo. Clara estaba tumbada de lado y tenía los ojos cerrados. Sus manos, apoyadas en el vientre, ejercían presión. De pronto, la miró.

—¿Quién era?

—¿No duermes?

Negó con la cabeza. De inmediato, Clara percibió que había algo que Antoinette no estaba contándole.

—Dime.

—Tienes una visita. Se llama Anne... Bishop.

Esperó angustiada su reacción mientras asimilaba el mensaje. Apenas unos segundos después, la estupefacción cruzó el rostro de Clara.

—¿Es...? —Antoinette asintió—. Que suba.

—¿Estás segura?

—Sí.

Incorporada en la cama con dos almohadas, Campoamor se atusó el cabello y se colocó bien la bata de seda que Antoinette la había ayudado a ponerse antes de regresar a la planta baja. Al cabo de unos minutos, llamaron a la puerta del dormitorio.

Lo que Anne Bishop encontró al entrar la conmovió. Solo había visto dos fotografías de Clara Campoamor: una de perfil, tomada en el Congreso de los Diputados de España en la década de los treinta mientras hablaba desde la tribuna, y otra en la que miraba de frente a la cámara, aparecida en prensa varios años después. La mujer postrada en el lecho que tenía delante era una anciana y poco quedaba del vigor que desprendían aquellas imágenes. Sin embargo, su mirada seguía destilando una energía electrizante.

—Pase, Anne..., ¿verdad?

—Eso es, señorita Campoamor. Es un placer conocerla.

Para su sorpresa, la joven le había contestado en un castellano perfecto.

—Veo que ha heredado la habilidad de su madre para las lenguas.

—Es que me metió en un colegio donde enseñaban español y, desde entonces, he intentado seguir estudiándolo y practicándolo todo lo posible. Aunque lo tengo un poco oxidado.

—Nada de eso. Lo habla estupendamente... Pero llámeme Clara, por favor, y siéntese aquí —dijo posando una mano en la silla que había junto a la cama.

Nada más tomar asiento, Anne se dio cuenta de que algo les sucedía a los ojos de Campoamor. Los esfuerzos de esta para reconocer en el semblante de la desconocida otro, que tan bien recordaba, estaban fracasando y frunció el ceño, contrariada.

—Las dichosas cataratas...

—¿Me permite un momento? —preguntó sin que ninguna de las dos ancianas supiera lo que pretendía hacer.

Se levantó y se inclinó hasta situarse muy cerca de Clara. Entonces, tomó una de sus manos y se la acercó al rostro. Comprendiendo lo que se proponía, la española lo recorrió con los dedos. Trazó despacio los arcos de las cejas y descendió por la nariz. Después, rozó el contorno de la cara y, tras una leve duda, delineó los labios y el hoyuelo en la barbilla que los genes de Cecily le habían legado a su hija. Esta sonrió mientras las lágrimas relucían en los ojos ciegos de Clara, convertidos en espejos donde el pasado acababa de emerger con fuerza. Antoinette, que lo presenciaba todo un poco apartada, intentó contener el llanto al ver su reacción. Sabía de sobra lo que aquella joven estaba despertando en su memoria.

—Cuénteme, ¿cómo está Cecily? —preguntó Campoamor después de sonarse la nariz.

Anne, que había regresado a su silla, se tomó unos segundos antes de responder:

—Por desgracia, mi madre falleció hace seis meses a causa de una embolia.

—Oh... No sabe cuánto lo lamento.

—Yo también, Anne —intervino Antoinette.

—Gracias. Fue muy rápido, nos dijeron que no sufrió.

—Casi puedo verla, con un cigarrillo entre los dedos y mirando al horizonte —comentó Clara con expresión pensativa.

—La verdad es que recuerdo pocos momentos en los que no tuviera uno en la boca. Pero cuando dejó su trabajo ya no fumaba apenas.

—Quizá, en el fondo, su madre no lo disfrutaba, sino que la ayudaba a encontrar respuestas y soluciones a los problemas. Aunque he de reconocer que en alguna ocasión me sentí tentada de pedirle que me diera uno, tal era su gesto de placer. —Las tres sonrieron—. ¿Se llevaba bien con ella?

—Uf, esa es una pregunta difícil de responder, Clara. Verá... Cuando se marchó, mi mundo se vino abajo. Me dolía todo... su ausencia, las muchas cosas que me habría gustado decirle o hacer con ella. Sin embargo, pasamos los últimos años distanciadas.

—¿Por qué? Si no le molesta mi atrevimiento.

La joven sopesó su respuesta. Aquellas dos mujeres eran unas extrañas, si bien había algo en ellas que le inspiraba confianza.

—Nunca estaba cuando la necesitaba. Tuve una adolescencia muy complicada por ese mismo motivo. Para mi madre lo más importante era el trabajo y no se molestaba en disimularlo.

—¿Y su padre? —no pudo evitar preguntar Quinche.

—No lo conocí. Era compañero suyo en los servicios secretos y falleció en acto de servicio antes de nacer yo.

—Las malditas guerras... —musitó Campoamor—. Solo sirven para eso; para engendrar viudas y huérfanos.

La aseveración dejó tras de sí una estela de silencio que se prolongó hasta que Anne decidió romperlo.

—¿Usted llegó a conocerla bien?

—Pues no sé qué decirle. Nos vimos muy pocas veces... No serían más de cinco, si no recuerdo mal. Y era muy reservada. Un buen ejemplo es que jamás me comentó que tuviera una hija, aunque no es de extrañar. Mantuvimos una relación profesional y las circunstancias nunca dieron pie a las confidencias. Lo que ocurría en ese momento, el presente urgente e inmediato, acaparaba toda nuestra atención y ella tampoco podía permitirse revelar más de lo estrictamente necesario. Pero sí, se tomaba su trabajo muy en serio, incluso tras recibir aquella herida.

—Entonces le ofrecieron la posibilidad de dejarlo y pasar a hacer tareas administrativas. Por supuesto, se negó.

—Lo sé. Y creo que Cecily lo hizo porque consideraba su obligación continuar. Sus misiones eran de vital importancia y estaba dispuesta a arriesgar su vida sin dudarlo.

Al detectar algo en el rostro de la joven que pasó desapercibido para Clara, Antoinette habló:

—Estoy segura de que la quería muchísimo, Anne, aunque no compartiera tanto tiempo con usted como habría sido deseable para ambas. Las mujeres estamos siempre divididas entre lo que otros quieren que hagamos y lo que nosotras deseamos hacer. Y una vez conseguimos labrarnos el futuro con el que soñábamos desde niñas, después de lograr abrir puertas que algunos se esfuerzan por mantener cerradas, nos resulta muy doloroso permitir que vuelvan a cerrarse. La tarea que la señorita Bishop llevó a cabo, sus principios y su lucha por un mundo mejor, aunque no la compensen a usted por no haberle dedicado el tiempo que merecía, quizá sí hagan que todo sea un poco más llevadero, ¿no?

—Mirándolo así, tal vez. Gracias, Antoinette.

—¿A qué se dedica, Anne?

—Soy periodista.

La respuesta hizo sonreír a Clara, que asintió complacida.

—Eso suena muy interesante.

—Bueno... —Se giró para contestar a Antoinette—. Lo cierto es que ahora mismo no estoy trabajando. Cuando mi madre falleció, cogí una baja y después un permiso que está durando algo más de lo que esperaba.

—Lo lamento mucho —dijo Campoamor—. ¿Tuvo tiempo de despedirse de ella?

—No. Cuando llegué al hospital, ya no estaba consciente.

Tragó saliva para alejar la súbita emoción, que dolía en la garganta. Pese a no ser capaz de verle el rostro, Clara detectó su congoja.

—A mí me ocurrió lo mismo. Y cuando eso sucede, queda una sensación... Es como si se hubiera desmoronado el único puente que te permitía llegar hasta esa persona a la que tanto querías, impidiéndote decirle adiós. Pero se aprende a vivir con ello, Anne, créame. Al final, lo que recordamos son los momentos que compartimos con los que amamos, a pesar de los enfados, los malentendidos y la distancia. Afortunadamente, poseemos la capacidad de borrar lo malo, mientras que todo lo bueno, lo importante, permanece a buen recaudo en la memoria del corazón. Por ese mismo motivo, incluso si llegamos a olvidar quiénes somos, ellos, nuestros seres queridos, siguen formando parte de nosotros. No sé si le servirá de algo lo que dice esta anciana tontorrona y sentimental en la que me he convertido.

—Sí que me sirve, Clara.

Por un instante, ayudada por los dedos ágiles del recuerdo, Campoamor casi pudo vislumbrar entre las tinieblas la sonrisa de Cecily, dibujada en el rostro de su hija.

—Se repondrá, Anne, dese tiempo.

—Seguro que sí, aunque es muy duro ver sus cosas allí. Leer lo que dejó escrito.

—¿Cecily escribía? —inquirió Antoinette sorprendida.

—Sí. Verán... Solo después de muchos meses y de varias visitas a un psicólogo, fui capaz de entrar donde guardaba sus cosas. Allí había decenas de cajas llenas de cuadernos y archivos. Eso es lo que ha motivado mi visita.

Antes de hablar, Clara se giró hacia Antoinette y esta supo que buscaba su mirada.

—¿Ha encontrado algo sobre mí?

—Eso es... Sobre usted y sobre muchas otras personas. Al parecer, mi madre ponía por escrito todo lo que hacía y pensaba, comentarios sobre aquellos a quienes entrevistaba y los agentes a los que reclutaba, además de reflexiones más íntimas. Todavía me quedan muchas cajas por abrir.

—¿Esos documentos no deberían estar en manos de los servicios secretos? —repuso Antoinette—. Imagino que habrá material muy delicado.

—No son documentos oficiales. Se trata más bien de un registro sistemático y muy detallado de sus experiencias a lo largo de los años. Casi como un diario. Son impresiones privadas de las actividades en las que se vio inmersa por su trabajo y, en algunas ocasiones, fuera de él. Por eso —se dirigió a Clara— supe de su existencia. Me avergüenza decirlo, pero hasta que no vi su nombre en esos papeles, no sabía nada de usted. Y me parece una injusticia terrible que no sea más conocida, teniendo en cuenta todo lo que ha hecho.

—Le agradezco sus palabras, Anne. Pero su madre merece más esa alabanza que yo. Ella era una de las mujeres más valientes que

he conocido.

Parecía ir a decir algo más, si bien el agotamiento le había ido arrebatando las fuerzas durante los últimos minutos. Se recostó en la cama, sintiendo cómo el sueño comenzaba a tejer un velo que cubriría su mente en breve. Al darse cuenta, la joven comprendió que la visita había tocado a su fin.

—Me hace muy feliz haberlas conocido —afirmó poniéndose en pie.

Antes de salir, miró por última vez a Campoamor, convencida de que nunca más volverían a verse. Antoinette, que parecía un tanto distraída, la acompañó a la puerta.

—Anne, me preguntaba si sería posible que me diera un número de teléfono en el que pueda localizarla.

—Por supuesto. —Reaccionó con gesto nervioso ante la inesperada propuesta—. Espere, que se lo anoto.

Sacó una libreta en la que escribió sus datos. Después, arrancó la hoja y se la entregó a la suiza.

—Muchas gracias. Si le parece bien, puede que la llame pronto.

3

EL DEBATE

Esa noche, Antoinette se despertó a causa de los gemidos de Clara, cuyo rostro, sudoroso y azotado por el dolor una vez más, brillaba bajo la luz que entraba por la ventana. Le puso una mano en la frente. No parecía tener fiebre. Los sueños debían de estar conduciéndola de nuevo por caminos tenebrosos. Fruncía el ceño mientras susurraba palabras ininteligibles. De pronto, empezó a gimotear.

—No te vayas, por favor... —Alargó los brazos como si intentara alcanzar algo—. ¡Mamá, dile que vuelva!

Su propio grito la sacó de las profundidades en las que se debatía, aunque no llegó a despertarse. Después llegó la calma. Antoinette vio las lágrimas deslizarse desde sus párpados cerrados. La pesadilla había pasado. Cuando la notó más tranquila, dejó que siguiera descansando.

Ya en la salita y sentada frente a una taza de café, contempló el montón de folios. La idea que había germinado en su mente el día anterior, durante la visita de Anne Bishop, seguía aguijoneándola. ¿Aceptaría Clara su propuesta? Antes de hablarlo con ella debía

seguir leyendo un poco más, saber qué hechos de su vida había elegido poner por escrito.

Esta vez decidió empezar por el fajo atado con el cordón rojo, que, según las fechas, era el primero. Por un lado, sentía curiosidad por adentrarse en las palabras de Clara, tan distintas en este caso de las que vertía en sus ensayos y discursos. Por otro, anhelaba descubrir cómo había descrito acontecimientos que ya conocía, pero que vería plasmados desde una perspectiva narrativa peculiar, puesto que Clara misma se había convertido en un personaje dentro de su propia historia.

La cuidada letra, con su marcada inclinación, y el tacto del papel la atraían como si destilaran un perfume poderoso, irresistible. Desató el cordel y comenzó a leer la primera página.

Mi relato se inicia con un secreto. Les hablaré de una muerta y una viva. Y también del dolor de la pérdida y la imposibilidad de decir adiós del todo, así como de las decisiones, incomprensibles a veces, que tomamos para poder seguir adelante. Pero déjenme que les revele ese primer secreto, el cual los preparará para otros muchos que me han acompañado a lo largo del apasionante viaje que es la vida.

Ustedes hoy en día me conocen como Clara, si bien ese no fue siempre mi nombre. Al nacer, me bautizaron como Carmen Eulalia. Sin embargo, el destino quiso que, tras un hecho trágico como fue el fallecimiento de mi hermana mayor cuando solo contaba tres años, mis padres decidieran referirse a mí con su nombre: Clara. Extraña elección, sí. De alguna manera, siempre he sentido que en mi interior coexistían dos personas, palpitaban dos corazones: el mío y el de mi hermana muerta. Quizá de ahí provenga mi tendencia a

pensarlo todo muy bien, como si dos cerebros estuvieran analizando la situación, o a incurrir en contradicciones que solo serían comprensibles desde puntos de vista opuestos. O puede que nada de esto sea cierto y simplemente les esté contando una anécdota que bien encajaría en una historia de misterio.

Con una sonrisa, Antoinette recordó a Clara narrándole esa misma anécdota, que le gustaba rememorar con sus amigos y con la que, tal vez, buscaba explicarse a sí misma, entender el porqué de muchas de sus complejas decisiones a lo largo de su vida. Después, continuó leyendo.

Mi padre, Manuel Campoamor Martínez, un hombre de ideología profundamente republicana, fue quien me inoculó el delicioso veneno de la política y me enseñó a luchar por lo que me pareciera justo. No, no se preocupen, que no voy a contarles toda mi biografía, pero hay ciertos datos que son importantes para que comprendan de dónde proceden mis ideales y por qué años después actué como lo hice.

Mientras a los demás niños y niñas sus padres les hablaban de los Reyes Magos, el mío nos decía tanto a mí como a mis hermanos que los juguetes nos los traería la República, alguien mil veces mejor que aquellos reyes. Y eso es algo que me marcó para siempre.

Solía acompañarlo al periódico en el que trabajaba, incluso cuando era una mocosa que apenas llegaba a la altura de una mesa. Mi infancia, humilde pero feliz, se vio truncada por su muerte cuando yo solo tenía diez años.

Antoinette creyó comprender de pronto a quién se referían las frases que Clara repetía durante algunas de sus pesadillas recurrentes. Al parecer, el trauma causado por la pérdida de su padre seguía alojado en su inconsciente, de donde resurgía de tanto en tanto para martirizarla.

Siguió hojeando los folios y se detuvo cuando llegó a uno cuyo título no dejaba lugar a dudas sobre el contenido: «El debate». Antoinette conocía de sobra lo ocurrido aquel 1 de octubre de 1931. No solo había hablado de ello con Clara, sino que había leído en prensa y en artículos lo que significó para las mujeres españolas. Ante sí tenía ahora la crónica personal y subjetiva de Campoamor. Y, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón, comenzó a leer.

Aquella jornada se preveía complicada en el Congreso de los Diputados, habida cuenta de cómo transcurrió el día anterior, que se había prolongado hasta casi las diez de la noche. Tras la euforia por la proclamación de la Segunda República el 14 de abril, quedaba por delante mucho trabajo que hacer en la nueva España, que intentaba (al menos una parte de la sociedad) dejar atrás décadas de dictadura, caciquismo y una monarquía caduca. Con la apertura de las Cortes en julio, se inició la tarea de elaborar la Constitución, lo cual no iba a resultar fácil para la Comisión Redactora, formada por veintiún diputados entre los que yo era la única mujer.

Si, para mí aquel momento histórico representaba la oportunidad de construir un nuevo marco democrático, de modificar artículos que infringían de modo flagrante la igualdad de parte de la ciudadanía, no debió de serlo menos para la señorita Victoria Kent, la abogada malagueña que también había obtenido su acta de diputada en las

elecciones generales de junio. Las dos éramos la prueba más evidente de la estúpida contradicción en la que había incurrido el sistema al permitir que las mujeres pudiesen ser votadas, pero no ejercer el derecho a votar.

Nuestras vidas parecían correr parejas en muchos sentidos, a pesar de lo distinto de nuestros comienzos. Durante años nos habíamos cruzado en varias ocasiones. Coincidimos en el Ateneo, en los plenos de la Juventud Universitaria Femenina y después en la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, aunque nunca intercambiamos más que un saludo o unas pocas palabras de cortesía. Si no recuerdo mal, la primera vez que mantuvimos una breve conversación fue en el Lyceum Club, un lugar donde debatíamos, asistíamos a charlas e incluso firmábamos manifiestos de marcado carácter feminista cuyo objetivo era la mejora de nuestros derechos civiles. Por si esas coincidencias fueran pocas, las dos habíamos cursado la carrera de Derecho y acabado el mismo año. Y, aunque después estuvimos un tiempo sin vernos, el destino nos tenía reservado un reencuentro por todo lo alto como las primeras diputadas de la historia en España. Ella tenía treinta y nueve años; yo, cuatro más. No está mal para unas señoras hechas y derechas en unos tiempos como aquellos, ¿no creen?

Ahora, por fin, ambas podíamos permitirnos soñar con ser parte del motor que transformaría el país y lo conduciría hacia el progreso que ya se atisbaba en otros lugares de Europa. La utopía estaba a punto de conquistar el terreno de la realidad y nosotras, aun militando en diferentes partidos, íbamos a aportar nuestro granito de arena. Aunque las dos éramos tercas y defendíamos contra viento y marea nuestra postura, sabíamos perfectamente qué estaba en juego: la libertad de miles de mujeres para ejercer un derecho fundamental que les había sido negado durante demasiado tiempo.

Victoria y yo nos cruzamos en uno de los pasillos del Congreso y nos saludamos con un movimiento de cabeza. Ella iba a reunirse con sus compañeros del Partido Radical Socialista y a mí me esperaban los miembros del Partido Republicano Radical, con quienes había concurrido a las elecciones. La mayoría de las enmiendas que se aplicarían en el anteproyecto de Constitución ya se habían acordado y quedaban por zanjarse dos temas no menores: la reducción de la edad electoral y el voto femenino. Tras rechazarse la propuesta sobre el primer tema, se pasó al segundo.

Yo empezaba a acusar el cansancio. El debate se había intensificado y las descalificaciones por parte de miembros de algunos partidos resultaban indignantes para alguien como yo, que cree en el respeto, en el uso preciso y cuidado de la palabra. Mientras tanto, Victoria Kent no había intervenido apenas, hasta que solicitó turno para pronunciarse.

—Señores diputados[1], pido en este momento a la Cámara atención respetuosa para el problema que aquí se debate, porque estimo que no es problema nimio, ni problema que debamos pasar a la ligera. Se discute aquí el voto femenino y es significativo que una mujer como yo, que no hago más que rendir un culto fervoroso al trabajo, se levante en la tarde de hoy a decir a la Cámara, sencillamente, que creo que el voto femenino debe aplazarse. Que creo que no es el momento de otorgar el voto a la mujer española. Y lo dice una mujer que, en el momento crítico de decirlo, renuncia a un ideal.

Acababan de desaparecer todos los sonidos del mundo, engullidos por un silencio voraz, pese al alboroto que aquellas palabras causaron. Asistí anonadada al resto de su intervención sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Pero ¿cómo era posible que ella, precisamente ella, le acabara de asestar tal puñalada a un proyecto

que muchísimas mujeres no solo apoyábamos, sino que ansiábamos con impaciencia desde hacía décadas? ¿Por qué no me había demostrado la confianza de decírmelo antes, en privado, para que hubiese intentado sacarla de su error? Sus palabras me parecían una traición a todo aquello por lo que luchábamos quienes nos reuníamos en asociaciones, tertulias y foros con un objetivo común: poder votar como el resto de los ciudadanos. Ni más ni menos. Al parecer, nuestra causa había tenido todo el tiempo un caballo de Troya en su interior y yo no había sido capaz de verlo.

Me costó mucho atravesar la cortina de pensamientos desatados por su traición para concentrarme en sus siguientes palabras:

—... no, señores diputados, no es cuestión de capacidad; es cuestión de oportunidad para la República. Por esto pido el aplazamiento del voto femenino o su condicionalidad; pero si condicionamos el voto de la mujer, quizás pudiéramos cometer alguna injusticia. Si aplazamos el voto femenino no se comete injusticia alguna, a mi juicio. Entiendo que la mujer, para encariñarse con un ideal, necesita algún tiempo de convivencia con el mismo. La mujer no se lanza a las cuestiones que no ve claras y por esto entiendo que son necesarios algunos años de convivencia con la República; que vean las mujeres que la República ha traído a España lo que no trajo la monarquía...

Me resultó muy difícil mantener la compostura mientras ella hilaba un discurso claramente bien argumentado y preparado. Rodeada de hombres que pensaban como yo y de otros que consideraban la presencia de la señorita Kent y la mía como un mero formalismo, ideado para acallar las bocas que criticaban la ausencia de las mujeres en la vida política, nunca, desde que empezara a ejercer mi cargo de diputada, me había sentido tan sola.

—Hoy, señores diputados, es peligroso conceder el voto a la mujer. Yo no puedo sentarme sin que queden claros mi pensamiento y mi sentimiento, y sin salvar absolutamente para lo sucesivo mi conciencia. He ahí lo que quería exponer a la Cámara.

En cuanto calló, pedí la palabra. Subí al estrado y tomé aire. Mis ojos recorrieron la sala y se detuvieron en los rostros que me contemplaban. No me sorprendió ver que me daban por derrotada.

—Señores diputados, lejos yo de censurar ni de atacar las manifestaciones de mi colega, la señorita Kent. Comprendo, por el contrario, la tortura de su espíritu al haberse visto hoy en trance de negar, como ha negado, la capacidad inicial de la mujer.

Nuestras miradas se cruzaron y supe que, a partir de ese día, no existiría contexto alguno en el que pudiéramos ser amigas. No es posible entablar una relación de amistad con alguien en quien no confías. Además, yo no conocía a la diputada Kent, por mucho que mi ingenuidad me hubiera hecho pensar que nuestra condición de mujeres nos convertía de manera automática en aliadas.

—¿Cómo puede decirse que la mujer no ha luchado y que necesita una época, largos años de República, para demostrar su capacidad? Y ¿por qué no los hombres? —proseguí, intentando revertir el daño que sus palabras habían causado y esquivando comentarios despectivos provenientes de diversos puntos del hemiciclo—: Señores diputados, los que votasteis por la República, si afirmáis que la mujer no influye para nada en la vida política del hombre, estáis afirmando su personalidad. ¿Y es en nombre de esa personalidad, que con vuestra repulsa reconocéis y declaráis, por lo que cerráis las puertas a la mujer en materia electoral? ¿Es que tenéis derecho a hacer eso? No; tenéis el derecho que os ha dado la ley, la ley que hicisteis vosotros, pero no tenéis el derecho natural, el derecho fundamental, que se basa en el respeto a todo ser humano, y lo que

hacéis es detentar un poder. Dejad que la mujer se manifieste y veréis como no podéis seguir detentando ese poder.

Aquel día libré la batalla dialéctica más dura de mi vida, por muchas cosas que me hayan sucedido después. Tras varios minutos, concluí, no sin antes volver a posar mis ojos en la señorita Kent:

—No cometáis un error histórico que no tendréis nunca bastante tiempo para llorar al dejar al margen de la República a la mujer, que representa una fuerza nueva, una fuerza joven; que ha sido simpatía y apoyo para los hombres que estaban en las cárceles; que ha sufrido en muchos casos como vosotros mismos, y que está anhelante, aplicándose a sí misma la frase de Humboldt que decía que la única manera de madurarse para el ejercicio de la libertad y de hacerla accesible a todos es caminar dentro de ella.

Al regresar a mi asiento me noté mareada. Mi pulso acelerado delataba la intensidad de mi apasionado discurso. La necesidad de concentrarme para hallar los argumentos que pudieran convencer a muchos de aquellos hombres, pero sobre todo a Victoria, las constantes interrupciones, y los comentarios maleducados y beligerantes me habían obligado a alzar la voz y repetir frases enteras para que no se diluyeran en aquel aire enrarecido. Varios diputados expresaron su opinión a continuación, algunos alabando mis palabras, si bien me costaba prestarles atención.

Cuando comenzaron las votaciones supe que había fracasado. Después de todos los esfuerzos, de las ilusiones alentadas por apoyos que acabaron echándose atrás y con el bofetón que había supuesto la negativa de otra diputada a apoyar la aprobación del artículo, tal como pretendíamos que fuera plasmado en la Constitución, ya no me quedaba ninguna esperanza.

Sin embargo, me equivoqué.

Contra todo pronóstico, la igualdad del derecho al sufragio quedó aprobada con 121 votos en contra y 161 a favor. Había ganado, pero también había perdido, aunque en ese momento no sabía qué forma tomaría esa derrota.

Cuando abandoné el hemiciclo, entre felicitaciones por un lado y comentarios que pretendían ofenderme por otro, pasé muy cerca de Victoria. La miré, pensando que no me dirigiría la palabra, pero me sorprendió lanzándome una sola frase:

—No sabes lo que has hecho.

Desde luego que lo sabía. Y por mucho que fuera a lamentar en el futuro haber dicho y hecho determinadas cosas, nunca me he arrepentido de lo que logramos ese día.

En cuanto puse un pie en la calle, tuve la certeza de que todo había cambiado y me invadió una sensación de vértigo. El estruendo de voces, la multitud de rostros que se aproximaban al mío, los vítores, los gestos obscenos, las increpaciones... Todo se difuminó durante unos instantes interminables en los que temí caer al suelo. La cabeza me daba vueltas y el ruido me envolvió hasta que los sonidos fueron indiscernibles. Lo único que podía identificar con claridad era el latido de un corazón en mis oídos.

Los apretujones de la multitud me trajeron de vuelta a la realidad. Me abrí paso como si, en vez de cuerpos, se cerniese sobre mí una vegetación afilada y maliciosa que pretendiera rasgarme la piel y arrancarme los ojos. El pánico me impulsó a salir de allí y, mientras lo hacía, empezaba a intuir cómo serían las cosas en adelante. El futuro, desfigurado por los malos presagios, había comenzado a avanzar hacia mí y a desvelar lo que su manto ocultaba, arruinando con su inoportuna irrupción la dicha del triunfo.

Tras unos minutos de angustia y ya con la muchedumbre a mi espalda, distinguí una cara familiar que venía hacia mí sonriente y

conmovida.

—Lo has conseguido, cariño. —El abrazo de mi madre me alejó del caos y me ofreció el cobijo que ansiaba—. Ojalá mi querido Manolo hubiera vivido para ver esto. Estaría casi tan orgulloso de ti como yo.

Me refugié en su pecho y me deshice en lágrimas. Unas lágrimas que llevaban años esperando caer por la ausencia de un padre que se había marchado demasiado pronto, sin presenciar la anhelada llegada de la gran dama que, según prometió, nos traería mejores regalos que cualquier rey. Y, por muy feliz que me hiciera haber contribuido a que nuestro país se aproximara un poco más a lo que Manuel Campoamor soñaba, el regusto amargo de su pérdida ensombreció aquel día histórico.

La melodía llegó a mis oídos como un soplo de aire fresco. Me giré y vi a decenas de mujeres que caminaban agarradas del brazo. Unas reían, otras cantaban y otras más ondeaban una bandera roja, amarilla y morada. Y entonces supe que todo, lo sucedido y lo que tuviera que suceder, había merecido la pena.

Antoinette apartó del papel la mirada, brillante de emoción. Sus dudas se habían disipado. Debía hablar con Clara cuanto antes.

4

CECILY BISHOP

Londres, marzo de 1971

Eran más de las siete de la tarde cuando bajó del taxi que la había llevado desde el aeropuerto de Heathrow hasta Victoria Street. Pagó al conductor y echó un vistazo a la concurrida calle. Pese a haber estado allí en infinidad de ocasiones, Antoinette Quinche podía percibir con claridad lo mucho que Londres había cambiado durante los últimos años. Edificios modernos, de mayor altura que el resto, deshilachaban el horizonte y convivían con la arquitectura regia y evocadora de un pasado de esplendor. Había muchos más coches que antes, entre los que abundaban los taxis como el que acababa de dejar atrás, los conocidos como *black cabs*, que seguían transitando la ciudad con su familiar estética.

La cercanía de la catedral de Westminster la llevó de vuelta, por unos instantes, a 1912. Su madre, una británica llamada Florence Sedgwick, y ella habían viajado a la capital para ver a su familia. La jornada que ahora recordaba quedaría grabada en su memoria para siempre. Se encontraban en la catedral asistiendo a un servicio religioso cuando unas mujeres se pusieron en pie y sacaron unas

pancartas. Aquella sería la primera reivindicación del derecho al voto femenino que la joven Antoinette, de solo dieciséis años, presenciaba. De inmediato, vio cómo eran expulsadas del templo. El hecho, que probablemente para otras de las personas presentes no significó nada, le dejó a la joven suiza una profunda huella que guiaría sus pasos en el futuro.

—Gracias por recibirme y acogerme —dijo, mientras estrechaba la mano de Anne Bishop.

—No hay nada que agradecer, al contrario. Soy yo quien debería hacerlo, por la confianza que han demostrado ustedes en mí. Deme la maleta, la llevaré a su dormitorio.

Ambas habían convenido que resultaría más cómodo para Antoinette desplazarse hasta la casa de la periodista para poder hablar con calma sobre el proyecto. Quinche, que no se había apartado del lado de Clara Campoamor desde hacía bastante tiempo, solo accedió a hacerlo dada la premura por llevar adelante su plan.

Anne preparó dos tazas de té. Después, se sentaron frente a frente en unas butacas separadas por una mesita.

—Imagino que estará cansada del viaje, señorita Quinche.

—Estoy bien, tranquila. Un poco de ajetreo, de tanto en tanto, no viene mal. —Harta de formalismos, sugirió que se tutearan, a lo que la periodista accedió de buen grado—. Supongo que no habrás tenido tiempo de echarle un vistazo a los materiales.

—Ayer, nada más recibir el paquete, lo abrí y solo pude hojear algo del primer tomo —respondió la joven—. Me encantó cómo describe Clara su infancia y juventud. Lo poco que he leído, de momento, es maravilloso. Tiene una voz muy personal.

—Estoy totalmente de acuerdo. Por eso sería una pena que sus textos no llegaran a más lectores.

—¿De verdad le pareció bien tu sugerencia? ¿Estaría cómoda con la idea de que yo, una desconocida, maneje algo tan íntimo? Por no mencionar que no he escrito un libro en mi vida...

—Al principio, parecía un poco reticente. Aún no la conoces, pero cuando lo hagas... —Una sombra atravesó su pensamiento dejando tras ella el miedo de la incertidumbre sobre la salud de Clara. Su expresión no pasó desapercibida para Anne.

—De acuerdo. Entonces, antes de darte una respuesta definitiva, me gustaría confirmar la idea que tenéis. Si no lo he entendido mal, queréis que plasme lo que ella ha escrito tal cual está.

—En parte sí. Sin embargo, cuando lo leas, verás que no todo el material está narrado en primera persona, que es como mejor se leen sus textos. —Hizo una pausa para organizar sus ideas—. Clara me pidió ayuda para transcribir y reescribir, bajo su supervisión, lo que había quedado redactado solo en formato de notas. Pero yo soy abogada, no escritora. Y ella... La verdad, está pasando una mala temporada. Se encuentra muy cansada y dudo que sus energías le hubieran permitido orientarme. Habríamos acabado por enfadarnos... Somos demasiado parecidas. —Al ver que Anne compartía su sonrisa, continuó—: Tu visita me dio la idea. Por tu profesión, estás más preparada que yo para escribir el resto de su historia. No obstante, ese no es el único motivo que me llevó a proponértelo... Quedé tan conmovida por tu tristeza y tu situación que pensé que no te vendría mal un estímulo, una tarea que te obligara a concentrarte y no pensar tanto en otras cosas. Algo que te sacara de esa sala de espera en la que parecías estar atrapada..., si no te importa que te lo diga con franqueza. Puede que me equivoque, pero tengo la corazonada de que un empujón podría ser

lo que necesitas ahora. Eso no significa que no comprenda cómo te sientes después de la muerte de tu madre, pero es posible que escribir sobre alguien que la conoció y que también habla de ella en su narración te ayude a superar un poco ese bloqueo emocional que te impide seguir con tu vida. ¿Tiene sentido lo que digo?

Anne asintió con aire distraído.

—¿Dices que la historia de Clara habla de mi madre?

Por toda respuesta, Antoinette esbozó una sonrisa. Se levantó y caminó hasta la mesa grande de la salita. De los dos tomos que quedaban en el interior de la caja escogió el atado con el cordón amarillo. Lo desató y extrajo las hojas referentes a la reunión mantenida entre Cecily Bishop y Clara a finales de 1936.

—Creo que sumergirte en este capítulo acabará por convencerte de que aceptes nuestra propuesta.

Anne comenzó la lectura de aquel encuentro que había tenido lugar junto a la catedral de Lausana. Mientras tanto, Antoinette disfrutó observando sus reacciones. Supo de inmediato cuándo había entrado Cecily en escena porque la joven alzó una mirada rebosante de emoción. Al acabar, esta se sonó la nariz y tomó un sorbo de té.

—Me encanta. La verdad es que Clara podría haber sido novelista. No sé si estaré a la altura de lo que esperáis... y menos en castellano.

—Por supuesto que lo estarás. No te preocupes, alguien revisará el texto final para asegurarnos de que se lee sin problemas. Mi castellano es mucho peor que el tuyo, así que no hay más remedio que buscar un corrector. En cuanto a la calidad de los artículos que me enviaste, es excelente. Le leí varios a Clara y coincidió conmigo en que posees un enorme talento. Tu estilo no es tan diferente de lo que acabas de leer, ya que tratas los asuntos con un toque muy afín a la narrativa. Además, te has especializado en temas con un

profundo arraigo feminista. Así que, para nosotras, eres la persona idónea para llevar a cabo la tarea.

Agradecida, la joven se planteó si las dos mujeres que se habían cruzado en su camino eran un regalo que mereciera. Sus temores le susurraban, con voz maliciosa, que no. Que en cualquier momento se darían cuenta de que se hallaban ante una impostora, indigna del encargo que le habían encomendado.

Cuando Antoinette abrió los ojos a la mañana siguiente, le costó reconocer el sitio en el que se encontraba. La habitación, pintada en tonos pastel y sin ninguna decoración, solo contenía un armario y un objeto tapado con sábanas.

Salió de la cama y estiró la espalda. Frunció el ceño. ¿Qué había sido de la mujer activa que era? Siempre le había gustado el deporte y, al vivir en un lugar como Lausana, uno no tenía más remedio que estar en forma para afrontar las empinadas calles que vertebraban la ciudad. Sin embargo, en los últimos tiempos, quizá debido al estado de Clara, ambas habían renunciado a todo lo que no fueran los agradables paseos junto al lago Lemán.

Bajó las escaleras que conducían a la planta inferior, donde estaban el comedor, la salita, la cocina y un pequeño cuarto de baño. Anne llevaba todavía el pijama y encima se había puesto una bata de diseños escoceses. Cuando se levantó para recibirla, Quinche detectó de inmediato el agotamiento en su rostro.

Se saludaron con dos besos en las mejillas. El acto, espontáneo y cargado de una familiaridad inesperada, les trajo una sonrisa a ambas.

—¿Has dormido bien?

—Sí..., al contrario que tú, me temo —respondió Antoinette tras ver a Anne pasarse una mano por la cara, quizá como si así pudiera borrar el cansancio y algo más que no supo identificar. De camino a la cocina la periodista se giró:

—¿Café o té?

—Café, por favor. Solo.

Se sentaron en el mismo lugar que la noche anterior.

—Veo que has madrugado.

—Siempre lo hago. La verdad es que no duermo mucho —confesó Anne.

—Es importante hacerlo, o eso dice todo el mundo, aunque yo tampoco cumplo la recomendación de ocho horas. Se ve que cinco o seis ya me bastan para funcionar. Pero tú eres aún joven. Necesitas recuperar las fuerzas. Además, dicen que el ánimo está muy relacionado con el descanso.

Nada más decirlo, pensó, una vez más, que probablemente se había excedido con alguien que todavía era poco más que una extraña. Sin embargo, había algo en la británica que la hacía preocuparse y comprendió que le estaba tomando cariño.

—Ojalá yo durmiera cinco horas al menos. —La oyó decir mientras servía el café.

—¿Has hablado con algún médico?

—No hace falta, sé lo que me pasa.

Antoinette no esperaba oír lo que dijo a continuación:

—Perdí a mi bebé hace unos meses.

—Dios, cuánto lo siento, querida.

Le vino a la mente el objeto envuelto en sábanas del dormitorio, cuya forma podría encajar con la de una cuna. Debía de haber pasado la noche en la habitación preparada para un bebé que nunca llegó.

Al ver que se levantaba y se acercaba a ella, Anne se puso en pie también. El abrazo se prolongó mientras la señorita Quinche le daba palmaditas en la espalda, convencida de que la periodista lloraba. No obstante, cuando se miraron, sus ojos estaban secos.

—Todo se fue al traste. James, mi pareja, se marchó a las pocas semanas. Se ve que me había vuelto insoportable.

—Dudo que puedas llegar a serlo. Además, no te encontrabas en unas circunstancias normales. James... ¿te quería?

—Eso pensaba yo... Bueno, te mentiría si dijera que no. Llevábamos juntos dos años cuando me quedé embarazada y hasta ese momento las cosas nos iban muy bien. Habíamos hecho muchos planes de futuro. Y entonces sucedió lo de mi madre.

—Es normal que aquello te rompiera el corazón, ¿cómo iba a ser de otra manera?

—Ya, pero siempre tendré la duda de si la forma en la que me afectó fue lo que provocó el aborto.

—¿De cuántos meses estabas?

—De seis.

—Por el amor de Dios, tan próximo a la muerte de tu madre. Lo que has pasado es terrible. No puedo ni imaginarlo porque no he tenido hijos, aunque sé que algo así habría hundido a cualquiera. Aun así, tú sigues en pie. Y saldrás adelante, seguro. En cuanto a ese hombre, no dudo que la pérdida del bebé también le afectara, pero eso no es excusa para dejarte sola.

—Bueno, aquello ya no tiene remedio. —Suspiró—. Ahora, creo que el libro sobre Clara es justo lo que necesito. De hecho, ya he releído lo que me diste anoche y estoy convencida de que puedo hacerlo.

—Me alegra mucho oír eso.

—¿Tienes algún consejo más sobre dónde debo continuar la lectura?

—Lo mejor será que sigas donde te habías quedado antes de mi llegada. Si te parece bien, voy a darme una ducha mientras tanto.

5

LA CARBONERA

Madrid, julio de 1936

El entusiasmo inicial, que parecía augurar una nueva etapa de calma tras la victoria de la coalición de partidos de izquierda denominada Frente Popular, no tardó en extinguirse. Durante los meses siguientes, se sucedieron las huelgas y los altercados entre los grupos falangistas y la izquierda obrera. No obstante, poco imaginábamos que lo peor estaba por llegar. Quienes escuchábamos los noticiarios con el estómago encogido ignorábamos la existencia de un plan de alzamiento que llevaba meses gestándose en secreto. La sublevación, como un bebé demoniaco, vio la luz durante las jornadas del 17 y 18 de julio en Ceuta, Melilla, Tetuán y las Canarias.

Aun así, los sucesos que estaban desarrollándose en varias ciudades no lograron paralizar por completo la vida en Madrid, al menos durante los primeros días. Las asociaciones continuaban con sus actividades y lugares como el Lyceum Club Femenino seguían siendo un punto de encuentro para las mujeres. El hecho de compartir aquel espacio con compañeras y amigas nos permitía mantener una sensación de normalidad que desaparecía en cuanto

el espectro de lo que estaba ocurriendo fuera de allí asomaba a las conversaciones.

Ese día yo había asistido a la charla de una intelectual inglesa que precedió a una interesante tertulia sobre la situación de la mujer en Gran Bretaña. Entre las presentes se encontraba Victoria Kent, quien presentó a la británica. Como venía siendo habitual, cuando nos veíamos, lo único que denotaba que habíamos detectado la presencia mutua era un mero asentimiento que servía de saludo, conversación y despedida.

Al concluir la velada abandoné la sede del club, en la Casa de las Siete Chimeneas. Eran las seis y media de una tarde de verano maravillosa. El sol lucía, el calor resultaba tolerable y, de no ser por lo que todos sabíamos que estaba aconteciendo a pocos kilómetros, habría sido una ocasión perfecta para dar un paseo. Sin embargo, Madrid se había convertido en una ciudad fantasma. Los comercios seguían abiertos, pero apenas se veía a nadie comprando. Los pocos viandantes que se atrevían a recorrer la ciudad lo hacían a toda prisa, con los ojos oscilando entre el suelo y lo que había alrededor, como si en cualquier instante el peligro que sobrevolaba nuestra mente, alimentada por las nefastas noticias, pudiera tomar una forma concreta delante de nosotros. Los contornos del mundo que conocíamos se iban difuminando a medida que hechos cada vez más alarmantes se desarrollaban muy cerca de aquella paz engañosa que cubría las calles con un sofocante manto de silencio.

Caminaba por la avenida de Pi y Margall cuando por mi derecha, no muy lejos, vi aproximarse dos camionetas grises a gran velocidad. Pararon a una escasa treintena de metros y, al abrirse las puertas, salieron unos diez hombres, todos ataviados con camisa azul y pantalones grises. Se acercaron a un grupo de personas que esperaban el autobús. Entre ellos había seis mujeres, dos de las

cuales no pasarían de los doce o trece años. Sin mediar palabra, los falangistas empujaron a los hombres y a uno de ellos lo derribaron de un puñetazo. Yo sabía que era poco probable que aquellos hubiesen dicho o hecho nada para provocar a los tipos vestidos de azul y una chispa de ira comenzó a arder en mi vientre. Estaba a punto de gritarles para que se detuvieran cuando alguien me agarró del antebrazo.

—Ni se te ocurra.

Nunca habría pensado que Victoria Kent tuviera tanta fuerza. Me hacía daño.

—No podemos guardar silencio ante salvajadas como esta. Me niego a hacerlo.

—No vas a conseguir nada, Clara. Con estos animales te juegas la vida. Ayer mismo vi cómo les daban una paliza a dos hombres a las puertas de una fábrica. A uno de ellos le abrieron la cabeza sin ningún motivo. No creo que haya sobrevivido.

—Pero...

Sentí cómo tiraba de mí y me hacía dar media vuelta. Apenas habíamos caminado una decena de pasos cuando escuchamos una voz a nuestra izquierda.

—Pero mira quiénes son... La Clara y la Yema.

La frase, pronunciada con un sarcasmo que reverberaba también en su mirada, iba cargada de un odio atávico. Saltaba a la vista que aquel tipo, de unos sesenta años, vestido con un traje impoluto gris oscuro, camisa almidonada, corbata azul y zapatos muy limpios y abrillantados, sentía verdadero placer al dirigirnos esas palabras como si fueran proyectiles. El bigote se curvaba sobre la cruel sonrisa que surcó su rostro al apropiarse del apelativo aparecido en prensa para mofarse de nosotras y de nuestro enfrentamiento en el Congreso en 1931.

—¿Han visto a estos dos adalides de la libertad? ¿A las campeonas de las mujeres? —Alzó la voz para que lo oyeran bien los miembros de Falange, que, de no ser por él, probablemente no nos habrían reconocido.

—Es hora de salir de aquí —insistió Victoria cuando me detuve para mirar frente a frente a aquel señorito.

—¡Son esas dos putas republicanas! —gritó uno de los hombres y, de inmediato, los demás empezaron a reírse—. La Clara y la Yema... Es verdad. A lo mejor deberíamos enseñarles cómo son unos verdaderos huevos —añadió con un gesto obsceno, tocándose los genitales.

De nuevo noté el tirón en el brazo y esa vez, siento cierta vergüenza al confesarlo, no me resistí. Habían conseguido asustarme. Y no era para menos. Aquellos diez desalmados no dejaban de insultarnos mientras se acercaban. En cuanto cogimos la calle Fuencarral, echamos a correr cada una como pudimos, si bien observé que Victoria no tenía ninguna dificultad, pese a llevar tacones. Mientras nos alejábamos, aún pudimos oír sus gritos. Era evidente que nos seguían, aunque, por suerte, la seguridad que tenían en sí mismos nos permitió tomar cierta ventaja. Se ve que no contaban con que dos mujeres de nuestra edad pudieran ir tan rápido.

Fuencarral nunca se me había hecho tan larga y el temor a que nos alcanzaran avivó nuestro paso. Podíamos continuar y arriesgarnos a que nos atraparan o intentar darles esquinazo, pero no había ningún sitio en el que esconderse. Sin hablarlo, decidimos a la vez girar a la derecha por la calle Infanta. El ruido de las botas de nuestros perseguidores resonaba a poca distancia, espoleándonos para darnos todavía más prisa.

—Dios mío, Clara, nos van a coger.

Nos detuvimos y nos miramos. El gesto de Victoria era de pánico. Nunca la había visto así y supongo que ella a mí tampoco.

De pronto sentí presión en una mano y después un tirón que me desequilibró.

—¡Por aquí, rápido!

No llegamos a plantearnos quién era aquel hombre con una abundante barba que cubría buena parte de su rostro. Y tampoco nos importaba. Ese portal abierto era la única opción que nos quedaba.

En cuanto el portón se cerró tras nosotras, el desconocido nos guio por una oscuridad lechosa, procedente de la luminosidad que entraba por un ojo de buey situado encima del dintel. El pasillo conducía hacia las escaleras que ascendían a los pisos superiores. No obstante, pasamos de largo y avanzamos un poco más, hacia un rincón que quedaba oculto entre las sombras, a la derecha. Noté cómo el miedo, que no me había abandonado, se multiplicaba. ¿Dónde nos habíamos metido? Frente a aquel grupo de fascistas, a plena luz del día, quizá habríamos podido encontrar apoyo. En cambio, aquí, donde nadie nos había visto entrar, estábamos perdidas. Y todo era culpa mía.

El sonido de un interruptor despejó las dudas. Los ojos, oscuros detrás de unas gafas bastante grandes, me enfocaban con una familiaridad que esta vez no me costó reconocer. Sin decir palabra nos dimos un abrazo ante una sorprendida Victoria Kent.

—Este es mi amigo, el abogado Miguel López Serrano. Quizá os conozcáis.

Miguel y yo habíamos estudiado juntos en la universidad y enseguida nos unió un vínculo muy fuerte. Poco después, me di cuenta de que se sentía atraído por mí, pero, dado que yo no compartía sus sentimientos, se conformó con seguir siendo mi

amigo. De hecho, se convirtió en el más querido de mis amigos en Madrid, aunque con el paso de los años y el ajetreo de mi vida política habíamos perdido el contacto.

Victoria y él se estaban estrechando la mano cuando oímos gritos procedentes de la calle.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Miguel sacó del bolsillo del pantalón una llave y abrió el candado que mantenía cerrada la puerta situada a su espalda. De inmediato, un olor a humedad y a algo más nos abofeteó la cara.

—Aquí no os buscarán.

Encendió una diminuta luz que apenas alumbraba el interior de la estancia, más grande de lo que se adivinaba desde fuera. Toneladas de carbón llenaban aquel espacio, que debía equivaler a los metros de todo un piso. Los otros objetos visibles eran dos palas apoyadas en la pared, una toalla negruzca que colgaba de una percha y un botijo.

Miguel cogió una de las palas y caminó por encima de aquella montaña. Obedecimos su gesto para que lo siguiéramos sin pararnos realmente a pensar lo que iba a suceder en breve. Cuando juzgó que estaba lo bastante lejos de la entrada, cavó con rapidez hasta abrir un hueco profundo. Nos miró y debió de percibir, sin necesidad de que dijéramos nada, el miedo que nos invadía. No es que fuésemos unas señoritas remilgadas que no hubieran tocado una mota de polvo en la vida, al menos yo, aunque no podía afirmar lo mismo de Victoria. Sin embargo, no nos quedaba otra elección. La mugre y la oscuridad que reinaban en ese agujero no eran nada que no pudiéramos soportar, si bien la perspectiva de las cucarachas y otro tipo de bichos que correteaban por el suelo me puso los pelos de punta. Para mi sorpresa, Kent fue la primera en arrodillarse y acomodarse en el hueco. Después, me hizo señas para que me

tumbara a su lado y empezó a taparse con carbón. Despertando de mi estupor, hice lo mismo y, a continuación, mi amigo comenzó a enterrarnos en vida, por así decirlo, solo para salvárnosla.

Las paladas nos iban cubriendo y el ruido no conseguía acallar mi desbocado corazón, que se sabía atrapado en un lugar en el que apenas tendríamos oxígeno. Me alivió darme cuenta de que Miguel estaba dejando un pequeño hueco justo encima de nuestra cara, con el fin de que pudiéramos respirar durante el tiempo que tuviésemos que permanecer ocultas. Intenté relajarme para no sucumbir al pánico.

No llegué a oír la puerta cerrarse ni, por supuesto, a Miguel volver a poner el candado. Tampoco lo que ocurrió después. Sumida en la más absoluta oscuridad, intenté no pensar. Ni en el peligro que nos amenazaba a nosotras si nos descubrían ni en el riesgo que él estaba corriendo para protegernos. Pero tampoco en la indignación y en la rabia que hacían palpitar mis sienes. Si nunca había tolerado la injusticia o que alguien fuera maltratado por el motivo que fuese, sin importar su condición, su origen o lo que hubiera hecho, tampoco podía aceptar que unos hombres pretendieran hacernos daño a Victoria Kent y a mí por el hecho de ser mujeres. Y, sobre todo, por pensar de un modo distinto al suyo. Que un hombre, o una mujer, si se diese el caso, intentara causar el mal a otra por motivos ideológicos me resultaba inconcebible. Me había considerado siempre humanista, incluso antes que feminista, y estaba convencida de que las diferencias, por muy profundas que fuesen, podían resolverse por medio del diálogo. Me faltaba experiencia en el mundo, en un mundo que estaba a punto de ser controlado por la violencia, verbal y física, por la crueldad de unos seres, en teoría humanos, para con sus iguales. La historia se encargaría de enseñarme una lección que nunca olvidaría, como la mayor parte de

españoles que se hallaban a las puertas de una guerra civil, en un país que comenzaba a ser irreconocible. O peor aún, que se parecía demasiado al que habíamos conocido unos años antes.

Mi querido Miguel bien podría haberse metido en su casa y dejar que pasara la tormenta. No obstante, movido por la misma ira que me había envalentonado a mí para enfrentarme a aquellos hombres, decidió hacer una maniobra muy arriesgada con el fin de desviar su atención. Encendió un cigarrillo y salió a la calle. Apoyó un hombro en el muro, junto al portal, y esperó hasta que llegaron.

Uno de ellos, el que parecía ser el cabecilla, se acercó a él. Llevaba el pelo casi rapado y una cicatriz atravesaba su ceja derecha dividiéndola en dos. Sus ojos, de un marrón oscuro, lo taladraron como si tratara de leer en su interior sin necesidad de oírlo hablar.

Miguel aborrecía la violencia y siempre había intentado mantenerse al margen de cualquier clase de pelea, según me había confesado en alguna ocasión. Los únicos enfrentamientos de los que disfrutaba eran los dialécticos, de ser posible entablados con gente sensata, no con una horda de animales como aquellos, frente a quienes los razonamientos no servirían de nada. Y, aun así, había algo en aquel tipo, como en todos los que actuaban como él y defendían la ideología de la Falange Española, que le revolvía el estómago y amenazaba con desbordar el moderado cauce de su temperamento.

—¿Ha visto pasar a dos mujeres?

Miguel se permitió dar una larga calada para ganar tiempo, o quizá tan solo para irritar a aquel hombre.

—¿Se refiere al par de señoras de aspecto respetable, de las que no se meten con nadie, que iban corriendo? Se han marchado por

ahí.

Señaló con la cabeza hacia la calle de San Onofre.

Parte del grupo salió a toda prisa, ansiosos por capturar a sus presas. El líder, en cambio, dio unos pasos y se situó a escasos centímetros de Miguel. Sus rostros casi se rozaron durante unos segundos que se prolongaron hasta resultar insoportables. De improviso, aquel hombre apartó la mirada y caminó hacia la puerta, lo cual fue un alivio momentáneo para mi amigo, que ya había empezado a notar que le temblaba el pulso. Sin embargo, sintió que un río de hielo le recorría la espalda al verlo cruzar el umbral. Lo siguió mientras examinaba el zaguán y se dirigía hacia la escalera, y también cuando, después de mirar hacia arriba, pasó de largo y dobló el recodo. La bombilla se encendió y, bajo su luz, el tipo examinó el candado para comprobar si estaba abierto.

—¿Qué hay aquí?

—La carbonera. —Miguel hizo el siguiente movimiento en la partida de ajedrez que había empezado a jugar con el falangista sin medir las consecuencias. Metió la mano en el bolsillo del pantalón—. Cada vecino tiene su propia llave.

Antes de salir a la calle había tenido el tiempo justo de limpiarse. No obstante, al ponerle al otro en bandeja la llave para dejar claro que no ocultaba nada, se dio cuenta de que aún quedaban restos de carbón en sus uñas. Giró el puño hacia dentro para intentar que no se vieran. Los segundos que transcurrieron se le hicieron eternos, hasta que otro de los hombres ataviados con camisa azul se asomó al portal.

—Venga, que las perdemos. Creen haberlas visto a dos calles de aquí.

El falangista pareció indeciso. Entonces, hizo un movimiento extraño que desconcertó a Miguel, quien no se esperaba el puñetazo

en plena frente que le hizo caer al suelo.

—Déjalo, vamos a buscar a esas zorras antes de que se escapen —insistió el compañero, tirando de él para asegurarse de que lo seguía.

Tras el brutal ataque que lo había lanzado contra las baldosas y le había roto las gafas, Miguel yacía aturdido con un dolor atroz que le taladraba la cabeza. Mientras intentaba levantarse, una patada en las costillas volvió a derribarlo. Se protegió con los brazos, pero aquel animal siguió descargando toda su maldad sobre él. Al parecer, antes de marcharse pretendía matar al entrometido que le había hecho perder tiempo.

—¡Por Dios! —exclamó la anciana con gesto horrorizado en cuanto atravesó el portal—. ¡Jorge!

Una segunda mujer, más o menos de la misma edad, entró tras ella junto con un hombre de pelo cano y gafas. La voz profunda de este, que aun rondando los setenta años seguía resultando imponente gracias a su formidable altura y complexión fuerte, consiguió que el falangista al fin levantara la mirada.

—¡Deténgase ahora mismo! ¡Voy a llamar a la policía!

Se acercó con paso firme al agresor, que de un empujón se lo quitó de encima antes de salir corriendo. Los gritos de las mujeres lo persiguieron en vano.

No supe cuánto tiempo había transcurrido. Me costaba respirar y sentía el cuerpo entumecido, pero no me atrevía a moverme. Me di cuenta de que tenía los ojos abiertos cuando vi luz en el techo. Alguien había entrado. Escuché la voz de un hombre y, aunque fui incapaz de entender lo que decía, tuve claro que no se trataba de Miguel.

Unas manos empezaron a escarbar con movimientos rápidos. Cuando se acercaron tanto a donde nos encontrábamos que casi nos tocaron, no pude contenerme. Saqué los brazos, haciendo que la capa de carbón que me cubría saliese volando. A mi lado, Victoria hizo lo mismo. Y nos hallamos frente a quien intentaba desenterrarnos de las entrañas de aquella montaña siniestra. Fuera quien fuera estábamos dispuestas a defendernos.

—No se preocupen, soy vecino del señor López. Él me envía.

Con alivio, vimos que nos ofrecía una mano para ayudarnos a levantarnos, lo cual no resultó tarea fácil. Yo resbalé y habría ido a parar de nuevo a la fosa si no hubiera sido por Victoria, que me sujetó a tiempo de impedirlo.

—¿Dónde está Miguel?... ¿Se encuentra bien?

—Está herido, pero saldrá adelante. Por cierto, soy el doctor Jorge Fernández Huerta, para servirlas.

Mientras subíamos la escalera hacia el primer piso, supuse que era improbable que aquel anciano nos hubiera reconocido, en el caso de que supiera quiénes eran las dos figuras tenebrosas que lo acompañaban.

Llamó con los nudillos a la puerta de la casa de Miguel. La abrió una mujer cuyo gesto de terror me hizo pensar que estaba a punto de desmayarse. Debía de habernos tomado por una aparición.

—Tranquila, Marisa —le dijo a su cuñada, a quien había dejado al cargo de Miguel—, son amigas del señor López, que estaban escondidas en la carbonera. Necesitarán lavarse... un poco. ¿Podrías, por favor, pedirle a tu hermana que caliente agua y prepare unas toallas? Enseguida os las mando para allá.

Cuando llegamos al salón, encontramos a Miguel recostado en una butaca. Lo que vi me asustó. Sin embargo, fue su gesto el más alarmado de los dos.

—Por todos los santos, Clara, acabas de robarme un año de vida. Porque sé que eres tú, que si no... —Después, cuando miró a Victoria, supe que estaba resistiendo las ganas de soltar una carcajada. Y fue una suerte que se contuviera, porque el mero hecho de hablar debía de estar provocándole un dolor tremendo, a juzgar por su aspecto.

—Por amor de Dios, Miguel, ¿qué te han hecho esos salvajes?

—No te preocupes, que no es para tanto.

—Considerando sus heridas y la contusión en el abdomen, es fácil que tenga alguna costilla rota. Y el golpe en la cabeza deberían vérselo, pero se recuperará. Es un joven fuerte.

Al constatar que en verdad parecía estar bien, noté cómo la tensión de mi pecho se relajaba. Después de tanto tiempo sin vernos, sin tener una de nuestras maravillosas conversaciones, me habría gustado poder hablar con él a solas, contarle cómo habían transcurrido los años para mí y saber de su vida, si se había casado. Si era feliz. Mi intuición, tras un rápido vistazo alrededor, me convenció de que no debía de vivir con ninguna mujer y, mucho menos, con niños. El único retrato que vi, sobre una de las estanterías en las que se apilaban centenares de libros, era el de sus padres. Había sido tomado el día de su boda.

Mientras contemplaba a Miguel comprendí que si hubiera podido enamorarme de algún hombre, habría sido de él. Pero, al parecer, la vida tenía otros planes para nosotros. En todo caso, la amistad y el afecto que nos habían unido seguían ahí y me prometí volver a verlo con más frecuencia.

Dado que en nuestro estado era imposible tocar nada ni, mucho menos, tomar asiento a riesgo de ponerlo todo perdido, Victoria y yo aceptamos el ofrecimiento del doctor para ir a su casa, en el mismo rellano, con el fin de asearnos.

Encarna, la esposa del médico, nos recibió con gran cordialidad. Sus ojos, francos y amables, parecieron detectar de inmediato el miedo que seguía alojado en los nuestros. Después de darnos la bienvenida, nos acompañó al cuarto de baño, donde lo había dispuesto todo para que nos laváramos, y nos dejó a solas.

En cuanto entramos, mi primera reacción fue de extrañeza. Teniendo en cuenta que casi no nos habíamos dirigido la palabra en años y que apenas nos conocíamos, compartir de pronto la intimidad de un pequeño aseo con Victoria Kent resultaba, cuando menos, peculiar. No obstante, acabábamos de vivir una experiencia tan intensa que, de algún modo, había creado un vínculo entre nosotras. Y lo supe con solo ver los rostros reflejados en el espejo, donde nuestras miradas coincidieron. El hecho de que Victoria me hubiera protegido al impedir que me enfrentara a aquel grupo de fanáticos y que ambas nos hubiésemos salvado tras los angustiosos momentos vividos en la carbonera nos había transformado. Las dos mujeres que se miraban a través de ese intermediario, que solo permitía intuir la conexión cálida e inquebrantable recién surgida entre ellas, las contrincantes, los polos opuestos, la clara y la yema... no eran enemigas. Tampoco amigas. Sin embargo, sé que compartimos la convicción de que a las dos nos importaba lo que pudiera ocurrirle a la otra. Y, aun así, ese día no intercambiamos muchas palabras. Pero sí carcajadas, en cuanto vimos la pinta horrorosa que teníamos. Con la ropa ennegrecida por completo, el cuerpo agarrotado y maloliente, y el cabello transformado en una maraña en la que era probable que se ocultara algún que otro bicho, en verdad parecíamos seres del inframundo. Y después la risa trajo el llanto. Para mí, al menos, pues fui la única que derramó lágrimas cuando la calma deshizo el nudo que la tensión y el miedo nos habían tejido en las entrañas. Más adelante, en muchas ocasiones, he sentido la

presencia de ese nudo, que como una cicatriz me ha acompañado el resto de mi vida y cuyo escozor, en el fondo del estómago, me recuerda lo frágiles que somos y lo fácil que es perder la vida. Victoria no me abrazó ni yo busqué su abrazo. Simplemente nos contemplamos, suspiramos y empezamos a lavarnos sin el menor pudor.

Cuando regresamos a la casa de Miguel, ataviadas con algo de ropa que Encarna nos había prestado y que no nos quedaba demasiado mal, nos esperaba una copa de coñac. El médico fue el primero en hablar.

—No entiendo qué le está pasando a este país. Parecía que después de las elecciones podríamos ver un poco la luz. Pero, al final se ha perdido el norte.

—Por desgracia, las huelgas y los disturbios destruyeron la armonía que había conseguido el Gobierno y allanaron el camino para todo tipo de conspiraciones —respondió Victoria, sintiéndose en la necesidad de justificar la actuación del Ejecutivo, del que seguía formando parte al haber vuelto a obtener su acta de diputada en los últimos comicios.

—Lo cierto es que han sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo. Lo que les ha ocurrido a ustedes tres hoy... Esta sensación de inseguridad, de caos... Hemos llegado, una vez más, al final de una etapa. A mi edad es fácil ver un patrón de repetición en los hechos históricos. Y me temo que todo esto no augura nada bueno.

—Cierto, doctor, pero yo tenía la esperanza de que el Gobierno lo hiciera mejor esta vez.

—Bueno, se ha intentado, no vayan a creer que no —repuso Victoria en respuesta al comentario de Miguel—. Pero no resulta fácil manejar tantos frentes abiertos. Cuando parecía que se habían superado las confrontaciones partidistas surgidas a raíz de la entrada

de la CEDA[1] en el anterior Ejecutivo, comenzaron las insidias por parte de quienes siempre nos habían apoyado.

—Puede que eso sea verdad —dije yo—, aunque, quizá, si no se hubiera perdido la vocación de dialogar, sobre todo entre la gente de izquierdas, las cosas habrían sido distintas. Además, hacía años que no presenciábamos tal nivel de violencia por causas políticas.

—Entiendo lo que quieres decir, pero seguimos teniendo el apoyo de los votantes. De no ser así, la República habría caído en febrero.

Pese a lo irrefutable del argumento de Victoria, yo habría podido contestarle que no todo en política se reducía a los votos. No obstante, preferí callar. Bien sabía que, por muy bien que se intentaran hacer las cosas, a veces los resultados de las elecciones no eran los deseados. Y yo representaba el mejor ejemplo. Todas mis buenas intenciones y el celebrado logro del voto femenino en 1931 no me habían reportado más que pérdidas, en el terreno profesional y en el trato recibido desde entonces en algunos sectores de la sociedad. En 1933, cuando la izquierda perdió las elecciones, yo perdí mi escaño, con lo cual quizá debería haberme replanteado si Kent tenía razón al vaticinar que, en cuanto las mujeres pudieran votar, inclinarían la balanza hacia la derecha. Quién sabe... Aunque nunca he aceptado que aquello fuera consecuencia del voto femenino. Pero la prensa, la sociedad y los políticos de izquierdas prefirieron sacar esa conclusión y, de paso, castigarme a mí, que era, a sus ojos, la culpable. Curiosamente, tampoco Victoria renovó su acta de diputada ese año. Ambas defendíamos los derechos de la mujer y, aunque lo habíamos hecho de manera muy distinta, recibimos el mismo escarmiento, si bien ella había logrado recuperar su escaño.

—En todo caso —concluyó Miguel sacándome de mis cavilaciones —, creo que Jorge tiene razón. Hace ya un tiempo que se estaban

empezando a percibir cambios, no solo en España. En Europa ocurre lo mismo.

—Cierto —contesté—. Pero lo que está sucediendo en el resto del continente no es nuevo. La situación actual es producto de lo que pasó en...

—... 1933.

Miguel y yo nos sonreímos al constatar que la conexión entre nosotros no se había deteriorado con el paso de los años o la falta de contacto. Lo de acabar las frases del otro era un entretenimiento que nos había reportado más de una carcajada en el pasado.

—Eso es, cuando Adolf Hitler subió al poder. A partir de entonces, Alemania comenzó a violar abiertamente el Tratado de Versalles. Y, sin ningún tipo de reparo, ignoró los acuerdos que limitaban el tamaño y capacidad de sus fuerzas armadas. ¿Y qué hizo el resto de los países europeos?

Miré uno a uno a mis interlocutores en busca de una respuesta.

—Nada —afirmaron los tres a la vez. Me sentí muy aliviada al comprobar que Victoria también estaba de acuerdo conmigo.

—Brindemos entonces por que gentuza como la que se han encontrado ustedes hoy no acabe llevando las riendas ni aquí ni en Europa.

Tras las palabras del doctor Fernández, bebimos y quedamos en silencio. Los presagios sobre escenas que, casi con certeza, viviríamos en poco tiempo recorrieron nuestros semblantes como si estos fueran pantallas de cine. No obstante, todavía no conocíamos lo que estaba ocurriendo no muy lejos de la protección de aquellas cuatro paredes. Ignorábamos que muchas ciudades habían caído ya bajo el poder de los sublevados. La marea corrosiva que lideraban Franco y Queipo de Llano avanzaba por la Península, aunque no sin resistencia por parte de quienes seguían siendo leales a la República.

Esa tarde, al abandonar el piso de mi queridísimo Miguel, no sabía que no volveríamos a vernos nunca. Cuando regresé al día siguiente para interesarme por su salud, me preocupé al no encontrarlo. Llamé a la puerta de sus vecinos y don Jorge me tranquilizó. La noche anterior, con ayuda de un sobrino suyo, lo habían llevado a casa de un familiar del médico. El temor a que el grupo de falangistas regresara en su busca les había hecho tomar la decisión de alejarlo de allí, al menos durante un tiempo. Lo único que pude hacer, pensando que en pocos días lo vería y cumpliría mi propósito de retomar nuestra amistad, fue enviarle un mensaje a través del doctor. Sin embargo, la marcha de los acontecimientos impidió nuestro reencuentro.

El corazón cálido y valiente de Miguel se detendría apenas un año después, durante un bombardeo de las tropas franquistas que destruyó su vida junto a la de muchos otros madrileños. Con su muerte se extinguía su familia y concluía una historia de la que me habría gustado contarles más capítulos. Pero, al menos, me queda el consuelo de haber podido hablarles de un hombre bueno que dejó una profunda huella en el mundo. En mi mundo. Y en estas páginas, Miguel López Serrano vivirá para siempre, incluso cuando yo ya no esté aquí para recordarlo.

6

LA TRAVESÍA

Cuando Antoinette regresó al comedor, ataviada con un pantalón de pinzas y un jersey de cuello vuelto, Anne no pudo evitar alabar su buen gusto y su clase. Pocas mujeres de su edad vestían así y muchas menos tenían su figura. Transmitía una imagen dinámica y ágil, lo que le restaba años.

—¿Qué te ha parecido el capítulo? —le preguntó una vez sentada frente a ella.

—Maravilloso... y terrible. Clara tiene la habilidad de sumergirte a la perfección en el ambiente tan crispado del Madrid de 1936. Debió de ser muy doloroso para ella vivir aquellos cambios. Y también para Victoria Kent. Teniendo en cuenta el clima político, podrían haber acabado muertas. Entiendo que se exiliaran.

—Sí, aunque las circunstancias en las que ambas salieron de España fueron bien distintas. Si no me equivoco, el siguiente texto habla de la partida de Clara.

—Pues voy a leerlo y después lo comentamos, ¿te parece?

Septiembre de 1936

Pilar Rodríguez Martínez. Ese es el nombre de una de las mujeres más valientes que he conocido: mi madre. Solo puedo decir cosas buenas de ella, aunque seguro que en la descripción que hice de mi padre debieron intuir un ligero favoritismo por mi parte. El amor hacia mi madre surgió en mí mucho tiempo después de cuando debería haber sucedido. Mientras las otras niñas se referían a las suyas con devoción, como si un padre no hubiera intervenido en el minucioso acto de crearlas, yo de pequeña no me separaba del mío. Su repentina muerte me hizo idealizarlo y convertirlo en poco menos que un mito, mientras que lo que sentía por mi madre ocupaba un lugar secundario. Suena feo decirlo, pero necesito dejarlo por escrito aquí para que entiendan cuán injusta fui y lo mucho que tardé en valorar su amor y los sacrificios que hubo de realizar para seguir proporcionándome la educación que mi padre había elegido para mí, incluso tras su fallecimiento. Aquella formidable mujer sostuvo nuestro hogar a base de horas y horas de extenuante trabajo cosiendo hasta que ya no pudo más y se vio obligada a sacarme del colegio de monjas en el que estudiaba. Y lo que, con doce años, interpreté como un castigo inmerecido, tiempo después supe comprender como lo que en realidad fue: un desesperado intento de mantener a flote la precaria embarcación en la que se había convertido mi familia.

Todo lo que he conseguido se lo debo a ella, quien me apoyó siempre y me inspiró para buscar salidas a una existencia que no encajaba con mis sueños de niñez. Y por ella, sobre todo, tomé la decisión más dura: la de abandonar España. Sabía que, de haber permanecido en Madrid, tarde o temprano habrían venido a buscarme para ajustar cuentas y arrebatarnos las pocas posesiones que teníamos y, quizá, hasta la vida. Me pareció la única forma de ponernos a salvo y de devolverle los cuidados que me había

prodigado ella durante toda mi existencia. Aunque fuera lejos de nuestra casa y a pesar de la dureza del camino que se iniciaba ante nosotras.

Tras la sublevación militar de julio, se había declarado el estado de guerra en España. El clima de inseguridad aumentó de un día para otro, sobre todo para los republicanos, al menos al principio. Obviamente, no es posible conocer las ideas de un ciudadano mediante la simple observación de sus costumbres o su forma de vestir, pero sí de quien ha detentado un cargo público y defendido sus convicciones, tanto desde la bancada de un partido político como vertiéndolas en artículos de opinión, como era mi caso. Se cometían agresiones a diario, la anarquía reinaba en las calles mientras los enfrentamientos armados se multiplicaban e iban acotando los terrenos donde antes imperaba la libertad. En cuanto a mí, no solo recibía amenazas de los radicales de derechas, sino incluso de gente de izquierdas que seguía considerándome la culpable de la derrota en las elecciones del 33, al haber cometido el terrible pecado de conseguir el voto para las mujeres. Es triste decirlo, pero mi sensación era que el odio me acechaba por doquier.

Las noticias que nos llegaban por la radio no disipaban nuestro miedo, sino que lo potenciaban hasta que dejó de tener importancia todo lo que no fuera mantenernos a salvo. Y así fue como tomé la decisión. Debíamos marcharnos, dejar atrás nuestra vida si queríamos sobrevivir.

Antes de iniciar cualquier preparativo, le escribí a Antoinette Quinche, una abogada y magnífica amiga suiza con quien hacía años que mantenía una correspondencia asidua. En mi carta le confié mis temores y el horror que me había producido que el Gobierno de la República hubiera decidido dar armas al pueblo para que se defendieran de los sublevados. Aquello era el colmo de lo absurdo,

un intento de sofocar la violencia con más violencia. Antes de concluir, le comuniqué mi idea de partir, convencida de que nuestra mejor baza era salir de Europa.

Mi madre, que por aquel entonces tenía setenta y nueve años, aceptó mi resolución y lo que el destino nos tuviera reservado. Y así, a los pocos días, tras despedirnos de mi hermano Ignacio, cargadas mi sobrina Consuelo y yo con dos maletas en las que llevábamos todo lo que pudimos meter de valor, iniciamos viaje hacia Alicante con el corazón encogido.

El puerto era un hervidero de gente y un trajín de equipajes y caras que, debido al vértigo de una situación tan angustiosa para nosotras, parecían fundirse entre sí para crear un tapiz colorido y borroso. Tal como había planeado, intenté conseguir pasajes para alguno de los barcos que salían hacia Argentina, donde tenía la esperanza de establecernos hasta que lo peor pasara.

Después de horas de inútiles esfuerzos, me dirigí a la oficina de telégrafos y envié un mensaje. Cuando la anhelada respuesta llegó, compramos los billetes y pasamos una noche más en una pensión. Al día siguiente partiríamos hacia Génova en el Baden, un buque alemán.

Cuando el capitán se dirigió a la tripulación y dio la orden de zarpar, nos encontrábamos en la cubierta principal. Asomadas a la barandilla, echamos un último vistazo a aquellas costas amadas. Tras un velo acuoso percibí, con la misma claridad que cualquier dolor físico, cómo en mi interior se rompía algo. Se acababa de cortar el cordón umbilical que me unía a mi patria, a mi pasado y a un futuro que ya nunca sucedería en aquella tierra. Me tragué el llanto para que mi madre no lo viera, si bien ella tenía que afrontar sus propias

lágrimas, que comenzaban a diluir en sus ojos los recuerdos de toda una vida. La certeza de que no regresaría a España asomaba a aquella mirada cálida y valiente que jamás me mostró el menor rencor por haberla arrastrado en mi huida.

Me maldije a mí misma y a quienes habían provocado, con sus insidias, un exilio cruel para una mujer que nunca le había hecho daño a nadie. Ella, la madre de familia, la buena vecina, la esposa fiel y viuda inconsolable, se había visto forzada en su ancianidad a afrontar paisajes y gentes nuevas, extraños todos. Excepto por Consuelo y por mí. Supe que nunca iba a poder compensarle aquel sacrificio, por mucho que me dijera a mí misma que le estaba salvando la vida. Sin embargo, la voz que se ocultaba en mi interior, quizá la de mi hermana muerta, no dejaba de repetirme que mi decisión precipitaría su final. Me esforcé por acallar a ese otro yo que, a veces, parecía disfrutar torturándome, y me prometí que me desviviría para que a mi madre no le faltara nada durante los años que le restaran.

Nos encaminamos hacia las bodegas, el único lugar en el que habíamos encontrado espacio para viajar. Nada más llegar, observé estupefacta que no había ningún tipo de mobiliario u objetos que pudiesen hacer la travesía más cómoda. Las decenas de pasajeros, simplemente, se habían acomodado en el suelo, sobre esteras y, en el mejor de los casos, algún almohadón que ellos mismos hubieran podido llevar consigo. Rodeados de maletas y baúles, con la incertidumbre grabada en los rostros, supongo que al igual que nosotras, aquellos hombres, mujeres y niños serían nuestros compañeros durante el periplo que acababa de comenzar.

Los remordimientos y una tristeza lacerante me asaltaron al comprender cómo iban a discurrir las interminables horas a bordo. ¿Qué había hecho? ¿Cómo podía haber arrancado a mi madre, a sus

años, de la comodidad de su humilde dormitorio para arrojarla a un suelo frío y sin la menor protección, salvo la de algunas mantas que la tripulación tuvo el detalle de repartir entre la gente más mayor? El resto tuvimos que arreglárnoslas con la ropa que nos habíamos puesto, a pesar de la insistencia de mi madre para que compartiéramos la manta con ella. Consuelo, con el vigor de la juventud y su naturaleza bondadosa y dulce, tampoco aceptó la oferta de su abuela, si bien no rechazó mi abrazo cuando la noche y el frío se cernieron sobre nosotras en aquel recipiente de almas que el mar agitaba a su antojo. Y, aun así, conseguimos quedarnos dormidas, supongo que a causa del agotamiento.

Al día siguiente, subimos a cubierta para respirar un aire menos cargado y necesitadas de estirar los músculos tras la incómoda noche. La brisa en alta mar, helada pese a la época del año, nos reconfortó y abrió el apetito. Comimos parte de nuestras provisiones, menos de lo que nos habría gustado, sin saber si nos alcanzarían hasta llegar a nuestro destino. Llevábamos pan, ya bastante duro, queso, algo de embutido seco y una generosa bolsa llena de nueces provenientes de los nogales que una de nuestras vecinas de toda la vida tenía en el pueblo, además de seis manzanas.

Aprovechamos para caminar y desentumecer el cuerpo durante unos minutos solo, temiendo que aquel viento pudiera resultar dañino para la salud de mi madre. Cuando nos disponíamos a abandonar la cubierta, nos llamó la atención un grupo de personas. Hablaban tan alto que sus voces se oían sin dificultad desde la distancia. Tres mujeres reían las gracias a cinco hombres cuya vestimenta, en cuanto la distinguí, me produjo un escalofrío. Las camisas azules, remangadas hasta los codos, refulgían a la luz del sol. A medida que se acercaban a nosotras, el yugo y las flechas cosidos bajo el bolsillo izquierdo eran más fáciles de identificar.

Por puro instinto bajé la mirada, pero no tuve tiempo de avisar a mi sobrina, que los observó con la curiosidad propia de sus catorce años. Pasaron de largo y estaba a punto de relajarme cuando oí una voz que reconocí de inmediato. Los gritos que había proferido contra Victoria y contra mí aquel día en Madrid se habían quedado grabados en algún rincón tenebroso de mi memoria, del que salían de vez en cuando para estremecerme. Y eso que aún no había sucedido lo que ocurrió a continuación.

Anne se detuvo un instante. ¿Sería posible que ese hombre fuera el mismo que había atacado al amigo de Clara cuando ella y Victoria se escondieron en la carbonera? ¿Se podía tener tan mala suerte?

—Vaya, vaya, vaya... Pero mira a quién tenemos a bordo. La señorita Campoamor.

Por nuestro bien, decidí no hacer caso. Así, tal vez, pensaría que se había equivocado. Mi madre, que caminaba entre Consuelo y yo agarrada de nuestro brazo, hizo ademán de detenerse, si bien siguió adelante al notar cómo yo tiraba de ella.

—Mírame cuando te hablo, puta.

El familiar escozor en el estómago comenzó a palpitar mientras andábamos un poco más deprisa.

—No os paréis —les susurré.

Por desgracia, aquel tipo y sus secuaces nos alcanzaron en pocas zancadas y nos cortaron el paso. El rostro, vagamente reconocible para mí, puesto que en aquella ocasión lo había visto a cierta distancia, era el de un tipo corriente, excepto por una cicatriz que le cruzaba la ceja derecha. Sus ojos destilaban tal desprecio que me

costó sostenerle la mirada, aunque lo hice, por mucho que el miedo se hubiera ovillado en mi pecho. No temía lo que pudiera hacerme a mí, sino a mi madre o a mi sobrina. Solo por eso no le respondí como se merecía.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? —Aguardó a que las risas de sus acompañantes se extinguieran antes de añadir—: ¿Ya no vas dando discursitos por ahí sobre las mujeres? —Se puso a caminar balanceando de forma exagerada las caderas, en un intento estúpido de imitar los andares femeninos mientras sacaba mucho los labios. Las ruidosas carcajadas de los demás no se hicieron esperar. No obstante, en cuestión de segundos, su gesto risueño cambió por uno rebosante de toda la violencia que alimentaba sus pensamientos —. ¿Ya no ayudas a las furcias que pretenden divorciarse de los pobres hombres que les hicieron el favor de casarse con ellas? No, ¿verdad? Ya no te dejan entrar al Congreso porque saben que eres basura... Basura republicana.

Se había acercado más a mí para pronunciar las últimas dos palabras, complacido por su ocurrencia de lo que debía de considerar un apelativo ingenioso. Lo tenía a unos centímetros de la cara. Entonces, mi corazón perdió un latido al verlo girarse hacia mi sobrina.

—Y tú ¿quién eres?

Dio dos pasos hacia ella.

—Haga el favor de dejarnos tranquilas. No nos hemos metido con usted y esta señora necesita descansar. Precisamente la estaba acompañando a su camarote.

Mi maniobra para que no supiera que las tres estábamos emparentadas pareció funcionar. Él se volvió de nuevo hacia mí con una sonrisa que me heló la sangre. Actuó de un modo tan repentino

que no tuve tiempo de reaccionar. Tiró de mí, arrancándome del brazo de mi madre.

—¡Vamos a darte tu merecido! ¡Cogedla! —les gritó a los otros, que obedecieron todos a una.

Lo que ocurrió a continuación, aunque sucedió con mucha rapidez, pareció desarrollarse a cámara lenta. En un instante, y ante los gritos aterrorizados de mis familiares, me habían arrastrado hasta la barandilla sin que pudiese resistirme a la fuerza bruta de tantos hombres. Después, me levantaron del suelo.

Dicen que tu vida pasa ante tus ojos cuando estás a punto de morir. No fue eso lo que yo vi, sino la inmensidad de un mar que estaba a punto de tragarme.

Sujeta por manos que me volteaban para arrojarme por la borda, sentí que el cielo y el océano se fundían en un brusco movimiento giratorio, como si un dios caprichoso estuviera utilizando un gigantesco imán para atraerme hacia las profundidades. Me esperaba una muerte instantánea y cruel en el mejor de los casos, si es que la caída acababa de forma piadosa conmigo; lenta, agónica e insoportablemente dolorosa si las olas me engullían, permitiendo que el agua se infiltrara como un asesino invisible por mis vías respiratorias.

Un grito en una lengua que no entendí rasgó el aire cargado de salitre. De inmediato, mis atacantes me volvieron a depositar en la cubierta sin llegar a soltarme por completo. Cuando recuperé el equilibrio, vi a un hombre vestido de uniforme naval, con una barba abundante, muy blanca, y cejas igualmente pobladas y canas. Lo reconocí como el capitán, de quien supe después que se llamaba Max Schaefer. En un castellano precario repitió:

—Soltar la frau... la señora. ¡Ahora!

La decepción y la ira brillaban en los ojos de los falangistas al verse obligados a obedecer la orden.

—Esta mujer ha escapado de España de forma ilegal. Es culpable de crímenes por los que debe pagar.

—No en mi barco —respondió tajante el marino, con una mirada que no dejaba lugar a dudas. Junto a él acababan de aparecer seis miembros de la tripulación, que aguardaban instrucciones.

De pronto, noté cómo me invadía un malestar que me hizo asomarme a la barandilla y vomitar, lo que provocó las carcajadas de los hombres. La pesadilla parecía haber concluido, pero no me sentía a salvo. Quedaba por delante mucha travesía.

Mientras intentábamos recuperarnos del tremendo susto, las mentes de esas sabandijas no descansaron. Se dedicaron a recorrer las bodegas hasta que nos encontraron. Allí, una vez más, me increparon y amenazaron con hacer caso omiso de las órdenes del capitán y tirarme al mar. A la pregunta de quiénes eran mis acompañantes, un hombre que no nos había dirigido la palabra, pero que evidentemente había escuchado parte de nuestras conversaciones al viajar a nuestro lado, les desveló su identidad. Por suerte, algunos marineros se encontraban allí también y, aunque no impidieron que nos molestaran de palabra, los disuadieron de llegar más lejos.

Esa noche no pegamos ojo. Mi madre solo cedió al sueño de puro agotamiento y a causa del miedo que había pasado. Al verla sumida en un duermevela inquieto temí por su vida y me maldije una vez más por mi estúpida decisión de hacerla salir de Madrid. Una decisión que nos había metido en un barco lleno de falangistas. Según descubriría después, estos viajaban a Italia para sumarse a

los movimientos fascistas que seguían multiplicándose por todo el país a la espera de eclosionar como un venenoso insecto gigante.

Cuando amaneció, decidimos no abandonar la bodega. Sabíamos que allí abajo siempre quedaban bastantes personas, a pesar de que ninguna había movido un dedo para protegernos cuando intentaron amedrentarnos. En todo caso, preferí que hubiera testigos de lo que nos pudiera suceder.

A las pocas horas, se nos anunció que estábamos a punto de arribar a Génova y sentí el alivio de la proximidad de un puerto. Rodeadas de gente, avanzamos por la cubierta hacia la pasarela. Por fin nos hallaríamos en tierra firme.

—*Signore, fermatevi!* —gritó un policía para que nos detuviéramos. A continuación, dio instrucciones a varios hombres uniformados, quienes nos impidieron el paso. Las tres nos miramos sin comprender nada. Nos sujetaron de los brazos y nos metieron en un coche. Pese a nuestras protestas, no conseguimos saber a qué se debía aquel ultraje.

Nos llevaron a un edificio que no tardé en identificar como una escuela, si bien saltaba a la vista que aquel ya no era un lugar donde estudiase nadie, sino una prisión. Por mucho que aún retuviera su aspecto de antaño, con mapas todavía colgados de las paredes e incluso crucifijos, la oscuridad que inundaba sus estancias ahora daba escalofríos. No obstante, el hecho de estar juntas, que nos trataran con humanidad y nos alimentaran de un modo aceptable, hizo que aquellos momentos no resultaran tan traumáticos como podían haber sido.

Al día siguiente vino a vernos un funcionario que nos informó de que los cinco falangistas me habían denunciado cuando estábamos a bordo del barco, de manera que pudieran detenerme al llegar a

puerto. El radiograma enviado me definía como «peligrosa y enemiga de la ideología fascista».

Al cabo de tres días más nos dejaron marchar, pero solo tras comprometerme a abandonar Italia de inmediato. Por supuesto, les aseguré que esa había sido la idea desde el principio. Si no mía, sí de Antoinette Quinche, mi queridísima amiga, en cuyo telegrama de respuesta al que yo le había enviado desde Alicante nos había ofrecido cobijo durante el tiempo que hiciera falta. Pocas jornadas después, nos recibió en su casa como si fuéramos miembros de su familia. Con el aliento contenido, escuchó el relato de nuestro traumático viaje, sobre todo, del momento en el que yo había estado a punto de perder la vida a manos de aquellos salvajes. Al oírlo, nuestra anfitriona se puso en pie, se acercó a mí y me abrazó mientras lloraba las lágrimas más sinceras y con mayor poder sanador que nadie ha derramado por mí. Y supe que, no importaba lo que ocurriera a partir de entonces, siempre tendría un hogar en el que resguardarme.

Y ese hogar tenía un nombre: Antoinette.

—Qué bonito final para un capítulo aterrador —afirmó Anne al concluir—. Lo que la señorita Campoamor, su madre y su sobrina vivieron debió de ser horroroso. Tener que exiliarse y, encima, de esa forma. Aquellos hombres podrían haberla asesinado.

—Lo sé... Cuando llegaron a Lausana estaban agotadas. Me sobrecogió ver la huella del miedo todavía en sus rostros. La pobre Pilar pasó varios días en cama antes de recuperarse. Consuelo, que se quedó con nosotras solo un par de meses antes de regresar con su padre, apenas hablaba, no ya conmigo, obviamente, porque no

sabía francés. Tampoco con Clara. Imagino que aquello le provocaría un trauma considerable.

—¿Y Clara? ¿Cómo estaba?

Antoinette se tomó unos segundos antes de responder.

—Bien, o eso decía ella una y otra vez. No sé si intentaba convencerme a mí o a sí misma. Sin embargo, las pesadillas no la han abandonado desde entonces. Y no es para menos, con lo que tuvo que vivir. No me refiero solo a esa terrible travesía.

—Me cuesta hacerme una idea de lo que debió de sentir al partir hacia el exilio, dejando atrás toda su vida anterior. Nunca retornó a España, ¿no?

—Lo intentó varias veces. De hecho, hasta hace muy poco, todavía no había perdido la esperanza de hacerlo algún día.

—¿De verdad trató de volver? Creo haber leído en algún sitio que la habrían condenado a muchos años de prisión si la hubiesen detenido.

—Cuando la conozcas mejor, sabrás que eso no es más que una nimiedad para la cabezota de Clara Campoamor. —Las dos rieron. Después, Antoinette, con gesto más serio, prosiguió—: Clara es una luchadora. Y no puede esperarse que alguien como ella se conforme con lo que se le impone de una manera injusta. Eso es lo que habían hecho las autoridades franquistas, que le habían arrebatado todo. Además, muchos de sus antiguos camaradas le habían vuelto la espalda por sus críticas al Gobierno republicano... La España que dejó atrás no era, ni mucho menos, el lugar idóneo para vivir tras el golpe de Estado. Y, aun así, la nostalgia que sentía era insoportable. Por eso buscó la manera de retornar cuando estaba en Argentina. Su último intento fue atravesando la frontera en tren por Irún en 1955. Por desgracia, una vez más, fracasó.

—Y regresó a Lausana, donde tú la estarías esperando con los brazos abiertos.

—Eso es —concluyó Quinche con una sonrisa plena de nostalgia.

Anne se preguntó si, de haber tenido éxito alguno de esos viajes frustrados, las dos mujeres habrían acabado viviendo juntas. Su mente ya había comenzado a tejer el relato sobre Clara Campoamor, pero también, de forma inevitable, sobre la abogada Quinche, sin cuyo apoyo nada habría sido igual para la española.

—Supongo que ya llegaremos a ese punto en la narración de Clara —dijo—. Pero ahora me gustaría volver a esa primera estancia en Lausana contigo. Según lo que leí ayer, al poco tiempo de haber llegado allí tuvo lugar su encuentro con mi madre. ¿Qué ocurrió después?

Antoinette se levantó y buscó entre los papeles.

—Aquí encontrarás la respuesta.

7

DESPEDIDAS

Lausana, finales de 1936

Tras mi sorprendente entrevista con la agente Cecily Bishop junto a la catedral, regresé a casa. Tanto Antoinette como mi madre dormían profundamente y no quise despertarlas, pero sabía que debía hablar con ellas lo antes posible. La convicción de haber hecho lo correcto al rechazar la propuesta de la espía había servido, de paso, para afianzar otra certidumbre: necesitaba abandonar Suiza.

—Tienes cara de cansada.

Acababa de bajar a desayunar. Cuando entré en el comedor, besé a Antoinette en la mejilla sin responderle. Mi madre aún no se había levantado, lo que nos permitiría mantener una conversación a solas. Tomé asiento frente a ella sabiendo que me observaba. Su intuición era infalible. Por mucho que intentara ocultarle mis sentimientos, era capaz de detectar si algo me sucedía, incluso el paso de un pensamiento fugaz que apenas dejase huella en mi rostro. Imaginé que mi aspecto no debía de ser muy bueno. Había pasado una mala noche, jalonada de pesadillas en las que unas tinieblas impenetrables y la sensación de peligro me habían acosado sin

piedad. El poco sueño robado a las sombras, todavía ocultas en los rincones de mi cerebro, no había bastado para proporcionarme descanso y mis ojeras eran la prueba evidente. El semblante de Antoinette, en cambio, brillaba acariciado por la luz de la mañana. Su sonrisa consiguió hilar la mía y nos contemplamos durante unos preciosos segundos.

—¿Cómo fue anoche? —preguntó.

A punto estuve de meter la pata. El recuerdo de la historia que había inventado para tener una excusa que me permitiera reunirme con Cecily Bishop había quedado sepultado por su sorprendente propuesta y por los centenares de ideas que habían torturado mi mente desde entonces.

—Bien. Marie me enseñó sus notas finales para la edición de...

Me detuve. También a mí me resultaba fácil leer los ojos de Antoinette. En ellos vi una mezcla de tristeza y enojo. No podía volver a mentirle.

—La verdad es que no había quedado con la señora Bonnard. Pero tú ya te lo habías imaginado, ¿no?

Asintió.

—No traté de averiguar si lo que me habías contado era verdad —se apresuró a añadir—. Pero no se te da nada bien mentir.

Noté que me sonrojaba.

—Perdóname. Preferí no contártelo para evitar que te preocuparas.

—¿Por qué? Ahora sí lo has hecho.

—No pasó nada, tranquila. Un momento.

Me levanté y subí al dormitorio. Del cajón de mi mesilla saqué una carpeta.

Al leer la nota que aquel chiquillo me había entregado, Antoinette me lanzó una mirada inquisitiva. Entonces le conté mi reunión con la

agente, intentando evitar mención alguna a lo asustada que había estado durante los minutos previos.

—Pero ¿la propuesta iba en serio?

—Parece ser que sí, ¿te lo puedes creer? Si es así como funcionan los servicios secretos, me temo que Europa está perdida. Dejar algo tan sensible y peligroso en manos de mujeres de mi edad... ¿Quieren decir que no hay gente joven implicada en la lucha por la libertad? ¿A ese punto hemos llegado?

—Bueno, creo que los argumentos de la señorita Bishop para intentar convencerte eran muy acertados.

—¿Cuáles? ¿Los de que por ser una señora de cierta edad pasaría desapercibida? ¿Que aún valgo para eso, al menos?

Antoinette me cogió la mano y la apretó con ternura.

—No. Que eres una mujer excepcional que todavía tiene mucho que ofrecer y debe encontrar la forma de hacerlo.

Me llevé su mano a los labios y la besé, en parte también para que no viera las lágrimas que habían nublado mis ojos de forma repentina. Odiaba la fragilidad que me asaltaba como una descarga desde todas las fibras de mi cuerpo, como si la biología de mi sexo dictara cuáles debían ser mis emociones y mi modo de comportarme.

Cuando recuperé la compostura, pude mirarla de nuevo. Antoinette todavía no se había relajado. Por fin, lo comprendí.

—Lo sabes, ¿no?

—¿Qué? ¿Que estás pensando en marcharte?

Tragué saliva y asentí.

—Lo siento. He intentado adaptarme, conformarme... —Acababa de cometer una torpeza. No debía de haberme expresado bien, a juzgar por su gesto. Aunque casi siempre nos comunicábamos en francés, a veces me resultaba necesario pasar al castellano, como en

aquel instante. Sabía que ella lo entendería bien al haberlo estudiado durante varios años—. No, no me interpretes mal. Soy muy feliz aquí contigo. No me refiero a eso. No es conformidad; uno no se conforma cuando la vida le hace un regalo increíble. Porque eso eres tú para mí. Y siempre, siempre estaré agradecida por ello. Eres mi persona favorita del mundo, mi amiga, mi confidente, mi compañera... Y si me marcho no es porque no esté bien aquí, sino porque, como tú bien has intuido, necesito hacer algo más. Por mi país, por la República, pero, sobre todo, por mí misma. Si no, nunca me perdonaré no haberlo intentado. ¿Me entiendes? —Ahora fue Antoinette quien asintió en silencio y con el llanto retenido tras la mirada—. Shhh..., todo irá bien. He pensado en Paulina. Siempre se ha portado conmigo como una amiga y sé que puedo contar con ella en Montevideo.

—Pero, Clara... Sus últimas cartas. La forma en la que criticó tu libro... Las cosas entre vosotras ya no son como antes.

La miré pensativa. Mi amistad de años con Paulina Luisi, a quien consideraba mi mentora, llevaba meses tambaleándose desde que leyera La revolución española vista por una republicana y lo considerara poco menos que una traición por mi parte al republicanismo. Antoinette tenía razón. Quizá no fuera una buena idea ir a visitarla después de todo. Ni siquiera mientras buscaba un lugar donde empezar de nuevo.

—Pues entonces nos iremos a Argentina. Allí hay una comunidad de exiliados españoles que nos ayudaría a establecernos durante un tiempo.

—¿Nos? Quieres decir... ¿Llevarías a tu madre?

—Por supuesto, ¿qué iba a hacer si no? No puede regresar a España. No la pondré en peligro de esa forma. Además, no me sería

posible acompañarla en el viaje. Seguramente nos detendrían a las dos.

—Pilar ya no está bien, no para viajar. Demasiado mayor y su salud... Ya sabes. —Callé mientras asimilaba sus palabras, tan acertadas como siempre. Entonces volvió a hablar—: Yo cuidaré de ella, Sylvie me ayudará.

El dichoso nudo en mi garganta estranguló mis palabras. Me parecía inaceptable la idea de que mi madre fuera cuidada por otras personas, no extrañas, porque no lo eran ni Antoinette ni Sylvie, la mujer que se ocupaba de mantener la casa limpia y cocinar. Pero ¿cuál era la alternativa? Antoinette tenía razón, su salud no aguantaría un viaje tan largo y fatigoso, y mucho menos un nuevo comienzo. Ya la había obligado a adaptarse a una lengua, un hogar y un país desconocidos.

—No puedo, no debo. Nunca me lo perdonaría. ¿Y si le ocurriera algo mientras estoy fuera? No sé el tiempo que pasará hasta que pueda volver. No, es imposible. Pero te lo agradezco infinitamente, querida mía.

—Te lo prometo, estará muy bien aquí, conmigo.

—Pues claro que sí, hija. De eso no te quepa la menor duda.

Las dos nos giramos sobresaltadas. Mi madre estaba junto a la puerta, aunque era difícil saber cuánto había escuchado de la conversación. Enseguida nos sacó de dudas.

—Vete tranquila, cariño, seguro que te reencontrarás con muchos de tus antiguos compañeros. Estarás muy bien allí. Y yo aquí, con mi amiga Antoinette.

—Mamá... —Me levanté y la acompañé hasta la mesa para que se sentara—. Siento mucho que te hayas enterado así. Pero no te preocupes, que no me voy a ninguna parte.

—Por supuesto que te irás —repuso con un tono imperativo que hacía años no usaba. Desde que yo era una adolescente—. ¿A que sí? Haz recapacitar a esta cabezota, a ver si a ti te hace caso. —Complacida al ver cómo Antoinette respondía con una sonrisa emocionada, continuó—: Clarita, vete y no mires atrás. Vuela libre de una santa vez. Te queda mucho por hacer y aquí no eres feliz.

—Sí que lo soy, mamá. Todo lo feliz que puedo ser en nuestras circunstancias, en un exilio que nunca habría deseado para ninguna de las dos. Pero nuestra vida aquí es...

—Aburrida —terminó la frase por mí—. Sí, hija, no lo niegues. Y eso que tú te vales en la lengua de esta gente, pero yo... Las mujeres de nuestra familia siempre hemos disfrutado con las charlas largas. Ay, aquellas conversaciones con tu padre. Y luego, cuando él ya no estaba, con las clientas del taller. Tú nunca has sido tan habladora como yo, por eso encajas bien con el carácter de los suizos. —Le hizo un guiño a Antoinette, quien se lo devolvió—. Pero eso no significa que debas quedarte aquí, por muy bien que nos estén tratando. Hay cosas que debes hacer aún. Hija, no lo pienses más. Si quieres, tómatelo como una orden de tu vieja madre, aunque preferiría que lo escucharas como un consejo. Quizá el mejor que te he dado en toda mi vida.

De nuevo el llanto me impidió articular palabra alguna. Y todo lo que pude hacer, tras intercambiar una mirada con Antoinette, fue mover la cabeza en un gesto afirmativo, mientras nuestras manos, las de las tres, se entrelazaban sobre el mantel.

El recuerdo de aquel círculo de amor me acompañaría como un amuleto durante mis años de verdadero exilio, el que comenzaría en breve.

Anne dejó las páginas en la mesa. Antoinette, que estaba hojeando un libro de arte que había cogido de una de las estanterías, alzó la vista.

—Me habría gustado conocer a Pilar.

—Os habríais llevado bien. Era una mujer fuerte e inteligente, con una capacidad increíble para adaptarse. Podrías pensar que, cuando se quedó en Lausana conmigo, estuvo bajo mis cuidados. Pero lo cierto es que ella también me cuidó a mí. Me ayudó a sobrellevar la ausencia de Clara. El día que murió me sentí como si se hubiera marchado alguien muy cercano, casi tanto como mi propia madre.

Sobre las doce del mediodía, la periodista preparó un almuerzo ligero y ambas lo tomaron mientras charlaban sobre cosas que nada tenían que ver con el proyecto, si bien no pudieron evitar volver de tanto en tanto a él.

—Antes de que se me olvide... —dijo la joven—. ¿Podrías hablarme de Victoria Kent?

Antoinette la observó en silencio durante unos segundos antes de preguntar:

—¿Qué sabes ella?

—Lo que he encontrado en los textos que me enviaste. Muy poco... que también fue diputada y se opuso al voto femenino cuando Clara luchaba por conseguir que se aprobara.

—Eso no es del todo correcto.

—Ah, ¿no? Pues es lo que me ha parecido.

—Si te fijas bien, descubrirás que no es así exactamente. Antes de nada, es importante tener en cuenta algo: los discursos que Clara decidió poner por escrito no eran mero fruto de sus recuerdos, sino un relato literal de lo que se dijo en el Congreso de los Diputados el 1 de octubre de 1931. Tomó las palabras del *Diario de Sesiones*, tanto las suyas como las de la señorita Kent. Por supuesto, cogió

solo parte de todo lo que ambas expusieron, porque su intención no era transmitir el debate en su totalidad, sino dejar constancia de lo que para ella era lo más relevante: que ese día, en el que Clara necesitaba el apoyo de Victoria para conseguir que se aprobara el sufragio femenino, aquella se lo negó. Pero no porque se opusiera al voto de la mujer, sino porque pretendía que tal derecho se pospusiese hasta un momento más propicio.

—Buena aclaración. Eso cambia un poco mi perspectiva.

—Y seguirá cambiando a medida que vayas leyendo. —Lo que vio en la expresión de Anne entonces le llamó la atención—. ¿Qué ocurre?

—Es solo que... algo no me encaja.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si Clara rechazó la propuesta de trabajar para los servicios secretos, ¿cómo es posible que yo haya encontrado información sobre su actividad?

Con gesto pensativo, Antoinette respondió:

—A veces la vida te lleva por derroteros muy distintos de los que habías planeado. —La joven tuvo la sensación de que ya no hablaba de Clara, pero no dijo nada al ver que proseguía—: Aunque la idea es que leas los materiales en orden cronológico siempre que sea posible, en este caso, ya que te ha surgido la duda, vamos a echar un vistazo al paquete que está atado con el cordel morado.

Anne se levantó a buscarlo. Cuando se lo entregó a la suiza, esta seleccionó entre las páginas dos capítulos.

La mujer quiere alas

Buenos Aires, septiembre de 1943

Llevaba horas caminando tras bajar del autobús que me había conducido hasta el puerto. Necesitaba asomarme a la inmensidad del río de la Plata. Era lo único que podía hacer para sentir que no había tantos obstáculos que nos separaran, por mucho que una de nosotras ya no estuviera allí, esperando el retorno de la otra. Me resultaba imposible apartar de mi mente la conversación mantenida poco antes.

—Ya pueden hablar —dijo la operadora.

—Clara...

—Antoinette, ¡qué sorpresa!

—Tengo malas noticias... Es tu madre.

Una ola de hielo me cuajó las entrañas.

—¿Qué le ocurre?

—Lo siento muchísimo, querida, pero ha fallecido en el hospital. Ha sido todo tan rápido que no me ha dado tiempo a avisarte antes. Perdóname.

Cuando recuperé la noción de dónde me hallaba, me di cuenta de que se me había caído el teléfono. Lo recogí.

—Antoinette..., ¿sigues ahí?

—Sí, dime.

—Esto te va a salir carísimo. Cuelga. Intentaré llegar lo antes posible.

—No te preocupes por el dinero.

—Sí me preocupo... —El llanto me silenció.

—No ha sufrido, ¿me oyes? Se ha marchado tranquila. Y me pidió que te mandara muchos besos y te dijera lo mucho que te quería.

Caí de rodillas y me derrumbé. De modo que así era cómo se sentía uno cuando se le rompía el corazón. Ahora lo sabía con

certeza. El armazón que me había sostenido desde que tenía memoria acababa de desaparecer, dejándome con la sensación de que todo mi cuerpo, mi vida incluso, era una construcción endeble, gelatinosa, que acababa de venirse abajo y nunca más volvería a alzarse.

—Clara... ¡Clara! Por favor, dime algo.

Me forcé a respirar hondo antes de contestar:

—Estoy bien, querida... Hasta muy pronto.

Seguí recorriendo el paseo junto al río. Los pasajes de avión que llevaba en la mano tenían la fecha del día siguiente. Regresaría a Lausana para el entierro de mi madre. Necesitaba despedirme de ella. Cerciorarme de que, en verdad, aquella mujer que parecía eterna ya no existía. Su ausencia, aunque recién descubierta, ya ocupaba tanto espacio en mi pecho que no quedaba sitio para casi nada más. Me pregunté cómo podía haber algo que no fuese dolor dentro de mí... Ni corazón, ni pulmones, y tampoco sangre, que a buen seguro había cesado de circular por mi organismo. Solo era capaz de sentir el vacío dejado por ella y sabía que nada ni nadie conseguirían llenarlo de nuevo. Por primera vez me di cuenta de que, con su presencia ubicua y sus cuidados, Pilar había asumido el papel de padre y madre. Se había volcado con sus hijos como lo habrían hecho ambos juntos, agotando sus energías y su tiempo, sus consejos y sus desvelos por y para nosotros. Manuel Campoamor había seguido viviendo a través de su mujer, gracias a los esfuerzos denodados de esta por evitar que su desaparición perjudicara la vida de sus retoños. Sobre todo la mía, al haber estado tan unida a él. Y así, mi madre había logrado, de algún modo, suturar también el cordón umbilical que nos había separado a

las dos al nacer yo. Ahora la muerte había cercenado ese cordón para siempre. Y tal certeza, tan dolorosa y demoledora, trajo consigo otra: me había convertido en huérfana.

Era un día frío, aunque un sol glorioso me calentaba el rostro. Cerré los párpados para dejarme besar por su luz. Al oír el ruido volví a abrirlos. Una avioneta cruzaba el cielo trazando a su paso una estela blanquecina.

Qué maravilla poder volar.

En Estados Unidos, por aquel entonces, ya había bastantes mujeres que trabajaban en el mundo de la aviación y yo sentía una inmensa envidia. Ojalá hubiera podido hacer algo así. Lo que habría dado por ser capaz de despegar mi torpe cuerpo de la tierra y elevarme hasta rozar las nubes. Durante los últimos años había cogido algún que otro avión, pero sabía que esa sensación no podía asemejarse a lo que sería flotar en pleno aire sin ayuda de ningún aparato.

La mujer quiere alas.

La frase surgió en un instante, desatando una cadena de recuerdos que me llevó hasta 1931, cuando conseguí que se reconociera el sufragio femenino. Con la perspectiva del tiempo, se me ocurrió que la adquisición de ese derecho nos había proporcionado a todas las mujeres unas alas con las que alzar el vuelo y romper las cadenas que nos ataban, si no a la tierra, sí a los férreos grilletes del mundo dominado por los hombres que habíamos habitado hasta entonces. Poco había cambiado tras aquel avance, si bien los rostros sonrientes de los centenares de mujeres que celebraron conmigo aquel hito inolvidable, aún frescos en mi memoria, refrendaban mi convicción de que aquello nos había abierto la puerta para hacer muchas otras cosas. Tal vez incluso volar.

Por desgracia, para mí ya era demasiado tarde. A mis cincuenta y cinco años me sentía vieja e inútil. Comparada con las jóvenes americanas que surcaban los cielos pilotando aeronaves, yo no era nadie. Aunque podría haberlo sido, haber contribuido a convertir el mundo en un lugar mejor... si hubiera aceptado la propuesta de la agente Cecily Bishop. La posibilidad que me había puesto en bandeja, descartada en el pasado tal vez con demasiada premura, reposaba en el cajón de la memoria donde la había confinado para no tener que pensar nunca más en ella.

Ahora no podía quitarme de la cabeza que, quizá, entre todos habríamos logrado evitar que estallara la guerra en Europa. Cuatro años después, la nube de destrucción y muerte casi podía verse desde el otro lado del mundo, donde vivía mi plácida y aburrida vida. Alejada de todo y de todos, y en especial de mi madre, a quien ya no volvería a abrazar. Yo había perdido muchas guerras, pero la peor, sin duda, era la que me enfrentaba de tanto en tanto con la muerte. Y esta me había arrebatado ya a muchos seres queridos.

¿Qué me quedaba por hacer?

La avioneta trazó un círculo por encima del agua, como si no quisiera alejarse de la mirada de la mujer diminuta que la contemplaba con gesto desolado desde abajo.

La brisa agitó los billetes que sujetaba y al posar los ojos en ellos una idea surgió, peregrina, entre el dolor, los remordimientos y las elucubraciones. No... no, imposible. Aquello era una locura y debía olvidarlo de inmediato. Sin embargo, ahora que había conseguido escapar de su prisión, la idea revoloteaba como una mariposa en el interior de mi mente.

Casi podía oír el sonido de sus alas al batir.

Anne asintió para sí con tristeza al recordar los comentarios de Clara el día que la conoció. Ya entonces le había parecido que la sabiduría de sus palabras debía provenir de la experiencia. Y, sobre todo, de la pérdida, tan espantosa como la que ella misma había sufrido tras el fallecimiento de Cecily.

—Debió de ser terrible para ella estar lejos cuando Pilar murió. Yo, al menos, llegué a tiempo de ver viva a mi madre, aunque ya no pudiéramos hablar.

—Pero fue importante que estuvieras allí cuando se marchó. Aquello te evitó el sentimiento de culpabilidad que Clara ha arrastrado todos estos años.

—Lo sé...

La abogada Quinche le frotó el dorso de la mano con cariño. Cuando creyó que era el momento adecuado, le anunció que la agente Bishop estaba a punto de aparecer de nuevo en la narración de Campoamor.

—Enseguida entenderás por qué te he entregado estas páginas.

Anne palideció y dijo:

—Iba a ofrecerte otra taza de té, pero creo que nos irá bien algo más fuerte. ¿Nos pasamos al vino?

Cuando hubo servido dos copas, ambas brindaron.

—¡Por nuestras madres!

—¡Por todas las madres! —matizó Antoinette.

8

UN CAMBIO DE PLANES

Lausana, finales de septiembre de 1943

Antoinette me sostuvo la puerta y la mirada antes de entrar en la cafetería. Nos sonreímos para infundirnos ánimos y, una vez dentro, echamos un vistazo. No encontramos a quien buscábamos.

—Tal vez no hayan podido localizarla. Es el tercer día que venimos. Dios sabe lo que podría haber ocurrido después de tanto tiempo. Ni siquiera sabemos si la agente Bishop sigue activa... o viva. Con un trabajo como el suyo todo es posible.

—Lo sé —me respondió Antoinette—. No perdamos la esperanza. Tal como están las cosas, no resulta tan fácil desplazarse por Europa.

—Tienes razón. Lo seguiremos intentando. Y si no..., tendré otra cosa más que añadir a mi lista de remordimientos.

—No seas tan dura contigo misma, querida. Todos desearíamos poder cambiar cosas que hicimos o dejamos de hacer en el pasado. Pero, por mucho empeño que le pongamos, sabemos que es imposible. Además, no tengo tan claro que tu decisión de entonces fuera un error.

—Quizá no, pero algo me dice que, de haber aceptado su propuesta, estaría más satisfecha de mis actos.

—O muerta...

Nos miramos con una seriedad inusual.

—Pero no lo estoy. He regresado y ya nada nos separará.

Una sonrisa débil cruzó sus labios. Supongo que, pese a sentirse feliz por mi retorno, no estaba del todo convencida acerca de mi cambio de planes. Debía de pensar que quedarme en Lausana equivalía a conformarme con una vida que ya había probado y no acababa de encontrar satisfactoria. Si ella hubiera sabido entonces cuánto anhelaba regresar, pasar los años que me quedaban a su lado... Pero en ese momento no se lo dije, lo que demuestra, una vez más, que no soy tan lista como siempre he creído.

La puerta del café Lavaux se abrió y entraron dos mujeres cogidas del brazo. Tras la falsa alarma, seguimos tomando nuestro café. Sin embargo, una de las recién llegadas se acercó de improviso a mí y me saludó con familiaridad.

—Mi querida señorita Campoamor. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Confusa, intenté recordar quién era. De inmediato, supe que no la conocía de nada.

La mujer que había hablado se giró hacia Antoinette.

—Creo que no nos han presentado. Soy Cecily Bishop. Mucho gusto.

Antoinette, cuyo rostro reflejaba el mismo desconcierto que el mío, acabó por estrechar la mano que le ofrecía.

—Cierto, señorita Bishop. Hacía mucho —reaccioné yo, comprendiendo al fin.

—Desde luego que sí. Tenemos que ponernos al día. ¿Les apetecería unirse a nosotras? Vamos a celebrar el cumpleaños de mi amiga Audrey.

La aludida se acercó también y nos saludó.

En cuanto salimos a la calle y nos alejamos del local, me detuve frente a la mujer que decía ser Cecily Bishop, quien bajó el volumen de voz exagerado que había utilizado hasta ese momento.

—Señorita Campoamor, me envía la agente Bishop. Nos está esperando.

—¿Dónde nos conocimos Cecily y yo?

Consciente de mis dudas, la espía se identificó a sí misma con su nombre en clave, Pelps, y a su compañera, a quien en su entorno conocían como Arden. Según me dijo, ambas trabajaban para el MI6.

—En respuesta a su pregunta, que Cecily ya intuía que me haría, le diré que ambas se conocieron en París en el año 1932. Y ahora tenemos que irnos.

La agente se giró y levantó una mano. Un coche, estacionado junto a la basílica de Notre Dame, nos estaba esperando.

Tras salir de Lausana tomamos la carretera hacia Ginebra, adonde llegamos una hora después. El conductor recorrió la orilla del lago Lemán y, al pasar una bifurcación, detuvo el automóvil junto a un solitario roble.

Transcurridos varios minutos de espera fuera del coche, detecté la preocupación de Antoinette. Nos alejamos un poco para poder hablar en privado.

—Todo saldrá bien —le susurré para tranquilizarla.

—Quizá no debería haber venido. Así podríais conversar con más calma.

—Nada de eso. Quiero que estés presente. Entre nosotras no hay secretos, ¿recuerdas?

Poco después, cuando los nervios empezaban a molestarme en el estómago, pregunté a las agentes si había algún problema.

—Llegará enseguida. Ahora todo resulta un poco más complicado.

Supuse que se refería a la situación bélica en Europa, si bien las cosas no habían cambiado apenas en Suiza, gracias a su neutralidad en el conflicto.

Habían pasado diez minutos más cuando un motor rugió en la distancia. Una motocicleta se acercaba con dos personas a bordo. Ambas iban vestidas con ropa y botas de cuero, y llevaban casco y gafas.

Nuestro gesto de estupor debía de ser notorio mientras observábamos a los recién llegados. Sin embargo, aquello no fue nada comparado con nuestra reacción al revelársenos que el pasajero era una mujer y que, además, llevaba un parche en el ojo derecho.

—¡Por todos los santos, Cecily! —exclamé al reconocerla—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Problemas del oficio —dijo, buscando la expresión en castellano —. ¿Se decía así?

—«Gajes» del oficio —la corregí, tras lo cual me acerqué a ella y le estreché la mano—. Lo lamento de verdad.

—Esta maldita guerra está causando mucho más daño que la pérdida de un ojo. No se preocupe. —Se volvió hacia Antoinette—. Encantada de volver a verla, señorita Quinche. En cuanto nos pasaron el aviso de que Clara quería contactar conmigo establecimos un dispositivo en torno al café Lavaux y a su domicilio. Debíamos asegurarnos de que nadie más estaba al tanto de sus intenciones —dijo girándose de nuevo hacia mí.

—¿Sospechaba que podría haberla delatado? —inquirí, indignada.

—No, en absoluto. Pero no podíamos descartar que alguien la estuviera siguiendo o que vigilaran la cafetería. Hacía bastante tiempo que nadie acudía allí para localizarme y toda precaución es poca. Confío en que lo comprenderán. Corren tiempos muy peligrosos.

Las tres quedamos en silencio durante unos segundos incómodos, hasta que la agente Bishop, tras hacerles una señal con la mano a Pelps y Arden, sugirió dar un paseo. Tomamos un caminillo que flanqueaba el lago. La zona, elegida por su tranquilidad, nos aseguraría la privacidad que necesitábamos.

—Sé que su madre falleció hace poco, Clara. Mis condolencias.

Asentí a modo de agradecimiento.

—He regresado a Europa para asistir a su funeral y también porque... —Mis ojos buscaron a Antoinette, que me animó a continuar—. Porque deseo unirme a ustedes, ayudarles, si es que su oferta sigue en pie.

Cecily se detuvo y su mirada de cíclope se demoró unos segundos en la mía. Una vez más, me sentí un tanto cohibida.

—Por supuesto que sigue en pie.

Nos sonreímos sin percatarnos de algo que supe después. Antoinette no compartía nuestra alegría. Por mucho que me hubiera alentado en mi intención de colaborar con los servicios secretos, ahora que la posibilidad se había convertido en una realidad, temía por mi vida. Sin embargo, ya era tarde para echarse atrás.

—No obstante —continuó Cecily—, debo pedirle algo. Algo que... —Nos miró a las dos—. Sé que es demasiado y entendería que se negara.

He de reconocer que aquello me sumió en el desconcierto.

—¿A qué se refiere?

—Me temo que debo pedirle que regrese a Argentina.

—Pero... No entiendo. Allí no puedo serles de ninguna utilidad. Aquí, en cambio, estoy dispuesta a retomar mis contactos con España... cueste lo que cueste. Ya no me importa el peligro que pueda suponer.

—Al contrario, Clara, su presencia allí significaría tener a una agente muy valiosa en un entorno donde nadie sospecharía, precisamente porque usted lleva un tiempo viviendo en Buenos Aires.

—Pero ¿qué espera que haga Clara allí? —intervino Antoinette con un tono que, si no era de enfado, se le parecía bastante.

Anne alzó la vista de los papeles.

—Me temo que mi madre no te caía muy bien.

Quinche tardó unos segundos en reaccionar.

—No, eso no es así, pero has de entender que cuando tuvimos esa reunión habían sucedido ya muchas cosas malas. La última era la muerte de Pilar. Y ahora que, por fin, íbamos a intentar seguir adelante juntas, después de lo duro que fue para las dos la marcha de Clara, tu madre había decidido que nos separáramos de nuevo. Aunque no podíamos culparla. Fue Clara quien quiso unirse a los servicios de espionaje. Nadie la obligó.

—Aun así, lo siento muchísimo.

—No lo hagas. Aquello ya pasó. —Recuperó la sonrisa—. Y tienes que seguir leyendo porque es importante.

—Verán, sabemos con certeza que los nazis poseen en Argentina una red de apoyo que entraña una seria amenaza para la paz mundial.

—Bueno, no es ningún secreto que en Buenos Aires hay una comunidad alemana muy numerosa —afirmé—. Incluso se han organizado actos vergonzosos a favor del nazismo. Por ejemplo, la celebración que tuvo lugar en el Luna Park, a raíz de la anexión de Austria por parte del Tercer Reich. Fue en abril del 38, si no recuerdo mal. En aquel estadio había miles de asistentes, alemanes y argentinos, miembros de la Alianza de la Juventud Nacionalista, que admiraban tanto a nazis como a fascistas. Yo apenas llevaba unas semanas allí, pero seguí las noticias con mucha preocupación. ¿Te acuerdas de que lo hablamos?

—Claro, cómo olvidar algo así —me respondió Antoinette.

—Sí, eso es lo que se sabe de forma abierta, pero no es lo más preocupante. Lo verdaderamente peligroso no se oye en las noticias. Nadie habla de la marea de seguidores del régimen nazi que está cruzando el Atlántico gracias al respaldo financiero de muchas empresas y particulares argentinos, que les posibilitan mover ingentes cantidades de oro incautado a la comunidad judía para apropiárselo. Con una maniobra así, podrían comprar más armamento y contactos, lo que sin duda inclinaría la balanza de la guerra. Además, creemos que hay algún tipo de acuerdo entre las Schutzstaffel..., las SS —aclaró, al detectar nuestra confusión— y el servicio secreto de la Armada argentina, gracias al cual seguidores del régimen nazi están consiguiendo documentación que les permitiría viajar con total libertad. No estamos seguros de lo que pretenden, por eso es necesario tener allí a personas de confianza que intenten averiguarlo.

—¿Y yo sería una de ellas?

—Así es, Clara. Desde allí se infiltraría en los círculos donde se mueven sus cómplices. Sabemos que suelen ser personas que participan de la vida cultural y política del país, puesto que les

interesa estar al tanto de los eventos que podrían atraer a grandes empresarios, ansiosos por colaborar con el Tercer Reich. Tanto en la embajada alemana como en la española hay agentes infiltrados que facilitan ese flujo de personas y dinero. Hitler necesita tener ojos y oídos allí, por lo que su misión sería identificarlos y, si fuera posible, acercarse a ellos para obtener información sobre sus actividades. Además, usted podría contar con la ayuda de miembros del Gobierno de la República en el exilio. Sabemos que algunos están al tanto de lo que ocurre.

—Conozco a varios de los que viven en Buenos Aires, pero no nos tratamos demasiado. Muchas de las personas de izquierdas exiliadas allí me consideran una traidora por la crítica que hice en mis dos libros sobre la actuación del Gobierno republicano justo antes de la Guerra Civil. Pero podría intentar tender puentes con ellos. Sé que no todos están en mi contra.

—Suena peligroso —dijo Antoinette de pronto mirándome con preocupación.

Guardé silencio durante unos segundos, al igual que la agente Bishop. Ese mismo pensamiento había cruzado mi mente y debía valorar todas las posibilidades. Si decidía echarme atrás, no pasaría nada. Retomaría mi actividad en Lausana, trabajando con Antoinette en su despacho, e intentaría disfrutar de una existencia tranquila a la espera de poder regresar a España. Pero había otra opción: aceptar la propuesta de Cecily Bishop y volver a Argentina. Reanudar mi vida allí, hasta entonces poco estimulante y muy solitaria. No obstante, todo cambiaría al tener una misión que cumplir.

Me di cuenta de que mi elección estaba clara; no solo se lo debía a mi país, a la gente que quería y que, con seguridad, lo habría perdido todo, acabado en la cárcel o incluso muerto por culpa del alzamiento franquista. También me lo debía a mí misma, que tenía

vetada la entrada en España. Pero especialmente se lo debía a mi madre, por haberla dejado morir en un país extranjero sin la presencia de ninguno de sus hijos. Y a mi padre, cuyo sueño republicano había perecido bajo las botas de los soldados rebeldes y el fuego de sus aliados, los nazis.

—Cuente conmigo, Cecily.

Me giré hacia Antoinette. Sus palabras, atrapadas en la garganta, encontraron como única ruta el asentimiento que yo buscaba. Después, consciente de lo que pasaba por su cabeza, acerqué una mano hacia ella. La agente Bishop se alejó unos pasos para darnos un poco de intimidad.

—Quizá he aceptado demasiado rápido, pero pensaba que estábamos de acuerdo en esto.

—Y lo estamos, Clara... Aunque eso no evita que me preocupe lo que pueda ocurrirte.

—Lo sé, pero estate tranquila. No tendré que verme envuelta en nada peligroso. Solo observaré, ya sabes que eso se me da bien. Y tomaré nota de las actividades de determinadas personas. No puede ser tan complicado.

—Tal vez, pero prométeme que tendrás mucho cuidado. Y que si ves que las cosas se vuelven peligrosas, regresarás a Europa.

—Lo prometo. Además, voy a echarte tanto de menos... Eso es lo que me hace dudar, la vida que podríamos tener aquí.

—Las dos sabemos que esa vida no te hace feliz. Y siempre estará aquí, esperándote. Como yo.

Nos fundimos en un abrazo que contenía temores, cariño y todo lo que no podíamos expresar con palabras en ese momento. Sin soltarnos, nos contemplamos con los ojos brillantes.

Después, me giré hacia Cecily Bishop, cuyo único ojo desprendía destellos de emoción.

—Lo que mi madre os pidió era demasiado —concluyó Anne tras acabar la lectura.

—Bueno, solo actuó como debía. Estábamos en guerra y todo el mundo hizo sacrificios. No voy a quejarme ahora por lo que no tiene remedio. Clara tomó su decisión y yo la respeté porque no podía hacer nada más. Y Cecily no se equivocaba... Al proponerle aquella misión, le acababa de ofrecer una oportunidad para seguir luchando por la libertad.

—Tienes razón. Y estoy deseando leer la totalidad de los textos que escribieron tanto ella como mi madre. Porque sospecho que no se han acabado las sorpresas.

Antoinette se limitó a sonreír. Bien sabía ella lo que le quedaba por descubrir acerca de la mujer a quien el mundo conocía como la abogada Clara Campoamor.

9

MÚSICA

Londres, abril de 1971

Había tardado media hora en llegar a la vivienda de estilo georgiano situada en Richmond, a las afueras de Londres. Después de atravesar la valla de madera que rodeaba el terreno, una senda de grava conducía hasta la casa. A la izquierda de esta, dos grandes robles diseminaban su sombra sobre la fachada principal. En la planta baja se abría un ventanal y en el primer piso varias ventanas más pequeñas cuya blancura contrastaba con el color rojo del ladrillo.

Cuando descendió del vehículo, Anne aspiró el aroma a hierba recién cortada y a algo que le pareció pastel de fruta. La tristeza borró su incipiente sonrisa. Deseó haber ido allí más a menudo mientras su madre estaba viva. Entró, notando la familiar angustia que la había acompañado las últimas veces, ya después de su fallecimiento, e intentando blindarse para afrontar los recuerdos que la esperaban tras la puerta cerrada.

Nada más abrirla percibió la ausencia de Cecily casi con tanta fuerza como había antes sentido su presencia. De hecho, habría

podido jurar que seguía allí, en cada estancia, pero sobre todo en el salón. Este, con unas vistas espléndidas al jardín trasero y normalmente rebosante de la luz del mediodía, ahora languidecía en la penumbra, detrás de las cortinas que ocultaban los cristales. La periodista imaginó a su madre sentada en el porche que daba a ese jardín por las tardes, con una copa de vino en la mano. Así debió de ser durante los últimos años de su vida, aunque su hija no estuviera allí para verlo.

Bloqueó el paso al llanto. Debía centrarse en lo que había ido a hacer.

Caminó por el pasillo y bajó una escalera. Después de abrir con llave la entrada al sótano, apretó el interruptor. Estanterías metálicas en las que se apilaban decenas de cajas de varios tamaños cubrían las paredes de aquel espacio, de unos cuarenta metros cuadrados. El material estaba clasificado por fechas y nombres.

Sus ojos recorrieron los estantes de un lado, hasta que encontró lo que buscaba. En la primera caja, etiquetada como «Europa, 1933-1939», era donde había encontrado la información referente a Clara Campoamor. La segunda abarcaba desde 1939 hasta 1945 y la tercera desde entonces hasta el año 47. El resto tendría que quedarse allí de momento. Sus armarios ya estaban llenos de los planes truncados por el aborto y el colapso de su vida. La ropita que había ido comprando para el bebé, los juguetes y objetos que habrían adornado el dormitorio infantil habían acabado en cajas similares a las que tenía delante. En cuanto a la cuna, construida por James, tal vez habría podido desmontarla y meterla en un rincón, pero cada vez que había intentado enfrentarse a ella acababa por rendirse, derrumbada en el suelo entre lágrimas. Así pues, los archivos de su madre tendrían que ir y venir de una casa a la otra.

Por la noche, sentada en el sofá de su piso con una copa de vino, brindó con la imagen mental de su madre y casi esperó oír el tintineo del vidrio. A continuación, se sumergió en los materiales que contenía la segunda de las cajas. Su intuición, pues no podía ser otra cosa, le decía que allí iba a encontrar algo importante. El período era extenso y la documentación exhaustiva, compuesta tanto de informes como de textos redactados por Cecily Bishop durante aquellos años.

Una hora después, tras haber leído decenas de documentos, se levantó y se preparó una ensalada. No tenía hambre, pero apenas había probado bocado en todo el día. No debía entrar de nuevo en la espiral de acabar la jornada bebiendo alcohol y sin algo sólido en el estómago. Ya había pasado por eso y sabía cómo terminaba la cosa: en el sillón del psicólogo.

Se quedó mirando, pensativa, los archivadores dispersos por la mesa e incluso en el suelo. Intentaba desentrañar una idea que no acababa de concretarse y le molestaba en algún lugar del cerebro.

—¿Qué es lo que no estoy viendo?

Incapaz de encontrar una respuesta, cogió otra de las carpetas. A simple vista se notaba que aquellas páginas no eran meros informes, sino algo que Cecily parecía haber escrito con más cuidado. El tono literario la convenció de que debía leerlas con la atención que los esfuerzos de su madre merecían:

Ravensbrück (Alemania), 1943

Helga Müller se despertó y se incorporó en la cama. Sus ojos, de un azul muy claro, se clavaron en la ventana mientras aguzaba el oído.

La Sinfonía n.º 4 de Schubert.

Cerró los párpados y sonrió. Alzó una mano y sus dedos trazaron ondas en el aire como si fuera un director de orquesta. Al cabo de un par de minutos, consciente de que era hora de levantarse, se puso en pie. Miró por la ventana. Debido a la espesa niebla, apenas pudo ver nada, excepto las copas de los árboles cercanos. El distrito de los Lagos de Mecklemburgo, donde se hallaban aquella casa y las otras siete, exactamente iguales y separadas entre sí por una treintena de metros, era conocido por su belleza. Sus orillas y zonas campestres se habían convertido en un lugar ideal para las familias que iban a pasar las vacaciones en la zona.

Helga se acercó al lavabo y se aseó frente al espejo. Contempló su torso desnudo. Los pezones, firmes y rosados, destacaban en unos pechos voluminosos de piel muy blanca. Mientras se recogía la rubia melena en un moño, su mirada, guiada por la melodía, se perdió en su propio reflejo. A los veintiocho años tenía casi el mismo aspecto que su madre, una francesa que había emigrado con su familia a Alemania en busca de un futuro mejor. Clarice, que era como se llamaba, se enamoró al poco tiempo de un operario de ferrocarril berlinés. Cuando tuvieron a su hija, ella trató de enseñarle la lengua de sus abuelos con la esperanza de que no olvidara sus raíces, aunque la niña no mostró ningún interés. Él le transmitió su cabello dorado y, sobre todo, su pasión por la música, que siempre sonaba de fondo en un gramófono que había pertenecido a sus antepasados. Al llegar a la adolescencia, la chica estuvo a punto de matricularse en el conservatorio, pero la muerte del padre, al que adoraba, había dejado a madre e hija en una situación económica desastrosa. Helga habría de conformarse con un empleo en una fábrica de máquinas de coser y con seguir escuchando en el viejo gramófono las sinfonías de los grandes compositores, interpretadas por insignes directores de orquesta. El día que Clarice lo vendió para

poder sobrevivir, la joven sintió que algo oscuro y siniestro nacía en su pecho. Algo que le impediría sentir pena alguna cuando la mujer enfermó y quedó postrada.

Seguía observando su propia imagen en el espejo cuando otra parpadeó en su mente, como un relámpago que fuera y viniera. Helga cerró los ojos para intentar bloquearla, pero, como le sucedía en muchas ocasiones, no lo consiguió. El rostro congestionado de Clarice, que su hija vio tras alzar el cojín que había apretado sobre él con todas sus fuerzas, se solapó durante unos instantes con el suyo. Imposible borrar aquella expresión de terror grabada en la cara de su madre.

Helga jamás se preguntaba por qué lo había hecho, aunque hacía años que tenía preparada una excusa por si alguien descubría su crimen: el amor la había llevado a acabar con el sufrimiento de su querida mutti[1] . Los verdaderos motivos habían sido su necesidad de salir de aquella casa, que apestaba a enfermedad, y el odio que llevaba mucho tiempo germinando en su interior. Por suerte para ella, el médico certificó que Clarice había fallecido a causa de sus extrañas dolencias. Y así la joven, que deseaba viajar y ver mundo, quedó libre para comenzar, al fin, su vida. No obstante, solo recorrió los menos de cien kilómetros que separaban Berlín de Ravensbrück.

Cuando acabó de asearse, se puso el uniforme, compuesto de falda, camisa y chaqueta, que terminó de abotonarse frente al espejo. El único semblante que veía ahora era el suyo y sonrió, orgullosa de su aspecto. Echó un vistazo a la planta que tenía junto a la ventana. Se inclinó. Una de las hojas estaba empezando a amustiarse. Cogió unas tijeras y la cortó con sumo cuidado para no dañar las flores azules y amarillas. Después, la regó.

Aunque todos los apartamentos disponían de una pequeña cocina, bajó a la que compartían en la planta baja. Algunas de sus

compañeras ya estaban desayunando cuando llegó. Una joven ataviada con un vestido de rayas verticales y un delantal oscuro se acercó con sigilo a su mesa. Llevaba la cabeza rapada y cubierta con un pañuelo de la misma tela que el vestido. Le sirvió café y pan tostado. La chica, cuyos ojos no osaban mirar directamente a Helga, se movía con tanta ligereza como si fuera un suspiro. Todo cuidado era poco con tal de hacer el menor ruido posible y que su presencia pasara desapercibida. En el breve tiempo que llevaba allí había aprendido que debía actuar de ese modo si quería sobrevivir.

Estaba tan nerviosa que al servir derramó unas gotas fuera de la taza. De inmediato, lo limpió con el delantal mientras contenía la respiración al sentir sobre sí la luz gélida que desprendía la mirada de Müller. De pronto, esta sonrió y la joven casi se permitió devolverle el gesto. No esperaba el bofetón que la derribó al suelo. La cafetera cayó con estruendo, diseminando su contenido por doquier.

Helga se levantó y agarró la vara de una de sus compañeras, que reposaba en la mesa de al lado. Sin mediar palabra, empezó a golpear a la chica por todo el cuerpo, especialmente en la cabeza y los brazos, que apenas le servían de protección. Cuando se sintió satisfecha, ni siquiera se había despeinado, si bien su respiración resonaba agitada. Ninguna de las otras ocupantes de la sala dio muestras de haber presenciado la paliza. Todas continuaron desayunando con calma.

Unos minutos después, mientras la sirviente aún intentaba levantarse del suelo, salpicado de gotas de sangre, las cinco guardianas se dispusieron a iniciar su jornada laboral. Cogieron sus látigos y varas, y fueron saliendo del edificio una a una. Antes de marcharse, Helga se acercó a la criada y le susurró al oído:

—Más te vale que no quede ni rastro de todo esto. ¡Recógelo ahora mismo!

La chica asintió aterrorizada y ni siquiera alzó la vista para ver alejarse a aquella bestia salvaje.

Helga Müller recorrió con ritmo marcial, como era su costumbre, el pequeño trecho que separaba las casas de los muros que rodeaban el campo. Antes de entrar, miró a su derecha, hacia el lago Schwedt, oculto bajo el manto impenetrable de niebla que lo devoraba en esa época del año. Solo las siluetas siniestras de los juncos cercanos a la orilla eran visibles en aquel paisaje fantasmal. Dejó atrás una de las torres de vigilancia y caminó por el pasillo central, flanqueado por doce de los dieciséis barracones que integraban el complejo.

Como aufseherin o guardiana del campo de internamiento, su misión era imponer orden entre las internas y ocuparse de que llevaran a cabo las tareas que se les encomendaban. Las jornadas, de más de doce horas, se desarrollaban en el interior de talleres de confección, de cestería o en las naves industriales de la fábrica Siemens, en las que se producía armamento. Pero también en los campos cercanos y en el lago, donde las prisioneras se destrozaban las manos cortando juncos, con el agua hasta la cintura tanto en verano como en invierno. El campo, que llevaba activo desde mayo de 1939, albergaba a presas políticas alemanas o austriacas, pero también a judías polacas, francesas, neerlandesas, rusas y españolas.

Müller había tenido el orgullo de ser una de las mujeres afines al Tercer Reich que habían recibido formación y entrenamiento en el campo de Ravensbrück, también conocido como «Puente de los Cuervos». Allí había aprendido a practicar torturas y flagelaciones para obligar a las reclusas a trabajar. Tras ese período de adiestramiento, se había incorporado como guardiana y no tenía que

rendirle cuentas a nadie más que al comandante Fritz Suhren, quien dirigía el lugar desde el año anterior.

Cuando llegó al barracón que le tocaba vigilar ese día, sacó un cuaderno. Como cada mañana y cada tarde, tocaba recuento. Una a una, las presas salieron y formaron una fila mientras la aufseherin pasaba lista. Algunas apenas podían mantenerse en pie. La falta de alimentación y los castigos corporales hacían mella hasta en las más fuertes a medida que pasaban los días. Las que estaban demasiado débiles para ir a trabajar eran dirigidas a otro punto, donde se reunían con mujeres que se encontraban en el mismo estado. Quienes llevaban más tiempo allí ya sabían lo que significaba que a una la trasladasen a ese rincón del campo: nunca más volverían a ver a sus compañeras.

Helga examinó a las reclusas con la barbilla alzada, degustando el placer que le proporcionaba el ilimitado poder que tenía sobre aquellos tristes seres humanos, reducidos a pellejos, cubiertos grotescamente con sus ropas de rayas que, de grandes, apenas tocaban los famélicos cuerpos. Se le unió una segunda guardiana, que se llevó a un numeroso grupo hacia las naves donde se fabricaba armamento. Müller se dirigió a las restantes con un grito:

—¡En marcha!

La columna avanzó junto al muro de cuatro metros de altura, coronado por una alambrada de púas electrificada, y se encaminó hacia uno de los talleres de confección de ropa. El interior del edificio, formado por varios espacios rectangulares con altos techos de madera, unidos por pasillos estrechos, donde la oscuridad se alimentaba del miedo de las reclusas, estaba desprovisto de cualquier tipo de calefacción. Un frío insoportable y la humedad calaban los huesos de las mujeres, quienes comenzaron a trabajar bajo la atenta mirada de la guardia. Después de unos minutos

paseando entre ellas, salió a respirar. Sacó un cigarrillo y fumó con calma.

Una de las prisioneras, Rebeca Goldstein, descosía concentrada los restos de uniformes como los que ellas mismas llevaban para que otras compañeras pudieran arreglarlos y confeccionar unos nuevos. En su vida anterior, aquella en la que intentaba no pensar para no sucumbir a la aflicción, había tocado el violín en una orquesta de mujeres. Su padre, un violinista de renombre antes de la llegada de los nazis al poder, le había inculcado desde niña el amor por la música, y eso precisamente la había salvado una tarde, cuando un destacamento de soldados fue a buscarlo a él y a otros judíos al barrio en el que vivían. Rebeca se había librado ese día por hallarse en la otra punta de la ciudad dando el que sería su último concierto. No volvió a ver a su padre ni llegó a saber que lo habían llevado al campo de Auschwitz.

Ahora, convertida en una presa ella también, no podía evitar que la música, aún palpitante en su pecho y en su mente, lograra, de vez en cuando, escapar del lazo de su control. Al principio, ni su compañera de mesa lo percibió, pero, poco a poco, el tarareo fue más perceptible. La otra chica se giró hacia ella y le sonrió con nostalgia. Pese a no conocer la canción, sabía que era el único sonido hermoso que había escuchado desde su llegada, tres meses atrás. Sin embargo, su gesto cambió de improviso. El miedo en aquella mirada hizo que Rebeca se diera la vuelta.

—Así que sabes cantar. —Müller, que acababa de entrar, sonreía al decirlo—. ¿Y tocas algún instrumento?

La joven dudó. Apenas llevaba unos días allí y ya había presenciado salvajadas que no habría imaginado que pudieran hacérsele a un ser humano. Las palizas a patadas y puñetazos eran habituales. Incluso había escuchado disparos, si bien nunca había

visto matar a nadie. La sonrisa y la mirada de aquella mujer parecían sinceras. Quizá sería distinta al resto de quienes las vigilaban. Tragó saliva y, en voz muy baja, se atrevió a decir:

—El violín.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Helga con un gesto teatral—. Si tenemos una artista aquí.

Entonces se acercó a uno de los soldados que montaba guardia junto a la puerta y le susurró algo al oído. La expresión del hombre, que estaba a punto de replicar, se transformó tras recibir una mirada que lo fulminó, acompañada de un movimiento de su mano hacia el cinturón, donde la mujer llevaba colgada una pistola. Helga era una de las tres aufseherinnen a las que se les permitía portar un arma. El soldado regresó al cabo de cinco minutos, cuando la actividad en el taller se había reanudado y ya nadie pensaba en el asunto.

Rebeca alzó la vista y vio el violín que le ofrecía la guardiana.

—Venga, haznos una demostración de tu arte. Toca.

La chica intercambió una mirada con su compañera, a cuyo rostro había regresado el pánico. El corazón de la violinista latía muy deprisa, como si quisiera escapar de la prisión que era, en ese momento, el delicado cuerpo que lo albergaba.

Los ojos de Müller parecían querer taladrarla con su intensidad. No moraba en ellos ni rastro de la sonrisa que curvaba su boca.

—He dicho que toques.

No había alzado la voz, pero a Rebeca le parecía que la violencia que contenían aquellas palabras podría reventarle los tímpanos.

—Necesito un arco. Si no, no puedo hacerlo.

La aufseherin soltó una carcajada que erizó la piel a las prisioneras. Se giró hacia el soldado que había cumplido sus órdenes.

—Nos traes un violín sin arco... ¡A quién se le ocurre! —Hizo una pausa intencionada, sabedora de la tensión que, como un líquido corrosivo, supuraba por las hendiduras de aquellos muros. El terror que era capaz de infundir la alimentaba como el mejor de los manjares, como la bebida más dulce y placentera—. Pero, dado que tenemos aquí a una artista de tanto talento, eso no será un problema, ¿verdad?

Acababa de volverse hacia la joven, que al fin comprendió lo que pretendía. Con dedos temblorosos cogió el instrumento y se lo colocó en el hombro. Comenzó a tocar con pizzicatos.

Helga insistió:

—Venga, eso no es arte. Toca como tú sabes, imagina que tienes un arco.

Rebeca fingió que sujetaba uno con la mano derecha, que movió arriba y abajo, mientras con la izquierda presionaba las cuerdas del violín.

—¡He dicho que toques, no que hagas el payaso! No oigo nada de nada.

Esforzándose por que no se notaran sus temblores, acarició con las yemas las cuerdas para crear una tenue melodía.

—Sigo sin oírte. Más alto.

Con gesto horrorizado, Rebeca frotó las puntas de los dedos con más intensidad. Al cabo de un minuto, un nuevo alarido de Müller la obligó a redoblar el ritmo de sus movimientos sobre el instrumento.

—¡Más fuerte! ¡Más! ¡Más! —gritó la guardiana, situada tan cerca que su saliva le salpicaba el rostro a la chica mientras esta aumentaba el ritmo y la fuerza de sus dedos contra las cuerdas—. ¡Más, mucho más!

El dolor y el pánico condujeron a la joven al paroxismo. La melodía, aterradora y estruendosa, martilleaba el cerebro y los oídos

de las otras presas. Helga, en cambio, la escuchaba con gesto complacido y los ojos muy abiertos, con una avidez tal que la hacía inclinarse hacia delante. Las gotas de sangre le mancharon primero el uniforme y luego la cara, sin que su sonrisa, teñida de locura, se extinguiera. Hasta que Rebeca, con la piel de los dedos hecha jirones y las uñas desgarradas, perdió el conocimiento.

Dos soldados la arrastraron por las muñecas hasta la enfermería, a la que el personal del campo llamaba la Revier. Se trataba de un edificio formado por dos módulos de más de mil quinientos metros cuadrados, conectados entre sí por un corredor en el que había varias habitaciones, salas de hospitalización, un quirófano y oficinas. Aquel era uno de los lugares favoritos de Müller, quien llamó a la puerta.

Una enfermera la abrió.

—Dile al doctor Gebhardt que le traigo a una artista que está deseando contribuir al avance de la ciencia.

Ambas intercambiaron una sonrisa cómplice y la enfermera se fue. Al cabo de cinco minutos, un hombre salió y Helga le hizo un gesto para que la siguiera fuera. Rebeca Goldstein yacía en el suelo con el pelo revuelto. La sangre manaba de su mano destrozada. Gebhardt ordenó a los soldados que llevaran a la prisionera dentro.

La colocaron sobre una de las camillas que había en el quirófano ante la mirada atenta de la guardiana, que se quedó a un lado para no molestar. Entonces, el doctor sacó una sierra de un cajón. Era pequeña, pero bastaría para lo que pretendía hacer. Tras amputar la mano, se agachó y, cuando se incorporó, Helga vio que llevaba un puñado de virutas de madera que vertió sobre el miembro cercenado. Cogió otro más y repitió la operación. Después, ante la mirada impasible de las dos mujeres, apretó la madera con sus propios dedos para asegurarse de que taponaba bien la terrible

herida. Cuando se cercioró de que la hemorragia había cesado, se dirigió a la enfermera:

—Bertha, asegúrese de que tenemos suficientes reservas de sulfamida. Por lo que veo, gracias al buen trabajo de la aufseherin Müller vamos a necesitar bastantes dosis.

Con el horror aún grabado en el rostro, Anne se levantó del sofá. La crudeza de la historia y el frío le habían agarrotado el cuerpo. Abstraída como estaba en la lectura, no se había tapado con la manta. Solo ahora empezaba a intuir la trascendencia y la inmensidad de lo que iba a encontrar en los materiales relatados por su madre, de hechos que ignoraba si eran reales o mera ficción, como parecía ser ese capítulo. ¿Habría escrito Cecily todo aquello para sí misma, como un simple ejercicio narrativo? ¿O sabría que su hija, cuando ella ya no estuviera, encontraría los archivos? ¿O, tal vez, solo los había dejado para que alguien, quien fuera, hiciese con ellos lo que creyera oportuno?

Primero debía comprobar si algo semejante había ocurrido en el campo de concentración de Ravensbrück, del que apenas había oído el nombre. Sacó su libreta y, entre las tareas pendientes, apuntó una más. Después, sintiendo la necesidad de leer algo agradable, se acercó a la mesa del comedor, que había empezado a utilizar como escritorio de trabajo. Allí estaban los textos de Clara. Releyó un artículo sobre ella en el que se mencionaba el famoso debate de octubre de 1931. De nuevo, oyó la voz de Antoinette: «¿Qué sabes sobre Victoria Kent?».

Y entonces comprendió que, de alguna manera, la suiza le había dado una pista sobre algo que, o bien no podía contarle, o esperaba que descubriera por sí misma. La respuesta a esa pregunta por su

parte había sido pobre, porque cuando se la hizo apenas acababa de enterarse de la existencia de la política malagueña y solo conocía lo que se decía sobre ella en los artículos que se centraban en Clara. Examinó uno en el que se describía a grandes rasgos la vida de la diputada Kent, quien, al parecer, residía en Nueva York. Anne imaginó a aquella mujer de rostro serio y aspecto enjuto de las fotos en la ciudad de los rascacielos. Cuando estaba a punto de dejar el texto en la mesa, le llamó la atención descubrir dónde había buscado refugio antes de acabar allí. En París y México.

Una idea peregrina acababa de abrirse paso entre el maremágnum de información que saturaba su exhausta mente. ¿Podría ser que...?

Regresó junto al sofá y, de rodillas, abrió una de las carpetas más voluminosas, etiquetada «Francia-Argentina-México-Alemania,1939-1945». Durante más de media hora ojeó por encima el contenido de varias subcarpetas sin encontrar nada relevante. Cecily había registrado allí reuniones mantenidas por ella o algún ayudante suyo con agentes durante los años que duró la guerra. Había centenares de páginas dedicadas al reclutamiento de hombres y mujeres. La mayor parte tenían nombres en clave, pero algunas de esas personas figuraban con sus apellidos. Anne imaginó el revuelo que ocasionaría tal información de caer en manos de los servicios de inteligencia y de sus compañeros de prensa. Antoinette tenía razón. Era vital mantener esos datos tan sensibles en secreto. Pensó entonces en Clara y en su intención de revelar sus experiencias. ¿Habría contado cosas que implicaran a otros? De momento, solo había encontrado referencias a su madre.

Buscó con más brío, descartando las hojas en las que, a simple vista, no pudo detectar nada que le llamara la atención. Y de pronto lo vio. Se puso en pie sujetando las páginas con dedos temblorosos.

El documento, fechado en abril de 1945, hablaba de los servicios de inteligencia franceses, más conocidos como BCRA[2] . En él había una lista de actividades llevadas a cabo tanto por ellos como por el MI6 en territorio galo y después en América. En los listados que seguían a la enumeración de actividades, aparecían unos cincuenta nombres. Anne pasó el dedo índice por encima de ellos y se preparaba a pasar de página cuando se detuvo con gesto de estupefacción.

Miró el reloj de pared. Eran casi las doce de la noche.

La llamada tendría que esperar a la mañana siguiente.

10

VICTORIA

Lausana, al día siguiente

Sylvie salió al jardín. Allí Antoinette estaba recortando las ramas de las glicinias, cuya longitud superaba la habitual a causa de las lluvias de las últimas semanas.

—Tiene una llamada de teléfono.

—¿Quién es?

—La señorita Bishop.

La abogada miró la hora. Había dejado a Clara aseándose con la ayuda de Sylvie antes de bajar a desayunar.

—¿La señorita Campoamor ya está lista? —le preguntó mientras entraba en la casa.

—La espera en el comedor.

Se limpió las manos en el mandil que solía ponerse para trabajar con las plantas. Años atrás habían tenido un jardinero, pero desde que se jubiló prefería ocuparse ella misma de esas tareas, que la relajaban. En muchas ocasiones, mientras lo hacía, sus ojos se desviaban hacia la ventana del primer piso, donde Clara trabajaba

tras su escritorio. Sin embargo, la española ya no ocupaba aquel despacho.

Antoinette la halló sentada en una butaca cuando llegó para ponerse al aparato. Hasta hacía un momento Campoamor había estado escuchando la radio, pero la había apagado al sonar el teléfono.

—Anne, buenos días.

—Buenos días, Antoinette. Perdonad que os llame tan temprano. Anoche me tropecé con algo muy importante entre los materiales de mi madre.

—¿De qué se trata?

—He encontrado el nombre de Victoria Kent en unos archivos sobre los servicios secretos franceses... Algo llamado BCRA. Después de que me preguntases qué sabía sobre ella y de leer el capítulo de la carbonera, tuve claro que intentabas decirme algo. Pero no imaginaba que sería algo así. Al parecer, los franceses colaboraron con otros servicios de inteligencia, entre ellos el MI6...

La pausa intencionada no dejaba lugar a dudas para Antoinette, que trató de hacerle señas a Clara. Sin embargo, esta no podía distinguir sus gestos desde unos metros.

—¿Sigues ahí?

—Sí, Anne, discúlpame. Voy a transmitirle a Clara lo que has dicho. —La joven notó cómo el sonido quedaba amortiguado por la mano de la mujer. Poco después, esta volvió a dirigirse a ella—. Espera un segundo. Voy a ayudarla a acercarse para que pueda oírte también. Así no tendré que estar repitiéndolo todo.

Al poco, las dos compartían el auricular.

—Hola, Clara. Vosotras lo sabíais, ¿verdad? Que Victoria Kent también trabajó como espía.

—Hay cosas de las que no debo hablar, no sin su permiso al menos. Ni Antoinette ni yo podíamos contarte nada.

—¿Quieres decir que debo ignorar ese hecho?

—Anne —la voz de Campoamor sonaba cansada—, sé que eres periodista y muy buena, por cierto. Pero algunos hechos no pueden revelarse así como así. No creas que yo no he sentido la tentación de hacerlo, porque desde que empecé a redactar mis memorias he sabido que, de algún modo, mi historia nunca estaría completa sin contar parte de la de Victoria. Hay tantas cosas que nos unen y momentos trascendentales en los que nuestros caminos se han cruzado... Aun así, no hablaré de nada que le concierna sin que ella dé su visto bueno. Lo entiendes, ¿no? —Contrariada, Anne calló al otro lado del hilo telefónico—. Se me está ocurriendo... —prosiguió Clara mirando a Antoinette—. Quizá podría llamarla y preguntarle.

—¿A Victoria? —El gesto de la suiza era escéptico—. Pero si apenas os habéis comunicado en los últimos años. Ni siquiera sabemos cómo está.

—Las noticias malas vuelan, querida, ya lo sabes. Como mucho estará mayor, igual que nosotras. De todos modos, nuestra relación fue siempre así... Rara. Muy distante y, de repente, muy cercana. Y de nuevo distante. Creo que no podemos... No, no sabemos tratarnos de otra forma. Aunque quizá sea mejor así.

—Un momento. ¿Y si...?

—¿Qué? —inquirió Antoinette, intrigada por lo que Anne fuera a proponer.

—¿Y si se lo preguntara yo?

Las abogadas se miraron.

—No me parece una mala idea —repuso Clara—. Pero Victoria no te prestará mucha atención si la llamas. No le gustan los teléfonos, ese es uno de los motivos de que no hayamos hablado casi nada

desde hace tiempo. Nosotras somos de otra época. Una en la que la palabra escrita era el medio más habitual para comunicarse desde la distancia.

—Ya, pero podría retrasarse todo mucho si nos limitamos a escribirle y esperar una respuesta.

—Tienes razón. Por eso, deberías ir allí —sugirió Antoinette.

—¿Yo? ¿A Nueva York?

—Querida, has tenido una idea excelente. Y no te preocupes de nada, Anne. Nosotras correremos con los gastos.

—Os lo agradezco mucho, pero...

—Nada de peros. Yo le insistiré para que te reciba. El resto tendrás que hacerlo tú.

Clara sonreía por primera vez en muchos días y, pese al agotamiento extremo que vio en su rostro, Antoinette no pudo evitar hacerlo también.

Dos semanas después

Anne miró por la ventanilla. Necesitaba descansar la vista después de varias horas trabajando. Le resultaba muy difícil dormir cuando viajaba en avión, por lo que había aprovechado para seguir leyendo y tomando notas. Con los ojos posados en el horizonte de aquel mar de nubes, repasó sus ideas, imaginando a los personajes principales que aparecerían en el libro. Ahora, aparte de Clara, Antoinette y su propia madre, la espía Cecily Bishop, estaba la desconocida que todavía era Victoria Kent. Aunque faltaba por saber en qué modo se hablaría de ella, si como alguien secundario y tangencial al hilo narrativo de Campoamor o si tendría alguna escena de mayor protagonismo. Todo dependería de lo que le contase.

Se preguntó cómo sería. De momento, no tenía más información que la que otros le habían proporcionado. Clara, tanto en sus escritos como de palabra, se había referido a ella como una mujer fuerte, con mucha personalidad y arraigadas convicciones republicanas y democráticas. En ese sentido y, por lógica, ambas debían de ser muy parecidas. Aun así, siempre que pensaba en las dos políticas resultaba inevitable acordarse de su enfrentamiento a causa del sufragio femenino. Y la historia, en su opinión al menos, parecía haberse decantado siempre del lado de Campoamor, que fue quien se llevó el gato al agua al lograr el derecho a votar para las mujeres españolas. La abogada Quinche ya la había sacado de su error con respecto a la postura de Victoria Kent. Sin embargo, Anne seguía albergando una actitud un tanto negativa hacia la diputada que zancadilleó una iniciativa tan maravillosa como la que Clara había abanderado. Debía de haber algo más, algún motivo oculto para que hubiese adoptado esa postura. ¿Cabría la posibilidad de que Victoria tuviera razón, dados los resultados de las primeras elecciones en las que votaron las mujeres y que habían despojado a la izquierda de la mayoría?

Sacó el telegrama recibido en respuesta al que Clara había enviado para pedirle a Victoria Kent que se entrevistara con ella.

«De acuerdo. El 29 de abril. 10.00 a. m. 820, Fifth Avenue. Abrazos».

Le pareció parco, como todos los telegramas, pero aún más considerando la relación que las dos exdiputadas habían tenido en el pasado. Clara le había dicho que no se lo tuviera en cuenta a Victoria y Anne decidió hacerle caso. La entrevistaría con la mente abierta, sin prejuicios que pudieran estorbarle.

Intentó relajarse aprovechando la somnolencia que se abría camino hacia su cerebro, cerrando a su paso, como si fueran

ventanas, sus párpados. Las expectativas sobre el viaje, el primero que hacía a Nueva York, le habían quitado el sueño durante la noche anterior, pero no tanto por con quién iba a hablar, sino por sus propios miedos. Todavía le quedaba un largo recorrido hasta que pudiera reincorporarse a su trabajo, si bien esa entrevista iba a ser un buen entrenamiento.

El taxi la llevó del hotel a la Quinta Avenida y se detuvo en el número 820. Se trataba de un edificio de estilo neorrenacentista de doce plantas.

Anne le dio su nombre al portero, quien le indicó a qué piso debía subir. Una vez arriba, aguardó nerviosa a que le abrieran, repasando mentalmente lo que había ido a hacer allí. No tardó en aparecer una mujer de pelo totalmente blanco. Vestía un pantalón de pinzas beis y una rebeca de lana a juego. Victoria Kent sonrió al recibir el saludo en castellano de Anne mientras le ofrecía una mano que la periodista estrechó. Después, la guio por un pasillo que concluía en un salón luminoso y con pocos muebles.

—¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un café?

—Solo si usted va a tomar uno —contestó la joven.

—Yo ya he tomado el primero y el último del día. Pero usted debe de estar cansada del viaje.

Sin esperar una respuesta, la anciana le dio instrucciones en inglés a otra mujer que acababa de aparecer y que debía de trabajar en la casa.

Cuando se sentaron en los sofás de cuero color crema que ocupaban gran parte del espacio, se contemplaron en silencio. La mirada de la antigua diputada resultaba un tanto intimidante. Anne sabía que estaba analizándola, picada por la curiosidad de saber qué

motivos podía tener Clara para pedirle que la recibiera sin ninguna otra explicación. Considerando su habitual tendencia a darle vueltas a las cosas y a ofrecer detalladas descripciones, esta vez Campoamor había conseguido sorprenderla. Un simple telegrama remplazaba a sus extensas, aunque escasas, cartas de los últimos años.

—Pues usted dirá en qué puedo ayudarla, señorita Bishop.

—Le agradezco mucho que haya accedido a verme. El motivo de mi visita es que estoy escribiendo un libro sobre Clara Campoamor... o, más bien, con ella.

—Otro libro... —comentó, con algo que a Anne le pareció diversión.

—Bueno, son una especie de memorias. Esta vez no trata tanto de su faceta política, aunque resulta inevitable hablar de ello. De hecho, la menciona a usted en algunos capítulos. —Debía ir con cuidado. La expresión de la anciana había variado de forma muy sutil, aunque no sabía qué emoción se ocultaba tras el cambio—. Por eso he venido hasta aquí, con el fin de pedirle permiso para citarla y publicar dichos capítulos.

—Tendría que leerlos para saber si son... publicables.

—Por supuesto. Por eso los he traído.

La cordialidad de la exdiputada seguía ahí. Su sonrisa no se había apagado, aunque había algo en sus ojos que no tenía la menor idea de cómo interpretar. Sabiéndose observada, sacó de la mochila una carpeta y de esta un montón de hojas. Le pasó una parte a la mujer, que se puso unas gafas.

—¿La carbonera?

—Sí, se refiere a...

—Imagino a qué se refiere —la cortó. Entonces, sin añadir nada más, comenzó a leer.

Mientras tanto, Anne se tomó la libertad de levantarse y acercarse a los amplios ventanales. La perspectiva desde allí quitaba el aliento. El rectángulo perfecto y verde de Central Park ocupaba toda la vista. ¿Cómo sería vivir en un sitio así, casi de película?

Después, echó un vistazo a su alrededor. Sobre unas sencillas baldas de madera de abedul reposaban varias fotos. En una de ellas pudo ver a una Victoria mucho más joven y a otra mujer. Según le habían contado Clara y Antoinette, aquella debía de ser Louise Crane, la compañera de la malagueña desde hacía una veintena de años. Al parecer, ambas se habían conocido en 1950, cuando Kent fue nombrada representante del Gobierno de la República en Nueva York. Lo que había comenzado con unas clases de español de Victoria a la estadounidense, se había transformado en una relación de dos décadas. Louise era una millonaria que sentía pasión por España. Desde el principio, había mostrado su apoyo a la causa de los exiliados españoles, muchos de ellos políticos con cargos en el Gobierno republicano derrocado por la dictadura franquista. De hecho, se había implicado en su lucha desde la distancia e intentado ayudarlos gracias a sus contactos. Además, Victoria y ella habían iniciado una publicación de corte político, *Ibérica por la libertad*, con la intención de mover conciencias en el mundo para que se condenara el régimen de Franco.

Una risa la distrajo de sus pensamientos. Imaginó que Victoria estaba leyendo el pasaje en el que se describía el aspecto que tanto ella como Clara tenían tras salir de aquella carbonera. Transcurrieron unos minutos más. Entonces, la anciana alzó la mirada y sonrió para sí negando con la cabeza.

—Solo ella podía haberlo descrito así.

Le devolvió las hojas a Anne.

—¿Le ha gustado?

—Mucho, y me resulta muy curioso, porque...

Una idea cruzó su rostro, pero algo la hizo callar. De improviso, se levantó y salió de la habitación.

La periodista esperó, confusa. Pasaron cinco minutos, durante los cuales llegó a plantearse si la reunión había acabado sin que Victoria pensara decir nada más, o si se había ido por otro motivo. Entonces la vio regresar.

—Tome, lea esto. Desde aquí. —Le indicó con un dedo sobre la página.

Sorprendida por la propuesta, Anne cogió las hojas mecanografiadas y leyó.

Tenía una sensación de extrañeza. Era como si le faltara algo, aunque no sabía qué. Cuando terminó de asearse, todavía le quedaba carbón bajo las uñas, a pesar de haberse frotado con una esponja que, por poco, no le levantó la piel. Mientras observaba sus manos, se encontró pensando en las de la diputada Campoamor. Ella tenía la costumbre de gesticular bastante mientras hablaba, ya fuera desde el estrado del Congreso de los Diputados o en las conferencias que impartía. Había poca gente a la que Victoria hubiera admirado en su vida, a la que le gustase escuchar, con la salvedad de grandes oradoras como María de Maeztu. Clara Campoamor era otra de esas excepciones.

Llevaban años coincidiendo en distintos eventos por todo Madrid. Y, aun así, cada vez que se veían parecía que existiera un velo de cristal entre ellas que les impidiera acercarse, reconocerse como lo que eran: camaradas, compañeras, quizá hasta almas gemelas. Por qué no, después de lo sucedido el día anterior.

Se contempló en el espejo y supo lo que echaba en falta: el reflejo de Clara junto al suyo. La sincronía de sus miradas, la expresión callada tras los ojos elocuentes, la revelación de que había más cosas que las unían de las que las separaban, a pesar de aquel estúpido enfrentamiento que habían tenido en el hemiciclo un lustro atrás. Como si no pensaran igual...; no, casi igual. Donde Clara era vehemente y radical en su defensa del feminismo, ella era más parca y neutra, menos beligerante. Pero en el fondo, las dos querían la misma cosa: la igualdad de la mujer con respecto al hombre en todos los aspectos de la vida. ¿En todos?, se preguntaba Victoria ahora. Bueno, quizá no hiciera falta que fuera en todos, pero sí en lo más importante: en la capacidad para expresar sus opiniones, en la toma de decisiones en el hogar, en la posibilidad de divorciarse de un marido violento... Clara, que aspiraba a la igualdad completa sin matices, habría discrepado. Pero es que su objetivo no era realista. Pensar que hombres y mujeres no se diferenciaban en nada equivalía a una falacia, ¿no? ¿Acaso no resultaba también atractivo lo distinto de la naturaleza de ambos sexos, un reto que afrontar, un intento constante de explicarse a uno mismo y de entender los motivos del otro? Victoria comprendió en aquel momento que eso era exactamente lo que habían hecho Clara y ella desde que comenzaron a tratarse: se retaban, intentaban comunicar lo que sentían y entender aquello en lo que la otra disentía... Entonces, según su propia teoría, aun siendo ambas mujeres, se habían comportado como si una de ellas fuera un varón. Pero ¿cuál de las dos había representado ese papel? Analizó su propia imagen: la frente ancha, los pómulos marcados, cejas pobladas, labios finos, el cabello peinado hacia atrás... De llevar puesto un traje de chaqueta y pantalón, así, sin maquillaje, podría haber pasado por un hombre.

Cuando Anne alzó la mirada se encontró con la de la señorita Kent, quien debía de haberla estado observando mientras leía.

—¿Usted escribió esto?

La anciana asintió.

El modo tan subjetivo e íntimo, incluso afectuoso, en el que Victoria se refería a Clara la había conmovido. Qué distinta la perspectiva de la una con respecto a la otra. Su opinión sobre la mujer que tenía delante acababa de transformarse para siempre.

—Me llama mucho la atención que las dos decidieran plasmar aquel momento, aunque con estilos muy diferentes.

—¿Se refiere a mi elección de un narrador en tercera persona?

Esta vez fue Anne quien movió la cabeza para afirmar.

—Pero también comunica a la perfección lo que usted sintió. Y supongo que, si decidió hacerlo así, tendría sus motivos.

—Desde que viví en París, he preferido dejar que otros contaran mi historia. —Sonrió enigmáticamente—. Así me siento más cómoda.

—Me parece una buena elección.

—Por cierto, échele un vistazo a esto. Y, mientras, páseme las otras hojas que ha traído.

Le estaba ofreciendo un libro de pocas páginas, *Cuatro años en París*, firmado por ella.

—No sabía que usted también hubiera publicado un libro.

—Sí, pero muy distinto de los de la señorita Campoamor. Enseguida se dará cuenta de por qué lo digo.

Victoria se acomodó en el sofá y comenzó a leer el capítulo en el que Clara narraba el enfrentamiento entre ambas en el Congreso de los Diputados en 1931. Por su parte Anne, con cierto desasosiego por cómo pudiera sentarle la forma en la que Campoamor había descrito la escena, intentó concentrarse en el libro de Kent.

Unos minutos después, con un suspiro, Victoria dio señales de haber terminado. Las dos se miraron.

—¿Qué le parece mi libro?

La pregunta sorprendió a la joven.

—Muy interesante. Intentaré conseguir una copia para leerlo con calma.

—Quédeselo. No creo que pueda encontrarlo con facilidad. Se hizo una pequeña tirada en Argentina. Además, tengo otros dos o tres por algún lado.

—Muchas gracias.

El silencio se hizo incómodo. ¿De verdad no iba a decir nada sobre el texto de Clara?

—¿Hay alguna cosa más de la que desee hablarme?

—La verdad es que sí... Pero antes, ¿le parece bien que ese capítulo aparezca en el libro de la señorita Campoamor?

Su respuesta llegó varios segundos después.

—Por qué no.

—Bien... —Organizó sus ideas en busca del mejor modo de formular lo que venía a continuación—. Verá, no se lo he dicho aún porque no era relevante hasta este momento, pero mi madre se llamaba Cecily.

Los ojos de Victoria vagaron por la estancia en busca de una conexión, hasta que la encontró.

—Cecily Bishop, claro.

No sonrió ni mostró emoción alguna al decirlo.

—Entiendo que ustedes se conocieron.

—No. No la he visto en mi vida.

Confusa, Anne tardó unos instantes en reaccionar.

—Pero... he encontrado su nombre entre los muchos papeles que ella dejó escritos.

Por fin, el rostro de Victoria dejaba escapar algo parecido al desconcierto.

—Eso no quiere decir que nos conociéramos..., pero sí, sé quién era. Entiendo, por el tiempo verbal que ha empleado, que ya falleció.

La periodista asintió. Debía enderezar el curso de la conversación, que acababa de tomar un cariz un tanto embarazoso. Sus años de preparación para su trabajo no podían estrellarse contra la reticencia de la anciana. Inspiró hondo.

—Se lo diré sin rodeos. Esos papeles de los que le hablo hacen referencia a las actividades que llevaron a cabo colaboradores de los servicios secretos durante la Segunda Guerra Mundial. Y usted figura entre ellos, por lo que entiendo que trabajó con mi madre en alguna ocasión.

En el gesto de Victoria, exento de cordialidad y de la seguridad que había demostrado durante toda la conversación, encontró ya pistas muy valiosas. Su instinto periodístico seguía ahí y se prometió que se aferraría a él con todas sus fuerzas. Prosiguió.

—Sé que se trata de un asunto muy delicado y no pretendo forzarla a hablar de lo que no quiera, pero el tema está directamente relacionado con el motivo de mi visita. No he utilizado a la señorita Campoamor para acercarme a usted, si es lo que se está planteando ahora mismo. Ella desea revelar en su libro ciertas vivencias de ese período, hablar de su participación en algunas misiones con los servicios secretos. Y, según me ha dado a entender, ya que no me ha desvelado nada que lo demuestre por respeto a usted, es posible que también contaran con su cooperación. La presencia de su nombre entre esos documentos indicaría que es así.

Se detuvo para darle la oportunidad de intervenir.

—Y Clara quiere mi permiso para hablar de ello, ¿no?

—Así es.

Victoria se puso en pie y se acercó al ventanal con las manos en los bolsillos del pantalón. Sobrevolando el extenso parque, su mirada se posó en la distancia. Sus ojos no buscaban algo físico ubicado en el horizonte, sino un tiempo. El pasado, que seguía latiendo en la memoria, entre recuerdos dolorosos, enterrados adrede por ella misma en las catacumbas de la mente. Aquel pasado seguía vivo ahí dentro, atrapado en ella, igual que ella era presa de ese tiempo imposible de olvidar.

—Me temo que ahora mismo no puedo darle una respuesta —afirmó, volviéndose de pronto.

—Por supuesto, lo comprendo.

—No obstante —añadió la anciana—, le voy a entregar algunas cosas que, quizá, la ayuden en la redacción de ese libro.

Una vez más, abandonó el salón y regresó al cabo de varios minutos. Llevaba un voluminoso archivador.

—Espero que haya traído una maleta grande —dijo al entregárselo —. Aquí encontrará bastante información, por ejemplo, sobre los juicios de Núremberg, a los que asistí. También he añadido textos más narrativos sobre la época en la que tuve que exiliarme de España y mi estancia en París. Todo está relacionado y la ayudará a comprender muchas cosas. Imagino que Clara también hablará de nuestra Guerra Civil en su libro, ¿no es así?

—Sí.

Victoria asintió con gesto serio. Seguía de pie, por lo que Anne supuso que la entrevista había llegado a su fin. Se levantó y le ofreció la mano.

—Le agradezco mucho su amabilidad al hablar conmigo. Tenga... —Sacó de la mochila una tarjeta—. Aquí tiene mi dirección y mi teléfono, por si quisiera comunicarse conmigo.

—De acuerdo, señorita Bishop.

Victoria le sostenía la mirada de un modo que le hizo sospechar que buscaba algo en ella. Tal vez el parecido con su madre, si es que había mentido con respecto a no haberla conocido.

Cuando abandonó aquel edificio, Anne llevaba consigo más preguntas que respuestas, si bien sabía que la visita había merecido la pena. Si no para la redacción del libro de Clara Campoamor, sí para que ella avanzara en su recuperación. En el transcurso de una hora, alguien que hasta entonces era poco más que un personaje ficticio se había convertido en una persona real. Una persona que la intrigaba y de la que necesitaba averiguar más cosas. La periodista perdida y confusa que llevaba dentro estaba encontrando al fin su camino de regreso a casa.

11

ÁRBOLES

Lausana, dos días después

—Ya sabía yo que no iba a resultar tan fácil.

—Yo no dije que fuera a serlo —replicó Clara en respuesta a Antoinette—. De hecho, es totalmente comprensible que no haya querido revelar algo tan importante e íntimo. Que yo necesite hacerlo no significa que otros deban seguir mis pasos. Hay que respetar su decisión.

—Pero entonces..., ¿qué va a pasar con el libro? —preguntó Anne al otro lado del hilo telefónico.

Ninguna dijo nada durante unos instantes. Aquello parecía ser un obstáculo imposible de esquivar. Y ahora que su intuición le decía que en la vida de Victoria Kent había mucho que contar, se negaba a olvidarse del asunto.

—Por el momento, sigue leyendo mis materiales y los de tu madre —sugirió Campoamor.

—Y los de Victoria. Al menos, algo sí se dignó a darme.

Las energías de Clara parecían haberse consumido de pronto. Se alejó del teléfono y tomó asiento en su butaca.

—Anne, tenemos que dejarte. Descansa. Debes de estar agotada del viaje.

—De acuerdo, hablamos pronto. Un beso para las dos.

En cuanto colgó, Antoinette se acercó a Clara. Su gesto aún delataba el tremendo latigazo de dolor que acababa de sacudirle las entrañas.

Se miraron y la española intentó modular su expresión.

—No intentes engañarme, te lo ruego —le espetó Antoinette—. Por favor, vayamos al médico de una vez.

—Lo que necesito es un poco de aire fresco.

La suiza suspiró. No podía enfadarse con ella. ¿De qué le iba a servir?

Aparcaron en Ouchy, cerca del muelle, e iniciaron una de sus caminatas. Como aún no habían dado las diez de la mañana y era miércoles, había pocas personas en el paseo. Avanzaban despacio, cogidas del brazo, deteniéndose de tanto en tanto para mirar la superficie del lago Lemán, convertida ahora en un espejo perfecto donde el sol se asomaba al agua para inundar el aire de destellos. Diversas gamas de colores transitaban las imponentes montañas, según la luz incidiera en ellas. La persistente corona de nieve sobre aquellos picos formidables, visibles desde cada rincón de la ciudad, recordaba la existencia de un tiempo, infinito e inmutable, que observaba desde su elevado trono el breve paso de los humanos por la tierra. Insuficiente para todo lo que uno desea hacer en ese abrir y cerrar de ojos que llamamos vida. Tales eran los pensamientos de Clara mientras contemplaba la belleza de un paisaje que, solo con el transcurso de los años, había logrado conquistarla. Al contrario que

otro, muy distante, que se le había metido en el corazón desde el minuto uno y llevaba tatuado en la memoria: San Sebastián.

La asociación de ideas la transportó hasta los días en los que llegó a la capital guipuzcoana tras preparar unas oposiciones para ser funcionaria del Estado en el Cuerpo de Auxiliares de Correos y Telégrafos. Había conseguido sacarse una plaza a los veintiún años, lo cual le ofreció la libertad de la independencia económica, tan poco habitual para una mujer de su época. Allí había pasado tres inolvidables años. El azul de un mar en el que los límites imprecisos entre cielo y tierra permitían soñar con la infinitud, el aire cargado de olor a algas y un clima que solo ella parecía apreciar se habían alojado en su alma para ocupar un puesto de honor. Entre las muchas cosas que Clara lamentaba estaba no haber regresado nunca.

En el veloz repaso mental de los lugares que había recorrido en su periplo vital, le tocó el turno a Buenos Aires, donde había permanecido quince largos años. Mientras rememoraba escenas de todos los paisajes que había contemplado, Campoamor comprendió que se había convertido en una ciudadana del mundo. No estaba sujeta a una sola época o a las estrictas costumbres ni convenciones de ningún país, sino que había vivido, gozado y sufrido en los distintos escenarios en los que su vida se había desarrollado. La idea hizo que todo cobrara sentido, especialmente ahora, que se acercaba el final de la representación. Y esa certeza vino acompañada de otra, al ver el rostro amado de Antoinette: en esos instantes estaba donde tenía que estar.

El enorme pino ante el que se detuvieron, después de avanzar un centenar de pasos, había sido testigo de muchos de sus paseos junto al lago. Seguía creciendo imperturbable al discurrir de los días y al azote del viento. Su tronco, dividido en dos tramos atravesados

por nudos que se asemejaban a ojos, invitaba a apoyar el cuerpo en su piel, surcada por la eternidad. Antoinette llevó a Clara hasta el árbol. Allí, la española, que sabía bien lo que esperaba que hiciera, rodeó el rugoso perímetro con los brazos mientras la suiza hacía lo mismo. Sus manos no llegaron a tocarse, pero, como en tantas otras ocasiones en las que habían compartido ese abrazo, se sintieron conectadas por la energía ancestral que viajaba embarcada en la savia de aquel ser de otro tiempo. En tal acto, tan insignificante, tan familiar, encontraron ambas las fuerzas para sonreír de nuevo y continuar su paseo, que concluyó en un banco situado junto a la orilla. Con las manos entrelazadas, las dos mujeres, dos ancianas en cuyos pechos palpitaban los corazones de unas jóvenes, aspiraron la transitoria calma. Lo que el futuro albergara vendría, quisieran o no, de modo que nada podrían hacer. Salvo esperar.

Anne atravesó la entrada norte del cementerio de Brompton, en el oeste de Londres. Centenares de lápidas, desde las más antiguas, que databan del siglo XV, hasta las más modernas moteaban extensiones de hierba bastante crecida y flores salvajes.

Hacía semanas desde su última visita a aquel idílico lugar, frecuentado por paseantes que buscaban la paz de sus senderos y el canto de los pájaros. Cuando avanzaba junto a las tumbas que se alzaban en los laterales, le llamó la atención una decorada con una cruz celta. Se detuvo. Allí reposaba Emily Pankhurst, una de las líderes del sufragismo británico. Sonrió al pensar en la importancia que la lucha de las mujeres acababa de cobrar para ella, gracias a la irrupción en su vida de Clara Campoamor y Antoinette Quinche. Y, sobre todo, debido al descubrimiento de la actividad de su madre,

Cecily Bishop, quien, al parecer, había actuado con tanto coraje como cualquier hombre durante la Segunda Guerra Mundial.

Tomó una senda que se adentraba en la vegetación hasta llegar a un enorme tejo, bajo el cual se erguía una solitaria lápida de mármol oscuro, coronada con sencillos motivos florales. La inscripción rezaba «Via ad libertatem tortuosa est». Su verdadero significado se le reveló con más fuerza que nunca. La lucha de Cecily, Clara, Antoinette, Emily y muchas otras mujeres había surgido por pura necesidad. La de conseguir la libertad para sí mismas, pero también para los demás a través de sus formidables esfuerzos. El camino hacia la libertad había sido tortuoso, como decían las palabras grabadas en la piedra, si bien todas lo habían recorrido con éxito y habían conseguido dejar su huella en el mundo.

«Y tu legado, Cecily, ¿cuál es?».

Su rostro se ensombreció con tal pensamiento. Cuánto tiempo perdido en discusiones inútiles, en intentar tener la razón, cuando apenas disponían de momentos que compartir. Cuánta energía malgastada en reproches que podrían haber invertido en conocerse mejor, en demostrarse cuánto se querían. Porque lo cierto era que Anne adoraba a su madre. Aunque hubiese sido una madre ausente, atareada, incluso durante los escasos días que pasaba en casa a lo largo de los años. La niña había sido criada por la hermana de Cecily, quien se había ofrecido a sustituirla de buena gana al no haber podido concebir a sus propios vástagos. Así, la pequeña Anne creció con una tía-madre que le hablaba de la valiente guerrera que aparecía de tanto en tanto con algún regalo y apenas se quedaba unas horas. Y esta, tras la coraza de emociones reprimidas que los servicios de inteligencia le habían enseñado a vestir de manera permanente, tenía que contentarse con unos preciosos minutos de juegos mientras sus ojos constataban el paso del tiempo en las

mejillas sonrosadas de su niña, a la que quería con toda el alma. Sin embargo, ni la madre ni la hija habían pronunciado jamás las palabras que podrían haberlas reconciliado y unido para que la muerte no resultara un abismo tan insoportable ahora, cuando Anne contemplaba la desnuda piedra bajo la que Cecily yacía.

La mano derecha de la periodista se había posado en su vientre. Al darse cuenta, sintió la conexión, brutal y dolorosa, que su corazón —no su mente, puesto que ninguna idea la había llevado a hacerlo— había establecido entre las dos mujeres más importantes de su vida: la que había muerto tras vivir una existencia rica y plena de experiencias, y la fallecida sin haber llegado siquiera a exhalar su aliento fuera del cuerpo de su madre. La abuela y la nieta que no consiguió nacer acababan de crear una alianza que las unía a las tres con un vínculo indisoluble. Las lágrimas sellaron aquel pacto no acordado, al que Anne decidió añadir una cláusula propia, formada por dos palabras. «Te quiero», susurró. Y esa simple frase contenía todas las escenas compartidas en el pasado con su madre y las que nunca tendrían lugar con su hija.

Tras depositar las flores en la lápida, se alejó por el caminillo con el rumor de fondo de las ramas de aquel tejo, mecidas por la mano amable de la brisa.

Cuando llegó a casa, se preparó una taza de té. Sentada en el sofá, con las piernas recogidas debajo, sintió de pronto una necesidad que no la había asaltado desde hacía demasiado tiempo. Acercó la mano a la mesa y cogió una libreta y un bolígrafo. La página en blanco no le dio miedo esta vez, como le había sucedido en otras ocasiones durante los últimos meses, cuando intentaba volver a escribir para poder retomar su trabajo. Entonces sus esfuerzos habían concluido con la decepción y la frustración de verse incapaz de hacer algo que

años atrás le resultaba casi tan natural como respirar. No obstante, ahora las sensaciones eran distintas. Sus dedos no los guiaba la intención de redactar un texto periodístico. Lo que en ese instante le palpitaba en algún lugar entre el pecho y los labios era distinto. Y, sin pensarlo más, deslizó el bolígrafo sobre la hoja:

> Empiezo a sentirme como un árbol cuyas ramas huyen en busca del cielo y con raíces que ya no le impiden escapar a otras realidades: indecisa entre quedarme y marcharme, sin el contrapeso de la carne y con las alas prestadas de la memoria...

Se detuvo. Paladeó el sonido producido por el tacto de la punta sobre el papel. Y se emocionó con la magia de ver surgir las letras, que se aliaban para darles sentido a la vida y a la muerte. El corazón le latía con fuerza, henchido de anticipación al percibir el flujo de aquella nueva sangre cargada de significado y plenitud. Todo encajaba por fin, el círculo se completaba. Le parecía que hasta la piel de los árboles, con la que se habían fabricado las hojas en las que escribía, se estremecía de placer al sentir que su propia historia se entretejía con la de la humana que trazaba sobre ella palabras y más palabras.

> Mis hojas caen arrastradas por el viento y la savia que discurre por mis venas va cargada del aroma de recuerdos, de sabor a besos y sonidos de risas nunca olvidadas. Siento que el cordón que me unía a la vida se deshace bajo mi tronco, me deja cada vez un poco más libre, un poco más sola.
>
> Más yo.
>
> El bosque, antes poblado de seres afines, se perfila desolado contra el cielo del atardecer, pese a que sus sombras han quedado grabadas eternamente en el tapiz alfombrado de vegetación seca que me rodea. Este mundo verde, infantil y anciano comienza a desaparecer, a encaminarse de vuelta al palpitante seno de la

tierra, mientras yo deambulo por una senda desconocida hacia un eco que me llama, oculto tras el velo de la noche.

Cuando terminó, se llevó los dedos a la cara. Lágrimas cauterizantes, sanadoras, le traían por fin la ansiada y esquiva paz. No solo había vuelto a ser ella misma, sino que llevaba en su interior la semilla del futuro.

12

EL FIN DE LA ESPERANZA

Londres, mayo de 1971

Anne se había levantado más temprano de lo habitual para poder hacer todo lo que quería antes de continuar con la investigación. Quitó los libros de una de las secciones de la estantería grande del comedor, compuesta por cuatro baldas, y los metió en cajas. Ya regresarían a su sitio más adelante. Ahora necesitaba ese espacio para clasificar los materiales de una forma más metódica; de lo contrario, corría el riesgo de cometer errores o verse inmersa en un maremágnum ingobernable de datos. Además, había decidido que la mejor forma de progresar sería leer las distintas fuentes cronológicamente, centrándose en el mismo período siempre que fuese posible, de manera que pudiera tener una visión global de los hechos contados por sus tres narradoras.

Tras colocar los archivadores de Cecily, las cajas que contenían los tomos de Clara Campoamor y la voluminosa carpeta de Victoria Kent, hizo un poco de ejercicio y se dio una ducha. Se encontraba de maravilla por primera vez desde hacía mucho. El sótano en el que sentía que había estado encerrada durante el último año parecía un

mal sueño al que no tenía la menor intención de regresar. De forma un tanto sorprendente, la visita al cementerio la había ayudado a pasar página y eso pretendía hacer. Para ello se había propuesto volcarse en el trabajo y empezó por seleccionar las primeras hojas de los materiales que Victoria le había entregado. Ya era hora de desentrañar el misterio de aquella mujer cuyo vínculo con Clara le resultaba tan enigmático.

Tal como aquella le había adelantado, encontró un texto con una evidente intención literaria, al igual que los de Clara. Con una tremenda curiosidad por averiguar cuál de los dos estilos le gustaría más, comenzó a leer.

Tierra y sangre

1936-1937

La explosión le había dejado en los oídos un pitido ensordecedor que enmudeció de forma brutal el resto de los sonidos del mundo. Una lluvia de piedras y matorrales siguió al estruendo, enterrándolo todo. Victoria notó el sabor de la sangre y, al mover la boca, masticó tierra. No podía abrir los párpados. Cuando lo consiguió, se topó con el rostro de un muerto justo a su lado. Sintió que su mirada, abismal y vacía, iba a engullirla.

Después de unos segundos interminables, el movimiento de la escena, congelada tras la explosión, se reinició. Alguien le tocaba el brazo. Al girarse, vio a un soldado que intentaba pedirle ayuda. De una de sus piernas no quedaba más que un muñón deshilachado y sanguinolento. Sus dedos crispados le hacían daño mientras se aferraba a ella con desesperación. El joven, que no tendría más de dieciséis años, llevaba el pánico grabado en los ojos, muy verdes.

Victoria no solo oía los gritos desgarradores del chico, sino los de varios hombres más a pocos metros. Unos tenían heridas en la cara, otros en el tronco o los miembros. Constató que dos más habían fallecido. Estaban bocabajo, si bien las terribles aberturas causadas por los cañonazos no dejaban lugar a dudas sobre la imposibilidad de que sus corazones volvieran a latir. El capitán de la guarnición daba órdenes a la desesperada, intentando recomponer las filas defensivas de las trincheras. Con ataques de esa magnitud, el entorno de la sierra acabaría convertido en una zona llena de oquedades donde la muerte sembraría los huesos de los fallecidos.

La única cosecha durante los siguientes años sería el silencio.

Victoria Kent se había desplazado hasta el frente de Guadarrama unas semanas atrás, cuando la sublevación para acabar con la Segunda República, iniciada en Melilla, avanzaba como un cáncer por España. Los generales Franco y Mola, al mando de las tropas de Marruecos y del Ejército del Norte respectivamente, tenían como principal objetivo ocupar Madrid lo antes posible. Por tanto, era de vital importancia para los republicanos impedir su avance, no solo porque, de verse superado su ejército, el golpe de Estado sería un hecho consumado, sino también porque la moral en las provincias que aún aguantaban estaba en juego. Todo el mundo era consciente de que en el momento en que cayera Madrid se produciría un efecto dominó.

Los rebeldes que marchaban desde el norte tenían que atravesar el Sistema Central, de manera que los puertos de la sierra de Guadarrama y de Somosierra se convirtieron en puntos estratégicos y decisivos para defender la capital. Centenares de voluntarios

habían marchado hacia el Alto del León, a sabiendas de que el enemigo intentaría pasar por allí.

Victoria, que era incapaz de quedarse de brazos cruzados mientras los enfrentamientos armados en las calles de Madrid forzaban a la población a recluirse en casa, había decidido unirse a quienes luchaban en la sierra. Había mucho que hacer, no solo en primera línea, donde los ejércitos se enfrentaban, sino también en la retaguardia, donde los ciudadanos de a pie sufrían las consecuencias de los ataques. Ellos, que siempre habían estado entre sus principales preocupaciones y cuyo bienestar fue su acicate cuando decidió dedicarse al derecho penal, atrajeron su atención de inmediato, al imaginar lo que debían de estar pasando. Se trataba de familias humildes, con demasiados hijos en su mayoría, que vivían en la miseria, arrinconados en aldeas y pueblos, sin provisiones o servicios mínimos y en condiciones insalubres. Así pues, la diputada se había ofrecido para acompañar a las guarniciones que distribuían alimentos y ropa.

Junto a ella, sentados en la parte trasera de un camión entre los soldados, viajaban los únicos civiles del grupo: tres mujeres, todas voluntarias, y dos médicos. Habían salido de Madrid poco después de medianoche y el tiempo que compartieron en aquel vehículo, pese a los silencios y al sueño, que les asaltaba de tanto en tanto, le permitió conocer los motivos que los habían impulsado a embarcarse en aquella peligrosa empresa. Una de las mujeres era la viuda de un hombre a quien una bala perdida había matado durante los primeros enfrentamientos en la capital. Buscaba aliviar su dolor, que llevaba tallado en el rostro y en sus gestos, exponiéndose al peligro en un intento de ayudar a los demás. En cuanto a las otras dos, habían trabajado como matrona y como maestra. No tenían familia y sabían que sus oficios serían de utilidad en el lugar al que se dirigían. Al

escuchar sus historias, Victoria se preguntó cuál sería su razón para estar allí.

Habían tomado carreteras secundarias con el fin de evitar la ruta principal, donde los sublevados solían tender emboscadas a los transportes. Después, dejaron atrás el vehículo y avanzaron por la montaña sobre mulas y caballos que les tenían preparados. Con la luz del amanecer descubrieron un conjunto de construcciones pequeñas. El emplazamiento estaba rodeado de dos líneas de trincheras y protegido, en un lado, por el parapeto natural de berrocales y, en el opuesto, por nidos de ametralladora. Aquellas edificaciones y otras similares, en las que Victoria y los demás se guarecerían durante los días que pasaran recorriendo los montes, parecían fuertemente preparadas para soportar los ataques de los rebeldes, pero también el fuego amigo de la artillería y la aviación republicanas. De momento, no había estado expuesta al verdadero peligro.

Hasta entonces.

Con el desagradable sabor de la tierra y la sangre en los labios, se pasó la manga del abrigo por la cara para limpiársela y poder ver mejor. A continuación, se acercó a uno de los fallecidos. Intentando no prestar atención a nada más allá de la camisa que acababa de quitarle, regresó junto al joven herido. Durante las semanas previas, había visto cómo se hacía un torniquete. Enrolló la prenda en torno al muñón y apretó con todas sus fuerzas para impedir que el chico se desangrara. Después, mientras le sujetaba la mano para infundirle ánimos, buscó con la mirada entre la confusión que los rodeaba. Ahí estaba uno de los doctores. Lo llamó a gritos y consiguió que la viera.

En cuanto el galeno se acercó y se fijó en la terrible amputación, le hizo un gesto casi imperceptible: aquel chaval no viviría mucho más. Tragándose las lágrimas de impotencia, Victoria dio un beso en la frente al moribundo y se alejó con la rabia golpeándole las sienes. Necesitaba ser útil, conseguir que la vida de alguna de aquellas personas, que habían sido arrastradas a una guerra injusta, no se extinguiera delante de sus ojos. No podía aceptar que la muerte campara a sus anchas entre aquellas endebles barricadas.

Caminó por la ladera entre los aullidos de dolor de los heridos y los gritos de los militares, que intentaban reorganizarse. Ayudó a quienes cargaban con los cadáveres mientras otros recogían los pesados sacos de tierra y rellenaban los huecos abiertos en la trinchera. Los médicos no daban abasto para atender a los caídos, coser heridas y certificar muertes. Entretanto, las mujeres les echaban una mano limpiando y vendando laceraciones.

El espectáculo era desolador. Donde unos minutos antes había barracones y toda una estructura planificada, ahora reinaban el caos y el terror. Y lo mismo sucedió en otros escenarios que Victoria visitó después. Las caras de los soldados y los habitantes de los pueblos se parecían, igualados por la miseria, el miedo y el sufrimiento. Sin embargo, todos quedarían grabados en su memoria, los vivos y los muertos. La diputada se repetía a sí misma que algún día acabaría aquella estúpida guerra y no tendría que volver a presenciar algo tan estremecedor.

La vida se encargaría de demostrarle que se equivocaba.

Anne dio un trago a su té y compuso un gesto de desagrado al comprobar que se había quedado frío. Lo volvió a dejar en la mesa. El texto que acababa de leer ofrecía un relato extremadamente

valioso de la guerra civil española. No podía negar que el material era muy bueno, tanto como el de Clara. No obstante, los escritos de esta transmitían una calidez que le costaba encontrar en los de Victoria. Quizá se debiera solo al uso de la tercera persona para referirse a sí misma en vez de la primera, que tan buen resultado daba en los de Campoamor. Sin embargo, tenía la sensación de que no se trataba solo de eso. El empeño de Kent por distanciarse de los hechos podría obedecer a una incapacidad de enfrentarse al horror que hubo de vivir. Cuando hubiera leído todo, quizá tendría otra impresión, aunque algo le decía que no iba a ser así.

Cogió otra subcarpeta, que llevaba un título en la portada tan escueto como sugerente: «París».

1937-1940

Victoria Kent había llegado a Francia en 1937 sin tener la menor idea del tiempo que tardaría en regresar a su país. El Gobierno de la República acababa de crear en París la Embajada de España, de la que la habían nombrado secretaria, además de delegada nacional de la Infancia Evacuada. Mientras atravesaba los Pirineos, llevaba el alma colmada de tanta miseria y desolación como había presenciado a lo largo del camino a medida que iban cayendo los frentes republicanos. Y se prometió que haría lo imposible por ayudar a tantas personas como pudiera en cuanto tomara posesión de su nuevo cargo.

Cuando apenas llevaba unos días en la capital gala, en una reunión que tuvo lugar en la embajada con miembros de asociaciones humanitarias, le presentaron a Adèle de Blonay. La mujer, de origen suizo, llevaba muchos años en Francia. Era

miembro de la Cruz Roja y tenía las ideas muy claras sobre lo que estaba ocurriendo en Europa y, por supuesto, en España. Su colaboración resultó fundamental para Victoria en la búsqueda de familias de acogida y para encontrar asilo a las personas que habían cruzado los Pirineos huyendo de la Guerra Civil.

Durante el primer año, la diputada Kent estuvo tan ocupada trabajando que apenas tenía tiempo de pensar en sí misma. Por aquel entonces, las esperanzas de que la guerra en España terminara y ella pudiera recuperar lo que había dejado atrás no parecían descabelladas. De hecho, cuando se marchó de Madrid no había recogido sus pertenencias ni dado instrucciones para que alguien se encargara de su casa o sus asuntos. Al fin y al cabo, trabajaba para el Gobierno y se sentía, hasta cierto punto, protegida. Después, al hallarse a tantos kilómetros, su sensación de seguridad aumentó, aunque ver el estado en el que llegaban los miles de exiliados, lo que relataban y las pérdidas terribles que habían sufrido, debería haberle hecho entender que la distancia con su hogar y su mundo no disminuiría a corto plazo. Incluso cuando las cosas empezaron a ponerse verdaderamente feas en Europa, mantenía cierta confianza en que, de estallar la guerra, siempre contaría con un trabajo en Francia, gracias a su pasaporte diplomático y sus contactos. Sin embargo, con el paso de los meses, las circunstancias le hicieron comprender que solo era una refugiada más y que su retorno a España habría de posponerse aún bastante tiempo.

Se había mudado a casa de Adèle, donde podía vivir con comodidad por un alquiler casi simbólico. Las dos tenían más o menos la misma edad y compartían la mayor parte de espacios, tanto en el trabajo como fuera, cuando podían hacerle un hueco al ocio entre todas las preocupaciones que cercaban aquella transitoria

felicidad. Victoria tuvo la oportunidad de conocer a algunas de sus amigas, cuya forma de ver el mundo era afín a la suya y con quienes disfrutó de momentos especiales haciendo cosas sencillas, como montar en bicicleta, salir de pícnic o asistir a conciertos. Solas o con aquel grupo de mujeres, durante más de un año paladearon un tiempo cuya fragilidad casi se podía palpar.

En 1938, la situación en Europa comenzó a complicarse por culpa del canciller nazi Adolf Hitler, quien había iniciado movimientos amenazantes en distintos puntos del continente, primero anexionándose Austria y después invadiendo los Sudetes, en Checoslovaquia. Desde allí, siguió apoderándose de territorios, violando así todos los acuerdos firmados por el resto de las naciones europeas. La codicia del Führer no tenía límites y daba muestras de ello con cada uno de sus actos, de los que Victoria y Adèle se mantenían informadas a través de las embajadas y la radio. La incertidumbre sobre el futuro crecía a medida que las perspectivas de proteger la paz, a la que con tanto gusto se habían aficionado en el continente, iban debilitándose.

Había hecho una pausa para prepararse algo de comer. El teléfono sonó y, mientras se acercaba a cogerlo, iba mordisqueando una zanahoria.

—Hola, Anne.

Un trozo del vegetal se le fue por mal lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la voz al oír sus toses.

Intentando recuperarse del atragantamiento, respondió:

—Hola, James... Estoy bien.

—Me alegro.

Sabía que él estaba sonriendo y notó de inmediato cómo algo revoloteaba en su vientre. Hasta ahora no se había parado a pensar, porque no podía permitírselo, cuánto lo echaba de menos.

Los dos callaron durante unos instantes que se les antojaron eternos.

—¿Y tú? ¿Todo bien?

Un suspiro precedió a las palabras de él:

—No sé...

—¿Cómo que no sabes? ¿Ha pasado algo?

De nuevo, se hizo un silencio incómodo.

—Sí... No... —Un nuevo suspiro—. En realidad, no he dejado de pensar en ti.

—¿Te refieres a estos cinco meses? Porque ese es el tiempo que llevo sin tener noticias tuyas.

—Lo sé, y lo lamento de verdad.

—¿Me llamas para decirme esto? ¿Por qué ahora?

Las mariposas o lo que fuera que había aleteado en su estómago habían huido aterradas por la ira que acababa de entrar allí en tromba. ¿Cómo se atrevía a reaparecer, tras una eternidad en la que ella había tenido que enfrentarse sola a un dolor atroz y a sus propios remordimientos?

—Sé que estás enfadada y no te culpo. Me he portado como un...

—¿Gilipollas?

—Eso es, como un gilipollas y todo lo que se te ocurra llamarme. Me lo merezco.

—Desde luego que sí.

—Escucha, soy consciente de que no tengo derecho a pedirte nada, pero me gustaría que nos viéramos. Aunque solo sea para tomarnos un café. Necesito verte, asegurarme de que estás bien... Por favor.

Era el turno de Anne de callar. No podía negar que la llamada le estaba despertando ciertas emociones. En realidad, ella nunca había dejado de querer a James. Simplemente, se había visto obligada a aceptar su marcha y a llorar su ausencia, junto con la pérdida de su bebé y de su madre. La persona que tendría que haberla apoyado había desaparecido por completo de su vida, excusándose en que no podía soportar quedarse.

—Tengo que dejarte.

—Claro...

La periodista colgó sin siquiera despedirse. No iba a dedicar ni un minuto de su tiempo a pensar en él. Solo faltaba.

En la encimera de la cocina quedó la cena intacta mientras Anne se sentaba con la intención de retomar la lectura. Aunque pretendía convencerse de que no había pasado nada, tuvo que inspirar hondo para intentar apaciguar los nervios y el malhumor. En cuanto a su cabeza, se la tendrían que calmar las palabras de Victoria Kent.

28 de marzo de 1939

—¡Victoria! ¡Ven, date prisa!

Adèle se acababa de asomar por la ventana cuando la española disfrutaba del agradable sol en el jardín, sentada en una cómoda silla y tapada con una manta que la protegía del soplo helado de la primavera. El susto, que la despertó de una breve cabezada, casi la hizo caer al suelo. Tampoco la tranquilizó la expresión de su amiga al llamarla. Algo muy grave debía de estar sucediendo.

Llevaban una semana en la mansión que la familia De Blonay tenía en las montañas suizas y desde su llegada no habían hecho otra cosa que relajarse y llenar los pulmones de aire fresco. Lo

necesitaban desesperadamente después de los terribles meses pasados, inmersas en una lucha sin cuartel para acelerar las evacuaciones de refugiados españoles antes de que la situación en Europa cercenara el flujo hacia América. La idea de viajar a la tierra de Adèle se le había ocurrido a esta al comprender que todo estaba a punto de cambiar. Quién sabía lo que sucedería en cuestión de semanas, viendo el cariz que iban tomando los acontecimientos. El avance de las tropas alemanas por el continente y el tono, cada vez más beligerante, del resto de las naciones no presagiaban nada bueno.

—¿Qué ocurre?

Cuando Victoria entró en la cocina con gesto de alerta, Adèle se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio. Subió el volumen de la radio:

«... tras treinta y dos meses de guerra, las tropas del ejército comandado por el general Francisco Franco han entrado en Madrid sin encontrar resistencia. Todos los edificios públicos han sido ocupados por el ejército nacional».

Se miraron estupefactas. Las lágrimas acudieron más rápidas que la rabia. Victoria se aferró a Adèle con un abrazo desesperado, sacudida por un llanto al que no estaba acostumbrada. Oculto entre sus entrañas, enterrado bajo la necesidad de sobrevivir al dolor y a la adversidad, no había emergido gracias a la férrea voluntad de la malagueña, que esta vez no pudo detenerlo. La otra mujer le frotó la espalda y la sujetó para que el terrible golpe no la derribara. Y entonces llegó la ira.

Victoria cayó de rodillas al suelo, entre sollozos y gritos.

—¡Malditos sean esos miserables!

Adèle se agachó junto a ella y esperó. Haría falta tiempo para que su amiga se sobrepusiera, pero a esas alturas la conocía bien y sabía

que, tras el desmoronamiento, se levantaría de nuevo. No estaba sola, aunque a veces pareciera que librara su guerra particular contra el mundo.

Aquel día Victoria no probó bocado. Sentía la necesidad de alejarse de la casa. Así, caminó durante horas, dándole vueltas a los sucesos que habían trazado su trayectoria vital y laboral. Desde su trabajo en las prisiones a su labor política en el Congreso, pasando por los años de guerra y el exilio, que apenas acababa de comenzar. Ahora llegaba el verdadero exilio, la pérdida del hogar, simbolizado en la patria. Ahora tocaba aceptar que habían sido derrotados, pues tras caer Madrid el resto sucumbiría en poco tiempo.

Todas sus esperanzas de regresar se habían desvanecido. ¿Qué iba a hacer en adelante? ¿A dónde podía ir? Seguía sin querer marcharse a América y la posibilidad de quedarse en Francia... Era demasiado pronto para tomar una decisión, si bien tendría que hacerlo en breve.

Durante los días siguientes llegaron más noticias, ninguna buena. Como esperaban, una a una fueron cayendo las ciudades españolas que habían resistido el avance del ejército sublevado. Hasta el 1 de abril.

Sobre las once de la noche, las dos mujeres escucharon sobrecogidas el último parte de guerra, radiado desde Burgos:

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».

El regreso a París estuvo teñido de tristeza. La pequeña tregua que les habían proporcionado sus vacaciones terminó sin que hubiera una transición que les permitiera prepararse para lo que iban a

encontrar. El flujo de refugiados se había multiplicado y el trabajo las absorbió en su vorágine.

Los meses transcurrieron veloces, al ritmo del tictac frenético del avance nazi, que iba trazando un rastro rojizo de destrucción en el mapa de Europa. Pronto fue evidente que la paz, tras dos décadas, estaba enferma de muerte. Cuando el 1 de septiembre de 1939 escucharon el noticiario, Adèle y Victoria se miraron en silencio. Lo que ninguna se atrevió a decir en alto asomaba a sus ojos sin necesidad de plasmarlo en palabras.

Miedo.

Un miedo real y cercano, no por lo que pudiera pasarles a desconocidos esta vez, sino a ellas mismas, a la gente de su entorno, y por la intuición de cómo se desarrollarían los siguientes años. Aunque nunca, ni en sus peores pesadillas, habrían llegado a imaginar el horror que se avecinaba. Los alemanes habían invadido Polonia y ya no había marcha atrás para detener el mecanismo de una maquinaria brutal que avanzaba destrozándolo todo. Millones de inocentes pagarían con sus vidas la desmesurada ambición de unos pocos hombres, aupados al poder por multitudes manipulables y cegadas mediante promesas que las llevarían a cometer las mayores atrocidades.

Dos días más tarde, Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania. Después les siguieron Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Canadá. Los Aliados se estaban organizando con el objetivo de contener a aquella bestia que pretendía devorar fronteras y territorios para seguir aumentando el volumen de su monstruoso cuerpo.

Pese a las desesperanzadoras nuevas, las cosas no cambiaron mucho en París durante los primeros meses. La sensación engañosa de normalidad les permitió a Victoria y a Adèle seguir con sus

rutinas, si bien las gestiones para sacar a refugiados del país continuaron aumentando, ante la mayor amplitud de zonas invadidas y el número creciente de personas de distintas nacionalidades forzadas a huir. No obstante, con el fin de la Guerra Civil en España, el trabajo de Kent como secretaria de la embajada había concluido y la búsqueda de asilo para tanta gente resultaba extremadamente complicada.

A principios de 1940 todavía albergaban la esperanza de que Alemania fuera derrotada y la guerra acabase pronto. Sin embargo, el Eje comenzó a acumular victorias en Polonia y después en Noruega y Dinamarca, que habían permanecido neutrales. Era evidente que Hitler se estaba preparando para proseguir hacia el oeste su ofensiva, a la que Victoria y Adèle asistieron desde el saloncito de su casa, como si se tratara de un drama radiado. Y así, el día más temido, uno que jamás olvidarían, llegó.

La entrada de los nazis en París.

13

UNA MISIÓN QUE CUMPLIR

Lausana, una semana después

—Gracias —le dijo a Antoinette cuando esta le sirvió una taza de té.

—¿Cómo va todo, Anne? —preguntó Clara tras beber un sorbo de una tisana que llevaba semanas tomando con la esperanza de que aliviase sus dolores.

—La verdad es que todavía estoy leyendo los materiales. Voy un poco lenta, porque aprovecho para redactar notas que me servirán después para escribir... Cualquiera diría que no tengo tiempo.

—Tranquila, es comprensible —contestó Campoamor—. El cuerpo y la mente necesitan volver a ponerse a punto después de un parón. Además, tienes mucho que leer.

—Sí, sobre todo por parte de mi madre. Cada semana vuelvo de su casa con nuevas cajas. El dormitorio de la ni... —Se detuvo abruptamente al darse cuenta de lo que acababa de decir—. La habitación de invitados está llena.

Anne intentó esquivar el silencio que siguió a su aseveración bebiendo un trago de té. Luego, de forma un tanto sorprendente para sus interlocutoras y para sí misma, continuó:

—Hace unos días recibí una llamada de James.

—¿Y cómo te sientes? —inquirió Antoinette.

—No sé... Al principio me enfadé.

—¿Y ahora?

Anne miró a Clara, que era quien había preguntado.

—Estoy bien... Solo quería decirme que pensaba en mí. Después de todos estos meses... Y ya está. No sé por qué os lo he contado. Ahora mismo tengo otras cosas de las que ocuparme.

—¿Estás segura?

—Sí, Antoinette, no voy a dejar que me distraiga alguien que ya no está en mi vida. James es agua pasada. Así que hablemos de lo verdaderamente importante: vosotras.

En las mentes de las ancianas surgieron pensamientos similares tras tantos años de intercambio de opiniones muy afines sobre toda clase de temas. Después, cuando Anne se hubiera marchado, confirmarían que ninguna de las dos creía que la relación de la joven con aquel hombre fuera un asunto concluido, aunque ambas, llevadas por la prudencia, hubieran preferido no decírselo. Mientras tanto ella, ajena a sus cavilaciones, prosiguió:

—No sé si os lo habéis planteado, pero, como contamos con los textos de Victoria Kent, la estructura del libro va a cambiar con respecto a la idea que teníais. Ahora hay dos protagonistas, quizá no con el mismo peso, debido a la escasez de materiales que nos ha proporcionado, pero sí con una importancia similar, ¿no es así?

—Sí, soy consciente de ello. Y me parece bien, es lo justo —afirmó Clara, reclinándose en el sofá.

—Bien, ya veremos cómo afrontamos eso cuando acabe de leerlo todo, ¿de acuerdo? Por el momento, os he traído unos capítulos escritos por mi madre para que les echéis un vistazo.

Abrió la mochila y sacó una carpeta. Extrajo un fajo de hojas y se las entregó a Antoinette. Esta, tras ponerse unas gafas, leyó en alto la palabra que encabezaba la primera página y alzó la mirada.

—¿Música?

—No te dejes engañar por el título. Lo que vais a leer no tiene nada de bello, en lo referente al tema que trata, quiero decir. Por lo que respecta al estilo, dejaré que vosotras mismas juzguéis, no quiero influiros.

—Clara, ¿te apetece oírlo ahora o quieres que lo leamos más tarde?

—Adelante. Soy toda oídos.

Antoinette inició la lectura, que le llevó varios minutos. Cuando llegó la parte de mayor crudeza, en la que la guardiana del campo de concentración de Ravensbrück trataba a la violinista judía con una brutalidad insoportable, tuvo que detenerse. Su expresión revelaba el horror que le provocaba la vívida descripción de los hechos. Mientras tanto, la mirada opaca de Clara se perdía entre las sombras de la habitación sin que su rostro denotara que la narración la estuviera afectando tanto como a las otras dos mujeres. Al terminar, la suiza tragó saliva, incapaz de añadir nada a la terrible escena que acababa de leer. Clara, en cambio, no tardó en pronunciarse:

—Tu madre poseía un talento innegable para la literatura, Anne. El texto tiene muchísima fuerza.

—Es cierto. Pero ¿se trata de ficción o sucedió en realidad? ¿Tú lo sabes?

—Cosas así y mucho peores eran habituales en los campos de concentración.

Las tres se quedaron en silencio durante unos instantes. El poder de las palabras para evocar hechos y transmitirlos con fidelidad, a pesar del tiempo transcurrido y de que no hubieran conocido a los

personajes, había logrado transportarlas hasta aquel campo, uno más entre los miles que los nazis construyeron en diversos puntos de Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

—Lo que se sabe sobre lo ocurrido en lugares como aquel —prosiguió Clara—, que fueron verdaderos infiernos en la tierra, no es más que una pequeña porción. Nuestra capacidad para causar el mal no tiene límites, hasta el punto de perpetrar actos inimaginables.

—Bueno, pero muchos de los responsables de aquellas atrocidades fueron juzgados por crímenes de guerra, ¿no? En los juicios de Núremberg, sin ir más lejos, supongo.

La leve sonrisa que se trazó en los labios de Clara no obedecía a ningún tipo de pensamiento feliz, sino a pura ironía.

—Me temo que el porcentaje de hombres y mujeres responsables de aquellas salvajadas que fueron ajusticiados es muy inferior al que todos esperábamos. ¿No dijiste que Victoria te había dado información al respecto?

Anne asintió y, de inmediato, consciente de que era probable que Clara no pudiera ver su gesto, habló:

—Sí, aunque solo la he mirado por encima. Me pondré con ello enseguida. Ah, que no se me olvide... También os he traído algunos de los textos que me entregó. Son sobre su estancia en París durante la ocupación nazi. Yo ya los he leído y son fantásticos. Quedarían muy bien en el libro si me permitiera usarlos tal cual están, aunque me da la sensación de que faltan cosas. Hay un parón muy abrupto tras las últimas páginas. —Hizo una pausa, esperando que Campoamor comentase algo. No fue así—. Dijo que tal vez me resultarían útiles, pero no especificó si podía meterlos en la historia. Clara, ya me dirás qué te parecen y si crees oportuno pedirle permiso para hacerlos públicos.

Tras dejar a las dos mujeres, Anne partió hacia el aeropuerto. Intuía que ambas seguían guardándose algo que podría resultar muy relevante para redondear aquella narración. Por ahora, respetaría su decisión de no compartirlo con ella, si bien sabía que, llegado el momento, tendría que averiguar de qué se trataba. Costara lo que costara.

A la mañana siguiente

Pretendía estudiar a fondo los materiales que Victoria Kent le había entregado sobre los juicios de Núremberg, tal como había quedado con las dos abogadas. Sin embargo, debido a la extraña sensación con la que salió de Lausana, al llegar a casa decidió examinar el tercer paquete de folios que Clara había redactado y que, según Antoinette, contenía información sobre sus actividades secretas tras marchar a Argentina. Su instinto le decía que se estaba acercando a la resolución del misterio que tanto Campoamor como Kent parecían ocultar. El nombre del capítulo resultaba, cuando menos, peculiar.

La fiesta

Buenos Aires, enero de 1944

Del balcón de la embajada pendían la bandera del Reino Unido y las de todas sus colonias. Guirnaldas y bombillas decoraban cada rincón. No se había escatimado en gastos para recibir a los invitados que acudirían esa noche a la fiesta organizada por el embajador británico. Lo más granado del panorama cultural residente en Buenos Aires, tanto argentinos como artistas provenientes de diversos lugares del mundo, había sido convocado para pasar una

velada que prometía ser uno de los eventos del año en la capital. En la lista de invitados también figuraban exiliados, sobre todo españoles y franceses, así como algún que otro periodista. Mi nombre había sido incluido al ser una expolítica exiliada y debido a mi faceta como escritora y articulista.

Entre los asistentes se encontraba Fermina Tuéjar, una escritora de quien había oído hablar pero no conocía en persona. Sin embargo, aquella noche yo no pretendía atraer ningún tipo de atención sobre mí, por lo que intentaría evitar que nos presentaran. Menos aún debía establecer contacto alguno con su marido, el empresario Héctor Tuéjar.

El matrimonio acababa de llegar en taxi, aunque no habían salido juntos de casa. Su esposa pasó a recogerlo por un bloque de apartamentos donde él se había reunido con sus socios. O eso era lo que ella pensaba. En realidad, había tenido una entrevista con dos colaboradores del Tercer Reich. Al concluir el encuentro, Tuéjar había cerrado un trato que le reportaría una cantidad considerable de ingresos durante los siguientes años.

Cuando el empresario abandonó aquel edificio, llevaba en el maletín de cuero marrón, adornado con una chapa dorada en la que brillaban las iniciales HT, una carpeta muy importante que le habría gustado meter de inmediato en su caja fuerte. No obstante, la premura por acudir a la fiesta de la embajada, a la que Fermina estaba invitada en calidad de artista, lo había obligado a llevarse los documentos consigo. El teléfono pinchado del empresario había revelado sus planes a los servicios secretos, que, conocedores de la presencia de los Tuéjar en el acontecimiento que iba a celebrarse, habían organizado de manera urgente una operación.

Yo me había puesto uno de mis mejores conjuntos, de falda y chaqueta marrón, con una blusa de color crema, y llevaba un bolso

de mano que me aseguraría de no soltar en toda la noche.

En cuanto entré en el recinto me vi rodeada de personalidades de la esfera cultural bonaerense. Saludé a una locutora de radio con la que había entablado amistad unos años antes al participar en el programa *La voz de España*, y a dos excompañeros del Partido Republicano, también exiliados. Cuando me ofrecieron una copa de champán, me limité a mojarme los labios. Necesitaba tener la cabeza despejada y sabía que, con solo un par de tragos, la claridad mental que requería lo que había ido a hacer allí se vería mermada. Por tanto, habría de prescindir del alcohol como método para templar los nervios que me atenazaban el estómago desde hacía unas horas, el tiempo transcurrido desde que había recibido las instrucciones para mi primera misión como agente colaboradora del servicio de espionaje británico. Por fin había llegado el momento que más esperaba y más temía. Atrás, al partir de Lausana, habían quedado las dudas y mi corazón, cuya réplica permanecía cobijada en el pecho de Antoinette.

No pasaba un día sin que me planteara si había tomado la decisión correcta al aceptar la propuesta de regresar a Argentina cuando ya me había hecho a la idea de permanecer en Suiza hasta que pudiera retornar a España. No obstante, viendo cómo iba cambiando la postura de muchos países con respecto a la dictadura franquista, a la que ya no se criticaba tanto, no me quedaban muchas esperanzas de que el régimen fuera a ser depuesto en un futuro inmediato. De manera que, aunque solo fuese por ese motivo, mi elección parecía ser acertada. Tenía que serlo. Si no podía enfrentarme a Franco, al menos lucharía contra sus amigos, los nazis.

El embajador, David Victor Kelly, acababa de dar un discurso para agradecer la asistencia de quienes llenábamos la sala, unos sentados

y otros de pie, en torno a altas mesitas sobre las que podíamos dejar las bebidas y charlar. Acompañada sobre todo por los aplausos de sus conciudadanos, algunos de ellos diplomáticos y sus familias, una pianista británica comenzó su actuación. Recuerdo que escuché embelesada las piezas que tocó. Me permití esos momentos de asueto para intentar encontrar la esquiva calma. Después, una narradora mexicana, varios bailarines de tango y una banda de jazz estadounidense deleitaron al público, mientras decenas de canapés y copas de champán recorrían el enorme salón a bordo de bandejas sostenidas con habilidad por los camareros.

Durante la velada apenas tomé asiento unos minutos. El resto del tiempo me dediqué a observar los distintos círculos de asistentes, manteniendo solo breves conversaciones con las personas que se me acercaban al reconocerme. Entre ellos, con un joven con traje de chaqueta al que no había visto nunca y que se aproximó a mí para estrecharme la mano con entusiasmo.

Debía situarme lo más cerca posible de la puerta que se hallaba al otro lado del enorme salón. Los nervios, que antes parecían relegados a mi estómago, iban conquistando otras partes de mi cuerpo. Noté que me temblaban las manos y que sudaba, si bien traté de no pensar en ello. Transcurridos unos minutos se anunció la siguiente actuación. Para cuando la poeta Fermina Tuéjar subió a la tarima, tras dejar a su marido sentado entre el público con una copa en la mano y advertirle que no se la bebiese entera, yo ya me encontraba a escasos metros de aquella salida. Y aproveché los aplausos con los que la mujer fue recibida por parte de la numerosa comunidad argentina allí congregada para cruzar el salón.

Avancé por un pasillo que giraba a la izquierda. Me apresuré, recordando el recorrido que me habían trazado en un papel horas

antes. En cuanto doblara la esquina, encontraría dos escaleras. Me costó no gritar al chocarme con un hombre vestido de uniforme.

—Uy, perdón... Busco los aseos. ¿Toilets?

El oficial me indicó en un castellano con fuerte acento británico que estaban en el primer piso. Debía ir a la izquierda una vez llegara arriba, y es lo que hice por si el hombre me observaba. Sin embargo, al cabo de unos segundos, desanduve unos metros y me asomé con cuidado. No vi a nadie. El militar debía de estar haciendo una ronda por los pasillos sin llegar a apostarse en un lugar fijo. Esperé unos instantes por precaución y, al comprobar que no regresaba, crucé hacia el ala opuesta de la planta. Allí me aguardaban los casilleros en los que, según el colaborador que nos había asesorado en la operación, los invitados, con frecuencia hombres de negocios o políticos, solían dejar sus pertenencias en cajas de seguridad mientras disfrutaban de las fiestas ofrecidas por el embajador.

Conté las puertas y, al llegar a la quinta del lado derecho del corredor, saqué una horquilla. Mi breve entrenamiento, de apenas dos meses, durante el que había aprendido destrezas tan importantes como abrir cerraduras, escuchar sin ser detectada u ocultar documentos, había sido provechoso y muy satisfactorio al revelarme una habilidad para determinadas cosas que nunca habría sospechado tener. Con la respiración agitada, miré a ambos lados antes de entrar.

Tras cerrar, saqué del bolso una pequeña linterna. La habitación era bastante grande. Los ventanales estaban cubiertos con cortinas, lo que aseguraba que no se viera nada desde el exterior. A un lado había un escritorio de gran tamaño y dos butacas frente a él. A su izquierda se alzaba una enorme librería con centenares de volúmenes. A mi derecha, según había entrado, hallé lo que buscaba después de esquivar un mueble archivero tan alto como yo.

Extraje lo que llevaba oculto en un pequeño bolsillo interior de la chaqueta: el papelito que había metido allí unos minutos antes, nada más entregármelo el joven desconocido que me había saludado de forma tan fervorosa. Busqué entre los armaritos el que tenía una etiqueta: 7F. Esta vez usé una ganzúa e intenté abrirlo sin éxito durante unos minutos que se me hicieron eternos. ¿Iba a fracasar en mi primera misión por culpa de aquella estúpida cerradura?

Fermina Tuéjar inclinó la cabeza para agradecer los aplausos con los que el público la obsequiaba. Había leído ya varias composiciones y le quedaban algunas más, entre ellas una oda de varias estrofas que, a buen seguro, provocaría la emoción de quienes la escuchaban. Su marido, mientras tanto, empezaba a impacientarse. No le gustaba la idea de tener esos documentos tan lejos de sí por mucho que supiese que estaban bajo llave. Si por él hubiera sido, se habría quedado el maletín, pero su esposa había insistido en que ninguno de los otros hombres llevaba encima el trabajo del día, por lo que, para no levantar sospechas, le había hecho caso. Un camarero le ofreció una copa y dudó. Sabía que no debía pasarse, puesto que no toleraba demasiado bien el alcohol. No obstante, en la sala hacía calor. Tras unos segundos de dudas, aceptó y tomó un buen trago. Se dijo a sí mismo que una copa y media no era gran cosa.

En cuanto la poeta concluyó la siguiente pieza, su marido se levantó aprovechando la ovación del enfervorecido público, que se había puesto en pie. Ella no tenía por qué enterarse de que había subido a darse una vuelta por aquella habitación para asegurarse de que nadie merodeaba por allí. Miró atrás para ver si Fermina se

había percatado de su ausencia, si bien la artista ya estaba enfrascada en la lectura con su habitual pasión.

Tuéjar se encaminó hacia la escalera, molesto al darse cuenta de que el champán le afectaba incluso más que otras bebidas. Subió con cierta dificultad, sujetándose a la barandilla para no perder el equilibrio. Cuando consiguió llegar a lo alto, giró a la derecha y contó las puertas. Ya frente a la adecuada, metió la llave en la cerradura y la abrió.

Tras unos momentos de interminable angustia, durante los cuales me vi confesándole a Cecily Bishop que no servía para ser espía, el mecanismo cedió. Con un suspiro de alivio saqué el maletín. Las manos me temblaban aún, si bien no me impidieron hacer mi cometido. Abrí la carpeta y en el interior hallé los documentos. Al principio, pensé que había algún error, puesto que aquello eran listados de empresas argentinas. Sin embargo, después de pasar varias páginas, encontré otras que reconocí como alemanas. Metí la mano en el bolso. Dentro llevaba una de las últimas cámaras Minox Riga que habían sido fabricadas. Una verdadera preciosidad. Su tamaño, tan diminuto que permitía llevarla encima sin que nadie lo notara, era una de las bazas del espionaje internacional. En un mundo cambiante como el de entonces, casi resultaba más temible un agente que llevara una de aquellas prodigiosas miniaturas que quien empuñara una pistola.

Inspiré hondo para intentar sosegarme y comencé a tomar fotos. Sabía que resultarían vitales para detener a quienes pretendían enriquecerse a expensas de otros. Y no se trataba de cualquier tipo de negocio, sino de algo muy grave. Esas páginas contenían los nombres de las empresas alemanas que trabajaban con el Tercer

Reich y aspiraban a canalizar grandes cantidades de dinero a través de la compañía de Héctor Tuéjar, quien llevaba más de un año colaborando con los nazis. Lo más indignante de todo era que ese dinero provenía del expolio de las propiedades de ciudadanos judíos que habían acabado en los campos de concentración. La ira que solía surgir en mis entrañas ardía con fuerza al imaginar los crímenes que aquellos malnacidos habían perpetrado. La capacidad innata del ser humano para ejercer la crueldad nunca dejaría de sorprenderme.

Cuando estaba a punto de terminar, oí un ruido que por poco no hizo que se me cayera la cámara. Alguien estaba intentando entrar, pero la cerradura parecía resistírsele. Tomé las últimas instantáneas y, con el corazón golpeándome el pecho, conseguí volver a meter las hojas en la carpeta y esta en el maletín.

Después de tratar de meterse en la habitación equivocada, Tuéjar había conseguido, por fin, abrir la puerta correcta. Encendió la luz y caminó hacia los armaritos.

De rodillas tras el escritorio, contuve el aliento para que mi agitada respiración no me delatara. Cuando aquel hombre se percatase de que el casillero en el que había guardado sus documentos estaba abierto, sabría que alguien conocía su secreto. E intuiría que ese alguien podía seguir en la habitación. No obstante, el cerebro del empresario funcionaba mucho más despacio de lo habitual debido a su estado de embriaguez.

Desde mi escondite, asomé un ojo para intentar ver lo que hacía. El hombre, de espaldas a mí, llevaba dos llaves en la mano. Una era la de la sala y la otra la de su taquilla. De pie, frente a los archivadores, parecía estar buscando algo en un bolsillo del pantalón. Al no encontrarlo, probó en el otro.

Mientras lo veía hurgar con movimientos torpes, tomé una decisión. Por una vez, agradecí la costumbre británica de

enmoquetar los suelos, que nunca había valorado por considerarla poco higiénica. En este caso, no solo me estaba protegiendo la piel de las rodillas, sino que camuflaba el ruido que hubiera podido hacer al arrastrarme.

Apenas me separaban un par de metros de la puerta cuando Tuéjar dio con lo que buscaba. Tras leer en la tarjeta el número, sus ojos recorrieron las taquillas. Justo antes de llegar a la suya, debió de escuchar algún ruido, puesto que se giró. Pero ya era tarde. Yo acababa de escabullirme por el pasillo.

Aunque aquel hombre se movía con torpeza, tal vez me habría alcanzado de no ser por el archivador que había entre él y la salida.

Para cuando volvió en sí, confuso y con un buen moretón en la frente a resultas de su encuentro con el mueble, al empresario no debió de costarle aceptar el testimonio de su mujer y del hombre que lo había hallado en el suelo —quien le reveló a uno de nuestros contactos infiltrados aquella conversación—: él mismo tenía que haber abierto su armario y después se habría golpeado la cabeza al creer que había alguien en la habitación. Seguramente a Tuéjar lo acabó por convencer el hecho de que los documentos siguieran dentro del maletín. Nunca sabría que su aturdimiento no se lo había provocado el alcohol, sino la sustancia que el camarero que le ofreció la última copa había puesto en ella en dosis mínimas. Así pues, la hipótesis de Fermina sobre su poca tolerancia a la bebida parecía ser la mejor explicación a todo lo sucedido.

Una vez a salvo en mi casa, fui directamente al aparador en el que guardaba la única botella de alcohol que poseía. Me serví un buen trago de brandi frente al espejo. De inmediato, el pasado regresó a mí para recordarme un brindis que nunca olvidaría. El último que hice con mi querido Miguel. Levanté el vaso por él y por todos los

que habían perecido durante las guerras que tan de cerca me habían tocado.

Estaba deseando que llegara mi siguiente misión.

Anne sonrió emocionada. La mezcla de admiración y ternura que Clara Campoamor le inspiraba había estimulado aún más sus ganas de sacar adelante aquel libro que a la abogada española tanto ilusionaba. Lo conseguirían, aunque no se quitaba de la cabeza la información que Victoria había preferido no compartir con ella. La historia completa, con los testimonios de ambas, ganaría tanto que... Quizá aquella cambiara de opinión. Después de todo, no le había dado un no categórico. ¿Qué hacía falta para que la exdiputada Kent revelara sus secretos?

14

UN FAVOR

Londres, mayo de 1971

En la sala de lectura de la Wiener Library no había mucha gente ese día. Tras haber conseguido que le dieran acceso gracias a su carnet de prensa, Anne Bishop solicitó los volúmenes que hubiera sobre el campo de concentración de Ravensbrück.

Buscaba, sobre todo, testimonios de las presas que habían logrado escapar con vida de aquel infierno. Su sorpresa fue mayúscula cuando la bibliotecaria regresó con una pila de libros. Aun sabiendo que aquella biblioteca contenía una gran cantidad de documentación sobre el genocidio llevado a cabo por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, no esperaba encontrar tanto material. Tendría que seleccionar lo que intuyese que podría ser relevante para el libro de Clara Campoamor. Sin embargo, los textos de Victoria Kent y su propio instinto periodístico la impulsaban a investigar hechos cuya importancia habría de decidir después.

Revisar todo aquello la entretendría durante horas, que era lo que pretendía al ir allí. Su necesidad de salir de casa la había provocado otra llamada de James la noche anterior, justo cuando se disponía a

leer la información de Kent sobre los juicios de Núremberg. No contento con la llamada de unas semanas antes, insistía en que se vieran, aunque Anne le había pedido tiempo para pensarlo. Quizá se diera por vencido de una vez. Después de una noche casi en vela por culpa de su exnovio, había decidido mantenerse tan ocupada como pudiera. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que volcarse en su investigación? Además, la lectura de aquellos documentos la ayudaría a comparar lo narrado por historiadores y testigos de las salvajadas nazis con lo que su madre había dejado escrito.

Cuando abandonó la biblioteca tras pasar allí todo el día, excepto por un breve descanso para tomar un sándwich y un café, se sentía mal, terriblemente mal. E intuía que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera sacudirse el pesar que le encogía el corazón. O tal vez nunca lo lograra. Si el relato sobre la violinista la había conmocionado, el material que acababa de ingerir como si fuese una sobredosis se le había atravesado entre el pecho y la espalda.

Al principio, albergaba una nimia esperanza de encontrar algo referente a la joven judía sobre la que Cecily había escrito. No obstante, su caso, de tratarse de un personaje real, no habría sido más que una gota en el océano de devastación y atrocidades cometidas por el Tercer Reich. Y había tantas gotas cuya historia nunca trascendería que la impotencia corroía el ánimo de la periodista. Sabía que resultaría imposible averiguar los nombres de tantos millares de hombres, mujeres y niños para recordarlos como se merecían. Así pues, lo único que se podía hacer era tratar de imaginar lo que habían sufrido a manos de sus asesinos. Sin embargo, entre lo recordado y lo imaginado quedaba un espacio enorme, una celda atestada de seres humanos atrapados cuyo paso por el mundo los nazis habían intentado borrar. Y Anne comprendió al fin que, si existía una sola persona que no permitiera que cayeran

en el olvido, por mucho que ignorara quiénes eran o las circunstancias en las que vivieron hasta ser exterminados en los campos de concentración, ninguno de ellos habría muerto en vano.

Tragó saliva para deshacerse de las lágrimas y se prometió que intentaría que el mundo conociera su historia. Y de pronto la idea surgió con tanta naturalidad que se preguntó cómo no se le había ocurrido antes. El libro de Clara. Ahí estaba el altavoz que le permitiría hacerlo. Pero antes había algo más que debía hacer: visitar el campo de Ravensbrück. Después de los testimonios que había leído, necesitaba ver aquella metáfora de la inhumanidad. Para ello, antes tendría que pasarse por la oficina de su antigua jefa.

Margaret Connolly, quien contradecía los clichés sobre el aspecto de los escoceses, pues su cabellera morena y sus ojos marrones se asemejaban más a los de una italiana o una española, tenía la vista puesta en uno de los muchos papeles que desbordaban su escritorio. Era una de las pocas mujeres que ostentaban un cargo de importancia en un periódico de gran tirada. Llevaba dos años como editora de *The Guardian*. Con las gafas permanentemente sobre la nariz, de manera que pudiera leer y mirar por encima de ellas a sus interlocutores sin necesidad de moverlas, se levantó para saludar a Anne cuando esta llamó a la puerta de cristal.

—¡Cuánto tiempo sin verte! Me alegra mucho que estés aquí. ¿Cómo te encuentras?

—Gracias, señora Connolly. Estoy un poco mejor.

La veterana periodista se sentó tras el escritorio y Anne lo hizo frente a ella.

—Dime que vienes a darme la alegría de tu reincorporación. Después de tantos años siendo la única, ¿me oyes?, la única mujer

en este maldito periódico, creía que contigo en nuestras filas estábamos sentando un precedente para que más chicas decidieran dedicarse a esto. Y entonces vas y te coges un permiso... Te echo de menos.

Anne sopesó su respuesta antes de hablar. No quería perder el apoyo de su jefa por nada del mundo.

—Me temo que todavía no... Pensaba alargarlo un par de meses más al menos.

El gesto de decepción de Connolly no se hizo esperar.

—Ya sé que lo has pasado muy mal, pero... ¿no crees que te vendría bien empezar a trabajar? Para dejar de pensar en otras cosas. No se me ocurren muchas virtudes más del trabajo, pero esa es incontestable.

—Lo sé; de hecho, estoy trabajando en algo que me mantiene ocupada. —No hacía falta entrar en detalles, pues la editora estaba al tanto de los dolorosos hechos a los que había tenido que hacer frente durante el último año. Y le había mostrado su apoyo desde el primer momento, al contrario que el director del diario, quien no comprendía que la muerte de una madre y un aborto fueran suficiente excusa para que alguien dejase de trabajar durante un periodo prolongado—. Me han encargado que edite y escriba los textos que compondrán un libro.

Connolly la observaba con expresión seria.

—No te habrás pasado a la competencia, ¿eh?

—No, para nada. Es el encargo de una exiliada española que vive en Suiza. Fue una reputada política. Quizá la conozca, se llama Clara Campoamor.

La editora lo pensó un instante antes de responder.

—¿No fue quien consiguió el derecho al voto femenino en España?

—Exacto —Anne contestó aliviada. Acababa de detectar en los ojos de Connolly un brillo que conocía de sobra: el del instinto diciéndote que has encontrado una historia que contar.

—Es una gran noticia, Anne. Podemos publicar un artículo sobre ella y sobre el libro, claro está.

—Yo creo que eso sería un poco prematuro y, además, la señorita Campoamor no es el tipo de persona que busca notoriedad. Es un encargo... privado. Pero en cuanto lo tenga terminado me reincorporaré. —Debía ir con cuidado—. No obstante, si le parece bien, cuando acabe con el proyecto, podemos publicar algo al respecto. De hecho, ahora estoy inmersa en el proceso de documentación y lo que estoy descubriendo... Ahí sí que hay una gran historia que contar. Hablo de los campos de concentración. Me gustaría hacer un reportaje sobre ellos en cuanto sea posible.

La mujer se había quedado pensativa. Tardó tanto en contestar que Anne temió haber dicho algo que la hubiera molestado.

—¿Tú sabes cómo empecé en el mundo del periodismo? —La joven negó con la cabeza—. Como reportera de guerra... Sí —añadió al ver su expresión de estupor—. Con veinticuatro años conseguí que alguien me diera una oportunidad. ¿Y sabes dónde me enviaron? —Anne calculaba que Margaret Connolly tendría unos cincuenta y tantos años. Antes de que pudiera aventurarse a dar una respuesta, la escocesa se encargó de hacerlo—: A la guerra civil de España. Sería en... el 37.

La sorpresa cruzó el rostro de la joven.

—En ese caso, no hace falta que le describa la importancia de una figura histórica como es la señorita Campoamor, aunque no mucha gente haya oído hablar de ella. Yo misma, sin ir más lejos.

Calló a tiempo de evitar mencionar dónde había leído el nombre de Clara por primera vez. De haberlo hecho, le habría resultado

imposible dejar a su madre, una espía de los servicios secretos británicos, a un lado. Para alguien con tanto olfato periodístico como Connolly, aquello habría significado un hallazgo imposible de pasar por alto.

—Bueno, aunque el régimen de Franco se ocupó de echar tierra y mierda sobre los nombres de muchos republicanos y más si eran mujeres, los compañeros corresponsales que llevaban allí más tiempo me informaron en su día de lo que Campoamor había conseguido. No sé nada más, pero con eso ya me basta para sentir el mayor de los respetos por ella. Así que, adelante, acaba el encargo. En cuanto a los campos de concentración, en su momento tuve que ocuparme de cubrir las noticias en varios escenarios de la Segunda Guerra Mundial, así que ya hablaremos sobre el tema, ¿de acuerdo?

—No sabe cómo se lo agradezco. —Hizo una pausa para afrontar la siguiente pregunta—. Señora Connolly, el motivo por el que he venido... Quería pedirle un favor que está relacionado con ese proyecto. Verá, me resultaría muy útil visitar un campo que se menciona en el libro. El de Ravensbrück. Aún no sé muy bien cómo lo enfocaré, pero estoy intentando recabar la mayor cantidad de información posible, sobre todo testimonios de presas. Pero eso nunca será suficiente, creo yo, para hacerme una idea de lo que sucedió allí durante la guerra. No quiero conformarme con leer lo que otros han contado. Creo que es importante verlo, sentirlo de alguna manera.

—Necesitarías un visado. Y no va a resultar fácil. El campo está en la RDA... No hace falta que te cuente cómo están las cosas en esa parte de Alemania, con el puto muro separándolo todo... —Dio un prolongado suspiro—. ¿De verdad quieres ir?

Anne asintió. Al ver lo que ardía en su mirada, Connolly intuyó que lo que la impulsaba iba más allá del trabajo periodístico y la documentación. De algún modo, aquella joven le recordaba a sí misma.

—Por lo que sé, dan los visados con cuentagotas, más para periodistas. No les apetece tener nuestras narices husmeando por allí, no sea que descubramos algún otro horror oculto bajo sus tétricas alfombras. Pero lo voy a intentar, ¿de acuerdo? Aunque no te prometo nada.

—Muchísimas gracias, señora Connolly.

—Y a ver si empiezas a tutearme, jovencita. Me haces parecer una vieja con tanto «señora Connolly».

Anne se puso en pie sonriendo y antes de salir dijo:

—De acuerdo, Margaret... Y te prometo que en cuanto termine me tendrás aquí todos los días. Te hartarás de verme.

—Más te vale.

Mirándola por encima de las gafas, la editora dio por concluida la charla con un fingido gesto severo, y después sus ojos regresaron a los papeles que cubrían su mesa.

15

UNA PEQUEÑA ESPINA

Antoinette salió al jardín. Había dejado a Clara reposando en una silla bajo la sombra de un árbol con un vaso de limonada mientras iba a buscar los materiales que Anne les había entregado. Al ver que dormía, se acercó con sigilo. Puso los papeles en la mesa y tomó asiento a su lado. El agotamiento había tomado posesión del rostro de la española, de una palidez extrema, y no había visos de que fuese a abandonarlo. La contempló unos instantes con ternura, recorriendo los rasgos amados, reconociendo por fin en su gesto cierta calma, tan ausente cuando dormía.

Al cabo de unos minutos, Campoamor abrió los ojos. De inmediato, en sus labios afloró una sonrisa que, como un sol, consiguió disipar las nubes que últimamente oscurecían el ánimo de Antoinette.

—¿Cómo te encuentras?

—Como nueva. Puedo enfrentarme a todo, incluso a las horrorosas cuestas de esta ciudad. Así que, si te apetece, podemos salir a pasear.

—Quizá más tarde, ¿te parece? Ahora pensaba leerte algún texto de Victoria.

—Me parece bien. La verdad es que siento mucha curiosidad por saber cómo los ha escrito. Si son tan parcos como suele serlo ella, por lo menos en lo que respecta a temas legales, vas a tener que ponernos una ración doble de limonada.

—Recuerda que cuando leíste su libro dijiste que no estaba nada mal.

—Ya, pero bien sabes que desde entonces me he vuelto aún más cascarrabias y estoy deseando sacarle faltas a todo lo que haga esa mujer.

—No intentes fingir conmigo, que sé que lo disfrutaste. Además, vuestra relación ya no es la misma que al principio.

—Mmm... Eso es verdad, pero a veces, de forma muy conveniente, elijo olvidarme de ese *nimio* detalle.

—Es usted insufrible, señorita Campoamor.

—Vamos, léeme esa maravilla que tienes entre manos.

Antoinette no pudo evitar reír. Cuando iba a comenzar la lectura, dijo:

—Veo que empieza hablando de sí misma en tercera persona, como en su libro.

—Vaya, eso promete. Veamos qué nos cuenta la buena de Victoria.

Las lágrimas de París

Junio de 1940

Victoria estaba soñando con su madre, María. Las dos se encontraban en un lugar que no reconocía de la Málaga real. Notó que se sentía a gusto allí. María reía con su risa tremenda y franca, que su hija había oído tantas veces. Y estaba a punto de decirle algo a Victoria cuando un estruendo interrumpió la escena.

El corazón le latía muy deprisa. Aún no era consciente de qué le había hecho abrir los ojos y perderse las palabras de su madre. ¿Qué iría a decirle? Ahora nunca lo sabría. Lo que sí sabía era que no se había despertado de forma natural, como le ocurría en muchas ocasiones en mitad de la noche. Miró el reloj. Las cinco y media de la madrugada. De nuevo se sobresaltó.

Disparos.

Se levantó a toda prisa y, nada más salir de su dormitorio, se topó con Adèle, que corría a buscarla. En la oscuridad del pasillo la suiza susurró:

—Ya están aquí.

Victoria asintió mientras sus manos se entrelazaban con las de su amiga.

Se aproximaron al ventanal. Todavía no había amanecido, aunque había luz en las otras casas. Los rostros atemorizados de los parisinos, testigos mudos y aterrados de lo que ni siquiera eran capaces de ver aún, pero sí oír, se asomaban a la calle. Todos estaban al tanto del estruendo de la artillería, que llevaban escuchando durante los últimos días fuera del perímetro de la ciudad. Sin embargo, aquellos tiros sonaban mucho más cerca.

Los nazis acababan de penetrar en la capital por la Porte de la Villette y desde allí habían tomado la Rue de Flandre hacia el centro. Acuciados por la curiosidad y la necesidad de contemplar aquello que más temían, como quien no puede apartar la mirada de algo espantoso, muchos salieron de sus casas. Y observaron cómo aquella bestia, compuesta por miles de cuerpos que parecían dirigidos por una sola mente, a juzgar por sus movimientos sincronizados, recorría sus avenidas y los puentes sobre el río Sena.

Primero aparecieron los tanques y después los camiones blindados, con metralletas montadas capaces de barrer las calles y

despojarlas de vida y de cualquier oposición, en el caso de que la hubiera habido. Luego llegaron los coches y la infantería. Miles de personas habían iniciado una huida desesperada durante las jornadas anteriores. Quienes hubiesen decidido quedarse ya no tendrían escapatoria.

Victoria y Adèle no quisieron darle el gusto a aquel cerebro enfermizo de Hitler de alimentar su vanidad ejerciendo de espectadoras del desfile militar realizado al ritmo de las bandas alemanas. Después de los disparos al aire que las habían despertado, escucharon una voz con acento alemán que, a través de unos altavoces, les advertía que no abandonaran los edificios. Horas más tarde también se anunció por el mismo medio el toque de queda a partir de las ocho de la tarde. La visión de una esvástica ondeando sobre el Arco de Triunfo traería las lágrimas de los parisinos y del mundo entero.

Al día siguiente de la llegada de los alemanes, Victoria ya tenía la convicción de que la ciudad había quedado a merced de unos dementes que la destruirían, tal como había sucedido con gran parte de Madrid y muchas otras localidades. La aniquilación era el único lenguaje que hablaban los líderes totalitarios, incluso cuando sabían que iban a ganar la guerra. Y la visión de lo amado convertido en ruinas era una lección que los vencidos nunca podrían olvidar, por muy lejos que se marcharan. Como le ocurría a la española, quien comprendió que la mano del fascismo la abofetearía con la misma fuerza que a los franceses.

No tardó en descubrir que su documentación, la que le había permitido gozar de una existencia cómoda en el extranjero y le había abierto puertas muy útiles, ya no servía de nada en Francia. Su familia y amigos en España le habían escrito con frecuencia durante las últimas semanas, insistiendo en que abandonara el país y se

fuera a México. Incluso habían llegado a solicitar en su nombre un permiso para viajar allí como exiliada, pero ella se negó en redondo, con la certeza de que aquello habría equivalido a aceptar que la habían echado de su país para siempre. Que le habían arrebatado su capacidad de elegir.

El día en que los alemanes entraron en París, Victoria Kent perdió definitivamente la esperanza. De entre las muchas cosas que podría haber sentido en ese momento, la que se impuso sobre el resto fue la decepción. No comprendía que los galos hubiesen entregado su libertad al enemigo sin defenderse como lo habían hecho los españoles en su guerra. ¿Por qué se habían rendido con la cabeza gacha? Al recordar la lucha de sus paisanos en las calles, el arrojo con el que habían protegido los frentes y el dolor de las familias, la invadía la impotencia. Si por ella hubiera sido, habría cogido un fusil y se habría enfrentado a aquellos salvajes cuyas suelas resonaban como cañonazos sobre los adoquines de París, silenciando con su estruendo hasta el canto de los pájaros. Pero como exiliada y, peor aún, como mujer, se veía obligada a aceptar esa mansedumbre y a acatar como una oveja más lo que la jauría de lobos les imponía.

Tras la capitulación de París, todos se dedicaron a acumular víveres mientras pasaban el resto del tiempo escuchando la radio con el estómago encogido. La única fuente de consuelo les llegó, precisamente, a través de la BBC. Sucedió el 18 de junio, a las seis de la tarde, cuando el locutor anunció que iban a retransmitir un discurso que ni Victoria ni Adèle, además de miles de ciudadanos franceses, olvidarían jamás.

El general Charles de Gaulle había llegado a Inglaterra, tras la dispersión del ejecutivo francés, para intentar recabar apoyos entre los Aliados, sin saber que su Gobierno estaba ultimando las

negociaciones para firmar el armisticio con Alemania. Su voz viajó a través de las ondas con sorprendente claridad:

«¿La esperanza debe desaparecer? ¿La derrota es definitiva? ¡No! Créanme a mí, que les hablo con conocimiento de causa y les digo que nada está perdido para Francia. Los mismos medios que nos han vencido pueden darnos un día la victoria. ¡Pues Francia no está sola! ¡No está sola! Tiene un vasto imperio de su lado. Puede formar bloque con el Imperio británico, que domina el mar y continúa la lucha. Puede, como Inglaterra, utilizar sin límites la inmensa industria de los Estados Unidos...

»Yo, el general De Gaulle, actualmente en Londres, invito a los oficiales y a los soldados franceses que se encuentren en territorio británico o que ahí vinieran a encontrarse, con sus armas o sin ellas; invito a los ingenieros y obreros especialistas de la industria de armamento que se hallen en territorio británico a ponerse en contacto conmigo. Pase lo que pase, la llama de la resistencia francesa no debe apagarse y no se apagará. Mañana, igual que hoy, hablaré en la radio de Londres».

—Vaya... No te creerás a quién va a nombrar. —Antoinette se había detenido de pronto mientras sus ojos vagaban por la página.

—¿A quién?

—A ti.

Con gesto de sorpresa, Clara le pidió que prosiguiese.

Cuando la alocución terminó, las dos mujeres se miraron emocionadas. Acababan de recuperar la fe en el ser humano. Victoria estaba convencida de que, a veces, las palabras podían

llegar a ser más poderosas que los actos. Y entonces le vino a la mente alguien que las utilizaba con maestría. Alguien que, invocando la libertad y el sentido común, había conseguido que los derechos de muchas personas no siguieran siendo pisoteados, pese a las zancadillas que algunos, como la misma Victoria, le habían puesto. Las palabras de la diputada Campoamor defendiendo sus argumentos para lograr el voto femenino en la España de 1931 resonaron en sus oídos como si las acabara de escuchar. Ahora ya era tarde para lamentos y, por suerte, Clara había conseguido sus propósitos, aunque lo hubiera pagado caro. Victoria también, pero nunca se había arrepentido de su decisión de pedir que se pospusiera el voto femenino. En ese momento estaba convencida de que era lo correcto y no iba a pedir perdón por ello.

Se preguntó dónde estaría Campoamor, qué sería de su vida. Sabía que había abandonado España en septiembre del 36, pero desde su marcha a Suiza, de la que se había enterado a través de conocidos comunes, no había oído nada sobre ella. Parecía que se la hubiera tragado la tierra.

—¿Ya está?

—Me temo que en este capítulo sí, aunque Anne dijo que había escrito más cosas sobre ti.

—¡Qué intriga! Creía que todo lo que tenía que decirme me lo había dicho a la cara. Esta mujer nunca dejará de sorprenderme.

—La verdad es que me recuerda bastante a alguien... —Su gesto divertido no fue perceptible para Clara, pero sí su entonación.

—¿No estarás insinuando que Victoria y yo nos parecemos?

—Pues sí, mucho. Siempre lo he pensado.

La española la miró perpleja.

—Ya me dirás en qué.

—Para empezar, en vuestra cabezonería y en pensar que siempre tenéis razón.

—Eso no es verdad.

—¿Lo ves? —le espetó Antoinette.

—Es que no es cierto. A veces me equivoco y... —subió la voz para enfatizarlo— reconozco mis errores.

—Y ella también, ¿o hace falta que te lo recuerde?

—No —concedió la española con una expresión resignada que, al poco, se transformó en una sonrisa de fingida arrogancia—. Pero yo tengo mucho más encanto, mejor oratoria y, además, logré el voto femenino.

—No me vengas con esas. Sabes a qué me refiero. Os parecéis en lo importante. En los valores, en la necesidad de luchar por lo que creéis justo... ¿Es o no cierto?

A Clara no le quedó otro remedio que asentir. Después dijo:

—Sigamos leyendo, a ver qué más sorpresas nos aguardan.

La lista negra

París, 1940

El mundo se desmoronaba alrededor de Victoria. París, paraíso de la libertad y la belleza, se había convertido en un lugar gris, triste y silencioso. Los parisinos habían cambiado sus costumbres, atenazados por el miedo. Victoria detectaba en sus rostros emociones que conocía bien. Al principio, hubo días en los que no pudo evitar sentir que, de algún modo, se lo tenían merecido, al igual que el resto de los Aliados. En especial los británicos, quienes empezaron también a sufrir los ataques de la Luftwaffe, la aviación alemana. Ellos, que habían hecho oídos sordos a las advertencias

tanto de los servicios secretos como de quienes no habían tardado en comprender lo peligroso que era Hitler; ellos, que habían permitido a Alemania rearmarse y saltarse todos los acuerdos del Tratado de Versalles tras la Primera Guerra Mundial; ellos, que prefirieron ser neutrales mientras Franco aniquilaba a los españoles con la ayuda del Führer y de Mussolini, ahora estaban sufriendo la crueldad de esos mismos enemigos. No obstante, la amargura le duraba poco. Todos los demócratas, todos los que valoraban la libertad estaban en el mismo barco, se gustaran más o menos, y el dolor de unos afectaba a los demás. A ella, al menos, le afectaba.

Por fortuna, la esperanza aún palpitaba en muchos pechos. Cuando los británicos reconocieron al general De Gaulle como líder de la Francia libre, se inició un movimiento secreto que buscaba derrotar a los nazis desde dentro del país con la ayuda desde el exterior que los Aliados pudieran ofrecerles. Al fin y al cabo, el futuro de toda Europa estaba en juego. Los partidarios de la Resistencia, como se llamó a ese espíritu rebelde que recorría el país galo, se las arreglaban para repartir de forma clandestina panfletos con el llamamiento de De Gaulle, incluso pegaban carteles en los muros. Sin embargo, quienes eran sorprendidos haciéndolo acababan detenidos y, en muchas ocasiones, no se sabía más de ellos.

Con el paso de las semanas, la situación de los exiliados españoles se complicó mucho en aquella Francia dividida. Las autoridades franquistas habían pasado una lista negra a sus amigos los nazis con nombres de republicanos huidos. Comenzaron las expatriaciones para que fueran juzgados en España. A Victoria no le sorprendió averiguar que estaba en esa lista, pero que no le sorprendiera no significaba que no la llenara de dolor e indignación. Y de miedo.

París ya no era un lugar seguro, Adèle no paraba de decírselo, aunque la española se negaba a aceptarlo. Hasta que fue demasiado

tarde para intentar marcharse en un barco hacia América, como ella misma había ayudado a hacer a tantos refugiados. Por si eso fuera poco, su familia desde España le comunicó que la justicia franquista la había llamado a declarar en agosto. Como, evidentemente, no fue a entregarse, la habían acusado de rebeldía. La sentencia la condenaba a treinta años de reclusión y la inhabilitaba para ejercer la abogacía. De hecho, la habían expulsado del Colegio de Abogados meses atrás sin que lo supiera. Su desolación era completa. La habían despojado de todo lo que poseía.

Victoria seguía alojada en casa de Adèle, donde, hasta entonces, parecía no correr peligro. Un día, mientras comían, escucharon un ruido en la puerta de entrada. La suiza se acercó a ver de qué se trataba y encontró un sobre en el suelo.

—Es para ti.

Lo único que ponía en el exterior era su nombre, escrito a mano con una caligrafía que le produjo una sensación de premura. Lo abrió con un cuchillo. El mensaje, en francés, decía lo siguiente:

> Mme. Kent,
>
> su nombre ha sido incluido en la lista de republicanos españoles que serán detenidos esta noche. Oficiales de la Gestapo se personarán en el domicilio de madame De Blonay, donde saben que se oculta. Usted no me conoce, pero tenemos amigos comunes en el consulado. Sé de su actividad política en España y le aconsejo que no ignore esta advertencia. Si valora su vida, abandone la ciudad de inmediato.

Cuando alzó los ojos hacia Adèle, vio en los suyos que también creía en la veracidad del aviso. No tenía sentido que nadie bromeara con algo así. El temido momento había llegado. Debía marcharse, no

solo para salvarse, sino para impedir que le ocurriera algo a su querida amiga. Había sido una estúpida al empeñarse en permanecer allí cuando podía haber partido hacía semanas y evitarle el peligro.

—No te preocupes, sé dónde vamos a ir.

—¿«Vamos»? De eso nada. Tú no vas a ningún sitio, Adèle.

De Blonay se detuvo a pensar.

—Tienes razón... seré más útil fuera que dentro.

—¿Dentro?

—De la Embajada de México. Allí conozco a varias personas que te ayudarán hasta que puedas coger un barco.

—Pero...

—No es momento de ponerte cabezota.

Su mirada no dejaba lugar a dudas y Victoria no tuvo más remedio que callar.

Adèle entró al dormitorio, de donde regresó con una mochila. Era una de las que habían utilizado para salir de excursión durante los dos años que hacía que se conocían. Victoria tragó saliva al pensar en los momentos vividos con aquella extraordinaria mujer.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Las lágrimas le rompieron la voz. Su amiga, en cambio, sonaba decidida tras darle un fuerte abrazo. A la española le sorprendió, una vez más, su claridad mental mientras hacía dos llamadas de teléfono.

Cuando abandonaron la casa al atardecer, De Blonay llevaba la mochila a la espalda. Se dirigieron hacia un coche aparcado cerca, dentro del cual las esperaba la amiga a la que había telefoneado la suiza.

Durante el poco tiempo que duró el recorrido le dieron a Victoria instrucciones de lo que debía hacer. Antes de salir del vehículo,

Adèle y ella se abrazaron de nuevo. No había tiempo de concretar nada, ni siquiera cuánto tendría que permanecer escondida o cómo se comunicarían sin que resultara peligroso. La dejaron en la calle paralela, a fin de no despertar sospechas, puesto que había militares alemanes por todas partes.

Aunque estaba muy nerviosa, Victoria intentó caminar a paso no demasiado rápido. En cuanto llegó a la reja que limitaba el perímetro llamó al timbre. No hubo respuesta. Si ese plan fallaba no tenía ni idea de qué haría. Regresar a casa de Adèle no era una opción. Volvió a llamar. Cuando casi había perdido la esperanza, vio que alguien avanzaba hacia ella por el interior del recinto.

—Por favor, necesito entrar. Me llamo Victoria Kent y soy una refugiada española. Mi amiga Adèle de Blonay, de la Cruz Roja, ha hablado con alguien de esta embajada.

—Señora —respondió el hombre en un español con acento mexicano—, nadie me ha informado, así que no puedo dejarla pasar sin autorización.

—Por favor, me han amenazado con detenerme y no tengo ningún otro sitio al que ir... Mire, esta es mi documentación.

Leyó sus credenciales, expedidas por el Gobierno de la República, y Victoria le nombró a Indalecio Prieto, miembro del mismo, quien se encontraba exiliado en México en aquellos momentos. Después de unos segundos que se le hicieron eternos, le permitió entrar.

—Solo por esta noche —le advirtió.

Sin embargo, al día siguiente supo que habían contactado por teléfono con Prieto y este les había pedido que le dieran asilo durante el tiempo que fuese necesario. En ese momento, Victoria Kent ignoraba que pasaría los siguientes diez meses en aquel lugar.

16

JUSTICIA

Finales de mayo de 1971

Eran las cuatro de la mañana. Tras varias horas dando vueltas en la cama, Anne se había hartado y decidido que, para perder el tiempo, mejor se ponía a trabajar.

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas y una taza de café al lado, estaba rodeada de los textos que Victoria Kent le había entregado en Nueva York. Ahora que había leído varios testimonios de presas que sobrevivieron a los campos de concentración nazis, se disponía a averiguar qué castigos les habían impuesto a los miserables asesinos que habían intentado exterminarlas. Ya sabía, por lo que Clara le había contado, que las condenas no habían sido, ni de lejos, las suficientes como para considerar que se hubiera hecho justicia. No obstante, necesitaba leer que, al menos, algo sí se había conseguido.

Cogió la subcarpeta en cuya portada aparecía la palabra «Juicios». Al ser Kent una abogada de la antigua escuela, Anne esperaba encontrar información puramente legal, lo cual no le hacía muy apetecible la lectura de las siguientes páginas. La jerga propia de los

letrados le resultaba incomprensible y farragosa. Sin embargo, a medida que pasaba las páginas, comprobó aliviada que Kent lo había filtrado por su prisma personal.

En pleno conflicto bélico, entre 1943 y 1944, a medida que se iba descubriendo cómo los nazis habían creado un entramado de campos de concentración y exterminio, crecía la necesidad de castigar esos crímenes. Así, en la Conferencia de Londres, celebrada entre junio y agosto de 1945, a la que acudieron representantes de Francia, la Unión Soviética, el Reino Unido y los Estados Unidos, se negoció la forma que adoptaría el juicio. En ese momento se estaba gestando un cambio que resultaría fundamental en el futuro del derecho internacional: la posibilidad de responsabilizar a los individuos, en lugar de a los Estados, de los crímenes cometidos en su nombre. Como abogada, Victoria se sintió orgullosa de los avances que se estaban logrando, pese a las lamentables condiciones en las que había quedado el mundo tras cinco años de lucha armada.

Los juicios de Núremberg tuvieron lugar del 20 de noviembre de 1945 al 1 de octubre de 1946. En ellos no se pretendía tomar revancha ni acabar con quienes habían perdido, sino proporcionar justicia a los millones de personas que habían perecido como consecuencia de la planificación sistemática de su exterminio y la provocación de una guerra mundial por parte de los alemanes. No solo tenían los culpables que ser castigados, sino que había que encontrar la manera de impedir que algo así volviera a ocurrir. Para ello debían crearse leyes nuevas que tipificaran los delitos cometidos, puesto que nunca había sucedido nada semejante.

Las principales autoridades nazis iban a ser acusadas y llevadas a juicio en Núremberg por varios motivos. Uno de ellos, porque allí fue donde el Partido Nazi había promulgado en 1935 leyes como la de Protección de la Sangre Alemana y el Honor Alemán, que prohibía los matrimonios y las relaciones extramatrimoniales entre judíos y alemanes, y el empleo de mujeres alemanas menores de cuarenta y cinco años en hogares judíos, y la Ley de Ciudadanía del Reich, que declaraba que solo quienes tuvieran sangre alemana podían ser considerados ciudadanos. Otra razón fue que el Palacio de Justicia en el que se desarrollaría el proceso era uno de los pocos edificios importantes que quedaban en pie tras los bombardeos.

Muchísimas personas acudieron a la celebración de tan extraordinario hecho. No solo había centenares de empleados de las delegaciones de los cuatro países, sino también investigadores en ciencias sociales, psicólogos y observadores del mundo del Derecho, entre los que Victoria tuvo el privilegio de asistir con un pase de visitante, gracias a un permiso emitido por el Gobierno francés. Además, unos doscientos periodistas fueron acreditados para cubrir el evento. El proceso judicial debía ser justo, pero también rápido. Con ese objetivo, los juicios se llevaron a cabo simultáneamente en inglés, ruso, alemán y francés, para que los jueces y fiscales de los diferentes países, así como los acusados alemanes y sus abogados defensores, pudieran seguirlos.

En octubre de 1945, los fiscales del Tribunal Militar Internacional presentaron acusaciones contra veinticuatro oficiales nazis de alto rango. No sorprendió a nadie que todos los reos se declararan inocentes. Durante los meses posteriores se examinaron decenas de miles de documentos incautados, junto con más de veinte mil fotografías. Se escucharon los testimonios de un gran número de víctimas y la lectura de declaraciones tomadas previamente. Sin

embargo, lo que cambió el curso del proceso y la percepción pública de los casos fue la proyección de una cinta filmada por los Aliados al liberar los campos. En ella se pudo ver, sin ningún tipo de filtro, la magnitud real de los crímenes del Tercer Reich, lo que otorgó una nueva dimensión a los juicios.

Un año después, el 1 de octubre de 1946, comenzó la última sesión. De pie, con los auriculares puestos, los acusados se dispusieron a oír los veredictos. Un silencio gélido atravesó la sala como una inesperada corriente. Victoria sintió que le calaba los huesos y la piel se le erizó. Estaba a punto de presenciar un hecho histórico. Tras meses en los que se habían expuesto pruebas irrefutables, los asistentes también habían tenido que oír todo tipo de infamias y mentiras de labios de aquellas bestias con la apariencia de hombres. Ahora solo cabía esperar que se hubiera hecho justicia. Con el aliento contenido, escucharon la lectura de las sentencias. De entre los veinticuatro hombres procesados, el tribunal dictó doce condenas a muerte por ahorcamiento, siete de prisión y tres absoluciones. Dos reos no recibieron su merecido al hallarse el primero demasiado enfermo para ser sometido a juicio y al haberse suicidado el segundo antes de que comenzara el proceso.

Los acusados escucharon el veredicto con el rostro lívido en su gran mayoría, aunque había quienes lo hicieron con la arrogancia y la frialdad que no les habían abandonado a lo largo de los meses. Muchos de los presentes gritaron y aplaudieron, otros callaron, presos de la indignación. Por su parte, Victoria guardó silencio por respeto a las víctimas, con el único consuelo de haber contribuido a que algunos de los responsables de aquel horror fueran ajusticiados.

Anne se detuvo. ¿A qué se referiría? Leyó por encima las páginas siguientes, si bien, cada cierto tiempo, paraba de nuevo, abrumada por las preguntas. ¿Por qué le había entregado Kent todo ese material? Desde luego, se trataba de un testimonio de un valor inestimable para documentarse a la hora de escribir el libro, pero ¿qué tenía que ver con ella o con Clara? Una vez más, tuvo la sensación de que había algo que se le escapaba.

Según las notas que continuó revisando, entre 1946 y 1949 once juicios más se habían llevado a cabo en Núremberg, aunque solo fueron convocados por Estados Unidos. En ellos se juzgó a médicos nazis, miembros de la Gestapo y de las SS, y a empresarios industriales alemanes por su participación en la aplicación de las leyes de Núremberg y en las deportaciones de judíos a campos de concentración.

Después, prosiguió con la sección en la que se mencionaban otros procesos a los que, al parecer, Victoria había asistido. El corazón se le aceleró al leer lo siguiente:

El 5 de diciembre de 1946 comenzaron en Hamburgo los juicios por los crímenes de guerra de Ravensbrück, el campo de concentración para mujeres más grande creado por los nazis, conocido como el «Puente de los Cuervos». Había dieciséis personas en el estrado, siete de ellas mujeres. Ese campo había servido como centro de entrenamiento para centenares de guardianas nazis, conocidas como aufseherinnen. Tras completar su formación, eran destinadas a otros campos distribuidos por toda Europa. Desde sus puestos privilegiados, aquellas funcionarias volcaban todas sus fuerzas en realizar la tarea para la que se habían presentado voluntarias, en

algunos casos, tras responder a una oferta de trabajo publicada en el periódico.

Durante la Segunda Guerra Mundial más de 130 000 prisioneras, entre ellas un grupo de cuatrocientas españolas que habían luchado primero contra Franco y luego en las filas de la Resistencia, pasaron por Ravensbrück. Otras eran comunistas, intelectuales, romaníes... Había mujeres de todos los estratos de la sociedad y de todos los países ocupados por los alemanes, si bien el mayor número eran judías. Muchas de ellas llegaron allí con sus hijos o embarazadas.

Victoria escuchó horrorizada los testimonios mientras las acusadas, algunas de las cuales no superarían los veintitantos años, actuaban con la misma frialdad que había presenciado en otros juicios por parte de los alemanes varones. Varias incluso sonreían de tanto en tanto. A lo largo de su carrera, Victoria se había ocupado de casos muy diversos, criminales de la peor calaña y gente que había transgredido la ley por distintos motivos. Aun así, todos ellos, de algún modo, no habían dejado de parecerle seres humanos, malvados, equivocados o enfermos... Lo que Victoria vio esos días en la sala del tribunal le revolvió el estómago y la sobrecogió. Aquellas mujeres soberbias, de mirada glacial, habían sido capaces de las mayores atrocidades, desde dar palizas con látigos o cualquier objeto punzante hasta causar la muerte a las presas, azuzar a sus perros contra ellas para que las despedazaran e incluso colaborar en los horrorosos experimentos médicos llevados a cabo por doctores nazis como Karl Gebhardt.

Anne se derramó el café que estaba bebiendo en la camiseta.

—¡Mierda!

Se levantó y mojó el trapo de cocina en el fregadero. Después, se frotó la mancha y se quitó la prenda. Ya se ocuparía más tarde de ello. En tres zancadas se acercó a la mesa de trabajo y abrió el cuaderno que había ido llenando de notas a partir de la lectura de los documentos de su madre. Buscó los datos mencionados por ella en el texto sobre Ravensbrück. No podía ser que hubiera utilizado su verdadero nombre... ¿O sí?

Alzó el rostro con los ojos muy abiertos. Efectivamente, Cecily no se había inventado aquello ni lo había adornado con propósitos literarios. Los horrores sucedidos en el campo de concentración y descritos en aquellas hojas parecían ser reales.

Regresó al sofá y volvió a coger el fajo de hojas de Victoria. Pasó varias páginas hasta que encontró una que contenía información sobre lo que se denominó el Juicio de los Doctores. Como esperaba, el nombre de Gebhardt figuraba allí. Continuó leyendo para averiguar qué había sido de él.

El doctor Gebhardt y sus ayudantes habían experimentado con prisioneras sanas, a quienes habían utilizado como conejillos de Indias. Realizaron amputaciones para poder probar prótesis, hicieron disecciones en vivo sin anestesia y ensayos con antibióticos en pacientes que no tenían ninguna dolencia. Para ello simulaban heridas de guerra e introducían cuerpos extraños infectados para provocar gangrena y tétanos, que después intentaban curar con sulfamida y otros medicamentos.

Karl Gebhardt fue condenado a pena de muerte y ahorcado en 1948.

Aquella frase ponía el punto final al archivo sobre los juicios. Anne se preguntó por qué aquello no le producía la más mínima satisfacción. Cierto era que muchos de aquellos salvajes habían recibido su merecido, pero, tal como había dicho Clara, se trataba de un número muy reducido. Tras leer el catálogo de atrocidades perpetradas por gente como Gebhardt, comprendió que no había forma de proporcionarles justicia a tantos muertos, por muy buena voluntad que tuvieran los Aliados y las personas que habían luchado por la libertad, como Cecily Bishop y los miembros de la Resistencia. Después de conocer los hechos más vergonzosos cometidos por seres en teoría humanos, solo quedaba el estupor de saber que todos, hombres y mujeres, eran capaces de tales actos. Personas en apariencia normales, con sus preocupaciones cotidianas, con sus sueños y expectativas, como por fuerza debían de ser aquellos, habían infligido verdaderas vilezas a sus congéneres sin mostrar, en la mayor parte de los casos, el menor arrepentimiento.

La periodista se levantó con gesto de amargura. Por ese día ya había tenido bastante.

17

LA HUIDA

París, 1941

Cuando Victoria Kent llevaba casi un año de confinamiento en la Embajada de México, unos colaboradores de la Resistencia le hicieron llegar a Adèle de Blonay un mensaje. En él le comunicaban que la Gestapo, saltándose todas las reglas de la diplomacia internacional, planeaba entrar por la fuerza en la Embajada y detener a quienes habían buscado cobijo allí. Así pues, ese mismo día convocó a tres miembros de su equipo en la Cruz Roja. Tomaron prestadas una furgoneta, que llevaba el distintivo en todos los costados, y una ambulancia. Uno de los hombres la acompañaría a bordo del primer vehículo y los otros dos irían en el segundo.

La ambulancia se dirigió con la sirena encendida hacia un punto de la ciudad situado a varias calles de la embajada, donde se había producido una gran explosión a la que siguió el derrumbe de un almacén abandonado. Mientras tanto, la furgoneta tomó una ruta paralela, sabiendo que la atención de los gendarmes y de todo el mundo estaría centrada en las llamas que se veían desde cierta distancia y en el estruendo de la sirena. El conductor y Adèle se

detuvieron durante apenas un minuto frente al edificio. A los pocos segundos, la puerta se abrió y dos personas, una de ellas cubierta con una manta, se acercaron a paso rápido. En cuanto la figura oculta estuvo dentro, el motor se puso en marcha. Abandonaron el lugar que había servido de hogar a Victoria, quien se descubrió y abrazó emocionada a su amiga.

—No hay tiempo que perder. Ponte esto.

La suiza sacó una camisa manchada de rojo y unas vendas, también teñidas en parte de algo que parecía sangre.

—Pero ¿qué ocurre? Nadie ha querido contarme nada, excepto que tenía que irme.

—La Gestapo estaba a punto de detenerte. No hemos podido decir nada más en el mensaje porque tenemos la certeza de que las comunicaciones de la embajada están intervenidas. Tampoco sabíamos si todos los que trabajan allí son de fiar. Así que solo les dije que te sacaran del edificio urgentemente en diez minutos. De ese modo, nadie habría tenido tiempo de venir o pasar la información a otros.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a ponerte a salvo en una casa, al oeste. Se trata de una zona boscosa y poco frecuentada. Pero, por si nos hicieran detenernos, hay que estar preparados.

Entonces enrolló las vendas en torno a la cabeza de Victoria, que observó en silencio cómo le componía algo parecido a un turbante.

—Creo que con esto podrían tragarse la historia de que has resultado herida y nos dirigimos al hospital que nos pilla de camino.

—Adèle debió de ser una mujer extraordinaria —dijo Antoinette interrumpiendo su lectura en voz alta para Clara.

—Si no recuerdo mal, siguieron en contacto años después de todo lo ocurrido, estando ya Victoria en Nueva York. Pero continúa leyendo, por favor.

Cuando circulaban cerca del inmueble en el que había tenido lugar el siniestro que, según supo Victoria después, había sido provocado por otros miembros de la Resistencia con el fin de despistar a los nazis, el conductor mantuvo una velocidad moderada para no llamar la atención. En el caso de que a alguna patrulla se le ocurriera detenerlos, llevaban a una mujer aparentemente malherida a bordo que precisaba de cuidados médicos urgentes y cuyo rostro, entre manchas de mercromina y vendas que lo tapaban en parte, resultaría irreconocible.

Todo marchaba a la perfección. Era una noche sin luna ni nubosidad, lo que les permitiría pasar desapercibidos una vez abandonaran la carretera que salía de París. Faltaban unos diez kilómetros para llegar a su destino cuando las dos mujeres notaron que la furgoneta se estaba deteniendo.

Un juramento en francés de Jean, el compañero de Adèle, confirmó que algo iba mal. Descendieron y abrieron el capó. Una nube de humo negro los obligó a apartarse.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó De Blonay.

El hombre ni siquiera respondió mientras seguía maldiciendo y buscaba, con cuidado de no abrasarse, el origen de la avería. Transcurrieron varios minutos en silencio y casi total oscuridad, excepto por la linterna que alumbraba el motor.

Lo oyeron antes de verlo. El ruido, lejano al principio, fue haciéndose más perceptible a medida que el coche se aproximaba. Después, unos faros iluminaron la carretera en la distancia.

Jean apagó la linterna. Con un poco de suerte, se trataría de algún vecino de la zona, donde había un par de casas de campo. De ser así, quizá podrían pedir ayuda.

—Es un vehículo militar —afirmó Jean mirando a través de unos prismáticos.

Se alejó tanto que las dos mujeres lo perdieron de vista y, por un momento, temieron que las hubiera dejado solas. Sin embargo, al poco regresó.

—Hay un camino que se adentra en el bosque. Cogedlo. Yo me quedo aquí para distraerlos.

—Eso es una locura. Te vienes con nosotras.

—No, Adèle, necesitáis un poco de ventaja y yo puedo dárosla. Hazme caso —insistió él— o no saldremos vivos de aquí.

—No quiero que sigáis poniéndoos en peligro por mí —intervino Victoria—. Dejad que me detengan. Si he de volver a España, lo haré. Afrontaré lo que sea, pero no puedo permitir que os hagan daño.

—Dudo que te lleven a ningún sitio una vez te identifiquen. Demasiadas molestias por un detenido. Dicen que deportan a los huidos, pero nosotros sabemos que algunas personas, por mucho que el régimen franquista las haya reclamado, no llegan a ingresar en las prisiones españolas. Se ahorran burocracia, dinero y un montón de explicaciones diciendo que han desaparecido.

Las palabras de Adèle acabaron por convencerla.

—Pero ven tú también, Jean, por favor —insistió Victoria.

De Blonay y el hombre intercambiaron una mirada y ella decidió hacerle caso. Antes de que su amiga la arrastrara consigo, Victoria le estrechó la mano a aquel desconocido que estaba arriesgando su propia vida por salvarla. A continuación, sintiendo cómo el miedo y la ira la espoleaban, fue tras Adèle y ambas se internaron en la

oscuridad. Unos minutos después, el sonido de un disparo en la lejanía las hizo detenerse en seco.

—Victoria no contó todo esto en su libro. Y ya no quedan más páginas.

—No... —convino Clara—. Y, dado que Anne ha leído ya todos sus textos, se habrá dado cuenta de que hay un vacío de información. A partir de este punto en la historia es cuando sucedieron los hechos que Victoria me confesó a mí en su momento y que ha preferido no revelar.

—Ya comentó que tenía una sensación extraña. Como buena periodista, sabe dónde escarbar. Y lo hará.

—Entonces debemos estar preparadas para sus preguntas.

18

EL HORROR

RDA (República Democrática Alemana), julio de 1971

El traqueteo resultaba muy incómodo. Aquel tren debía de ser uno de los pocos que quedaban en Europa de los tiempos de la guerra. La dureza del asiento y las manchas de suciedad alimentaban las ganas de Anne Bishop de llegar a la estación de Fürstenberg. Miró por la ventanilla mientras la débil luz, que apenas conseguía atravesar las nubes, revelaba un paisaje boscoso donde abundaban los lagos y escaseaban las construcciones.

Intentó hacer que el tiempo pasara antes revisando sus papeles. Entre ellos había un sobre que contenía una carta oficial con membrete rojo encabezada por las palabras «Besuchsberechtigung Mahn und Gedenkstätte Ravensbrück, 14. Juli 1971»[1]. Margaret Connolly le había conseguido el permiso especial del Ministerio de Cultura de la RDA para visitar las instalaciones de lo que había sido el campo de concentración y el visado como periodista acreditada requerido. No había resultado nada fácil, según le había confesado su jefa, sobre todo al no tratarse de una zona libre de tránsito. Por si aquellos fueran pocos obstáculos, les habían advertido que el acceso

al memorial solo se podía hacer en fechas conmemorativas, junto con delegaciones internacionales. No obstante, la suerte les había sonreído al haber un grupo de periodistas, cuatro estadounidenses, dos franceses y un irlandés, que iban a realizar una visita oficial y al que se había permitido que Anne Bishop se uniera. Al parecer, tal posibilidad había sido fruto de un favor que alguien le debía a Connolly en el Foreign Office.

Aunque el trayecto duraba poco más de una hora, le dolía el cuerpo del madrugón, que la había arrancado de la cama a las cuatro de la mañana para coger el avión que la llevaría de Londres a Berlín Occidental. A las ocho ya habían aterrizado en Tempelhof, desde donde una furgoneta los trasladó hasta el Checkpoint Charlie, el lugar de paso a Berlín Oriental más habitual para los extranjeros. Allí, los ocho periodistas debían enseñar su pasaporte y el visado a los militares que protegían aquel inquietante punto de unión y separación de Alemania, situado a unos metros del muro de cuarenta y cinco kilómetros que dividía la ciudad en dos. Casi sesenta minutos después, dejaron atrás el enorme cartel que advertía, en varias lenguas, que estaban abandonando el sector americano.

Cuando el tren por fin llegó a su destino, los viajeros descendieron en busca del autobús que les evitaría caminar los dos kilómetros de distancia hasta el memorial. Durante el trayecto, Anne trabó conversación con una de las periodistas, que trabajaba para un diario de Chicago. Se llamaba Helen Nowak y, según le contó, su madre, una judía de origen polaco, era una de las supervivientes del horror que los nazis, como una bestia sedienta de sangre, habían desatado allí.

La guía que el Estado les había asignado, una mujer de mediana edad con el pelo recogido en un moño, de gesto adusto y ataviada

con un uniforme gris, se dirigió a ellos en un inglés tosco para darles una fría bienvenida y enumerarles las reglas. Después anunció que el recorrido duraría dos horas y les recordó que la visita estaría supervisada en todo momento. Anne sacó la cámara que llevaba, aunque la funcionaria les advirtió que solo podrían tomar fotos de determinados espacios. Según le había confiado en voz baja Helen, durante su breve estancia no iban a contarles muchas de las cosas que habían trascendido a través de los testimonios de las supervivientes ni de los Aliados, sino que iban a escuchar un relato pasado por el filtro comunista, sin acceso a ningún tipo de archivo o áreas restringidas. Lo que les ofrecían era una simple muestra que tendría que bastarles para regresar a sus países con una imagen fraccionada de lo que en realidad había ocurrido en aquel lugar menos de treinta años atrás.

Anne se preguntó si la guía trabajaría para la Stasi, tal como le previno Connolly que podría suceder. No habría sido de extrañar que la policía secreta de la RDA vigilara a los extranjeros que se adentraban en su territorio. Al verla echar a andar, los visitantes dieron por sentado que debían seguirla, aunque ni siquiera se había molestado en decirlo.

Dejaron a su derecha el lago Schwedt, desde cuyas orillas se avistaban algunas embarcaciones de recreo, y se encaminaron hacia el muro. Los extensos tramos que perimetraban el área del inmenso complejo y que aún quedaban en pie seguían coronados por restos de alambrada. Tras atravesar el lugar donde en el pasado se erguía una puerta que ya no existía, Anne se detuvo. El silencio sepulcral y la calma de aquel espacio natural no delataba en absoluto el martirio que miles de seres humanos habían sufrido en su interior. Trató de imaginar cómo debía de ser mirar a tu alrededor y no ver más que esa pared de ladrillos y cemento, aunque les acabaran de comentar

que las presas se movían entre los distintos módulos e incluso eran obligadas a ir hasta el lago para cortar juncos. La posibilidad de contemplar la bucólica estampa más allá del contorno del campo, por el simple hecho de hacerlo, no habría existido para los ojos de aquellos seres humanos extenuados y privados de su dignidad. Más tarde, cuando los visitantes pudieron acercarse a la orilla, el encanto del paisaje quedó arruinado por una sombra negra, inmensa, al serles revelado que aquellas aguas habían sido el destino de las cenizas de millares de personas calcinadas en los hornos de Ravensbrück.

Dentro del perímetro quedaban pocas construcciones de la época que no hubieran sido demolidas, si bien en algunos puntos todavía se podía observar la línea que delimitaba los barracones. El grupo de periodistas entró en los antiguos talleres donde las reclusas llevaban a cabo sus brutales jornadas de trabajo y Anne no pudo reprimir un escalofrío al recordar la escena relatada por su madre. Además, quedaban en pie otros edificios, como el cuartel general de las SS durante la guerra y la prisión, a la que en su momento se denominaba también búnker.

Al final del recorrido, llegaron al crematorio. Anne Bishop sintió cómo se le aceleraba el corazón al contemplar las bocas abiertas de los hornos. Negras, abismales, dispuestas a engullir los cuerpos esqueléticos y enfermos, los pellejos y huesos en los que se convertían las personas que habían acabado en Ravensbrück. Después, aquellas bestias de fuego y carbón vomitaban los restos. En los días de viento, su soplo habría arrastrado las cenizas y las habría elevado hacia el cielo, embarcadas en el humo negruzco que salía por la chimenea. Aquel era el último viaje para millares de seres humanos reducidos a polvo.

Cuando Anne apartó los ojos, su mirada se encontró con la de Helen Nowak, brillante y furibunda.

De vuelta a la estación de tren, las dos mujeres caminaron juntas por el andén mientras el resto del grupo avanzaba por delante de ellas.

—¿Te importaría hablarme de tu madre? —le preguntó la periodista británica.

Helen la observó un instante y siguió andando varios metros en silencio. De improviso, se detuvo y se puso a buscar algo en su bolso. Sacó una cartera y, de su interior, dos fotografías. Una en blanco y negro, en la que el rostro de una mujer que no superaría los veinte años sonreía a la cámara. En la mano derecha llevaba un arco y en la izquierda un violín. La otra instantánea, en color, mostraba a dos personas. Una era la misma mujer de antes, aunque su semblante denotaba el paso del tiempo. Estaba sentada en un sillón y su hija, Helen, sobre el reposabrazos. Las manos de ambas se habían entrelazado en una imagen que debía de haber sido captada recientemente.

—Se llamaba Zofia Nowak. Murió hace dos años.

—Lo siento mucho —dijo tras devolverle las fotos.

—Se ganaba la vida como música antes de la invasión nazi.

Anne tragó saliva al escucharlo. ¿Sería posible que aquella mujer fuera la misma cuya historia había narrado Cecily? ¿La que había acabado en la enfermería sometida a los experimentos del doctor Gebhardt? Quizá en ese caso la agente sí hubiera decidido preservar su anonimato tras el apelativo de Rebeca Goldstein.

—Sí... —respondió Nowak sorprendida cuando le preguntó si le sonaba el nombre—. Estuvo aquí.

—¡Dios mío! —exclamó Anne, sin poder creer lo que acababa de oír.

—Mi madre y ella fueron compañeras de barracón. Se conocieron al poco de llegar al campo. Por desgracia, Rebeca no salió viva de aquí. Murió a causa de una infección.

—Lo sé...

La expresión confusa de Helen la obligó a revelarle lo que sabía gracias al relato de Cecily. Estupefacta, la periodista americana asintió cuando Anne terminó.

—Todo lo que se cuenta ahí es cierto. Pero ¿dónde lo has leído?

—En un informe sobre los crímenes cometidos aquí durante la guerra. —Prefirió no entrar en detalles para no desvelar ningún dato sobre Cecily y se limitó a decirle que estaba realizando un trabajo de investigación para un artículo.

—No me importaría leer ese informe. Es posible que mencionen a mi madre.

—Me temo que no, al menos en lo que he visto hasta ahora. Pero hagamos una cosa... —Sacó la libreta de la mochila y arrancó una hoja. Después se la dio, junto con un bolígrafo—. ¿Por qué no me escribes tu nombre y un teléfono donde localizarte, por si acaso encuentro algo sobre ella?

—Claro. —Se lo devolvió al acabar—. Por lo que me contó, presenció verdaderas salvajadas, de las que me habló solo tras insistirle mucho... Niños destrozados por perros, bebés estrellados contra la pared... Y supongo que prefirió no compartir conmigo muchas otras cosas.

—Lo que no sé es cómo sobrevivió a todo eso.

—Por voluntad y por orgullo. Se prometió salir viva de aquí, y la suerte y su propio coraje se lo permitieron.

—Suerte... —repitió Anne con escepticismo.

—Sí, porque por mucho valor o cuidado que tuvieras, era pura cuestión de azar que no te mataran los terribles esfuerzos físicos, la

falta de alimento, las enfermedades... o esas asesinas que empuñaban látigos y bastones.

—Las *aufseherinnen*.

Anne la miró detenidamente. No podía creer la casualidad que la había hecho coincidir allí con una persona tan ligada a la historia que Cecily Bishop había reflejado en sus escritos. Quienes visitaban aquel parque temático del horror, en muchos casos, no lo hacían por simple curiosidad o por trabajo. Viajaban hasta el Puente de los Cuervos porque su historia estaba ligada a la de alguien que hubiera acabado sus días allí o logrado escapar con vida. Tal era el caso de Helen Nowak. Pero también había quien lo hacía para tratar de detectar algo, lo que fuera, una vibración íntima, un recuerdo inexistente de lo que había acontecido en ese lugar. Intentaban hallar una conexión personal, humana, con los rastros invisibles de tantas almas exterminadas entre aquellos muros. Buscaban conmoverse, comprobar con sus propios ojos que el campo existía, que el horror en verdad había sucedido. Anne misma era un buen ejemplo. Había llegado hasta allí movida por la necesidad de sumergirse en una atmósfera todavía cargada —tal vez tan solo en su imaginación— de la presencia de los seres humanos que habían encontrado su trágico final en Ravensbrück.

Al observar a Helen, le pareció que se asomaba a un espejo en el que se veía reflejada. Las dos tenían una edad similar, se dedicaban a lo mismo y sus madres habían vivido una existencia peculiar, por definirlo de algún modo, antes de fallecer poco tiempo atrás. Y entonces comprendió que Zofia Nowak y Cecily Bishop también eran dos partes del mismo reflejo. Ambas se hallaban en el lado de la historia opuesto al de los verdugos; una como víctima y otra arriesgando su vida para evitar que algo tan monstruoso e inimaginable le sucediera a nadie más. Las dos se habían enfrentado

a las adversidades, pero habían tenido destinos diferentes. El de Zofia había sido mil veces peor, pensó Anne, mientras asomaba a su mente la hipotética imagen de su madre vestida con un traje a rayas, consumida hasta ser un saco de huesos y con el pánico taladrado en la mirada. Trató de imaginar lo distintas que habrían sido sus existencias, tanto la suya como la de Helen, si Cecily hubiera acabado presa en un campo de exterminio y Zofia hubiese trabajado para los servicios secretos y dado caza a nazis.

La vida no era justa y Anne solo podía dar gracias por esa suerte que Helen había mencionado. Nunca más dudaría del poder de la casualidad para tejer destinos.

19

UN DISPARO EN LA NOCHE

Buenos Aires, noviembre de 1944

El bar Iberia, situado en la esquina entre avenida de Mayo y Salta, era punto de reunión para los republicanos españoles refugiados en Buenos Aires. Casualidades del destino —o quizá no—, frente a él se encontraba también el bar Español, frecuentado por franquistas, de modo que parecíamos vivir inmersos en una metáfora bromista de la vida. Aquella circunstancia propició más de un altercado entre los asiduos a ambos locales que, por fortuna, en la mayoría de los casos se zanjaron sin heridos. Aun así, en alguna ocasión volaron sillas y otros objetos de un lado a otro de la calle, si bien yo no llegué a presenciarlo.

En el salón del Iberia se compartían penas, confidencias y tragos nostálgicos aderezados con noticias de nuestro país, que precipitaban el ánimo de la clientela hacia la zozobra y la desazón. Por mi parte, durante mis primeros años de estancia apenas había entrado allí un par de veces. No obstante, tras regresar de Europa después del entierro de mi madre, me convertí en una habitual, pese a que la melancolía evocada por los recuerdos del café Lavaux y la

figura de Antoinette, a quien imaginaba sentada en una de sus mesas sin mí, me daba ganas de echarlo todo por la borda y regresar a Lausana.

Entre las personas con las que me cruzaba en el bar se encontraban intelectuales, juristas y figuras del panorama cultural de la ciudad, así como varios políticos con quienes había coincidido durante mis años de diputada, entre ellos Niceto Alcalá-Zamora, que fue presidente de la Segunda República; Luis Jiménez de Asúa, diputado del PSOE, que presidió la comisión parlamentaria que elaboró la nueva constitución en 1931, y Federico Fernández de Castillejo, diputado del Partido Republicano Progresista.

Mi actividad durante esa segunda etapa en Buenos Aires guarda bastante semejanza con la duplicidad, ya mencionada, que he sentido en mi interior muchas veces en relación con mi hermana fallecida. Era como si realmente me estuviera desdoblando en dos versiones de mí misma que se simultaneaban sin que nadie, excepto algunas personas, estuvieran al tanto. Por un lado, me interesaba ofrecer la imagen de una exiliada que ya no quería saber apenas nada de la política y que se había conformado con su nueva vida en aquel país. Con tal fin, intenté mantener un perfil bajo, aunque de vez en cuando todavía escribiera publicaciones para algunas revistas y periódicos, y participara en proyectos culturales en la Universidad de la Plata. Por otro lado, me había convertido en una agente secreta que actuaba bajo la cobertura de personal diplomático para moverme con libertad y reunirme con informantes dentro de las comunidades germanas. Mis principales funciones eran obtener datos sobre las actividades de ciudadanos alemanes afines al régimen nazi y sus simpatizantes, y contribuir a mapear la red de contactos de hombres de negocios que mantenían relaciones con el Tercer Reich.

A mi primera misión en la Embajada del Reino Unido, de la que salí bastante asustada, pero con la ilusión de haber comenzado una etapa emocionante, le siguieron algunas más. Por ejemplo, ayudé a dos espías ingleses, que se ocultaban bajo la identidad de un funcionario y su esposa, a huir de Argentina cuando sus verdaderos nombres quedaron al descubierto. Nunca pensé que se me daría tan bien aparentar ser torpe, de modo que pudiera obstruir el paso y confundir a los agentes que los vigilaban. Cuando se me informó de que ambos habían regresado a Inglaterra sanos y salvos, en parte gracias a mí, me sentí aliviada y útil. En otra ocasión, me encargué de fotografiar a los colaboradores que se reunían cerca de los muelles para facilitar la entrada de algún alemán recién llegado. Gracias a eso se pudieron realizar varias detenciones. Y hubo más misiones. Por suerte, nadie le prestaba atención a una mujer de cincuenta y tantos años. Si Antoinette hubiera podido verme se habría sentido orgullosa y también se habría reído a gusto al ver mi expresión intencionadamente despistada e inocente para pasar desapercibida en algunas de aquellas situaciones.

Anne tomó un sorbo de café mientras imaginaba a Clara Campoamor inmersa en su papel de espía. Los riesgos que había corrido eran mucho más serios de lo que, en principio, parecía haberse acordado. La propuesta de Cecily sonaba bastante más trivial, como una mera participación exenta de todo peligro, aunque lo que había leído hasta el momento de la mano de Clara resultaba turbador. Pensar en ella, ya bien metida en la cincuentena, escondiéndose y exponiéndose de aquella forma le generó cierto resquemor hacia su madre. Cuántas mujeres y hombres habrían muerto prestando sus servicios a los gobiernos que luchaban contra el fascismo y el nazismo durante la

Segunda Guerra Mundial sin que sus nombres hubieran pasado a la historia. Tomó otro trago mientras cuajaba en su mente el propósito de elaborar un buen prólogo para el libro de Clara, en el que se le hiciera justicia a tantas de esas personas como fuera posible. No en vano, habían contribuido casi en la misma medida que los más valientes soldados para lograr la paz que reinaba en Europa desde entonces.

Me gustaba el ambiente que se respiraba en el bar Iberia entre semana, cuando menos gente había. Un día, a mediados de noviembre, me encontraba trabajando en un texto para una publicación que me habían ofrecido. Concentrada, intentaba hilar la siguiente frase, que se me resistía de forma irritante. Mis ojos enfocaban la ventana sin prestarle atención a nada mientras yo buscaba las esquivas palabras. De pronto, una cara me desconcentró, trayéndome de vuelta a lo que me rodeaba. ¿De qué conocía al hombre que acababa de entrar en el bar Español? Sabía que lo había visto antes, pero no en Buenos Aires. Tenía la sensación de que había sido en Madrid, aunque no conseguía ubicarlo. Estaba casi segura de haberme cruzado con él en más de una ocasión. Perdidas para siempre las palabras que compondrían la frase inacabada, dejé a un lado el cuaderno y tomé un trago de agua.

Mientras mi mirada se escapaba de tanto en tanto hacia el local de enfrente, con la esperanza de que aquel tipo volviera a salir y, al verlo, diera de una dichosa vez con el recuerdo que me permitiera identificarlo, no me percaté de que en el Iberia había otra persona que observaba con atención a alguien.

A mí.

Se trataba de una mujer muy rubia y con ojos de un azul intenso. Ubicada en una esquina, a mi espalda, podía contemplar desde una posición muy discreta a toda la clientela, si bien solo parecía interesarle yo, aunque esto lo supe después, claro. Cómo iba yo a darme cuenta, con lo entretenida que estaba intentando resolver mi propio enigma. Si hubiera reparado en ella, quizá habría oído cómo le respondía al camarero en un castellano con acento extranjero, aunque no habría sido capaz de identificarlo como alemán.

De pronto, surgió la chispa de un recuerdo. No pude ponerle nombre al individuo, pero sí supe dónde nos habíamos visto. Fuera del Congreso, durante el tiempo que fui diputada. No era extraño que, a la salida de las sesiones parlamentarias, los miembros de los partidos de izquierdas fuéramos confrontados por seguidores radicales de las formaciones de derecha. Con pancartas en la mano y su llamativa insignia del yugo y las flechas cosida en la camisa, se dedicaban a insultarnos y gritar lemas que después, por desgracia, he oído repetidos, casi palabra por palabra, en boca de sujetos leales tanto al franquismo como a la ideología nazi. Estaba segura de que aquel hombre me había dispensado no solo insultos, sino burlas cuando perdí mi acta de diputada. Su imagen sujetando una caricatura de Victoria Kent y mía regresó a mí para volver a indignarme más de una década después.

Mi memoria seguía funcionando como antes y respiré aliviada al constatarlo. No obstante, descubrir que aquella alimaña se hallaba también en Buenos Aires, donde tantos de nosotros, los defensores de la República, habíamos acabado exiliados, me revolvió el estómago. Intenté calmarme y pensar en otra cosa. Retorné a mis notas y redacté un par de oraciones sin pies ni cabeza que acabaron en la papelera. Ese tipo me había arruinado el día. Y lo peor era que en mi mente habían comenzado a dispararse las hipótesis sobre qué

estaría haciendo en Argentina. No puedo evitarlo, soy así. Cuando una idea nace en mi cerebro, soy incapaz de dejarla marchar como una nube pasajera. Al contrario, necesito atraparla y entretejer con ella todo un tapiz de posibilidades que expliquen el hecho que dio origen a dicha idea. Supongo que nos pasa a quienes tendemos a obsesionarnos con los detalles, como me decía Miguel. Ay, mi querido Miguel, si hubieras podido verme entonces, complicándome la vida una vez más.

Aún inmersa en mis cavilaciones, lo vi salir del bar en compañía de otro hombre. Como si supiera que lo estaba observando, dirigió la mirada hacia la ventana que se interponía entre él y yo. Nuestros ojos coincidieron solo unos segundos, durante los cuales habría podido jurar que su expresión cambió. ¿Me habría reconocido él también? Sin embargo, giró la cabeza y continuó caminando como si nada.

Nunca sabré qué me llevó a hacerlo, aunque puede que se tratara de mi nueva faceta como colaboradora de los servicios de espionaje. Sabe Dios. El caso es que me fijé en la dirección que tomaban y, a continuación, recogí mis cosas a toda prisa y me marché tras ellos.

Mi intuición o mi cabezonería me decían que esos tipos ocultaban algo. El acompañante del español tenía un aspecto corpulento, era bastante más alto que él y un bigote espeso cubría su labio superior. Su cabello parecía rubio oscuro o pelirrojo, no habría podido decir cuál de los dos a ciencia cierta, debido a que ya estaba anocheciendo. Me situé a bastantes metros, como me habían enseñado durante el entrenamiento, para evitar que detectaran mi presencia si se daban la vuelta. De lo contrario, corría el riesgo de que aquel hombre esta vez sí me reconociera. Tonta de mí... yo no creía haber cambiado mucho en esa década, pero los kilos que había

engordado y el gris que veteaba mis cabellos desde hacía años me contradecían.

Habíamos recorrido ya varias cuadras, como dicen en Argentina, y ellos continuaban a un paso cada vez más rápido. Debía acelerar un poco si no quería perderlos de vista. Habían atravesado la calle para meterse por una más estrecha que partía de la avenida. Tuve que esperar porque venían varios vehículos por ambos lados. Cuando conseguí cruzar me asusté. Habían desaparecido. Corrí hacia la siguiente bocacalle. Nada. No había rastro de ellos. Enfadada conmigo misma, maldije mi torpeza y mi falta de agilidad. ¿A quién quería engañar? No era una espía ni lo sería nunca. Tan solo una mujer madura, por no decir vieja, que no podía evitar entrometerse a causa de su indomable curiosidad. Y, aun así, me resistía a claudicar tan fácilmente.

Corrí hasta la siguiente calle y hasta la de después... ¡Allí estaban! Debían de haber acortado por los callejones paralelos a la avenida. Me mantuve a cierta distancia mientras se hacía cada vez más de noche y las aceras se vaciaban de gente. No se volvieron ni en una sola ocasión, de manera que supuse que aquella sabandija no había reparado en mí ni mucho menos sospecharía que los pudiera estar vigilando.

De cuando en cuando, no me quedaba más remedio que trotar para cubrir los tramos entre una calle y otra y ver qué dirección tomaban. Ya hacía media hora que caminábamos y no parecían tener intención de entrar en ningún sitio. Tuve entonces un mal presentimiento, pero no me decidía a olvidarme del asunto. Había algo muy raro en que dos hombres se reunieran y no intercambiaran palabra alguna en un trayecto tan largo como aquel. Al menos yo no los había visto hacerlo.

De pronto comprendí hacia dónde se dirigían. Muy cerca de allí se encontraba la estación Constitución. Debían de ir a coger un tren, por lo que no tendría sentido continuar persiguiéndolos. Sin embargo, cuando llegaron a la entrada, pasaron de largo. ¿Dónde demonios iban?

La penumbra me permitió acercarme un poco más para no perderlos. Apenas había una decena de personas en las inmediaciones, de modo que me aproximé a la fachada de la estación, donde las sombras me mantendrían a salvo en caso de que se giraran. Continuaron por detrás del edificio y, para mi sorpresa, salieron hacia la zona de las vías. Aquello estaba tomando un cariz que no me gustaba nada. He de confesar que empecé a sentir cierto miedo al no tener ni idea de a dónde me encaminaba. Una vez más, me estaba exponiendo al peligro sin que en esta ocasión nadie me lo hubiera pedido. ¡Estúpida de mí! Pero qué le iba a hacer. Necesitaba saber qué ocultaban esos hombres.

Apreté el paso y descendí a las vías, tal como habían hecho ellos. La oscuridad era completa y me costó acostumbrarme a la poca luz que se filtraba entre los vagones estacionados. Era una noche clara y, por suerte, podía distinguir lo mínimo para seguir avanzando, aunque tuve que desviar la mirada hacia el suelo para evitar tropezar. Cuando la alcé de nuevo, me di cuenta de que ya no estaban allí. Los había perdido después de todo. Maldije para mí misma. Decididamente, era un desastre como espía. Tras unos segundos de indecisión, me dispuse a dar la vuelta para marcharme, pero me detuve al notar que algo me presionaba la nuca.

—Ni se le ocurra moverse —dijo una voz a mi espalda.

De inmediato supe que había caído en una trampa. Debían de haberse escondido para rodear luego los vagones situados a mi derecha y retroceder. Por supuesto, no tenía la menor intención de volverme, segura de que lo que aquel hombre estaba apoyando en mi cogote era una pistola. De modo que así era como iba a terminar todo para mí. Acabaría tirada en unas míseras vías con un disparo en la cabeza. Allí concluiría la historia de Clara Campoamor. O quizá incluso me quitaran la documentación y nadie supiera jamás que había muerto. Podía leer mi epitafio: «Murió por idiota y por cotilla»... Pero me negaba a aceptar un final tan estúpido y sin sentido.

—Si le sirve de algo, no sé cómo se llama, así que no podría denunciarlo aunque quisiera —conseguí decir después de tragar saliva.

—Antonio Cánovas de Berenguer. —El nombre no me decía nada —. Y yo que creía que nunca volvería a verte. Me has dado la alegría de mi vida...

—Así que me ha reconocido —respondí, comprendiendo a qué tipo de alegría se refería. La de poder eliminarme.

—Por supuesto... Clara Campoamor. Te creías muy lista porque te dejaron jugar a ser diputada durante un tiempo. Te permitieron salirte con la tuya para darles el voto a otras inútiles como tú. Total, para lo que os ha servido... Ahora volvéis a estar donde Dios manda: en la cocina y calladitas, como debe ser. Y ya nadie se acuerda de ti.

¿Cuánto veneno podía contener el corazón de un ser humano? Y, lo que más me sorprendía, ¿qué había hecho yo para merecerlo? Porque lo de haber logrado el voto femenino no era más que una excusa. El odio cerval que aquel y muchos otros hombres nos profesaban a las mujeres no había surgido de la noche a la mañana; era algo madurado y alimentado durante siglos.

—Me temo que se equivoca usted —me atreví a decir—. Yo nunca he deseado pasar a la historia ni el reconocimiento de los demás. Tan solo quise que se hiciera justicia.

—Pues si es justicia lo que quieres, eso es lo que vas a tener.

Al sentir que la presión sobre mi nuca se aliviaba, no lo pensé más y me giré hacia él. Aquel tipo, de escaso pelo y ojos oscuros, me estaba apuntando a la cara. En su expresión, el desprecio y algo que parecía temor, supongo que por lo que se disponía a hacer, se turnaron para conferirle un aspecto de demente. Su mirada desorbitada recorría mi rostro como si buscara en él al enemigo formidable que, obviamente, yo no era. Noté cómo su antebrazo se tensaba. Estaba a punto de apretar el gatillo. Cerré los ojos y aguardé a que llegara la detonación.

En un acto reflejo, Anne se llevó una mano a la boca como si en verdad estuviera presenciando la escena. Con el aliento contenido siguió leyendo.

Los segundos transcurrieron con una lentitud inusitada mientras esperaba recibir el balazo que acabaría conmigo. Una vez más, la muerte exhalaba su pestilente aliento sobre mí, como me había sucedido a bordo de aquel buque alemán años atrás. No obstante, en esta ocasión tuve una sensación distinta. Me pareció que todo se detenía a mi alrededor y los recuerdos me envolvían para acompañarme en ese último viaje que estaba a punto de emprender, lejos de todo y de todos. Incluso de mí misma. Mi propia ausencia tejió en torno a mí un círculo de calma que me protegía de la oscuridad. Me hallaba en un estado inusual de paz. Libre del yugo

del miedo, me sentía preparada para partir cuando aquella bala quebrara mi existencia, que se había prolongado durante cincuenta y seis años.

Sin embargo, solo escuché un ruido amortiguado y un golpe seco. Unos segundos después, abrí los ojos y lo que vi me dejó de piedra. Aquel desgraciado yacía en el suelo. Su mirada, perdida y opaca, era la de un muerto. La vida se le había escapado por el agujero que horadaba su sien. Me giré, a un lado y a otro, en busca de la respuesta al nuevo enigma.

Una figura oculta entre las sombras avanzó hacia mí hasta situarse bajo el tenue haz de luz que se filtraba entre dos vagones. Una mujer rubia, ataviada con un vestido y unos zapatos, llevaba en la mano un arma. En su extremo reconocí un silenciador.

—¿Quién es usted? —me aventuré a preguntar, sin saber siquiera si era amiga o enemiga. Su aspecto hizo que el corazón se me acelerara. ¿Sería una agente del Tercer Reich? Pero... ¿por qué me había salvado la vida?

Sin responder, caminó hasta el hombre y le cerró los párpados en un gesto que me sorprendió. Después se volvió hacia mí.

—Usted no debería estar aquí. Se ha puesto en peligro sin ninguna necesidad y me ha forzado a exponerme.

Me sentí como si me hubiera abofeteado, pero tenía razón. Había actuado como una estúpida y una irresponsable. Si tan solo lo hubiera pensado dos veces y le hubiese comentado mis sospechas a alguien de los servicios secretos, quizá nadie habría muerto esa noche.

—Lo lamento, no pretendía... Reconocí a este hombre, a quien ya había visto en España, y estaba convencida de que tramaba algo.

—Pues ha tenido suerte de que Cecily Bishop me encargara que no la perdiera de vista. Ahora debe marcharse. Su acompañante no

puede estar lejos.

Me quedé sin habla al oír aquello y solo acerté a decir:

—Muchas gracias por salvarme.

Acababa de conocer a la agente Schultz, aunque su nombre solo lo averiguaría después. Me alejé a toda prisa, avergonzada y con la dolorosa sensación de haber puesto en riesgo mi colaboración con los servicios secretos. Después de semejante metedura de pata, era poco probable que volvieran a confiar en mí.

20

EN BUSCA DEL PELIGRO

Lausana, septiembre de 1971

—No te asustes al verla. La vas a notar un poco cambiada —le susurró Antoinette mientras la acompañaba escaleras arriba.

Cuando entraron en el dormitorio, Anne comprobó la verdad de las palabras de la suiza. El rostro macilento de Clara las recibió con una sonrisa que evidenciaba su esfuerzo por desterrar el rastro del dolor.

La periodista se acercó al lecho y se sentó a su lado. Se dieron dos besos y la joven la contempló con cariño.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, no dejes que la alarmista de Antoinette te contagie su preocupación.

—Tienes cara de cansada. ¿No quieres que llamemos al médico? O podemos ir juntas las tres.

—De eso nada, jovencita. Estoy de maravilla —insistió mientras se colocaba las almohadas para estar más erguida—. Pero dejemos de hablar de mí. Cuéntame, ¿cómo va todo? Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Sí, la verdad es que he estado ocupada, entre la documentación y la reescritura de algunos textos que quería traeros.

—Visitaste el campo de Ravensbrück, ¿no? —preguntó Antoinette.

—Así es.

—Hace varios años estuve en Auschwitz —intervino Clara—. No creo que sea muy distinto de ese otro campo, al menos en lo esencial: el horror que tuvo lugar allí. ¿Puedo preguntarte por qué quisiste ir?

—No lo sé muy bien, supongo que por curiosidad, pero también porque necesitaba verlo por mí misma. No me servían los relatos de otros. Quizá se deba a mi profesión.

—Tal vez... aunque mi respuesta, si me preguntaran, sería similar. Sospechaba que la única manera de poder hacer la conexión necesaria entre mi cabeza y mi corazón era yendo a verlo con mis propios ojos. Puede sonar estúpido, pero para experimentarlo con la intensidad que aquellos millones de muertos merecían, debía contemplar el mismo escenario, respirar ese aire, caminar por el suelo que pisaron... tratar de aunar lo intuido y lo palpable, lo evidente. Por supuesto, fracasé. Es imposible hacerse una idea mínimamente acertada de lo que sucedió allí.

—Eso sentí yo también —afirmó Anne.

—Claro, porque no somos el tipo de personas que cometerían crímenes tan espantosos. Nuestra imaginación es poderosa, pero no tanto. Y eso es bueno, creo yo. No obstante, es vital intentar ponerse en el lugar del otro. Tratar por todos los medios de comprender lo que pueda estar sufriendo, por muy inimaginable que resulte. Solo así mantendremos nuestra humanidad a salvo, porque, de otro modo, la acabaremos perdiendo para siempre. Y si eso ocurre, entonces todos... todos estaremos perdidos.

—Tienes razón, querida —dijo Antoinette—. Aunque me temo que ese tipo de sentimiento no está tan extendido. No hay más que echarle un vistazo a los conflictos que suceden por doquier. Ahora no parece que pueda ocurrir algo tan horroroso de nuevo, pero mi fe en el ser humano ya no es la misma después de dos guerras mundiales.

—A mí me sucede igual, y eso que no he tenido que ver las atrocidades que habéis visto vosotras. Aun así, cuando visité el campo hubo un momento, mientras estábamos frente al lago donde vertieron las cenizas de miles de cuerpos, en el que casi tuve el convencimiento de que era imposible que algo similar volviera a suceder. Después de saber lo que sabemos, no podemos cometer los mismos errores.

—O sí... Quién sabe —concluyó Clara—. Lo importante es no olvidar.

—Sí, yo también lo creo. De hecho, he pensado mucho en ello desde entonces. Se me ha ocurrido algo que quería hablar con vosotras, aunque tal vez no lo consideréis adecuado... ¿Qué os parecería que añadiéramos un apéndice al libro en el que se nombre a tantas personas como sea posible? Me refiero a víctimas, pero también a quienes colaboraron y se sacrificaron sin que su identidad haya trascendido.

Antoinette fue la primera en responder.

—A mí me parecería bien, aunque tal vez sería complicado contactar con los familiares de quienes perecieron.

—No creo que hiciera falta, existen listados oficiales a disposición de quien los quiera consultar. ¿Tú qué opinas, Clara?

—Es una idea excelente. Así el libro no trataría solo sobre mí. Lo cierto es que el objetivo al escribirlo era que sirviera de homenaje a quienes lucharon por la libertad. De modo que, por mí, adelante.

—Genial —convino la periodista—. Además, creo que sería posible contactar con algunas mujeres que estuvieron en aquel campo y vivieron para contarlo. Durante la visita conocí a la hija de una de ellas, que por desgracia ya murió, pero quizá pueda proporcionarme datos para localizar a otras.

Anne les relató la conversación mantenida con Helen Nowak y las dos mujeres se sorprendieron al saber que Rebeca Goldstein había existido en realidad.

—Me temo que Cecily no debió de inventarse nada, por mucho que lo ficcionalizara de una forma tan eficiente —comentó Antoinette.

Tras asentir, Campoamor se dirigió a Anne:

—Ahora, jovencita, dime, ¿para cuándo crees que podría estar listo el primer borrador?

—Mmm... Supongo que para primavera, si consigo acabar de leer todos los documentos de mi madre. Estoy redactando los capítulos sobre tu etapa en el Ateneo y la descripción del Madrid de aquella época mientras estudiabas Derecho. Como de Victoria no tenemos nada más, no sé hasta qué punto merece la pena insertar su material. Me da la sensación de que quedaría un poco forzado, aislado del resto. Pero tú decides.

—Lo pensaremos con calma... ¿Cómo van mis textos? ¿Te parecen bien? ¿Están escritos correctamente?

—Son maravillosos, Clara. No pienso mover ni una coma.

—Puedes cambiar lo que consideres oportuno, no voy a ofenderme porque me hagan correcciones necesarias.

—Estoy disfrutando mucho del relato de la segunda etapa de tu exilio en Argentina. De hecho, me has tenido en vilo mientras leía, como si se tratara de una novela de suspense.

—Clara sabe cómo mantener la intriga —dijo Antoinette con deliberado retintín.

Las tres rieron a gusto.

—¿Por dónde vas? —inquirió la madrileña.

—Lo último que he leído fue sobre aquel individuo al que seguiste, el tal Cánovas. Debiste pasar mucho miedo.

—Desde luego, pero yo misma me lo busqué por incauta. Lo peor de todo es que él acabó muerto por mi culpa.

—No digas eso, querida; de no ser por aquella mujer, te habría matado sin dudarlo.

—Quién sabe... Quizá no lo hubiera hecho.

—Por lo que escribiste, no parecía que fuera a dejarte escapar. Así que no le des más vueltas. Todo acabó bien y eso es lo importante.

—Bueno... —Clara hizo un mohín tras oír las palabras de Anne mientras ladeaba la cabeza de un lado a otro—. No tan bien; tu madre estaba enfadadísima. Incluso voló hasta Buenos Aires para decírmelo a la cara.

—¿En serio? Pues los enfados de mi madre eran épicos. ¿Me cuentas qué pasó?

—Durante los días siguientes, volví a la rutina mientras intentaba no pensar demasiado en lo ocurrido, lo cual no resultaba fácil dadas las circunstancias. Las pesadillas me martirizaban cada noche, cuando el rostro de aquel hombre me visitaba sin falta. Unas veces era él quien moría, como había sucedido en realidad; otras, yo. Podía sentir de una forma tan intensa cómo la vida me abandonaba después de recibir un disparo en el pecho que me despertaba temblando y aterrorizada. Lo veía todo como en una película que se estuviera desarrollando a cámara lenta. El impacto de la bala, el dolor agudo al penetrar mi piel y alcanzar órganos vitales y, sobre todo, el modo sutil en que una simple gota de sangre comenzaba a

aflorar en mi camisa blanca. Poco a poco, iba agrandándose, empapando el tejido, al principio como si fuese una rosa, luego cubriéndolo todo de carmesí.

»Debía sobreponerme y aceptar las consecuencias de mis actos. Sabía que, tarde o temprano, alguien contactaría conmigo para comunicarme el cese de mis actividades con el MI6. No obstante, no esperaba encontrarme frente a frente con Cecily Bishop.

»La agente había volado hasta Buenos Aires aprovechando que tenía asuntos que atender en Nueva York y México, según me dijo. Quedamos en los muelles, como indicaba la nota que me emplazaba a reunirme con alguien de los servicios secretos. En cuanto la vi, supe que venía a hacer lo que me había estado temiendo durante los días anteriores y, en cierto modo, me alegré de que fuera ella quien se encargara en persona. Era lo justo.

»—Clara, espero que entienda que ese día su actuación pudo costarle la vida. No debe inmiscuirse en nada para lo que no le hayan dado instrucciones precisas. Esto es muy importante si queremos mantenerla a salvo. De otro modo, no podremos protegerla. Esta vez hubo suerte porque la agente Schultz la estaba vigilando... No quiero ni pensar cómo podría haber acabado todo.

»—De verdad que lo siento —insistí infinitamente avergonzada.

»—Además, recuerde que se lo prometimos a la señorita Quinche.

»—Yo se lo prometí, y lo cumpliré —añadí, algo molesta, ante su mención de Antoinette, cuando la decisión de que yo regresara a Argentina no había sido tomada por ninguna de nosotras dos, sino por ella—. Sé que metí la pata y lo lamento muchísimo, pero no por mí, sino por aquel hombre. Si no me hubiera entrometido, no habría acabado muerto.

»—Las compañías que frecuentaba ese tipo son muy peligrosas. Me temo que tarde o temprano habría ocurrido.

»—¿Por qué lo dice?

»—¿Recuerda al hombre que iba con Cánovas?

»—Sí... ¿Saben quién es?

»—Helmut Zimmer, capitán de la Oficina Central de Seguridad del Reich. —La miré estupefacta—. Después de que los Aliados liberaran Francia en agosto, muchos miembros del Tercer Reich y quienes habían colaborado para asegurar el avance de las tropas de Hitler por toda Europa comprendieron que, con el fin de la guerra, se les iba a acabar la impunidad. Así que los nazis llevan ya un tiempo enviando a otros países a agentes encargados de establecer toda una red que facilite su huida. Cánovas, en particular, trabajaba para la red germano-española que los ayuda a escapar a Argentina y les consigue una nueva identidad y un lugar en el que esconderse.

»—¿Aquí?

»—En realidad por todas partes, pero especialmente en Buenos Aires, donde ya cuentan con un gran apoyo desde hace años. Zimmer es uno de ellos y gracias a Cánovas ese día logró escapar. Al registrar el cuerpo del español encontramos varios pasaportes. Uno era el que le iba a entregar a Zimmer para que pudiera adoptar una nueva identidad. Me temo que su presencia allí, Clara, frustró sus planes. Ahora estamos intentando dar con su rastro, lo que, seguramente, nos llevará hasta muchos otros criminales huidos.

»—¿Lo ve factible?

»—Siendo realistas, resultará complicado encontrarlos a todos. Los asiste mucha gente. La ruta que pasa por España es una de las que más nos preocupa.

»—Mi querido e influenciable país... —musité, devastada.

»—No es de extrañar, considerando el respaldo que Hitler le dio a Franco. Están en deuda con los alemanes y estos se asegurarán de que les devuelvan los favores. Pero no son los únicos. Hay indicios

de rutas por Italia e incluso por Dinamarca y Suecia. Sabemos que aún no están muy bien organizados, lo que hace también más difícil localizar a sus colaboradores, pero lo conseguiremos.

»—Debemos impedir que se vayan de rositas.

»—Eso no lo he entendido...

»—Perdón, a veces se me olvida que no es usted española. Quería decir que no podemos permitir que escapen del castigo que merecen.

»—Y no lo harán. Sobre todo, porque tenemos a agentes tan valiosos como usted...

»—¿No van a expulsarme o lo que sea que hagan con quienes no valemos para esto? —Para mi desconcierto, se echó a reír.

»—Por supuesto que no, Clara. ¿Cómo vamos a dejarla marchar? De hecho... —Por su expresión, empecé a sospechar que tramaba algo. Y no me equivocaba—. Lo he estado pensando mientras venía hacia aquí... Pero primero quiero preguntarle algo.

»—Usted dirá.

»—¿Tuvo mucho miedo en aquellas vías? —La miré perpleja.

»—Estaba aterrada... ¿Cómo iba a ser de otra forma?

»—Entonces no querrá pasar por algo así jamás.

»—¿Eso es una pregunta? —asintió y me di cuenta de que no tenía una respuesta.

»—Se lo voy a decir sin "trapujos" —prosiguió.

»—Sin "tapujos".

»—Perdón... Se lo diré sin tapujos: ¿quiere regresar a Europa y olvidarse de todo lo que le he contado?

»—No sería capaz de hacerlo —afirmé con rotundidad.

»—¿Incluso si, a partir de ahora, se ve expuesta a peligros como el de hace unos días?

»Tragué saliva. La imagen de Antoinette, con su tono de preocupación cada vez que hablábamos por teléfono y su insistencia en que tuviera cuidado... Pero no pude evitarlo.

»—No voy a abandonar.

»—Pues, Clara, ya que hemos encontrado a Zimmer gracias a usted, lo justo es que siga colaborando con nosotros para atraparlo, si le parece bien. Pero no tema, que no estará sola. La agente Schultz se quedará por aquí unas semanas más.

»—Por su aspecto y su acento, supuse que era alemana.

»—Sí, es otro miembro muy valioso de nuestro equipo. Lleva dos años trabajando para el MI6, infiltrada en la comunidad alemana bonaerense. Puede contar con ella para lo que quiera, ya que se cruzarán con frecuencia por el bar Iberia.

»—De acuerdo.

»—Estaremos en contacto, señorita Campoamor. Cuídese mucho, ¿me oye?

»—Un momento... —La detuve antes de que se alejara—. ¿Por qué no ha enviado a alguien para echarme este rapapolvo? Para regañarme —aclaré, por si no conocía la expresión.

»—¿Y perderme el placer de hacerlo yo? —Sonrió—. Además, me siento responsable de usted y, si le ocurriera algo, nunca me lo perdonaría. Así que prométame que no se pondrá en peligro si no es absolutamente necesario.

»Y se lo prometí.

Cuando Campoamor concluyó su relato, Anne suspiró con una sonrisa complacida antes de decir:

—No acabo de acostumbrarme a oír estas cosas sobre mi madre. De algún modo, estás creando una imagen desconocida de ella que me encanta... No sabes cuánto te lo agradezco, Clara.

—No hay nada que agradecer. Cecily era todo un personaje, aparte de una mujer maravillosa, y me encanta poder compartir contigo estos recuerdos.

—Estoy deseando continuar la lectura de vuestros textos para saber más de aquel periodo. Pero ahora no tengo tanto tiempo. Mi jefa, que parecía haber aceptado que fuera a tomarme unos meses más, insistió hace unas semanas en que me reincorporara, aunque fuese a tiempo parcial. Y me temo que no tiene muy claro lo que significa «parcial». Ya me ha encargado varios artículos, por eso no he podido avanzar tanto con el libro como me habría gustado. Pero os prometo que lo tendremos listo lo antes posible.

21

ROSTROS DEL PASADO

Nueva York, octubre de 1971

En cuanto escuchó los golpes en la puerta, Victoria supo que la habían encontrado. Su huida estaba a punto de concluir. El estruendo resonaba entre las paredes de su cerebro como si este fuera a implosionar. Gimió y se revolvió en la cama mientras la imagen de una playa se abría paso en su mente. Reconoció las alambradas que rodeaban aquella extensión de arena frente al mar. Ante ella desfilaron las caras de los prisioneros, fantasmagóricas, abrasadas por el sol y el viento, con las cuencas de los ojos vacías. Victoria podía sentir cómo los granos erosionaban su piel mientras los famélicos seres alargaban sus huesudas manos hacia ella. Para atraparla. Para que no escapara. Cuando sintió que unos dedos de acero le estrujaban la muñeca, miró a su perseguidor. Chilló con todas sus fuerzas al reconocer su propio rostro en el de aquel preso con aspecto de muerto.

Su grito de terror la despertó. No obstante, ningún sonido debía de haber salido de sus labios, a juzgar por cómo Louise seguía durmiendo plácidamente. A Victoria le sucedía a menudo desde

hacía años; aunque chillara a pleno pulmón y toda ella se tensara por el esfuerzo, sus gritos nunca traspasaban el umbral de sus sueños. Retornaba del mundo onírico envuelta en sudores y temblorosa, agotada y con ganas de llorar, pese a que todo se hubiera desarrollado en el interior de su cuerpo, donde, como en un escenario, cada noche se representaban las vivencias más aterradoras de su existencia y sus miedos más íntimos. Y, de algún modo, Victoria lo prefería así. Eso la libraba de dar explicaciones, de desahogarse con Louise cada vez. Llevaba dentro su propia cárcel y lo aceptaba, aunque con ello se estuviera condenando a una soledad que podría haber aliviado si hubiera querido.

Se levantó sin hacer ruido y fue al salón. Eran casi las dos y media. Cogió del sofá la manta con la que se cubrían las piernas al anochecer y, después de echársela por encima de los hombros, subió a la terraza.

El viento soplaba con fuerza en las alturas y su aliento frío la confortó. No se sentó en ninguna de las cómodas butacas o en una de las hamacas que ocupaban gran parte de la superficie. El lujoso apartamento pertenecía a la madre de Louise Crane, Josephine Porter, mecenas de artistas y una de las fundadoras del MoMA, el Museo de Arte Moderno. Victoria pasaba algunas temporadas allí, sobre todo cuando la señora Porter se encontraba en alguna de sus otras propiedades. Aunque no podía negar que le encantaba todo aquello y la vida que se le había abierto de par en par al conocer a Louise, su corazón y su cuerpo menudo llevaban tatuados la necesidad de sobrevivir con lo mínimo y el miedo a perder lo poco que tenía. Por eso se resistía a dejar su pequeño apartamento en la avenida Lexington, excepto por breves periodos.

Todavía sentía en el pecho el rastro dejado por la reciente pesadilla. No era la primera vez que soñaba con aquel campo de

concentración, pero nunca de un modo tan vívido y aterrador. Se sentía confusa. Habiendo visto con sus propios ojos los horrores perpetrados por los nazis en diversos lugares, le parecía extraño que su cerebro casi siempre eligiese el mismo espacio, situado en tierras francesas, y que solo había visitado una vez. Sucedió cuando apenas llevaba unos meses en París. Adèle de Blonay le había hablado de los campos de internamiento en los que acababan muchos exiliados españoles al atravesar la frontera, tras sufrir todo tipo de vicisitudes en el camino. El Gobierno galo había decidido construir ese tipo de centros para alojar a los refugiados varones. En cuanto a las mujeres y los niños, los obligaban a seguir ruta hacia poblaciones del interior del país.

Cuando se le presentó la ocasión de visitar uno de ellos, Victoria no lo dudó ni un instante. Debía conocer de primera mano lo que le habían descrito. Un convoy de la Cruz Roja las llevó a ella y a Adèle a Argelès-sur-Mer, una pequeña localidad situada en los Pirineos orientales. Kent nunca había estado en aquella zona, que la sorprendió por su belleza. Desde el camión, mientras se aproximaban, vislumbró un mar cuyos destellos la transportaron por unos instantes de vuelta a otra vida. Una tan lejana que podría no haber sucedido jamás y no ser sino un sueño: los años pasados en su querida Málaga. La despiadada realidad la devolvió al presente cuando ante ellos apareció el enorme recinto, situado en la misma playa. Victoria no tardaría en descubrir que lo que en otro contexto podría haber sido un paraje idílico, se había convertido en una trampa mortal para quienes se hallaban allí.

Los soldados de las tropas coloniales francesas apostados a la entrada del campo permitieron a las dos mujeres y a los otros compañeros de la Cruz Roja acceder al interior.

—La exposición a la intemperie y el terreno arenoso forzaron a los primeros residentes a organizarse para construir barracones de madera que los protegieran —le explicó Adèle—. Aun así, como ves no les sirven de mucho.

Victoria observó las rudimentarias construcciones, que le trajeron a la memoria las del frente de Guadarrama. En ambos casos, las edificaciones habían sido puestas en pie por hombres de todas las esferas laborales: militares, artesanos, vendedores, maestros, camareros... No obstante, lo que para unos era una endeble defensa frente a los bombardeos y disparos del enemigo, para otros representaba un desesperado intento de mantener a raya a otro tipo de enemigos: la arena, el viento y la humedad.

—Estos hombres tienen muy mal aspecto —afirmó Victoria mientras pasaban junto a los prisioneros que estaban sentados o tumbados en la arena.

—Lo sé, pero no es de extrañar. Seguro que las enfermedades no tardaron en cebarse con ellos a las pocas semanas de llegar aquí. Muchos ya deben de estar ciegos a causa de la arena que se les acumula alrededor de los ojos formando esas legañas.

—Pero... tiene que haber alguien que se ocupe de ellos. Habrá médicos en las instalaciones.

—Por lo que sabemos, no hay enfermería, ni siquiera unas letrinas adecuadas —repuso la suiza—. Por eso muchos acaban en los hospitales de la zona, si es que no mueren antes. Además de la falta de una buena alimentación y de las pésimas condiciones sanitarias, padecen los estragos que la arena produce en el cuerpo, como heridas lacerantes y problemas respiratorios, entre otras muchas afecciones.

Victoria no era una mujer fácil de impresionar. El tiempo que había pasado al frente de la Dirección General de Prisiones y su carrera

como letrada la habían curtido. Se había enfrentado a casos espeluznantes y visto de todo en las cárceles, donde presos y presas eran almacenados como ganado. Sin embargo, nunca pensó que encontraría en circunstancias similares a ciudadanos que no habían cometido crimen alguno. Aquel día salió del campo desolada.

Ahora, treinta años después y a miles de kilómetros, las imágenes que tanto impacto le habían causado acababan de aflorar a su memoria confabuladas con sus propios temores. En la pesadilla ella era uno de esos refugiados, uno más de aquellos seres famélicos que la seguían observando desde el pasado. Para que no los olvidara.

Como si pudiera hacerlo.

Tal vez, después de todo, no hubiera conseguido escapar de su encierro en París, del horror de aquellos cuatro años, del peligro constante tras el final de la guerra. Quizá hubiese muerto en aquel campo francés, o en Auschwitz, o en Ravensbrück, y su vida posterior, la que creía real, no hubiera sucedido.

Estaba agotada de luchar después de presenciar tantas muertes y tal grado de destrucción como había visto. Y harta de fingir que podía continuar con su existencia a pesar de que se lo habían arrebatado todo. Su país, su profesión, sus posesiones, la ilusión de regresar a casa, de poder volver a pasear por Málaga o por Madrid en libertad, y la esperanza de que se hiciera justicia tanto en España como en Europa. Pero lo que más la atormentaba eran las personas a las que había perdido por culpa de la guerra. Familia, amigos y seres de luz como nunca imaginó que podían existir.

La imagen de una mujer joven logró escapar por una rendija de la memoria. Y a pesar de tratarse de un semblante hermoso y añorado, Victoria luchó por apartarlo de su mente. Sabía que, tras la placidez de esa primera instantánea cargada de belleza, llegaría, de forma

repentina e inmisericorde, otra... oscura, dolorosa, incomprensible. Ambas imágenes, que durante años había conseguido ocultar en algún rincón de su cerebro, habían regresado desde la visita de aquella dichosa periodista, sumiéndola en una ciénaga de tristeza. No entendía por qué algunas personas se empeñaban en remover el pasado, con lo difícil que era dejar atrás ciertas cosas.

El llanto no era un visitante asiduo, pero cuando llegaba resultaba imposible detenerlo. Ahora zarandeaba sin piedad el débil engranaje en el que se había convertido su cuerpo. Victoria sacudió la cabeza negando mientras la ira le secaba las lágrimas. Algunos recuerdos dolían demasiado y, por tanto, era mejor dejarlos cerrados bajo llave.

22

EL COMIENZO DEL FIN

Londres, octubre de 1971

Las semanas habían trascurrido con celeridad para Anne, quien se hallaba inmersa en un remolino de trabajo, entre su retorno al periódico y la redacción del libro. El intenso ritmo que se había autoimpuesto le permitía ignorar sus preocupaciones personales, sobre todo la creciente e irritante presencia de James en sus pensamientos en cuanto bajaba la guardia. Con un manotazo malhumorado en el aire, lograba alejar el rostro de su ex, si bien no le resultaba igual de fácil hacerlo cuando se le aparecía en sueños para recordarle cuánto lo echaba de menos. Por si fuera poco, con frecuencia su imagen se mezclaba en las pesadillas con las de campos de exterminio o combates en el frente. Había llegado a plantearse paliar la falta de descanso con algún ansiolítico, pero había descubierto que hacer deporte le venía de perlas. Comenzaba el día saliendo a correr por el parque a las siete. Tras la ducha y el desayuno, estaba lista para sumergirse en sus tareas.

Acababa de ponerse en pie para estirar el cuerpo después de tres horas sentada ante la máquina de escribir, cuando sonó el timbre.

—Hola, Anne... Espero que no te importe que me haya presentado sin avisar.

De inmediato, percibió algo distinto en Antoinette. Y no solo se debía a su aspecto demacrado. La mujer que tenía delante nunca le había parecido tan frágil.

—En absoluto. Adelante, por favor.

La anciana se acercó y le dio un abrazo inesperadamente fuerte y largo. Ella respondió lastrada por la sorpresa al principio, aunque enseguida se lo devolvió impulsada por la nostalgia de los brazos ausentes de su madre y el cariño que le había tomado a la suiza.

—No sabía dónde ir.

—¿Qué ha pasado?

—Es Clara... Está muy mal.

La periodista la guio de la mano hasta el comedor y allí la hizo sentarse en el sofá. Se acomodó a su lado.

—Cuéntame.

—Hace unos días empezó a llorar en mitad de la noche. Yo pensaba que era una pesadilla, pero... estaba despierta. Se retorcía de dolor y la vi tan pálida que, pese a su reticencia y sus intentos de disimular para que no me preocupase, no pude esperar más. Llamé al doctor. —Anne tragó saliva con el corazón en un puño—. Le han hecho todo tipo de pruebas, aunque todavía no nos han dado los resultados. Y me temo lo peor. Tendríamos que haber ido antes al hospital.

—Pero ella no quería y tú respetaste su decisión.

—Ya, pero esa cabezonería puede costarle la vida. Y yo he sido una estúpida, le he fallado. Debería haber insistido mucho más.

—No digas eso. Llevas años a su lado, velando por ella. Y uno no puede imponerle a otro que se cuide. Por mucho que lo quiera. Clara es una mujer con mucho carácter, así que no te martirices. Has

hecho todo lo posible... Además, todavía no sabemos qué le sucede realmente. No nos precipitemos.

La expresión de Antoinette al oír aquello no dejaba lugar a dudas y, de alguna manera, Anne también presentía que la dolencia de Campoamor era grave. El breve instante en el que las miradas de ambas se encontraron sirvió para que compartieran el dolor de lo que intuían como inevitable.

La periodista, que no sabía qué más decir para intentar animarla, le preparó una taza de té. Cuando Quinche ya había tomado un par de sorbos y parecía haberse tranquilizado, afirmó:

—Ojalá la hubieras conocido de joven.

—Me habría encantado.

—Seguro que sí.

—Nunca me has contado vuestra historia.

—¿De verdad te apetece oírla?

Anne asintió emocionada.

El rostro de la abogada se iluminó mientras los recuerdos acudían en tropel a su mente con la sola mención del pasado. Y este se puso sus mejores galas para montarse a lomos de sus palabras. Con una sonrisa melancólica, comenzó su relato.

—Corría agosto del año 1929 cuando fui a Ginebra para asistir al V Congreso de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias. Fue allí donde vi a Clara por primera vez. Ella tenía cuarenta y un años y yo, treinta y tres, y se estableció entre nosotras una conexión inmediata. No solo compartíamos intereses similares, al ser las dos letradas y hallarnos inmersas en la causa feminista, sino que nuestro carácter también se asemejaba en muchos aspectos, aunque no en todos. Donde ella era reservada y menos propensa a la euforia, yo exteriorizaba mis sentimientos, tanto positivos como negativos, sin ningún problema. Sin embargo, a medida que nos fuimos

conociendo, el equilibrio nos convirtió en la mejor compañía mutua para los buenos y los malos momentos.

»Tras aquel congreso en Ginebra, le propuse que me acompañara en un pequeño viaje para conocer Suiza. Pasamos unos días fantásticos durante los cuales nuestra amistad se fue fraguando. Clara llegó allí convencida de que la situación de la mujer era más avanzada que en España y se llevó una decepción. El derecho al voto femenino no se lograría hasta 1959, es decir, casi tres décadas después y solo en algunos cantones. Cuando nos conocimos, a las dos nos quedaba un largo camino por delante. Uno sembrado de instantes trascendentales que marcarían nuestra historia personal y la de nuestros países.

»La siguiente vez que nos vimos fue en abril del 31. Clara se encontraba en San Sebastián, adonde se había desplazado para ocuparse de la defensa de algunos de los hombres implicados en la sublevación de Jaca. Entre ellos estaba su hermano Ignacio. Por lo que me contaba en sus cartas, la forma brutal en la que había sido reprimido aquel alzamiento, que buscaba derrocar a la monarquía e instaurar la República, había conseguido que algo cambiara en la sociedad española. La presión en las calles terminó obligando al dictador Primo de Rivera a dimitir. Después se convocaron unas elecciones que justo se celebraron el doce de abril, mientras Clara trabajaba en el caso más difícil de su carrera, intentando salvar a su hermano.

»Fue un momento terrible para ella. Según me confió, durante las visitas a la prisión apenas le habían permitido abrazar a Ignacio y sus encuentros no habían dejado lugar a muchas confidencias. Las largas jornadas de trabajo concluían para ella con una cena caliente en la pensión y una noche sin descanso, atormentada por imágenes de su hermano siendo fusilado. Cuando lo supe, comprendí que

debía acompañarla durante un trance tan doloroso como aquel. Además, estaba convencida de que podía ayudarla en su intento de conseguir la amnistía para Ignacio y los otros presos políticos. Por eso no lo pensé dos veces. Llamé a la casa de la familia Campoamor y Pilar me dio la dirección en la que encontrar a su hija.

»Al llegar al alojamiento tras un día agotador, a Clara le esperaba una sorpresa en forma de telegrama:

»"¿Desayunamos juntas mañana? Te recojo en la pensión a las 8. Antoinette".

—Debió de ser un reencuentro muy emocionante para vosotras —intervino Anne. Hasta entonces no se había atrevido a interrumpir el hilo narrativo de Quinche, cuya expresión se había tornado jovial y plena de energía mientras le contaba los hechos que su memoria evocaba de forma tan vívida.

—Desde luego que sí... De inmediato supe que mi decisión había sido la correcta. Ya conocía un poco a Clara y supuse que, hasta entonces, se las había ingeniado para no derrumbarse refugiándose en las leyes y en el pragmatismo propio de nuestra profesión. No podía permitirse ninguna debilidad, menos aún en un entorno tan tenebroso como aquella cárcel y, como de costumbre, rodeada de hombres. No obstante, en cuanto nos reunimos, el mecanismo que mantenía su dolor y su miedo bajo control dejó de obedecer y se rindió al llanto. Nos fundimos en un abrazo de los que diluyen las penas y convierten a dos personas en una sola. Las dos lo necesitábamos y creo que aquello nos unió aún más.

»El día doce de abril, mientras nuestras ocupaciones no nos dejaban tiempo para pensar en otras cosas, empezaron a llegar noticias confusas desde Madrid. Los resultados de las elecciones municipales no acababan de confirmar si la República llegaría a instaurarse después de años de dictadura.

»Mientras cenábamos en la pensión, la dueña le entregó a Clara un telefonema. Alarmada, lo leyó y se giró hacia mí: "¡Hemos ganado!", estalló de pronto con los ojos brillantes. Nos abrazamos y lloramos juntas en silencio. Luego, ella subió a la habitación para coger su abrigo y el bolso porque tenía que decírselo a Ignacio. Yo le comenté que no iban a permitirle verlo a esas horas. "Me da igual. Si es necesario, lo gritaré desde fuera para que lo oiga", me contestó.

»En efecto, cuando llegamos no pudimos entrar en la cárcel, pero no éramos las únicas que habíamos acudido allí. Los familiares de los presos políticos se habían congregado frente a los portones, atraídos por las ilusionantes noticias. Al fin parecía haber posibilidades reales de que la pesadilla terminara para muchos de los acusados, algunos de los cuales ni siquiera habían participado activamente en la sublevación, por mucho que simpatizaran con la causa. Mujeres, hombres e incluso algunos niños sujetaban pancartas en las que pedían la libertad para sus seres queridos. Sin embargo, aún no estaba claro si los resultados electorales significarían una amnistía inmediata. Según se rumoreaba, el rey Alfonso XIII se disponía a abandonar España, dada la falta de apoyo de la sociedad, aunque la incertidumbre ante la posible reacción de sus seguidores no invitaba todavía a ningún tipo de celebración.

»No obstante, al día siguiente ya era oficial: los partidos monárquicos habían sido derrotados. A las pocas horas, una llamada de teléfono trajo las anheladas nuevas sobre la instauración de la Segunda República. En cuanto se abrieron las puertas de la prisión y se permitió la entrada a los abogados, Clara y Ignacio se dieron un fuerte abrazo, al igual que todos los que se hacinaban entre aquellos mugrientos muros. En el exterior, las banderas tricolores ondeaban en manos de la muchedumbre.

»Era el 14 de abril. Un día que ninguno de nosotros olvidaría jamás.

»Después, ya en el ayuntamiento, Clara estaba eufórica. Con una expresión de dicha en el rostro que yo nunca había visto, se dirigió hacia la escalinata que llevaba al piso superior. Entonces se detuvo y dio media vuelta: "¿Vienes?", me preguntó. Asentí emocionada y la seguí.

»Antes de asomarse al balcón, desde donde se escuchaba el griterío procedente de la calle, nos miramos una vez más y decidí dar un paso atrás. Se merecía ese momento a solas. Y te confesaré algo que nunca le he contado a nadie, Anne: ese día, en verdad, me pareció que Clara refulgía, allá en lo alto, como una llama poderosa. Irradiaba felicidad. Y el futuro, uno repleto de esperanza y posibilidades, resplandeció en sus ojos durante unos instantes maravillosos... A continuación, tragó saliva para intentar diluir la emoción mezclada con llanto que habría enmudecido a cualquiera. Pero no a ella. Cuando se sintió preparada, alzó un brazo para que le prestaran atención y la multitud congregada a las puertas del consistorio calló al unísono. Todavía se me pone la piel de gallina al recordarlo. Muchos conocían a Clara desde antes de su defensa de los presos, otros la habían oído dar mítines por la ciudad o leído sus artículos. Aunque no hubiera sido así, ante la imagen de aquella mujer de gesto decidido y voz firme, quienes la estuvieran viendo por primera vez no habrían podido ignorarla. Entonces anunció las buenas noticias. Apenas unas palabras. Pero la necesidad de escucharlas las multiplicaría en el recuerdo de todos los que estábamos allí, como si Clara hubiera pronunciado el más largo y elocuente de sus discursos.

»Cuando concluyó, extendió una mano hacia mí para que saliera con ella y ambas nos deleitamos con el espectáculo que se ofrecía a

nuestros ojos. Centenares de personas cantaban *La marsellesa*, bailaban y derramaban unas lágrimas llenas de júbilo que se unieron a las nuestras, mientras los contemplábamos desde arriba con las manos entrelazadas.

—Qué privilegio estar allí para vivirlo y compartirlo con vosotras. Ojalá alguien inventara de una vez la máquina del tiempo.

—¿Y elegirías ese día para regresar atrás?

—Sin ninguna duda —respondió Anne con la mirada acuosa.

—Desde luego, fue el comienzo de un período apasionante. Tras aquella inolvidable jornada, se convirtió en diputada. No imaginas lo orgullosa que estaba de ella... A lo largo de los meses siguientes intercambiamos cartas con frecuencia y durante un tiempo apenas nos vimos. Fue una época muy intensa. Gracias a su tenacidad, pronto llegó otro motivo de celebración: el derecho al voto femenino, en octubre de ese mismo año. Como imaginarás, aquello representaba una inyección de esperanza para mí, para creer que un logro similar pudiera tener lugar también en Suiza. Y cuando en 1932 Clara viajó a París con el fin de compartir su experiencia sobre el sufragio con las compañeras europeas, volvimos a reunirnos. Fue entonces, curiosamente, cuando le presenté a tu madre. Pero eso ya lo sabes.

—Sí...Otro instante memorable que me gustaría haber podido presenciar, aunque fuera a través de una mirilla... ¿Qué ocurrió después?

—Llegaron las semanas previas a las elecciones de 1933, las primeras en las que las mujeres españolas tendrían permitido votar. Cuando supe que Clara iba a recorrer la provincia de Madrid durante la campaña electoral, decidí acompañarla junto con otras militantes. Su expresión, al volante del coche, es algo que jamás olvidaré por muchos años que viva. No sé si podrás imaginarla, con cuarenta y

pocos años, el cabello agitado por el viento, la mirada decidida y pletórica de energía. El coche que conducía era una metáfora de su propia vida y de sus aspiraciones en un mundo acostumbrado a ver solo a hombres conduciendo. Su magnetismo resultaba inspirador para quienes la contemplábamos. Tendrías que haberla visto... Si me preguntaran qué imagen representa la idea más exacta de la libertad para mí, elegiría, sin ninguna duda, el rostro de Clara durante esas semanas que compartimos. Fui muy afortunada de poder formar parte de aquello: las conversaciones, rezumantes de entusiasmo y camaradería a bordo del vehículo, el ambiente que se respiraba en los mítines del Partido Republicano Radical, con los que Clara volvía a presentar su candidatura, y la impresión de estar viviendo una etapa irrepetible confirieron a esos días un aura de felicidad que, por desgracia, se truncaría muy pronto. Cuando los resultados de las elecciones se dieron a conocer y ella perdió su acta de diputada.

—Aquello debió de ser un varapalo terrible y una injusticia para Clara. Después de todo lo que había conseguido. No acabo de entender lo que ocurrió, cómo pudieron traicionarla así. Quizá si Victoria Kent la hubiera apoyado en el famoso debate, nada de eso habría sucedido. Me cuesta creer que las mismas mujeres que consiguieron votar gracias a ella le dieran la espalda a la primera ocasión.

—Bueno, eso nunca lo sabremos. Puede que Victoria tuviera razón, por muy incomprensible que resultara en aquellos momentos, y las mujeres no estuvieran preparadas todavía al hallarse bajo la influencia tanto de sus maridos como de sus confesores. O también puede que su voto no fuese tan decisivo, después de todo, y lo que restó apoyos a los grupos de izquierdas fuera su fragmentación a la hora de concurrir a las elecciones. Pero el caso es que a Clara le cortaron las alas. Y a partir de entonces todo cambió para ella.

Cuando las cosas comenzaron a complicarse en España, con los enfrentamientos en las calles y las disputas dentro del Gobierno de la República, supe que no podría soportarlo. Su malestar era evidente en las cartas que me escribía. La sinrazón, la violencia... No había forma de que alguien como ella lo aguantase durante mucho tiempo. Y, por desgracia, se había ganado bastantes enemigos a lo largo de su carrera. El resto ya lo sabes...

Tras la breve sonrisa que compartieron, el gesto de Antoinette volvió a virar hacia la tristeza.

—Va a estar bien —le dijo Anne cogiéndole la mano—. Ya lo verás.

23

EL NUDO

Londres, finales de octubre de 1971

Cuando Anne despertó lo supo de inmediato y no porque hubiera soñado con él, como le venía sucediendo con frecuencia durante los últimos meses. La decisión de volver a ver a James había ido tomando forma desde su visita a Ravensbrück. Allí, curiosamente, se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos aquellos ojos verdes y tristes que la habían conquistado mientras escribía un reportaje sobre Shakespeare.

Aquel día, más de tres años atrás, había quedado con el doctor James Stephens, titular de la universidad King's College de Londres especializado en el canon shakespeariano. Cuando lo vio por primera vez, con su pelo rubio mermado por unas prominentes entradas y aquella mirada cálida, sintió una conexión inmediata con él que no había notado jamás con ninguno de los hombres que la habían atraído. En cuanto a Stephens, nada más abrirle la puerta de su despacho a la joven periodista, un rubor rápido delató la impresión que esta acababa de causarle. La entrevista se prolongó durante más tiempo del planeado; de hecho, sin que ella lo supiera, al

profesor se le hizo tarde para su siguiente clase por no ser capaz de despegarse de aquella silla y de la mujer que acababa de robarle el corazón. De camino hacia el aula, todavía llevaba en los labios la sonrisa nacida tras la propuesta de Anne de volver a verse y seguir profundizando en el tema del artículo.

Comenzaron a salir transcurridas apenas tres semanas, cuando él la llamó para invitarla a cenar. Y así iniciaron una relación que se prolongaría durante más de dos años. Los primeros meses de su embarazo fueron muy ilusionantes para ambos e hicieron todo tipo de planes de futuro. Sin embargo, el destino comenzó a golpearlos. Primero, con la muerte de la madre de Anne y, poco después, con el aborto. La marcha de James puso fin a su historia de amor.

Aunque la decisión de quedar con él ahora estaba tomada, Anne no podía evitar tener sus dudas. No se lo merecía. La había traicionado. Se sentía como si la hubiese abandonado en una casa en llamas. Lo vería una vez más y solo porque le hacía falta una explicación. Necesitaba oírle decir por qué lo había hecho. Si algo le había enseñado su visita al campo de concentración era que debía aprovechar la vida, aunque tal vez eso no implicara volver a abrir puertas, sino cerrar del todo las que se habían quedado entreabiertas.

La cita tendría lugar en un café que ninguno de los dos conocía. Anne lo había propuesto porque le parecía que un sitio neutral, sin ninguna clase de lazo que lo relacionara con su pasado compartido, sería más adecuado para no sentir la presión de la nostalgia.

Le sorprendió ver que él ya había llegado. El profesor se levantó con gesto nervioso y una sonrisa que, de inmediato, se enganchó como un anzuelo en el corazón de la periodista. Esta tragó saliva. Se mantendría fuerte. No podía ceder a las emociones. No ahora, que

estaba casi recuperada. Se las arregló para que su expresión no delatase los nervios que jugaban maliciosamente con su estómago.

—Hola —dijo él, indeciso sobre si debía darle un beso en la mejilla. Anne se sentó, de modo que sus dudas quedaron aclaradas.

—Hola.

—¿Qué quieres tomar?

—Un té con leche.

James hizo una señal a la camarera, que se acercó y tomó nota del pedido.

Se observaron desde los lados opuestos de la mesa sin saber qué decir. Los segundos transcurrieron con tanta lentitud para ambos que casi podían sentir su densidad ocupando el espacio que los separaba. Fue él quien rompió el velo de tiempo detenido que se interponía entre ellos.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Ya has vuelto a trabajar, ¿no?

—Sí.

Comprendió que la cosa no iba a resultar nada fácil.

—¿Y qué tal? ¿La señora Connolly sigue allí?

—Sí... Se ha portado muy bien conmigo, la verdad...

Los puntos suspensivos contenían todas las palabras no dichas. Dolor, ausencia, traición. No necesitaba oírlas para entender lo que los ojos de Anne comunicaban con elocuencia.

—Escucha... Sé que he sido un gilipollas, como bien dijiste. Y que no merezco ni que te tomes ese té conmigo. También sé que solo has venido para cerrar este capítulo de tu vida, y lo entiendo. No voy a intentar convencerte de nada porque comprendo que estás en otro punto. No hay más que verte.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Irradias fortaleza y seguridad, como la Anne Bishop a la que conocí hace años. Hay un brillo en tu mirada que había desaparecido, probablemente por mi culpa.

—Tú no eres responsable de todo lo malo que me ha sucedido.

—Lo soy, porque si me hubiera quedado a tu lado, quizá todo habría sido un poco menos doloroso.

—Eso ya da igual.

—No es verdad. —Las lágrimas resaltaron el verde de sus iris sin llegar a caer—. Aunque lo nuestro haya acabado, quiero explicarte por qué me fui. Debo hacerlo... por ti y por mí. El silencio no le haría justicia a lo que tuvimos, necesitamos otro tipo de cierre. Anne, en aquellos momentos, después de perder al bebé, no sabía qué hacer, dudaba de todo...

—Ya estamos con el Hamlet de los cojones... —estalló ella—. La duda perpetua. No me vengas con esas, que me lo sé de memoria. La duda es una excusa para evitar implicarse, para dejar que otros tomen las decisiones.

James la observó. La ira que relucía en sus ojos le resultaba desconocida. Tendría que ir con cuidado si no quería terminar de estropearlo todo.

—Anne, yo sí actué, aunque fuera de la forma errónea. Marchándome... No tengo excusa y lo sé, pero no me fui porque ya no te quisiera. La pena, el vacío... No podía soportar ver tu expresión cada vez que entrabas en la habitación que habíamos preparado. Y cuando intentaba acercarme a ti, no me permitías ayudarte ni consolarte. Te enfadabas y me gritabas, y después guardabas silencio durante días... —Tomó aire tras las atropelladas frases—. Por Dios, me sentí como si tuviera la culpa de su muerte.

Ella lo contempló sin poder evitar sobrecogerse al verlo derruido. Una solitaria lágrima se deslizaba por la mejilla del profesor, que se

la limpió con apuro mientras desviaba la mirada.

Anne notó cómo la furia desaparecía de su pecho. Lo que acababa de escuchar era cierto. De algún modo, lo había sabido todo el tiempo, por mucho que hubiera evitado afrontarlo. Recordó su necesidad de gritarle, de desahogar la rabia que le reconcomía las entrañas. De destrozar lo que pudiera recordarle la vida que había desaparecido antes de poder convertirse en una realidad. Los juguetes y demás utensilios que habían ido comprando para el bebé habían terminado hechos pedazos, estrellados contra el suelo durante sus arranques de desesperación.

Cuando encontró las palabras adecuadas, dijo:

—Me resultaba imposible racionalizarlo. Un dolor brutal, agudo, lo invadió todo, impidiéndome discernir nada más allá de mí misma, de mi cuerpo, que se había quedado vacío..., como su habitación. A las dos nos faltaba el ser que debía habitarnos. El eco que rebotaba entre aquellas paredes resonaba en mi cabeza desde que la perdimos, cada día, cada hora y cada minuto. Pero tú no podías oír su estruendo.

—Ojalá hubiera sido capaz... ojalá me hubieras dejado entrar en esa habitación. —Acercó un dedo a la frente de Anne—. Para que no estuvieras ahí sola. Para poder llorar contigo. Pero...

—Te cerré la puerta.

Se miraron sin que hiciera falta decir nada más. Sus manos se buscaron por encima de la mesa. Y las lágrimas relucieron en las miradas de ambos mientras el silencio les lavaba las heridas. Al cabo de unos minutos, se recompusieron e incluso llegaron a sonreírse. La periodista suspiró y sintió cómo el nudo que se retorcía en algún lugar de su interior y tanto daño le había causado acababa de deshacerse.

—Lo siento mucho, James.

—No digas eso. Lo hicimos lo mejor que pudimos... Y necesitábamos hablarlo.

—Me alegro de haberlo hecho.

—¿Te sientes mejor?

Anne tardó unos instantes en responder.

—En parte... Todo lo que me rodea ahora mismo es tristeza.

—¿Por qué lo dices? Pensaba que tu vuelta al trabajo te vendría bien, salir de casa, hacer cosas... Me comentaste que estabas preparando un libro.

—Sí, pero también me está costando por cómo me afecta. Se trata de una especie de memorias de una mujer que ha tenido una vida muy intensa. Una vida que está apagándose. Y...

—¿Qué pasa? —James acercó de nuevo una mano hacia la suya al ver que sus ojos volvían a brillar. Ella se sonó la nariz y miró por la ventana—. Cuéntamelo, ¿quieres?

Le habló de Clara y Antoinette, de su pasado y su presente. Y al referirse al futuro se le quebró la voz de nuevo.

—Les has cogido mucho cariño.

—Así es. Si las conocieras lo entenderías. Además, tenemos una conexión que yo desconocía hasta hace nada, cuando revisé las cosas de mi madre.

Comenzó a relatarle lo que había descubierto sobre Cecily tras su muerte. Cuando concluyó, constató que la boca de James se había quedado abierta a causa del asombro.

—¡Madre de Dios! Qué historia... —susurró, como si alguien pudiera oírlos, aunque en ese momento no hubiera ningún otro cliente sentado cerca.

Su gesto emocionado y cómplice la hizo sonreír. Ahí estaba de nuevo el James de antes. El compañero de aventuras y descubrimientos. El hombre que la apoyaba en cada cosa que se le

ocurría, por muy descabellada que fuese. Se dio cuenta entonces de cuánto había necesitado compartirlo con él. Con su mejor amigo.

24

LLAMADAS

Lausana, noviembre de 1971

Cuando el doctor Schneider salió del dormitorio con expresión contenida, Sylvie lo acompañó a la puerta. Tras su partida, el silencio se adueñó de la habitación. Las lágrimas estaban a punto de rebosar los ojos de Antoinette, mientras que un sosiego incomprensible para ella habitaba el rostro de Clara.

El médico había llegado para comunicarles las peores noticias posibles. La enfermedad, hasta ese momento una temida hipótesis que podría no haber sido más que un mal sueño, acababa de convertirse en despiadada certeza. El cáncer, como un huésped indeseado e intempestivo, había conquistado el cuerpo de Campoamor y lo reclamaba para sí mediante redobles de dolor que quebraban su férrea voluntad con demasiada frecuencia. Después de haber esquivado la muerte en varias ocasiones, la española se veía de nuevo cara a cara con ella, aunque esta vez sin ninguna oportunidad de huir.

Antoinette, conmocionada y ya rendida al llanto, se cobijó en el abrazo de Clara, quien había recibido la visita del galeno en la cama,

con la espalda recostada en el cabecero. Campoamor le susurró palabras de consuelo que no le servían, no entonces, con la confirmación tan reciente del temor que hacía tiempo moraba en sus pesadillas.

—Querida mía, no hagamos esto más dramático de lo necesario. Intentemos disfrutar del tiempo que me quede. —Le alzó la barbilla para que la mirara—. Por favor...

Quinche se incorporó y se sonó la nariz.

—Tienes razón. De nada sirve lamentarse... al menos de momento.

Clara sintió que la ternura se abría paso por su pecho al ver cómo intentaba recomponerse. No obstante, la suiza la sorprendió de pronto con su habitual pragmatismo.

—Tenemos que hablar con Anne. Creo que esto acelera un tanto los planes para el libro, ¿no?

La mano que sujetaba el teléfono tras concluir la conversación con Antoinette bajó hasta quedar junto a su pierna. Anne tardó un rato en darse cuenta de que no había colgado y, al hacerlo, lo colocó en su sitio con la mirada ausente. Las emociones parecían haberse quedado congeladas en algún punto indeterminado de su cerebro, dejándole el cuerpo entumecido. Entre sus oídos una sola frase la aturdía con su muda estridencia.

Clara se muere.

Después, la periodista recobró los sentidos y el significado de aquella frase se reveló con toda su crudeza. Clara Campoamor, la formidable luchadora, iba a desaparecer de un mundo para el que era demasiado buena. El paso de una persona como ella por la

historia había sido acompañado por un silencio inmisericorde e injusto.

Se secó los ojos con el dorso de la mano. No iba a permitir que el olvido sepultara a aquella maravillosa mujer. Tenía que acabar el libro, aunque la sensación de que iba a quedar incompleto era ahora más evidente que nunca. El vacío creado por la información que Victoria Kent no había querido hacer pública, junto con los textos de Clara que tenían relación con ella y no verían la luz, dejaba la historia coja.

Maldijo en voz alta. Todavía le faltaba material por leer y reescribir, y quería hacerle a Campoamor un último regalo: que pudiera leer su libro, aunque aún no hubiese sido publicado. Debía ponerse manos a la obra de inmediato.

Tras aquella llamada, Antoinette dejó a Clara reposando en el lecho. Los calmantes le permitirían descansar unas horas más. La imposibilidad de someterla a tratamiento por hallarse en una fase tan avanzada de la enfermedad ofrecía pocas opciones, aparte de mitigar su dolor para hacer más llevadero el tiempo que le restara.

Quinche se sentó en la salita con gesto de agotamiento. Se sentía incapaz de hacer nada, por mucho que necesitara desesperadamente entretenerse para no pensar. ¿Qué sucedería a partir de ese momento? ¿Cuánto tiempo le quedaría en realidad a Clara? ¿Cómo iba a seguir adelante sin ella? Incluso cuando se marchó a su exilio argentino, Antoinette, de algún modo incomprensible, la sentía cerca, aunque en ocasiones la distancia se le antojara infinita. Sabía que volvería a oír su voz, a leer sus cartas y a abrazarla cuando regresara, más tarde o más temprano. Y eso era así porque, aunque se encontrara lejos, estaba viva. Sin

embargo, en unos meses no habría retorno posible del lugar al que se encaminaría.

El llanto la asaltó sin piedad y se abandonó a él. Necesitaba derrumbarse, aunque solo fuera por unos instantes, si quería continuar siendo fuerte por Clara. ¿Qué pensaría ella si la viera así, con la desesperación en la mirada, golpeando un cojín para dejar salir la ira sin romper nada? Cuando, en realidad, eso era lo que le apetecía. Romperlo todo y gritarle al despiadado destino, que, ahora sí, iba a ganarle la partida a la mujer más valiente del mundo.

Creyó que ya nunca más podría llorar, pues acababa de agotar todo su caudal. Respiró hondo y fue al cuarto de baño para lavarse la cara. Se contempló en el espejo y constató el zarpazo que el tiempo acababa de propinarle. Se diría que había estado aguardando a que llegase un día tan horrendo como aquel para depositarse de golpe en el rostro de la mujer que se miraba sin reconocerse en la anciana que tenía delante. Y entonces su propia imagen le hizo pensar en otra persona. Alguien que se merecía saber las malas noticias.

—¿Sí? —dijo una voz en inglés.

—Hola. —Releyó los dígitos del teléfono de Brooklyn que había marcado—. No sé si me he equivocado... Busco a la señorita Kent.

—No se ha equivocado. Está aquí. Enseguida se pone. ¿Quién la llama?

—Antoinette Quinche.

—Oh, señora Quinche. Soy Louise, Louise Crane. Es un placer saludarla. Le paso con Victoria enseguida.

El ruido de una mano taponando el auricular desapareció.

—¿Hola? ¿Señorita Quinche? —dijo Victoria.

—Sí... Hola.

No transcurrieron muchos segundos, si bien su paso ralentizado les dio tiempo a las dos para elaborar diversas posibilidades con las que iniciar una conversación que, a la fuerza, iba a resultar complicada. Antoinette tragó saliva y volvió a hablar:

—La llamo por Clara...

Victoria, que solo con saber quién llamaba ya había construido el relato de lo que aquella mujer iba a decirle, tuvo que forzarse a preguntar:

—¿Ha... muerto?

—No, pero está muy enferma... Tiene cáncer.

Kent cerró los ojos.

—¿Cuánto le queda?

—No lo saben con certeza, pero podrían ser unos pocos meses.

—Yo... lo lamento de verdad.

—Lo sé... No le he dicho a Clara que iba telefonearla, pero he pensado que usted querría saberlo.

—Por supuesto y se lo agradezco mucho.

El nuevo silencio reveló que no tenían más que decirse. Las dos conocían gran parte de la historia compartida por cada una de ellas con Clara Campoamor. Lo que callaron contenía todas las palabras que podrían relatar lo vivido por ambas de una forma tan elocuente como si acabaran de expresarlo en voz alta. Y así, aquella extraña y breve conversación concluyó.

25

LA CASA

Londres, tres semanas después

La lluvia caía con fuerza desde hacía horas. Anne miraba por la ventana mientras apuraba su segundo café. No le apetecía nada salir bajo ese cielo plomizo, pero tenía que ir a la redacción.

Estaba fregando las cosas del desayuno cuando llamaron al timbre.

—¿Quién narices puede ser a las ocho de la mañana?

—¿La señora Anne Bishop? —preguntó el cartero.

—Señorita, si no le importa...

El hombre se encogió de hombros y le dio un recibo de entrega para que lo firmara. La periodista miró la caja que llevaba en el carrito y buscó el nombre del remitente. Al verlo, abrió mucho los ojos.

Como tenía las manos ocupadas, cerró la puerta de golpe con el pie y se dirigió al comedor. Utilizó un cuchillo para rasgar el papel y la cinta adhesiva que envolvía el paquete. Lo primero que encontró fue una nota dirigida a ella, que leyó nerviosa.

Estimada señorita Bishop:

Aquí le hago llegar más materiales sobre el período de mi vida en el que estaba usted interesada, con la idea de ayudarla a completar los capítulos que Clara Campoamor quería incluir en su libro. Puede utilizarlos como le parezca más conveniente. Como sabrá, era reacia a hacer públicas ciertas vivencias, pero si pueden contribuir de alguna manera a completar lo que Clara desea narrar, adelante.

Verá que la mayor parte de los textos han sido mecanografiados. En cuanto a los que están redactados a mano, son los últimos, que he reescrito para ponerlos en primera persona. Me ha resultado una tarea complicada, pero creo que necesitaba hacerlo así. Supongo que cuando lo lea todo, comprenderá.

No dude en telefonearme si le hace falta alguna aclaración.

Mientras tanto, reciba un cordial saludo.

Victoria Kent

Echó un vistazo al interior de la caja. Era evidente que Victoria se había enterado de las malas noticias sobre Clara. Solo algo así habría podido hacerle cambiar de opinión. Miró el reloj. Si no se marchaba ya, llegaría tarde. Maldijo para sí. Le habría encantado empezar a leer de inmediato, pero eso tendría que esperar hasta la tarde.

Bois de Boulogne, 1940-1944

La desesperada huida de la Embajada de México había forzado a Victoria Kent a ocultarse en varios escondites, todos facilitados por Adèle de Blonay. Cada pocas semanas la iban trasladando en busca de algo mejor y donde el peligro no la alcanzara. Pasó más de un año de un lugar a otro, hasta que un día la suiza y un colaborador suyo la condujeron al Bois de Boulogne, una extensión verde al

oeste de París en la que todavía quedaban áreas muy agrestes. Pocas construcciones moteaban el paisaje, algunas de las cuales habían servido en el pasado como residencia para nobles y, más tarde, para familias adineradas. Ahora, la mayor parte de los edificios estaban cerrados y en ruinas, por lo que el hombre, que trabajaba para la Resistencia, le había asegurado a Adèle que Victoria se hallaría a salvo allí durante un tiempo.

El destino había colocado en su camino una casa que albergaba un tesoro: una habitación imposible de descubrir a simple vista. La habían encontrado tras recorrer todas las estancias de las dos plantas y mover una raída alfombra, bajo la cual detectaron la trampilla. No tuvieron que pensarlo mucho. Entre los tres consiguieron bajar un par de colchones y un escritorio desde lo que debía de haber sido un dormitorio en otros tiempos. De ese modo, si alguien registrara la casa, no se percataría de la presencia de la nueva inquilina, quien se alojaría en aquel cuarto subterráneo, donde podría dejar entrar aire fresco a través de un único ventanuco que daba a un espacio cubierto por la vegetación. Lo más duro sería habituarse a la oscuridad, que solo mitigarían las velas y la claridad que se filtraba por la pequeña ventana, y a racionar tanto los alimentos como sus ánimos.

Después de pasar allí un par de días con ella, reconociendo el terreno y ayudándola a instalarse, De Blonay y su compañero tuvieron que regresar a la capital. Tras su marcha, Victoria se enfrentó a una situación totalmente nueva. Lo que en principio iban a ser unos meses, se convirtió en más de un año, durante el cual hubo de acostumbrarse a vivir en una sensación de alerta permanente, pese a la tranquilidad de la zona en la que se encontraba la edificación. La soledad, en una acepción tan brutal que la exdiputada nunca había experimentado, le enseñó muchas

cosas, sobre todo acerca de sí misma. La principal, que era mucho más fuerte de lo que creía. Si le hubieran dicho unos años antes que habría de sobrevivir sin nadie más en un lugar tan aislado como aquel, no se lo habría creído. Ella, que era un ser social, amante de la buena conversación y la interacción con otros, hubo de afrontar meses teniéndose como única compañera. Y así fue como nació un yo desconocido, casi un alter ego, con el que pasaba las horas debatiendo en silencio sobre la existencia. El rumbo que había tomado el mundo, uno que le era por completo ajeno, le resultaba en todo punto incomprensible. Había escapado de su país a las puertas de una guerra civil y, cuando creía que la vida seguiría adelante de una forma más o menos predecible, tal vez incluso agradable, pese a la distancia con los suyos, una nueva guerra asoló Europa. Su visión de la realidad, transformada a la fuerza por la sinrazón de una humanidad empeñada en destruirse a sí misma, la condujo hasta la literatura. Durante ese tiempo se dedicó a volcar en las páginas que llevaba encima todo lo que le pasaba entre la cabeza y el alma, los recuerdos de su vida anterior y la desesperanza ante cada hecho del que tenía conocimiento cuando la visitaba alguien enviado por Adèle. Esta se ocupaba de que a Victoria le llegaran provisiones para aguantar hasta que fuera posible sacarla del país. Los mensajeros la ponían al tanto de las noticias, que pintaban aún más oscuras las expectativas de poder abandonar aquel cautiverio al que la invasión nazi la había forzado.

Kent se conocía el edificio a la perfección tras una eternidad recluida entre sus muros. Aunque había convertido el sótano en su hogar por seguridad, había recorrido cada rincón mil veces, intentando imaginar la vida que se habría desarrollado bajo aquellos techos cuando sus propietarios moraban allí. Casi podía oír las voces de sus antiguos habitantes, ver sus figuras y presenciar las escenas

vividas en esas estancias que ahora resonaban con el eco del silencio.

Así transcurrieron casi dos años.

Serían las tres de la mañana de un día cualquiera cuando oyó algo que no supo identificar, pues apenas podía calificarse como ruido. Más bien parecía la intuición de que había alguien cerca, quizá ya dentro de la enorme casa. Un leve inicio de crujido en la madera del techo, que bien podría haberse debido a un cambio de la temperatura, la había despertado del sueño inquieto en el que se sumió unas pocas horas antes. Se incorporó en el lecho y aguzó el oído. Solo podía escuchar su respiración, tan agitada como si acabara de echar a correr. La sensación de que ya no estaba sola era cada vez más intensa.

Se levantó con cuidado y cogió el grueso garrote que había encontrado dentro de un armario meses atrás y que ahora valoraba como parte de sus escasas posesiones. Se acercó a la trampilla y ladeó la cabeza para escuchar. Nada. Falsa alarma.

Pasada una hora sin que se oyera nada más, se relajó y empezó a dormitar. Todo sucedió muy rápido. Tanto que no tuvo tiempo de reaccionar y mucho menos de levantarse para defenderse. Unos brazos la sujetaron con fuerza contra el suelo y sobre su boca y su nariz se posó un tejido empapado en alguna substancia. Casi de inmediato, la negrura se apoderó de sus sentidos.

Cuando recobró la conciencia, el mareo le impidió reconocer el lugar durante unos segundos. Poco a poco, la estancia resurgió desde las tinieblas para revelarse como el mismo sótano en el que llevaba meses viviendo, aunque una lámpara de gas que antes no estaba lucía ahora sobre el escritorio. El corazón se le disparó al

darse cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda. Percibió movimientos en la oscuridad y después aparecieron ante sus ojos los rostros de dos mujeres.

—¡Suéltenme ahora mismo! —gritó mientras forcejeaba en vano para liberarse—. ¿Quiénes son ustedes?

—Silencio —le respondió una de ellas también en francés—. Somos nosotras quienes hacemos las preguntas.

La otra, que observaba a Victoria con curiosidad, añadió en un tono más amable:

—Tranquilícese, no vamos a hacerle daño. ¿Cómo se llama?

Victoria tragó saliva. Las intrusas iban vestidas con ropa negra. Pantalones y cazadoras de piel, botas altas y gorros de lana. Quienesquiera que fuesen, también intentaban ocultarse. Lo único que tenía claro era que no se trataba de miembros de las fuerzas de ocupación y, solo por eso, ya se calmó un tanto. Pese al modo en el que la habían asaltado, quizá fuesen dignas de confianza, pero ¿cómo saberlo?

—Me llamo Victoria Kent.

—No es usted inglesa —afirmó la que se había dirigido a ella con dureza.

Ahí estaba de nuevo la reacción que su apellido provocaba.

—Soy española.

—¿Y qué hace aquí?

Victoria dudó. La verdad podría costarle cara. Sabía que había muchos colaboradores del régimen nazi, incluso entre la población gala. Sin embargo, había detectado en el acento de esa mujer algo peculiar.

—Usted tampoco es francesa... Pero ella sí —añadió, señalando con la cabeza a la menos grosera.

Ninguna de las dos extrañas habló. Se limitaron a intercambiar una mirada. Comprendiendo que no había mucho que pudiera hacer, salvo callar o confiarse a ellas, Kent se inclinó por lo último. Si aquello salía mal, al menos todo terminaría. A esas alturas, ya estaba cansada de huir y de vivir de ese modo. Como una bestia esperando que llegara el matarife.

—Formaba parte del Gobierno de la República de España hasta que el levantamiento del ejército franquista me obligó a exiliarme. Llevo escondida casi dos años. Estoy en una lista negra y los nazis me buscan.

Si las desconocidas eran afines a los alemanes, lo que acababa de decir la habría depositado en sus manos. Transcurrieron unos segundos interminables hasta que la que parecía más agradable dijo:

—Yo soy Renard y ella es Nichols. No tiene de qué preocuparse porque no nos quedaremos mucho.

Las observó con curiosidad. La francesa llevaba la melena sujeta con una pequeña coleta de la que escapaban varios mechones. Sus ojos parecían del color del ámbar, aunque le costaba discernirlo a causa de la débil luz. En cuanto a la otra, de quien más tarde averiguaría que era británica, llevaba el oscuro cabello bastante corto, como si fuera un hombre. Sus ademanes, tan bruscos como los de un varón, le conferían un aspecto amenazador, pese a su extrema delgadez.

—Pero ¿para quién trabajan ustedes? ¿De quién se esconden?

De nuevo, el silencio fue toda la respuesta que encontró. Aun así, su sensación de que no corría peligro se reforzó cuando Renard le soltó las manos y le ofreció una taza de agua.

Pasaron varios días sin que Victoria supiera en qué tipo de compañía se hallaba, dado que las visitantes no le revelaron su

identidad, más allá de un apellido que probablemente fuera falso. Ambas portaban pistolas, tanto en el cinturón como en una bota. Esto último lo había descubierto al caer la noche, cuando una de ellas, que permanecía en el sótano mientras la otra iba a los pisos superiores para montar guardia, se descalzaba. No la dejaban sola en ningún momento y, aunque la trataban con amabilidad, intuyó que si hubiera intentado huir no se lo habrían permitido. Algo que le llamó la atención fue que mientras Nichols llevaba consigo una mochila bastante grande de estilo militar, Renard portaba una más pequeña en la espalda y una maletita en la mano. Nunca vio qué había dentro de ella, puesto que la mujer pasaba gran parte del tiempo en otro punto de la enorme casa. En la planta más alta.

La habitación en la que la francesa se había encerrado, un pequeño dormitorio donde solo quedaba un colchón polvoriento, daba al sur. Victoria no entendía por qué prefería la soledad de aquel cuarto al sótano, más amplio y seguro. Cuando trató de averiguarlo, Nichols se lo impidió. No la amenazó ni le puso la mano encima, pero el modo en que se situó entre ella y la puerta y su expresión la disuadieron de intentar entrar.

Un día, mientras tomaba el desayuno, que consistía en un trozo de pan y leche en polvo diluida en agua que calentaba en un hornillo, la española se sobresaltó al ver entrar a Renard pertrechada con sus cosas.

—Tenemos que marcharnos —le dijo a su compañera, quien estaba comiéndose un pequeño bocadillo de pan oscuro con algo que parecía queso, sentada a cierta distancia de Victoria.

Esta, que había empezado a acostumbrarse a tener compañía, vio consternada cómo la mujer recogía sus cosas con una rapidez y una eficiencia que dejaban claro lo acostumbrada que estaba a hacerlo.

En cuestión de menos de cinco minutos estaban listas para partir. Antes de subir por la escalera, la francesa se giró hacia ella.

—Cuídese mucho, señorita Kent.

—Ustedes también.

La británica se limitó a saludarla con un movimiento de cabeza y, poco después, ambas se marcharon tal como habían llegado. Sin apenas hacer ruido.

—Pobre Victoria —musitó Anne para sí misma al concluir el fajo de hojas.

La narración había conseguido transportarla hasta aquella casa en la que Kent se había recluido. Le daba escalofríos imaginarla viviendo alejada de la civilización, a pesar de hallarse a unos pocos kilómetros de París. Después de su encierro en la Embajada de México, donde al menos había tenido compañía, aquella soledad debió de resultarle insoportable. Casi pudo verla en ese sótano, escribiendo bajo la luz de las velas, recorriendo las vacías estancias. Y, luego, con aquellas dos mujeres tan misteriosas que apenas habían ocupado un capítulo de su historia.

Según el reloj eran las once. Aunque el despertador sonaría temprano, no le apetecía irse a la cama para empezar a dar vueltas, por lo que decidió seguir leyendo.

Los días transcurrían con lentitud bajo el agobiante manto de la monotonía y el silencio. Victoria pensaba, con amargura, que habría preferido no haber recibido nunca visita alguna. Antes se sentía, hasta cierto punto, cómoda. Se había habituado a las penosas condiciones en las que vivía, privada de todo lo esencial. Sin

embargo, la súbita marcha de Renard y Nichols había dejado un vacío espantoso. Era como si, al irse ellas, una bestia oscura y silenciosa se hubiera apoderado del sótano. Ya no le apetecía pasar tantas horas allí. Comenzó a aventurarse en los pisos superiores con toda la cautela posible. Caminaba y caminaba, subía y bajaba escaleras, hacía ejercicio para ponerse en forma y evitar pensar tanto. Las horas dedicadas a la escritura habían menguado debido a su pérdida de interés en volcar sus cavilaciones en las páginas. Parecía que el cerebro se le estuviera secando. Anhelaba compañía con tal desesperación que llegó a plantearse partir. Atravesar el bosque y dejar París atrás, por mucho que supiera que la idea era una locura. Además, de hacerlo habría cortado la comunicación con la única persona con la que podía contar y, a partir de ese momento, sí que habría estado completamente sola. Era demasiado arriesgado. Así pues, prosiguió su exilio interior, alejada de la vida y de sí misma, de la mujer que había sido.

Acababa de bajar de la planta superior, donde había estado haciendo flexiones. El recuerdo de las clases de gimnasia del colegio la había ayudado en sus esfuerzos por mejorar su estado físico. Se dirigía hacia el sótano cuando un ruido la sobresaltó.

Alguien estaba intentando abrir la puerta trasera, situada en la cocina. Lo hacía con sigilo. De hecho, de hallarse donde dormía, Victoria no se habría percatado. Maldijo en un susurro. Guardaba el garrote abajo, donde ahora mismo no le servía de nada. Y no le daba tiempo a esconderse sin dejar al descubierto la trampilla. Se ocultó tras una pared. Desde allí podría, al menos, ver a lo que se enfrentaba, aunque no tenía ni idea de cómo podría defenderse con las manos desnudas.

La puerta se abrió con un leve quejido de las bisagras y de pronto dos personas entraron con tanta prisa que cayeron al suelo.

Aterrada, Kent no se movió de su sitio. Hasta que reconoció a las dos mujeres que se habían marchado unos días atrás.

Algo extraño sucedía. Una de ellas quedó inmóvil bocarriba.

—¡Por Dios...! —exclamó acercándose a Renard, que, con expresión de total desconcierto, intentaba reanimar a Nichols.

—Ayúdeme, por favor —suplicó la francesa.

Entre las dos, sujetándola una por los brazos y la otra por las piernas, la llevaron al cuarto de baño. Por suerte, el suministro de agua no estaba cortado, una razón más por la que Adèle había elegido esa casa para Victoria. Renard desabotonó la chaqueta de la británica. El carmesí empapaba la camisa.

—La herida está cerca del hombro, pero ha perdido mucha sangre.

—Hay que sacar la bala —repuso la española.

Se fue y regresó al poco tiempo con unas sábanas que había rasgado para usarlas como paños. Solo entonces reparó en Renard. Era como si la viera por primera vez. Se dio cuenta de lo joven que era y lo desamparada que parecía. Comprendió que no tenía mucha pericia para ciertas cosas, por lo que se puso manos a la obra. Le pidió la navaja, que desinfectaron con el alcohol que la mujer portaba en un kit de emergencias. Se trataba de una caja pequeña, aunque incluía lo indispensable para realizar curas básicas.

—No veo bien, necesitamos más luz.

—Espere... —Renard sacó de su cinturón una pequeña linterna—. ¿Le bastará?

—Tendrá que hacerlo.

Con sumo cuidado, pasó por la piel uno de los trapos mojados en alcohol. Acto seguido, insertó el filo. Tras unos angustiosos minutos, durante los que pensó que no lo conseguiría, sacó la bala. Después limpió bien el orificio de entrada y lo secó. Por suerte, Nichols estaba inconsciente. De no ser así, todo habría resultado mucho más

complicado y terriblemente doloroso para ella. Cuando Victoria terminó de coser la herida con la aguja y el hilo que Renard llevaba en la cajita, la tapó con un apósito.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho, Victoria. Ahora, tengo que salir un momento —afirmó de pronto la joven.

—¿Cómo?

—Volveré enseguida, se lo prometo. Pero hay algo de vital importancia que debo hacer. Por favor, cuide de ella si no regreso —añadió antes de marcharse, dejando a Kent estupefacta.

Cuando la puerta se cerró, Victoria se dio cuenta de lo complicado de su nueva situación. Si Renard no volvía y Nichols acababa falleciendo, ¿qué iba a hacer? No podía comunicarse con Adèle y no era probable que enviara a nadie con víveres hasta pasadas unas semanas.

Las horas posteriores transcurrieron con una lentitud angustiosa. Victoria no se quitaba de la cabeza que Renard probablemente habría sido apresada, aunque por quién seguía siendo una incógnita. Las preguntas sobre a qué se dedicaban las dos jóvenes continuaban sin respuesta y, para colmo, ahora podría verse afectada por sus actividades, como si no tuviera bastante con sus propios problemas. Intentó no pensar en la posibilidad de que a la francesa le hubiese sucedido algo y no solo por la situación en la que tal hecho la dejaría a ella. De algún modo inexplicable, sentía que se había establecido un vínculo débil, pero real, entre ella y Renard.

Se hallaba sumida en tales disquisiciones cuando un ruido la alertó de nuevo. Avanzó de rodillas hasta la cocina. Al abrirse la puerta, suspiró aliviada. La joven francesa llevaba en la mano el maletín del que no se había separado durante su anterior estancia en la casa. Debía de haber algo muy importante en su interior para que se

hubiera arriesgado a volver donde quiera que hubiesen sufrido el ataque solo para recuperarlo. No obstante, se abstuvo de hacerle preguntas. Su rostro, agotado y lleno de arañazos, le inspiró tanta ternura que lo único que hizo fue limpiárselo con un trapo empapado en alcohol.

—Le agradezco mucho todo lo que está haciendo por nosotras, Victoria.

—No me dé las gracias. Lo normal es ayudar a quien lo necesita. En estos tiempos de barbarie todavía existe la gente corriente, la que hace este tipo de cosas sin esperar nada a cambio. Solo porque ni se nos pasa por la cabeza la idea de no hacerlo. Imagino que, si yo me encontrara en sus circunstancias, ustedes también me habrían auxiliado. Incluso estando en bandos opuestos. ¿No?

La joven la observó. Parecía estar sopesando su respuesta.

—No me cabe duda de que estamos en el mismo bando, Victoria. Pero, dígame, ¿dónde aprendió a coser heridas?

A Kent no le pasó desapercibido el cambio de tema. Aun así, decidió responder la pregunta. Y al intentar recordar, se dio cuenta de que aquella época se le antojaba tan lejana como si formara parte de la prehistoria. Tantas cosas habían sucedido desde entonces que remontarse a los inicios de la Guerra Civil requería de un ánimo que no sabía si tenía. No obstante, al ver la atención con la que la observaba la francesa, hizo un esfuerzo.

—Fue al principio de nuestra guerra, en el frente de Guadarrama, cerca de Madrid.

—¿Estuvo en el frente? ¡Caray!

—No había ido allí para luchar, claro... Pero hice lo posible para intentar ayudar a la población civil, que sufría el asedio del ejército sublevado. Y en alguna ocasión también me vi obligada a socorrer a soldados heridos. Los médicos a los que acompañamos en su

recorrido por los distintos campamentos militares me enseñaron labores básicas de auxilio.

La joven se limitó a asentir, si bien su gesto reflejaba la profunda impresión que las palabras de Victoria le habían causado.

Ya era casi de noche y Nichols seguía sin despertar. Dos figuras, sentadas en el suelo junto a ella, conversaban con una taza de latón en las manos. Un té aguado y sin azúcar les entonó el cuerpo después de las horas en estado de alerta sabiendo que la británica podría acabar falleciendo.

—Se supone que no debo revelar quiénes somos, pero necesito decírselo. Nos ha demostrado que podemos confiar en usted y, tal como están las cosas, no sé si viviremos mucho más... Trabajamos para los servicios secretos. En mi caso, para el BCRA.

—¿Qué es eso?

—La Oficina Central de Inteligencia y Acción. De Gaulle está a la cabeza desde Londres, coordinando la Resistencia francesa y la del resto de Europa. Nichols pertenece a la SOE[1] , la dirección de operaciones especiales, creada por Winston Churchill. Las dos organizaciones cuentan con células de espionaje en territorio francés cuyo objetivo es proporcionar a los Aliados información clave sobre la actividad nazi. Llevamos a cabo misiones de sabotaje y evasión, entre otras cosas.

—¿Son ustedes militares?

—Nichols sí, yo no. En ambos casos reclutan a población civil y la entrenan. Es importante tener agentes procedentes de los países invadidos. Yo me ocupo de las telecomunicaciones.

—Pero ¿cómo?

La confusión que vio en el gesto de Victoria la llevó a levantarse y coger el maletín. Ante la mirada expectante de la española, lo abrió. En el interior había una radio portátil.

—¡Virgen santa!

—Gracias a esta maravilla puedo enviar y recibir mensajes en morse a una distancia de entre setecientos y ochocientos kilómetros. —La sorpresa dibujaba en la cara de Victoria una expresión casi infantil que hizo sonreír a Renard—. Aparatos como este nos permiten enviar informes que otras personas reenviarán a Londres. De ese modo se pueden, por ejemplo, realizar operaciones de desinformación sobre los movimientos de los Aliados para despistar a los alemanes.

—¿Y no hay peligro de que ellos los detecten?

—Sí que lo hay, sí. De hecho, la Gestapo tiene equipos capaces de triangular las señales y determinar nuestra posición con un margen de error mínimo. Por eso no permanecemos mucho tiempo en ningún sitio. En varias ocasiones hemos logrado escapar por los pelos. A veces nos alojamos con colaboradores de la Resistencia, pero hoy en día es difícil saber en quién confiar... Ahora entenderá por qué no le revelamos quiénes éramos cuando llegamos aquí.

—Lo comprendo perfectamente. Pero ¿dónde los entrenan? El país está en manos de los nazis...

—Bueno, aún quedan zonas, pocas, eso sí, leales al Gobierno francés y, gracias a la colaboración con la SOE, muchos de nosotros fuimos llevados a campos de entrenamiento en Inglaterra. Yo me formé durante varios meses en Surrey, en una casa señorial, con las FANY[2] ... el cuerpo voluntario de primeros auxilios, que operaba en diferentes secciones. En primera línea, en hospitales de campaña o conduciendo ambulancias, pero también codificando señales. Ellas

me enseñaron todo lo que necesitaba saber sobre telecomunicaciones radiotelegráficas.

—Ingleses y franceses, sobre todo, supongo.

—En nuestras filas hay agentes de diversas procedencias. También tenemos a algunos españoles colaborando con nosotros. La mayoría son mujeres.

Al escuchar aquello, Victoria se quedó en silencio. Una idea acababa de prender en su mente como una llama. Después de todo, la esperanza no había muerto.

26

NOCHE DE PAZ

Suiza, 24 de diciembre de 1971

Las empinadas cuestas de Lausana le cortaban a uno el aliento, sobre todo ahora que estaban cubiertas de una fina capa de nieve y cada paso podía acabar en un resbalón peligroso. Anne se preguntaba si había sido una buena idea aceptar la sugerencia de Clara de llevarse a Antoinette a dar una vuelta y almorzar algo ligero, antes de regresar a casa para pasar juntas la Nochebuena. Sin embargo, enseguida comprendió que Quinche estaba más en forma que ella. No parecía que la subida le estuviera costando ningún esfuerzo.

—Es lo que tiene vivir en un lugar así. O te acostumbras... o te mudas. Y esa nunca ha sido una opción —le espetó la anciana con expresión radiante y las mejillas sonrosadas.

A sugerencia de Anne, habían seguido el itinerario recorrido por Clara aquella lejana tarde de 1936 en la que acudió a su cita con la agente Bishop. Al pensar en la Cecily de aquella época, cuando ella no había nacido aún, a la joven le palpitaba el corazón con

intensidad, espoleado por su necesidad de saber más cosas sobre esos años desconocidos de la vida de su madre.

Pasearon por las calles, repletas de escaparates decorados con adornos navideños, y locales cuyo acogedor aspecto resultaba muy sugerente para quien ansiara resguardarse del frío. Los niños, de vacaciones escolares, corrían de aquí para allá y sus risas aleteaban entre las fachadas como pájaros, libres de los lazos de la rutina.

Al llegar al mirador que rodeaba la catedral, se asomaron para contemplar las maravillosas vistas. Los tejados formaban una alfombra blanca que descendía hasta el lago Lemán. Más allá de este, se alzaban las impresionantes cumbres de los Alpes.

La periodista inspiró el helado aire y sintió cómo la revitalizaba. Eso era exactamente lo que le hacía falta. Apenas tenía un descanso de dos días antes de regresar a Londres y solo ahora comprendía cuánto necesitaba hacer una pausa. El diagnóstico de cáncer de Clara lo había precipitado todo y, por si eso fuera poco, el ritmo de trabajo en el periódico no le permitía dedicarle tanto tiempo al libro como requería para llegar a buen puerto antes de que... Bloqueó el final de la frase. Llevaba haciéndolo desde que Antoinette le había anunciado la triste noticia. De hecho, se mantenía ocupada también de forma intencionada para no pensar en lo que ocurriría pronto. La muerte había dejado su tarjeta de visita para comunicar que, en breve, tal vez unas semanas, se llevaría de su lado a alguien a quien le había tomado un afecto que le terminaría haciendo daño. Quisiera o no, Clara acabaría marchándose también.

—Ahí, en esa esquina, junto al pabellón Levade, es donde las dos mantuvieron aquella charla que después llevaría a Clara a partir hacia Argentina.

Anne observó el edificio sustentado en tres columnas debajo del cual, si no recordaba mal, había una escalinata. Antoinette le

propuso sentarse unos instantes en uno de los bancos estratégicamente ubicados para que los visitantes pudieran solazarse con las magníficas vistas de la ciudad.

—Cuéntame, ¿cómo te encuentras de ánimos? —preguntó Quinche.

—Bien. Creo que la depresión ha quedado atrás. Resulta difícil regodearse en las preocupaciones cuando apenas tienes un minuto libre para pararte a pensar. Aunque no me importaría poder acabar de leer con calma todos los materiales que me faltan para terminar de darle forma al libro. Lo que me envió Victoria está resultando ser muy extenso y redactar algunas cosas a mi manera no es tan fácil. Me gustaría que los textos que conectan las narraciones tanto de Clara como de Victoria estuvieran a su altura y no sé si lo estoy consiguiendo. También queda alguno de mi madre que, creo, sería una buena idea insertar para contextualizar los hechos... Me estoy enfrentando a la obra de tres mujeres que podrían haberse dedicado a escribir. Y no sé si tengo tanta madera de escritora como me gustaría. Tal vez lo mío sea el periodismo y deba olvidarme de la literatura.

—De eso nada. ¿Por qué eres tan dura contigo misma? —la reprendió Antoinette—. Como te dije, lo que nos llevó a proponerte este proyecto fue tu forma de expresarte, la perspectiva tan personal y literaria de tus artículos. Eso es escribir. Y puedes hacerlo de sobra. Lo que te falta es confianza, pero espero que con este libro la recuperes porque vales mucho.

Acompañó las palabras con unas palmadas sobre la mano de la joven, quien no pudo evitar sonreír agradecida, aunque no estuviera convencida del todo de que la suiza tuviera razón. Sus ojos siguieron a un hombre y a una mujer que acababan de llegar a lo alto y se

dirigían al borde del mirador. Él se situó tras ella abrazándola. Al ver el gesto ensimismado de Anne, la anciana añadió:

—Te pasa algo más, ¿no?

La periodista inspiró despacio para darse tiempo a encontrar la respuesta:

—Lo echo de menos... por mucho que intente no pensar en él.

—¿Habéis vuelto a hablar?

Le contó su último encuentro.

—Veros fue una buena decisión, ya que os permitió hablar de todo lo que teníais pendiente. Esa es la mejor manera de ponerle un broche a vuestra relación. —Al decirlo, Antoinette no apartó la mirada de la joven, que se sabía observada—. Porque se ha acabado... ¿o aún sientes algo por él?

Anne asintió.

—No quiero llorar... —Se secó los ojos y se obligó a sonreír para recuperar la compostura—. Ahora no es nuestro momento.

—¿Y entonces cuándo? Querida, recuerda que el tiempo no se detiene por nadie. Si de algo te sirve habernos conocido, espero que sea para comprender lo rápido que pasa la vida y lo poco práctico que es quedarse paralizado por los golpes que nos asesta. Los baches, el dolor, la pérdida... Todo eso no son sino capítulos de una gran historia: la de tu existencia. Y has de vivirla al completo, con lo bueno y con lo malo, pero tratando de disfrutar al máximo de lo positivo, lo que te hace feliz. Si todavía quieres a James, no tardes en perdonarlo.

—Ya lo he perdonado.

—Pues entonces no hay nada que te impida intentarlo de nuevo. ¿Me equivoco? —Trascurridos unos instantes, al no obtener respuesta, la anciana añadió—: Perdóname, ya me vas conociendo.

Tiendo a extralimitarme en mi entusiasmo para dar opiniones que nadie me ha pedido.

—No, no, agradezco tus palabras porque sé que están cargadas de cariño y de preocupación por mí. Y te prometo que lo pensaré, pero... más adelante. Cuando acabemos el libro, ¿de acuerdo?

Se miraron y sonrieron. La oscuridad empezaba a cubrirlo todo, aunque solo fueran las cuatro y media de la tarde. Debían iniciar el complicado descenso hacia la casa.

El olor a pavo asado las envolvió en cuanto entraron. Las recién llegadas se cambiaron de calzado antes de dirigirse al comedor. La música de *El Mesías* de Händel corrió a su encuentro por el pasillo y hallaron a Clara escuchándola con los ojos cerrados y gesto de placidez. Cuando se percató de su presencia, la española abrió los párpados.

—¿Lo habéis pasado bien?

—No tanto como si nos hubieras acompañado —respondió Anne, que se sentó a su lado y le dio dos besos.

—Uy, no creo que eso sea cierto, ¿a que no, Antoinette?

—Sabes que Anne es muy educada, querida. Pero sí, te hemos echado de menos.

La suiza se acercó a ella y depositó un beso en su mejilla.

—Estáis las dos heladas. Os vendrá bien un trago de *glühwein*.

Tras acercarle una taza del vino caliente y especiado a la joven, Quinche se sirvió una también.

En un lateral de la estancia había un abeto de grandes dimensiones decorado con toda clase de adornos y velas. La costumbre, pese a ser peligrosa, seguía estando muy extendida por el país y, aunque el riesgo de que se produjera un incendio le

pareció posible, Anne no podía negar que el ambiente creado por aquella luz cálida era verdaderamente mágico.

Tomaron la bebida con la música de fondo y la relajante danza de las llamas proyectándose sobre las paredes.

—Resulta curioso... —comenzó a decir Clara—. Después de muchos años sin que me viniera a la cabeza cómo pasábamos las Navidades durante mi niñez, resulta que estos días no dejo de acordarme.

—¿Cómo eran? —preguntó Anne.

—Humildes, mis padres no ganaban demasiado dinero, por muy largas que fueran sus jornadas de trabajo. No podían permitirse ningún tipo de lujo o regalos costosos... Y, aun así, nunca nos faltó un juguete o un libro que nos llenara de ilusión, o un dulce que nos arrancara una sonrisa. Pero, sobre todo, nunca faltó el amor, que nos dieron con creces a mis hermanos y a mí. Los tres tuvimos las Navidades más felices que unos niños puedan desear, aunque por desgracia no duraron mucho. Primero murió mi hermano Manolo en un accidente y, poco después, mi padre.

—Solo conocía la existencia de Ignacio... Bueno, además de tu hermana, la que se llamaba Clara también, ¿no? —Recordó la periodista de las primeras páginas escritas por Campoamor que había leído.

Clara asintió con expresión pensativa.

—Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero... parece que los recuerdos de aquella época sean más intensos que los de hechos recientes. Curioso cómo funciona la memoria.

Antoinette, que la escuchaba en silencio, comprendió que Clara estaba adentrándose en la etapa final. Esa en la que el ayer se torna tan real como el presente. Mientras contemplaba el rostro amado de la española, que le hablaba a Anne con expresión serena y feliz, se

preguntó cuántos preciosos minutos como aquel le quedarían por delante antes de que la nada se la arrebatara. Bebió un trago de vino para calmar la congoja y se forzó a decir:

—Bueno, yo creo que la memoria es selectiva y, pese a todo lo malo que haya podido suceder, tiene el maravilloso don de preservar los buenos momentos en algún rincón oculto, a salvo. Para que podamos acceder a ellos cuando más los necesitemos.

—Tienes toda la razón, querida —contestó Campoamor—. Y gracias a eso podemos sobrevivir a las desgracias, incluso cuando hemos de enfrentarnos a los tiempos más oscuros.

—Es cierto —intervino Anne—. Y resulta curioso, porque... mientras recababa buena parte de la documentación sobre los campos de concentración de Ravensbrück y Auschwitz, encontré muchos testimonios de presas que lograron salir de allí. Y un gran número de ellas coincidía en qué era lo que las había mantenido vivas y con esperanzas de que aquel infierno pasara: las historias que se contaban sobre su vida anterior. A pesar del horror y la devastación que sufrían día tras día, de las privaciones y el dolor, de la pérdida de sus seres queridos o el hambre atroz... pese a todo eso, los recuerdos de los instantes de felicidad, contenidos en las palabras con las que los narraban, adornados con detalles emocionantes e imágenes grabadas a fuego en la mente y el corazón, les permitieron soportarlo todo. Todo.

Al concluir, la periodista se dio cuenta de que las dos ancianas la escuchaban con los ojos brillantes.

—¿Lo ves, Anne? —musitó Quinche.

—¿Qué?

—Sospecho que Antoinette se refiere a si ves el efecto que tus palabras provocan. Nos has emocionado con tu breve y apasionado relato.

—Pero si no he hecho otra cosa que repetir lo que me han contado o he leído en alguna parte...

—No, querida —insistió Clara—, nos has transportado hasta allí, hasta el barracón donde esas mujeres se reunían para confortarse las unas a las otras contándose sus historias. Hasta me atrevería a decir que las hemos podido ver y oír.

—Las dos sois muy amables, pero no es para tanto. Veremos qué opináis cuando el libro esté acabado.

—La cena está lista —interrumpió Sylvie, que acababa de entrar con el mandil puesto y las mejillas sonrojadas por el calor de la cocina.

—¡Pues no hagamos esperar a ese pavo! —exclamó Clara.

Anne había notado que las ancianas trataban a Sylvie con tanto cariño como si fuera una sobrina. Y así, no le extrañó que celebrara las fiestas un año más con ellas, al no quedarle ningún familiar vivo en su país.

Cuando terminaron de degustar los deliciosos platos que la francesa había preparado y el queso, pasaron directamente a los licores, ya que a ninguna le apetecía el dulce. Animadas por el alcohol consumido durante la tarde, cantaron algunos villancicos que les trajeron risas y hasta algunas lágrimas. Sobre todo, cuando Sylvie comenzó a entonar *Il est né le divin enfant*, una canción tradicional que Anne nunca había oído. La melodía y su voz dulce, aunque poderosa, le trajo a la mente a otra mujer, a quien solo conocía a través de los textos de Victoria Kent: la agente francesa Sara Renard.

Concluida la velada, la periodista se acercó a Clara, quien había sucumbido al sueño muchos minutos antes. Su rostro relajado relucía bajo la caricia titilante de las velas. La joven le dio un beso

en la frente y, ya fuera del comedor, le entregó a Antoinette un sobre voluminoso.

—Supongo que ya conoceréis muchas de las vivencias de Victoria durante su exilio en Francia, al menos Clara. No quiero adelantaros nada, pero al final cuenta algo... Bueno, prefiero que lo descubráis a medida que leéis. Estoy segura de que os impresionará tanto como a mí. Y no solo por las revelaciones que hace, sino porque lo que narra sirve pare demostrar algo: lo parecidas que son las dos, por mucho que el mundo se haya empeñado en pintarlas casi como enemigas. Eligieron caminos muy similares que, si bien se separaron con el paso del tiempo, acabaron por converger en un mismo destino: el de la lucha contra el totalitarismo. Y eso las convierte en personajes ejemplares. Sin embargo, el mundo no conoce su gran labor y no es justo. Necesito que la gente sepa que estas dos formidables mujeres no fueron solo las primeras diputadas de España, sino muchas otras cosas más por las que merecen un lugar de honor en la historia. Así que voy a ocuparme de que se lo concedan, aunque ya sea un poco tarde.

Su voz se había quebrado y Antoinette no pudo reprimir el impulso de darle un abrazo. Después, Anne se marchó, rogando para que aquella no fuera la última vez que veía a Clara Campoamor con vida.

27

LA DESCONOCIDA

Julio de 1944

La agente Renard recorrió la planta baja en la penumbra y se asomó a una ventana. Separó con mucho cuidado la cortina, lo justo para poder mirar sin ser vista desde fuera en caso de que alguien estuviera vigilando el edificio. La había avisado su compañera, Nichols, quien desde una habitación en el piso de arriba creía haber detectado movimientos extraños a pocos metros de la entrada.

Se encontraban en una casa abandonada en una zona rural, a unos cien kilómetros al norte de la capital. Era bastante más pequeña que la anterior, pero podían turnarse con calma para vigilar todos los ángulos con más facilidad. Las tres mujeres se habían mudado allí en cuanto Nichols se recuperó de la herida de bala.

—Sigo sin entender por qué Anne prefirió irse a un hotel antes que dormir en la habitación de invitados. —Clara acababa de interrumpir con tono quejumbroso la lectura en voz alta de Antoinette.

—Ya te lo he dicho, le apetecía estar sola. La Nochebuena la pone muy triste, lo cual es totalmente comprensible.

—Razón de más para que se hubiera quedado con nosotras.

—¡Qué cabezota eres! Si hubiese querido, lo habría hecho. Y yo se lo propuse, no te quepa la menor duda.

—No un número suficiente de veces, por lo que veo —rezongó la española.

—¿Quieres que te lea esto o no? Porque si no, me marcho a tomar un poco el aire.

—Pues claro que sí, estoy deseándolo.

Antoinette le echó una mirada cargada de paciencia y prosiguió.

Sus ojos escrutaron la oscuridad circundante en busca de intrusos. Con la facilidad de la costumbre, su mano derecha se había posado en la pistola que llevaba escondida en la cintura. Permaneció en guardia, sigilosa como una mantis, analizando la vegetación que, más que ver, intuía. Comprobó con la misma cautela todos los ventanales. Solo cuando habían transcurrido varios minutos sin percibir nada raro, se relajó y apartó los dedos del arma. Su respiración recobró el ritmo natural.

—Todo despejado. Habrá sido un animal —dijo al llegar a la planta superior.

—Bien. Sabía que esos cabrones no nos encontrarían aquí —respondió Nichols con su marcado acento escocés—. Al menos de momento, no vendrá nadie a un lugar tan apartado y con toda la pinta de estar derruido, pero deberíamos buscar una nueva base pronto. Lo peor es tener que cargar con esa mujer, aunque me temo que no sobreviviría si la dejáramos sola.

—Esa mujer es una de los nuestros, no lo olvides, y durante estos meses ha demostrado de sobra que sabe valerse por sí misma —afirmó Sara con expresión implacable. Había algo en Nichols que le desagradaba profundamente. En parte, se debía a la antipatía que esta le profesaba a Victoria—. Hasta me preguntó si podía enseñarle a utilizar la radio y no está teniendo ninguna dificultad para aprender. Además, recuerda que te salvó la vida. Si ella no se hubiera ocupado de ti...

No terminó la frase, consciente de lo que significaba: la aceptación de sus propias limitaciones. A pesar del entrenamiento, no la habían preparado para afrontar todo lo que implicaban las misiones secretas en un territorio infestado de enemigos. Enviar y recibir mensajes para organizar las otras células y salvar a huidos del régimen de Vichy de las zarpas nazis eran tareas que realizaba sin dificultades, pero, aun así, a veces sentía que no acababa de estar a la altura. Eso nunca se lo había confesado a su inflexible compañera, aunque sí a Victoria, durante una de las largas charlas que les habían permitido conocerse mejor. Entre ambas había surgido una conexión que ninguna de las dos esperaba. Se entendían a la perfección gracias al dominio de la lengua gala de Victoria y al buen humor de la joven, que consiguió devolverle la alegría a la exdiputada tras mucho tiempo de soledad y vicisitudes.

Unos pasos en la escalera hicieron que Renard se llevara un dedo a los labios para que Nichols guardara silencio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Kent con gesto alarmado al entrar.

Ataviada con un jersey negro de cuello alto y pantalones, al igual que sus compañeras, Victoria acababa de hablar sin que, aparentemente, se le hubiera agitado el aliento tras subir la empinada escalera corriendo. A sus cincuenta y un años su cuerpo lucía más esbelto que nunca. La falta de alimento abundante y la

presión a la que se había visto sometida durante casi cuatro años, desde la entrada de los invasores en París, habían afinado su figura.

Semanas atrás, los miembros de la Resistencia habían contactado con la agente Sara Renard para comunicarle que aceptaban a la republicana española como colaboradora, al saber de su pertenencia al Gobierno español en el exilio y de sus esfuerzos para evacuar a familias que escapaban de la guerra. La ayuda prestada a las dos agentes, sobre todo cuando la vida de una de ellas peligró, también había resultado determinante en la decisión de incorporarla a sus filas. La petición había sido tramitada por la francesa después de una conversación con Victoria en la que esta le había expresado su deseo de unirse a ellos en la lucha contra los nazis. Necesitaba volver a sentirse útil y, de paso, escapar de la soledad en la que tanto tiempo había estado atrapada.

Cuando llegó la respuesta positiva de los altos mandos, se le asignaron tareas como entregar mensajes y contactar con otros miembros de la organización, e incluso esconderlos en aquella base si debían desaparecer para que el enemigo no diera con su pista. Montada en una bicicleta que le habían proporcionado al poco de incorporarse a las misiones, recorría los caminos sabedora de lo que se estaba jugando: ser apresada y asesinada o enviada de vuelta a España, donde su destino probablemente sería la muerte también. No obstante, por primera vez desde hacía mucho, se sentía viva y feliz, pese a las circunstancias tan adversas a las que tenía que enfrentarse. Había redescubierto en su interior a la mujer luchadora que fue en los inicios de la Guerra Civil y no iba a permitir que aquella versión suya estática, agarrotada por el miedo y la inacción, volviera a tomar las riendas de su existencia.

—Curioso... —dijo Antoinette tras terminar una página y coger otra para continuar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clara.

—Las siguientes hojas no están escritas a máquina. Supongo que la letra es de Victoria, porque no reconozco la de Anne.

—¿Puedes seguir leyendo?

—Creo que sí. —Hojeó el resto del fajo—. Espera, algo más ha cambiado. Está narrado en primera persona y... hay algún que otro borrón. Voy a intentarlo, pero ten paciencia, porque me temo que necesitaré descifrar algunas cosas.

—Ya me conoces... Soy la reina de la paciencia.

Antoinette resopló con sorna antes de reiniciar la lectura.

Cada semana que pasaba, nuestra situación se complicaba un poco más. Mientras Renard no dejaba de recibir y enviar comunicaciones, Nichols se había tenido que ausentar varias veces de la base para ir a buscar a los agentes que conseguían aterrizar con paracaídas en suelo francés. La sensación de peligro aumentaba y yo sospechaba que algo muy importante debía de estar a punto de suceder, aunque nadie contestaba a mis preguntas, ni siquiera Sara. Supongo que porque no había nada concreto que contarme.

Se me encomendó realizar varias entregas de mensajes en lugares situados a más distancia y el retorno a veces implicaba pedalear por zonas boscosas en plena noche o tener que quedarme a pernoctar en algún sitio. Todo parecía indicar que el fin de la guerra podría estar cerca, según nos informaban desde Londres, y me aferraba a la esperanza de que fuera así, si bien resultaba difícil de creer después de tanto tiempo.

Por las noches, cuando coincidíamos mientras la escocesa montaba guardia, Renard y yo reanudábamos nuestras conversaciones, que, a veces, nos mantenían despiertas hasta el amanecer. Me hablaba de su vida anterior, de cómo había sido su juventud y hasta de un novio con el que estuvo a punto de casarse, pero, sobre todo, de su familia. Sus padres, ambos maestros, habían fallecido en un accidente cuando ella tenía diecisiete años. Sara se había criado con su único hermano, con el que se llevaba dos años. Cuando este se alistó en el ejército al estallar la guerra, ella, que se había preparado para ser maestra influida por sus padres, no quiso seguir adelante con el futuro que ellos habían imaginado. Según me dijo, necesitaba colaborar con su país de una forma más activa. Un día, tras ver en prensa un anuncio, acudió a una entrevista de trabajo. Lo que parecía una conversación con alguien dedicado a contratar personal para una fábrica de maquinaria militar, acabó siendo un proceso de selección con el fin de reclutar a gente para que se uniera a los servicios secretos.

—Y aceptaste...

—Eso es, aunque apenas sabía en qué me estaba metiendo. Solo lo averigüé unas semanas después, cuando me trasladaron a Inglaterra para que completara mi instrucción.

—Debió de ser muy duro —musité maravillada.

—Lo fue. Hube de entrenar como si fuese un soldado más, a pesar de que solo tuvieron tiempo de enseñarme lo mínimo para que pudiera sobrevivir. El resto del adiestramiento debía dedicarlo a formarme como operadora de radio, que era lo que necesitaban. Nunca habría podido imaginar que el mundo de las comunicaciones fuera tan fascinante y tan vital en el desarrollo de la guerra. Y aquí estoy, dos años después...

La escuché emocionada mientras describía su proceso de aprendizaje y lo complicado que había sido. Me pareció una mujer tan valiente que no pude evitar sentirme orgullosa de ella. Casi tanto como... si fuese mi hija. En verdad, al analizar lo que me estaba pasando por la cabeza por primera vez en mi vida, me pregunté si no sería así como se sentiría una madre al oír a su hija narrar hechos que, en otros, quizá, solo suscitarían admiración. Jamás había albergado ningún tipo de instinto maternal, por lo que no estaba segura de que aquello se asemejara, pero tenía la intuición de que sí, porque, aun no existiendo ningún vínculo entre nosotras, unas completas desconocidas hasta hacía unas semanas, no podía negar que aquella joven se me había metido en el corazón. Tal vez se debiera a las circunstancias tan excepcionales en las que nos hallábamos, en mitad de una guerra, habiéndonos visto obligadas a confiar la una en la otra a ciegas, dejando nuestra vida en manos de la compañera en más de una ocasión. Me sabía de memoria los gestos de Renard. Por ejemplo, su costumbre de morderse el labio cuando se quedaba pensativa o de enroscar un dedo alrededor de uno de sus rizos si estaba nerviosa. Podía intuir con solo mirarla si le ocurría algo, tanto bueno como malo, y un alivio indescriptible me invadía al verla regresar sana y salva a la casa, de donde se ausentaba con cada vez mayor frecuencia para evitar que la señal de radio fuese detectada.

Confusa y perpleja por algo que no era capaz de racionalizar, no encontré el momento de compartir mis sensaciones con ella.

La misión, que me había alejado unos treinta kilómetros de nuestra base, había consistido en llevar a unos colaboradores de la Resistencia un mensaje recibido por Renard. Tras realizar la entrega

en la aldea en la que se ocultaban, regresaba por una zona de campos de cultivo. Los restos podridos de la última cosecha estaban diseminados por un terreno bastante extenso, en el extremo del cual se adivinaba una granja que parecía igualmente abandonada. El camino que lo flanqueaba era muy árido y, pese a haber desmontado de la bicicleta para evitar que las afiladas piedras dañaran las ruedas, al cabo de unos minutos me di cuenta de que una de ellas se había pinchado. No era la primera vez que me ocurría, por lo que siempre portaba conmigo un inflador y unos parches. Sin embargo, cuando busqué en el pequeño compartimento sujeto al manillar la palanca que necesitaba para ahuecar la llanta, no la hallé. Tendría que hacer el resto del trayecto, unos quince kilómetros según mis cálculos, caminando con la bicicleta al lado.

No sé por qué, pero antes de llegar a la linde del bosque me di la vuelta y algo me llamó la atención. Un pequeño tejado asomaba por detrás de la casa en la que debieron de alojarse en el pasado quienes vivían de aquellas tierras. El edificio no era visible desde el camino y podría haber pasado totalmente desapercibido para mí de no haberme girado. Decidí acercarme por si en su interior encontraba algo que me sirviera para arreglar el pinchazo.

El cobertizo no contenía nada de valor. No quedaba ningún apero de labranza, salvo una pala rota y un enorme rollo de alambre. Al fondo había varios sacos de tierra apilados hasta la altura de mi cadera. Pensé que, dada la proximidad del río, quizá los antiguos dueños de la granja los usaban para protegerse de las crecidas. Me asomé para comprobar si había algún objeto útil que se hubiese caído detrás de ellos.

El sobresalto me hizo retroceder con el corazón desbocado. Unos ojos azules me miraban despavoridos mientras su dueña, una mujer morena, sujetaba un rastrillo que enarbolaba con la evidente

intención de defenderse. Debía de haber estado durmiendo parapetada tras los sacos y tenía todo el aspecto de haberse llevado el mismo susto que yo.

—Soy española —afirmé mostrándole las palmas de las manos para que viera que no llevaba nada con lo que pudiese hacerle daño.

Nos observamos durante unos segundos. Entonces, en un francés muy rudimentario, dijo:

—Soy judía, alemana... Los nazis... perseguir.

Supongo que mi cara de conmiseración la convenció de que no representaba ningún peligro para ella. Bajó el rastrillo y salió de su escondrijo.

A continuación, mediante gestos, intentó averiguar si llevaba algo de comer. Le di una manzana y algo de carne seca, lo único que me quedaba para el viaje, y me lo agradeció con una sonrisa que le cambió por completo los rasgos. Tenía un rostro agradable. Después me preguntó con su escaso vocabulario si podía acompañarme. No sabiendo de qué otro modo ayudarla, le dije que sí, pese a ser consciente de que no podía llevarla a nuestro escondite sin que Renard y Nichols dieran su visto bueno.

Durante el tiempo que anduvimos por el bosque solo cruzamos unas palabras. Ella apenas podía comunicarse y yo no hablaba alemán. Según entendí, venía de Múnich y huía hacia el sur, aunque no supo explicarme más. Cuando ya nos encontrábamos cerca de la casa, la dejé a una distancia prudencial, desde donde el edificio no era visible, y le pedí que me esperara allí.

No me sorprendió la reacción de mis compañeras. Ambas fruncieron el ceño al escuchar mi relato, si bien solo la escocesa puso el grito en el cielo. Dijo que era demasiado peligroso abrirle la puerta a una desconocida. Sara, en cambio, guardó silencio. Fueron conmigo adonde aguardaba la mujer. Nichols, que era la única de las

tres que hablaba alemán, le hizo todo tipo de preguntas después de registrarla y comprobar que no llevaba nada encima, ni siquiera documentación alguna que la identificara. Al parecer, Mina Fischer, que era como se llamaba, había sido apresada por los nazis junto con su marido y su hijo de tres años. Los habían metido en un tren rumbo al campo de Dachau, pero a mitad de camino unos hombres habían logrado forzar el cerrojo del vagón desde dentro. Sin pensarlo, saltaron ellos y varias personas más, arrastrando a Mina, que estaba con su familia cerca de la puerta. Al caer, comprendió que no volvería a ver a los suyos y hubo de resignarse a huir junto a los demás para salvar su vida. Durante el recorrido se fueron dispersando y una mañana, al despertar en el granero en el que se habían escondido ella, otro hombre y una joven, descubrió que estos se habían marchado y la habían dejado sola. Y así había seguido su camino tan lejos de Alemania como le había sido posible. Hasta que llegó a aquel cobertizo en el que yo la había encontrado.

Terminó de hablar deshecha en lágrimas al pensar en el terrible destino de sus seres queridos, a quienes sentía que había abandonado. Tras escuchar su historia, que a mí me conmovió, Nichols se llevó a Renard a unos metros para hablarlo a solas. Al cabo de unos minutos, durante los cuales no dejaron de gesticular y discutir, volvieron junto a nosotras. Sara debía de haber intercedido por la mujer, puesto que la escocesa dijo que podía quedarse dos días. Ni uno más. Después me comunicaron en privado que, ya que la había llevado hasta allí, sería responsable de acompañarla durante su estancia en la planta inferior, sin apartarme de su lado bajo ningún concepto.

—Entiendo que no es lo más adecuado en los tiempos que corren —le confié a Sara más tarde—, pero... no podía dejar a una mujer

desamparada y que huye de los nazis morirse de hambre o de frío. No lo he hecho nunca y no lo voy a hacer ahora. Lo entiendes, ¿no?

—Dos días pasan pronto. Pero no le quites el ojo de encima, ¿de acuerdo?

Antoinette levantó la mirada de la hoja y vio que Clara se había quedado dormida, aunque ignoraba en qué punto de la narración habría sucedido. Se puso en pie y la tapó bien con la manta que le cubría las rodillas. Ya habría tiempo de continuar con el texto de Victoria.

28

CULPA

Tal como me habían indicado, no me separé de Mina en ningún momento y permanecimos en la planta baja. Ella me ayudó a preparar la comida para las cuatro, aunque algo tan simple como un guiso de gachas pareció resultarle complicado. Me explicó que le dolía mucho el codo a causa de la caída del tren. Cuando le eché un vistazo, no pude detectar ninguna herida, por lo que supuse que el dolor se le iría pasando sin que tuviera mayores consecuencias. De no ser así, habría que ir en busca de un médico.

A las pocas horas, Nichols hubo de salir para ocuparse de una misión urgente. La primera noche Renard montó guardia y la segunda me tocó a mí. Ambas estábamos bastante cansadas al haber tenido que repartir los turnos de vigilancia entre las dos. Antes de echar una cabezada, ella debía enviar unas comunicaciones claves para la seguridad de miembros de la Resistencia en la zona al norte de la capital, donde las escaramuzas para boicotear acciones del ejército nazi se multiplicaban.

Cogí mi cuaderno de notas y, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, me puse a escribir. Llevaba días sin hacerlo y me pareció una buena forma de entretenerme y mantenerme

despierta. Mientras tanto, Mina descansaba en una colchoneta a unos metros de mí. No tardé mucho en oír un ligero ronquido.

Debían de haber pasado solo unos segundos cuando desperté. La transición entre la vigilia y el sueño había sido tan rápida que no tenía la menor sensación de haberme quedado dormida. La lámpara de queroseno seguía ardiendo y su luz me rodeaba, si bien las tinieblas cubrían el resto de la habitación. Entonces comencé a percibirlo todo muy lentamente. Lo primero, la evidente ausencia de sonido. Los ronquidos de Mina habían cesado. Después, algo rompió aquel silencio. Un crujido en la escalera. El corazón comenzó a latirme en el pecho con brío. Me levanté a toda prisa y en dos pasos me acerqué a la colchoneta.

Estaba vacía.

La agente Nichols regresaba de su misión con dos agentes de la SOE, un hombre y una mujer que habían aterrizado en paracaídas en pleno bosque. Como de costumbre, tras recibir la comunicación de la inminente llegada, enviada por un operador de radio situado a pocos kilómetros, alguien debía ir a asegurarse de que no había ninguna unidad alemana en las cercanías que pudiera haber detectado la maniobra. De ser así, los invasores los habrían estado esperando para capturarlos y torturarlos en busca de información vital. Por fortuna, nada de eso había sucedido, aunque la escocesa había tenido que liberar a uno de ellos de las ramas del árbol en el que se había quedado enganchado.

Los tres se dirigían hacia nuestra base cuando pasaron por una granja abandonada. Nichols supuso que se trataba de la misma en la que Mina se había escondido. El grupo decidió acercarse a echar un vistazo. Localizaron el cobertizo gracias a la descripción que había

hecho yo dos días antes. Por puro instinto, la agente revisó cada rincón y, cuando miró tras los sacos, vio algo que la hizo salir de allí a toda prisa.

Los tres agentes cubrieron los quince kilómetros que los separaban de nuestra casa corriendo. Al llegar, hallaron la puerta abierta y entraron. Como no había nadie en la planta baja, subieron al primer piso con sigilo.

Nos encontraron en el suelo. Yo estaba sentada y, sobre mi regazo, Sara Renard yacía con los párpados abiertos. Una gran mancha de sangre cubría su camisa. Según me dijeron después, no paraba de balancearme hacia delante y hacia atrás, como si meciera a un niño con todo mi cuerpo. Debían de haber pasado al menos dos horas.

Nichols se arrodilló y buscó el pulso de Sara en la yugular. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Los míos ya estaban secos, mi mirada perdida. Solo cuando consiguieron apartarme de ella, cosa que no les permití hacer durante muchos minutos, tuve conciencia de lo que había ocurrido y pude contarlo.

En cuanto me di cuenta de que Mina había salido de la habitación, corrí hacia el aseo rezando para que estuviera allí y el leve crujido que había oído no lo hubiese provocado ella. Por desgracia, no fue así. Sé que subí las escaleras más deprisa de lo que lo había hecho jamás, aunque sigo sin ser capaz de recordar ese trayecto. Lo que nunca olvidaré es lo que sucedió a continuación. La puerta de la habitación situada al fondo del pasillo estaba abierta. El estruendo reverberó entre las paredes antes de que yo llegara. Y al hacerlo, me enfrenté a la escena más dura de toda mi vida.

—Dios bendito... —musitó Antoinette mirando a Clara estremecida—. El texto desde aquí está emborronado. Y no hace falta preguntar por qué. ¿Tú sabías todo esto?

—¿Te importaría seguir leyendo y después lo hablamos, querida? Hagamos justicia a las palabras de Victoria.

Aquella mujer apuntaba a la cabeza de Sara, quien había caído al suelo de rodillas. Había recibido un impacto en el vientre y su gesto era de estupefacción más que de dolor. Miré horrorizada a Mina. En su mano reconocí la pistola Webley que pertenecía a Renard.

No lo pensé dos veces.

Me lancé sobre ella con todas mis energías y conseguí que el siguiente disparo se desviara hacia la pared. La derribé e intenté arrebatarle el arma, pero me apartó de un codazo y volvió a ponerse de pie. Nunca habría pensado que pudiera tener esa fuerza. Había representado a la perfección su papel de mujer indefensa.

Dirigió el arma hacia mí y cerré los ojos. Sin embargo, al parecer mi destino no era morir ese día. La pistola se encasquilló, provocando la ira de la alemana, quien, tras unos instantes de indecisión, me golpeó con la culata.

Cuando la negrura se disipó, un dolor agudo me taladró la cabeza. Permanecí bocabajo, incapaz de moverme. Tardé varios segundos en recuperar la conciencia. Y entonces recordé.

Mina ya no estaba allí y Sara yacía a un metro de mí, con las manos sobre el abdomen.

—¡Por Dios! —grité, apresurándome hacia ella para taponar la herida. La sangre manaba entre mis dedos—. Hay que detener la hemorragia. Voy a buscar ayuda.

—No..., no me dejes sola... Por favor.

Su mirada, inconcebiblemente serena, derribó la barrera que el miedo y la tensión habían construido para mantenerme entera.

—Perdóname, es todo culpa mía. Soy una estúpida y una inútil. Me quedé dormida. No deberíais haber confiado en mí ni permitirme colaborar con vosotras.

Rompí a llorar y ella, sacando a relucir una dulzura que mantenía oculta debido a su trabajo, habló con la voz entrecortada.

—También es culpa mía... Tendría que haber cerrado la puerta. Debió de ver lo que hacía al quedar entreabierta y... la pistola. Me había quitado las botas... para estar más cómoda. Como ves..., yo tampoco valgo para esto. Tendría que haber sido maestra, como mis padres querían...

Su expresión era de disculpa mientras sonreía con tristeza y una lágrima escapaba de su ojo derecho. Se la limpié con la mano y al hacerlo dejé, sin darme cuenta, un rastro de sangre en su mejilla.

—Shhh... No te preocupes de nada. Esperaremos a Nichols —susurré mientras me sentaba a su lado y la atraía hacia mí. La abracé por detrás y seguí haciendo presión.

Entonces, para mi sorpresa, me pidió que le hablara de mi juventud, de cómo era mi vida en España. El llanto me producía un dolor brutal en la garganta, pero me forcé a proseguir. Era lo único que podía hacer por aquel maravilloso ser de luz que se apagaba entre mis brazos.

Todo esto fue lo que le relaté a la agente Nichols, quien, tras escucharme, se limitó a sacar de su chaqueta lo que había encontrado en el cobertizo y arrojarlo a mi lado. En la documentación, sellada por las autoridades nazis, figuraban la profesión de la alemana y su verdadero nombre: *aufseherin* Helga Müller.

Antoinette miró a Clara con gesto de estupor antes de decir:

—No es necesario que me lo expliques. Ahora lo comprendo todo. Y también la agitación de Anne al reconocer a la guardiana del campo de Ravensbrück sobre la que su madre escribió aquel texto tan descriptivo.

—Supongo que entiendes por qué no te conté nada... Era algo tan doloroso para Victoria que yo no tenía derecho a revelarlo.

—Lo sé, aunque, por lo que veo, ya lo ha hecho ella. Y tengo la sensación de que... —calló unos instantes mientras pasaba las siguientes páginas y sus ojos se demoraban en determinados pasajes— ha llegado el momento de entregarle a Anne los capítulos tuyos que dejamos a un lado, ¿no crees? Ahora sí que podrá acabar el libro sin que le falte ninguna pieza.

29

FINALES Y COMIENZOS

Londres, 31 de diciembre de 1971

—¿Has avanzado mucho con el proyecto en el que estabas trabajando?

—Bastante, pero no lo suficiente. Clara está muy enferma. Tiene cáncer y no sé si... —La voz de Anne se rompió antes de cruzar el hilo telefónico.

Como de costumbre, sentía que con James podía desmoronarse. El vínculo que los unía seguía ahí y, al notarlo, se dio cuenta de lo triste que estaba desde el comienzo de las Navidades. No obstante, no era la primera Nochevieja que pasaba sin compañía. La anterior había sido mil veces peor, con la pérdida de su madre y el bebé, y la ruptura demasiado recientes. Aquella soledad de entonces se le antojaba una negrura brutal que la había engullido sin llegar a matarla. Ahora, en cambio, pese a no haber recuperado la alegría de vivir, ya no se sentía sola, sino libre y fuerte. El dolor continuaba allí, como un latido constante que resonaba en su interior en cuanto paraba de hacer cosas, pero era mucho más llevadero. Además, la sanadora conversación que los dos habían mantenido dos meses

atrás la había ayudado a proseguir con su vida y volver a ilusionarse, al menos en lo referente a su trabajo y al libro de Clara. Aun así, al pensar en ella no pudo evitar dejarse mecer por las palabras de consuelo de James.

—Lo siento mucho, Anne. Es lo que te faltaba, con el cariño que le has tomado... Pero esta etapa tan horrorosa pasará y volverás a ser feliz.

La periodista se limpió las lágrimas.

—No te preocupes, estoy bien. Son estas malditas fiestas. Siempre me han gustado, pero no así, cuando todo son recuerdos y no hay ni un solo motivo para ser positivo. El mundo está hecho un asco... y yo también.

—¿Quieres que...? —El profesor dudó—. Podría acercarme y tomar una copa de vino contigo y, tal vez, cenar algo. Yo también voy a estar solo.

—Te lo agradezco mucho, pero voy a comerme un sándwich y me iré a dormir temprano.

—¿Lo dices en serio? ¿Un triste sándwich? No puede ser. Vamos, es la última noche del año.

—Por eso mismo. Mañana ya habrá pasado todo. Año nuevo, planes nuevos. Se acabó tanta sensiblería.

—Te aviso... —la interrumpió—, voy a llamarte a las doce menos cinco para que atravesemos el velo del nuevo año juntos, aunque nos separe la distancia.

—Dudo que oiga nada. Me he tomado ya una copa de vino y voy en busca de la segunda. Que tengas una buena noche, James.

Llevaba más de una hora durmiendo cuando el teléfono sonó. Miró el reloj. Faltaban unos segundos para las doce.

—Feliz Año Nuevo, Anne. Espero que puedas encontrar la felicidad que te mereces.

Una sonrisa curvaba los labios de la periodista cuando escuchó el clic que marcaba el fin de la llamada.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Después de desayunar, cogió la bicicleta y se dirigió al cementerio de Brompton. El frío hacía florecer en su aliento nubes de vaho y la llenaba de una vitalidad que le era esquiva desde hacía mucho tiempo. Se arrebujó en su abrigo con gesto de placer.

Tras dejar la bicicleta aparcada fuera, avanzó por el camino de grava y luego se adentró en la senda que atravesaba la vegetación. La escarcha que cubría la hierba crujió bajo sus pies mientras se acercaba a la tumba.

—Feliz Año Nuevo, mamá —dijo agachándose para depositar un par de flores que había cortado junto al sendero.

En cuclillas, pasó los dedos por las letras inscritas en la lápida. Cecily Anne Bishop. Al recorrerlas, de algún modo sintió renovarse la conexión con su madre, que durante años se había esforzado por intentar estar presente para ella, aunque no lo hubiera logrado.

—Te diré que conocer a Clara me está ayudando a conocerte mejor a ti. ¿Era eso lo que pretendías al dejar todos aquellos materiales en casa? ¿Querías que hiciera algo con ellos? Porque si no es así, debes de tener un cabreo monumental.

Sonrió imaginando a su madre fruncir el ceño mientras fingía estar enfadada, como la había visto hacer tantas veces, solo para después sonreír de repente.

—Te parecerá una locura, pero... tengo la sensación de que me estás guiando para que cuente esta historia. La de Clara, pero también la de Victoria y... la tuya. Al menos la que mantuviste oculta para mí. —Se detuvo y pensó un poco antes de volver a susurrar—: ¿Sabes qué? Estoy muy orgullosa de ti, de tu lucha, de tus sacrificios... De los esfuerzos que hiciste para ofrecerles a muchas

mujeres la oportunidad de brillar y demostrar su coraje. Todavía no sé muy bien cómo concluye el relato que me estáis narrando entre las tres, pero sospecho que me va a encantar. Por mi parte, estoy añadiendo mi humilde granito de arena, pero no soy yo quien importa aquí, sino vosotras.

Se llevó los dedos índice y corazón a los labios. Después, depositó un beso en la piedra.

30

UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

Londres, enero de 1972

A mediados de mes, Anne recibió una llamada de Antoinette. Clara no estaba en condiciones de acercarse al teléfono, por lo que la suiza se encargó de comunicarle las buenas noticias.

—Quería avisarte de que te hemos enviado un paquete; no es un regalo, aunque sé que te hará ilusión.

—Qué intriga... ¿No vas a decirme qué hay dentro?

—Esperaba darte una pequeña sorpresa, pero, bueno... son algunos textos escritos por Clara que ha decidido hacer públicos también. Ahora que Victoria ha revelado en los suyos la parte que faltaba para completar ciertos hechos, no hay ningún motivo para que no los insertes en el libro. Los podrías haber tenido hace unos días, pero quería pasártelos a máquina. Así he podido hacerle alguna consulta a la autora. —El silencio de Anne la desconcertó—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí... Perdón. Es que me has dejado sin habla. Sabía que había materiales que no me habíais entregado, pero ya me había hecho a

la idea de que algunas cosas no se contarían. No te imaginas la alegría que me has dado.

—Me habría gustado llevártelo en persona, pero prefiero quedarme con esta cascarrabias.

La periodista entendió que Antoinette tenía a Clara cerca.

—Tranquila, yo iré a veros pronto, ¿de acuerdo?

Unos días después, llegó el ansiado envío y Anne, que le había pedido a una vecina de confianza que lo recogiera por ella, lo abrió en cuanto regresó a casa. Lo primero que encontró fue una caja de chocolate suizo y una nota manuscrita de Antoinette y Clara con unas cariñosas líneas. Debajo había una carpeta. Apartó las gomas que la mantenían cerrada y halló un buen fajo de folios.

Comenzó a leer de inmediato el primer texto, fechado en junio de 1945.

> ... Yo sigo aquí dedicada a múltiples tareas y siempre a la espera del «santo advenimiento» que jamás se produce y que jamás se puede ni prever a través de la lectura de diarios madrileños, que parecen de la época de los godos, con la única diferencia de que estos se avinieron a convivir con los árabes y los godos de hoy quieren estar solitos.
>
> Mis recuerdos muy afectuosos con un gran abrazo de su buena amiga y compañera,
>
> CLARA CAMPOAMOR[1]

Suspiré satisfecha. Metí la carta en un sobre y la dejé a un lado. Así concluía una de las múltiples misivas que escribí a amigos y antiguos compañeros durante mi etapa en Buenos Aires. Cuando te relegan al mundo de las sombras, acabas por convertirte en una y eso tiene ciertas ventajas. Por ejemplo, que dejas de estar bajo la lupa de

quienes antes no te quitaban ojo. No obstante, a veces me costaba mucho seguir guardando las apariencias, jugar el papel de mujer desilusionada, hastiada con mi vida en el exilio y una existencia monótona, en comparación con lo vivido en el pasado, como política en primera línea. Y no porque todo esto fuera falso. Ya era una mujer madura, por no decir vieja, me encontraba a miles de kilómetros de mi patria y llevaba conmigo un dolor imposible de aplacar: el de la pérdida de mi hogar y la posición que me había ganado con mucho esfuerzo. Y, por supuesto, también me corroía la decepción por lo sucedido allí, por ver que quienes habían pisoteado la República con un alzamiento ilegal y sangriento seguían en el poder y nadie les plantaba cara. Como si no fueran de la misma ralea que el fascismo al que sí se había hecho frente en Europa. Todas estas afirmaciones bien ciertas eran, pero no que llevara una existencia aposentada en la nostalgia, alejada de la política o de los asuntos internacionales. No, señor. Sin embargo, convenía que muchos continuaran pensando eso de mí para que pudiera actuar con libertad, sin despertar la menor sospecha. De ahí todas esas cartas escritas desde la distancia.

Después de aquel desagradable incidente en el que resultó muerto Cánovas, el español al que había conocido en España tiempo atrás, tuvo lugar mi encuentro con la agente Bishop. Este, aparte de un buen rapapolvo, me había proporcionado la posibilidad de participar en misiones más complejas. Y debo confesar que cada una de ellas me hacía sentirme viva y útil, cualidades más que atractivas para mí. Si propiciar la detención de Tuéjar, el empresario que colaboraba con el Tercer Reich, había sido francamente satisfactorio, no lo fueron menos otras actuaciones que contribuyeron a luchar contra quienes estaban perpetrando horrendos crímenes en Europa y nos habían conducido a una nueva guerra mundial. Por ejemplo, ejercí de

enlace entre agentes europeos y latinoamericanos, alojando a personas que vigilaban a los nazis huidos en busca de una nueva vida, con el fin de eludir el castigo que merecían. También me encargaron el seguimiento de algún colaborador de los alemanes para que agentes más cualificados que yo pudieran atraparlos y hacer caer las redes de apoyo con las que contaban en la capital bonaerense.

Acababan de encomendarme una nueva misión que me había llevado hasta la Biblioteca Nacional. Esta ocupaba un edificio antiguo y majestuoso, de estilo neoclásico, en la calle México, en pleno casco histórico. Desde mi llegada a la capital yo era una visitante asidua, ya que allí no solo podía encontrar la bibliografía que precisaba, sino también toda clase de publicaciones. Me gustaban especialmente el ambiente sobrio y el silencio que inundaba las salas. Las mesas de lectura eran grandes y de madera oscura. Era el lugar idóneo para concentrarse y pasar desapercibida entre las cabezas inclinadas.

La idea era que, mientras consultaba textos para redactar los ensayos en los que trabajaba en aquella época, vigilara a un hombre. Nadie, incluso de haberme conocido, habría sospechado de mi verdadero motivo para estar allí: observar a quien se acercara a los libros que aquel tipo dejaba en el carrito tras consultarlos. Según me dijeron, así era como transmitía las instrucciones sobre la entrega de documentación falsa para los recién venidos desde Europa o desde algún otro país de Latinoamérica. Si queríamos atrapar tanto a los antiguos miembros del régimen nazi como a quienes los ayudaban, resultaba vital interceptar esas comunicaciones. Por lo visto, desde que Cánovas intentó facilitarle una nueva identidad a Helmut Zimmer, varios huidos más habían llegado a la ciudad. Mi cometido consistía en averiguar quién se ocuparía ahora de proporcionar la nueva documentación. Una vez

identificado el contacto, debía indicarle a la agente Schultz, que estaría esperando fuera del edificio, de quién se trataba para que pudiera seguirlo. La tarea no sonaba demasiado complicada.

Apenas faltaba una hora para que cerraran la sala de lectura. El hombre al que los servicios secretos llevaban semanas vigilando acababa de entrar. De unos treinta años, pelo moreno y estatura más bien baja, llevaba unas gafas redondas que le daban un aire de intelectual, pero al mismo tiempo había algo amenazante en su aspecto. Quizá fuera su corpulencia, como de boxeador. Se dirigió al bibliotecario y rellenó las fichas de los volúmenes que deseaba consultar. Era el tercer día consecutivo que lo hacía y yo empezaba a perder la esperanza de que en esa ocasión ocurriese algo distinto. De momento, nadie se había acercado a los tomos que dejaba en los carritos para que los recogiera el personal, tras trabajar en ellos durante alrededor de una hora.

Al informarme sobre la misión, me habían explicado cómo se comunicaban aquellas personas. Al parecer, uno de ellos dejaba un mensaje cifrado sobre dónde tendría lugar la entrega de pasaportes. Lo hacía subrayando palabras y letras de distintas páginas, con tanta sutileza que solo quien supiera de la existencia de dicho mensaje habría percibido las marcas en determinadas hojas. El aviso era decodificado después por otra persona que sabía cómo y dónde buscar esas señales para interpretarlas. La utilización de notas manuscritas era algo demasiado fácil de interceptar en caso de resultar detenidos en plena entrega, por lo que los miembros de aquella red de colaboración desarrollaban su actividad de otras formas, tales como esta, que me sorprendió sobremanera. Me maravilló lo ingenioso del sistema, si bien me aseguraron que cada vez ideaban nuevas tácticas para despistar a los agentes que los vigilaban.

Mientras esperaba, me entretuve leyendo por encima unos textos del autor mexicano Amado Nervo, a quien iba a mencionar en el ensayo que estaba escribiendo. Habría transcurrido apenas media hora desde su llegada cuando vi que el hombre se ponía en pie y recogía sus cosas. Pasaron diez minutos y nadie apareció. Suspiré, un tanto decepcionada por la futilidad de aquella misión. Quizá al día siguiente hubiera más suerte.

Me disponía a irme cuando la vi entrar. La mujer llegó envuelta en sigilo, como si fuera un ratoncillo. Tenía el pelo recogido en una coleta, era delgada, de unos cuarenta y tantos años, y llevaba un vestido sencillo y un abrigo que parecía haber vivido mejores tiempos. Se entretuvo mirando unas publicaciones que había en una estantería. Después, con cautela, pero mucha naturalidad al mismo tiempo, de tal modo que nadie que no la estuviera observando se habría dado cuenta, cogió el último libro depositado por aquel hombre en el carrito. Los otros dos no los tocó. A continuación, tomó asiento en una mesa distinta de aquella en la que él había estado trabajando y empezó a hojear el volumen.

Intenté disimular mi interés escribiendo y tachando cosas en mi cuaderno. Me dio la sensación de que la recién llegada estaba nerviosa. Quizá fuera una colaboradora novata, pensé acordándome de mi primera actuación con los servicios secretos y de mi penosa huida arrastrándome por los suelos. La vi levantar la mirada de las páginas de tanto en tanto, supongo que para asegurarse de que nadie le prestaba atención. Si sus ojos se detenían en mí, me hallaría enfrascada en mi trabajo.

Por desgracia, se había situado en un punto algo distante y me resultaba imposible ver con claridad lo que hacía, si bien daba la impresión de estar solo leyendo. No obstante, en un momento dado,

sacó una libreta y anotó algo. Unos veinte minutos después, se levantó. Volvió a poner el libro donde lo había encontrado y se fue.

No había tiempo que perder. Debía ir tras ella, pero antes cogí el libro y me lo metí en el bolso con tanto disimulo como pude. A continuación, corrí hasta la salida. Miré a ambos lados. ¿Dónde estaba Schultz? La mujer se alejaba por la acera contraria y en cuanto doblara la esquina la perdería de vista. Esperé unos segundos, buscando nerviosa a la alemana. Algo debía de haberle ocurrido para que no estuviera allí.

No lo pensé dos veces. Crucé la calle y caminé a paso rápido antes de que la operación se fuera al traste. Sabía que no debía extralimitarme, pero se trataba de una situación excepcional. Algo me decía que, de no intervenir, perderíamos el rastro de Zimmer quizá para siempre. Así que, a riesgo de llevarme otra buena reprimenda y quizá ser expulsada de la organización, hice lo que me dictaba mi instinto.

Me situé a una distancia prudencial, escarmentada por la fatídica misión que había concluido en las vías del tren. Caía la tarde sobre las calles de la ciudad y la gente hacía sus últimas compras. La mujer se metió en unos grandes almacenes y echó un vistazo a la sección textil. Pareció interesarse por varios tejidos, aunque no compró nada. Me dio la sensación de que estaba haciendo tiempo, pero ¿para qué? ¿Iba a reunirse en un sitio tan público con quien fuera su contacto? Por un momento, también se me pasó por la cabeza que se hubiese percatado de que la seguía y abortado la operación. Recorrimos varias avenidas la una detrás de la otra y yo ya empezaba a cansarme. Andaba sin prisa, por lo que a veces me veía obligada a esconderme en algún portal para esperar que avanzara un poco más y no pudiera verme si se daba la vuelta. De

hecho, se giró tan solo en dos ocasiones, supongo que más por precaución que porque hubiese detectado mi presencia.

Cuando ya era noche cerrada, se detuvo en una parada de autobús. En cuanto llegara el suyo la perdería de vista. Comprendí que no podía arriesgarme a subir tras ella y que me reconociera, en el caso de que se hubiera fijado en mí en la biblioteca. Tal como me temía, se montó en el número 17, que llevaba hacia el norte de la ciudad, y mi pulso se aceleró mientras me preguntaba qué hacer. Por fortuna, un taxi vacío pasó a los dos o tres minutos y alcé la mano para llamarlo. Le pedí al conductor que fuera lo más rápido posible y, por primera vez en mi vida, me vi ofreciéndole a alguien unos billetes extras por hacer algo, en este caso alcanzar al otro vehículo. Debía de estar acostumbrado a que le pidieran cosas así, puesto que no pareció extrañarse. Al poco, reconocí la matrícula y le dije que se mantuviera cerca, pero no demasiado, de modo que pudiera ver en qué parada se apeaba la mujer. Habíamos abandonado el núcleo urbano y avanzábamos por una zona rural, donde, de tanto en tanto, aparecían edificios industriales. Al fondo se intuía una masa boscosa y me pregunté si la entrega tendría lugar allí.

Después de varios minutos, el autobús se detuvo y le dije al taxista que hiciera lo mismo. Al comprobar que ella había bajado, pagué y me apresuré para no perderla, intentando no preocuparme por la advertencia del hombre, quien me dijo que tuviera cuidado. Y no era para menos. Apenas había fuente de iluminación alguna y ni un alma paseaba por allí, de modo que, si algo inesperado sucedía, nadie vendría en mi ayuda. Dejé atrás mis miedos y apreté el paso.

Avanzamos junto a la carretera bajo la luz de la luna, hasta que giró hacia la derecha y tomó una senda. De pronto la vi adentrarse en un pasadizo. A medida que me sumergía en él también, noté

cómo se me ponía la piel de gallina y no precisamente por el intenso frío. Ahora sí que no había forma de ver nada. Inspiré hondo y traté de mantener la calma mientras iba más despacio de lo que me habría gustado, palpando las paredes al principio. Igual que mis ojos se fueron acostumbrando a las tinieblas, mis temblorosas manos dejaron de prestarle atención a la humedad y a la mugre, si bien rogué por no toparme con ningún obstáculo o, peor aún, algún animal.

Todavía podía oír el ruido de pasos por delante, aunque cada vez más lejos. No debía de ser la primera vez que aquella mujer hacía esa misma ruta. Me sorprendió constatar que, al hallarme en un estado de alerta tan intenso, era capaz de discernir con más claridad que nunca los ruidos y los olores. Sin duda, la que destacaba entre todas mis sensaciones era el miedo. A lo que pudiera haber a unos centímetros de mí, a caer, a perderle la pista a mi objetivo y, sobre todo, a morir. Desde que Cecily Bishop me ofreció embarcarme en otra clase de misiones, esta era, con mucho, la que más temor a perder la vida me estaba infundiendo.

Después de unos angustiosos minutos, el dichoso pasadizo llegó a su fin. No había más que un sitio por donde la mujer pudiera haber continuado, de manera que eché a correr y, por fortuna, llegué a tiempo de verla desaparecer tras una verja.

El lugar parecía una explotación agrícola, a juzgar por el tipo de naves que lo componían. Un camino de tierra se bifurcaba en varios más que conducían a cada una de las construcciones. Ella se dirigía hacia dos casetas muy cercanas entre sí. Tragué saliva. No me quedaba otro remedio que seguirla de nuevo. A esas alturas, no iba a echarlo todo a perder. Pero antes saqué de mi bolsa la cámara Leica que me habían entregado y solía llevar conmigo. Era tan diminuta que resultaba muy práctica. Una vez más, no pude dejar de

sorprenderme de que los servicios de inteligencia utilizaran aparatos fabricados por los alemanes para intentar pararles los pies precisamente a ellos. La vida y sus fascinantes ironías.

Al llegar me detuve. La puerta estaba abierta y, tras ella, había un pasillo sumido en la oscuridad. Antes de aventurarme en él, decidí rodear la caseta en busca de ventanas. En la primera no detecté ningún tipo de iluminación. Avancé pegada al muro y, ya en la parte trasera, encontré otra. Desde dentro no se vería más que la pared del edificio contiguo, situado a dos metros escasos. Y eso mismo lo convertía en el lugar perfecto para reunirse sin que la luz proveniente del interior fuese visible desde fuera de la explotación. Aun así, una cortina impedía ver otra cosa que siluetas. Sin embargo, la suerte me sonrió una vez más. En el lateral, una rendija pequeña, pero suficiente para poder entrever parte de la habitación, me permitió tomar varias instantáneas cuando alguno de los allí reunidos se situaba o pasaba frente al objetivo, aunque solo capté un par de rostros desconocidos para mí. Hasta que di con el que buscaba.

Helmut Zimmer.

Su aspecto había cambiado. Ahora llevaba barba y se había teñido el cabello de moreno. Resultaba muy difícil saber cuántas personas estaban en la habitación aparte de él. Después de varios minutos, solo tenía claro que había al menos tres hombres, la mujer a la que había seguido y otra más. Conseguí fotografiar a esta última y también a uno de ellos, pero no al nazi ni a los demás. Quizá aún no hubiera tenido lugar la entrega de documentos. Debía darme prisa y volver para informar de dónde estaba celebrándose aquella reunión, aunque para cuando los servicios secretos llegaran allí era posible que ya no encontrasen a nadie. No podía arriesgarme a que eso

sucediera. Tenía que tomar alguna foto más que permitiese identificar a todos los presentes.

Tras inspirar hondo, desanduve mis pasos y me metí en la caseta con la intención de buscar un ángulo de visión más favorable, costara lo que costase. Esperé a que mis ojos se habituaran a la oscuridad. Al fondo, una grieta de luz escapaba por debajo de la puerta de aquella estancia. Caminé con todo cuidado, si bien el ruido de voces hacía improbable que alguien oyese mis pasos o el crujido del suelo de madera. A mi izquierda divisé un hueco en el que me pareció vislumbrar unas estanterías y a mi derecha, otra habitación. Puse la mano en el picaporte y probé a empujar la puerta muy despacio. Había un lavabo y un inodoro. Examiné la pared, por si detectaba algún agujero o hendidura por donde ver el interior de la sala. Esta vez no hubo suerte. Decidí intentarlo en el espacio ubicado frente al aseo, pero cuando me hallaba a escasos centímetros, oí un ruido metálico. El de un pomo al girar.

Tuve el tiempo justo de entrar en aquel hueco gracias, sobre todo, a que quedé oculta por la puerta al abrirse. Un hombre salió y volvió a cerrar tras de sí. Me extrañó que no pudiese oír los latidos de mi corazón, que retumbaban en mi pecho y en mis sienes. Me escondí en aquella penumbra, donde debían de almacenar víveres. Palpé sacos llenos de algo que parecían legumbres, y también frascos y latas que, por fortuna, no derribé al entrar a toda prisa. Ignoro cuánto tiempo transcurrió mientras mis pensamientos volaban hacia España, hasta mi Madrid querido y después hasta aquella casita de Lausana donde Antoinette recibiría las noticias de mi muerte. No lamentaba haberme arriesgado, no esta vez. Había intentado sin éxito que aquel criminal y sus colaboradores fuesen detenidos. Ahora nadie impediría que escaparan. Eso sí me pesaba.

De pronto, noté que algo se movía en el fondo de aquel recoveco. Mis nervios ascendieron un peldaño en la escala del pánico. Lo que se ocultaba en las tinieblas podía ser cualquier cosa. Llevé una mano atrás y cogí un frasco de cristal. No moriría sin defenderme. Con la respiración golpeándome las costillas, me dispuse a atacar en el instante que se me acercara. No obstante, en ese momento resonaron los pasos del tipo que había salido poco antes. Durante unos angustiosos segundos, temí que fuera a entrar en la despensa para coger algo.

No lo hizo.

Fue directo a la habitación y volvió a abrir la puerta. Al hacerlo, un rayo de luz se filtró por la rendija de las bisagras e iluminó el espacio que me rodeaba. Y eso me permitió ver a quien compartía la oscuridad conmigo.

De mis labios escapó un grito que solo el destino pudo convertir en un susurro:

—¡Victoria!

31

SOMBRAS, VOCES, ABRIGO

—¡Joder!

El exabrupto, precedido de una inspiración ruidosa, había escapado de labios de Anne. No podía creer lo que acababa de leer. Por fin encajaban las piezas en la historia de Clara, al menos algunas. Reanudó la lectura con más avidez de la que había sentido en toda su vida ante un libro, por muy bueno que fuese.

En cuanto las sombras volvieron a engullirnos, nos acercamos la una a la otra y nos dimos un fuerte abrazo. El silencio nos rodeaba mientras sentíamos la cercanía de nuestros corazones desbocados. Las imágenes de los años transcurridos, las escenas vividas por separado, la incertidumbre sobre lo que nos depararía el futuro y la nostalgia de lo que ambas habíamos dejado atrás nos unieron como nunca antes. Cerré los ojos y noté cómo surgía en mi interior un cariño que no sabía que albergara hacia aquella mujer. Poco después, la oí cuchichear:

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Tú sabes lo peligroso que es esto? ¿Cómo se te ocurre?

—Por supuesto que lo sé —respondí.

Ahí estaba ese tono paternalista suyo que, en esta ocasión, no me molestó. Yo también habría preferido reencontrarme con ella en una cafetería en la calle de Alcalá. Pero la vida nos había arrastrado hasta un rincón de Buenos Aires, a escasos metros de unos criminales que podrían acabar con nosotras de un momento a otro.

No tuvimos tiempo de decir nada más. La puerta volvió a abrirse y el mismo hombre, hablándole a alguien dentro de la sala, dijo con un claro acento argentino:

—Mirá que olvidarme... Marchando dos botellas de vino.

Los segundos se ralentizaron mientras aquel salía al pasillo y sus dedos se dirigían al interruptor que había a su lado. Sé que me giré hacia Victoria, quien miraba con una expresión muy extraña hacia el interior de la habitación, a la vista ahora al haberse quedado la puerta completamente abierta.

Entonces se desató el infierno. O, más bien, yo lo desaté.

Sin un instante para reflexionar o decidir, y dado que había devuelto el frasco a su sitio, cogí lo que tenía más a mano: una lata de conserva. Acto seguido, golpeé con todas mis fuerzas la cabeza de aquel tipo. Aún hoy en día me pregunto cómo fui capaz de tal violencia. No obstante, era cuestión de vida o muerte. El hombre no tuvo oportunidad de reaccionar y alertar a sus secuaces, pero no hizo falta. Lo vieron desplomarse.

Victoria y yo salimos corriendo como aquella vez, tantos años atrás. De nuevo, huíamos de unos desalmados que pretendían acabar con nosotras. Por desgracia, en esta ocasión no estaría Miguel para salvarnos. Avanzamos a toda prisa por el camino de tierra sabiendo que, en cualquier momento, nos alcanzarían o un disparo nos atravesaría la espalda.

Sin embargo, no fueron balas lo que se escuchó, sino una enorme explosión que hizo saltar por los aires la caseta contigua a aquella de la que acabábamos de escapar. El caos provocado forzó a nuestros perseguidores a dispersarse en todas direcciones, creyéndose atacados por un enemigo armado y numeroso. Nosotras, entretanto, aprovechamos para adentrarnos en la zona boscosa que me había llamado la atención desde la carretera al llegar.

Gracias a la linterna que Victoria llevaba consigo, logramos avanzar bastante rápido. Llegamos hasta unas rocas, entre las que destacaba una de varios metros de altura rodeada de maleza. Sin decir nada, comenzó a examinar la tierra. A continuación, apartó las zarzas y se metió entre ellas. Vi estupefacta cómo sacaba de aquel escondite una pequeña maleta que debía de haber ocultado antes de dirigirse hacia la explotación. Expectante, guardé silencio a la espera de lo que fuera a sacar de su interior. La radio, según me explicó, permitía enviar comunicaciones en un perímetro de varios centenares de kilómetros. Aún boquiabierta, presencié cómo la exdiputada Kent, la mujer a la que evidentemente apenas conocía, codificaba un mensaje en morse. Gracias a ella, los servicios secretos ya estaban al tanto de la posición de Zimmer y los demás componentes del grupo, y en breve procederían a detenerlos. Tenía tantas preguntas que hacerle que me costaba contenerme para no formularlas todas de golpe.

Una vez concluida la transmisión, apagó el aparato y lo guardó. Nos contemplamos con un poco más de calma, aunque en realidad seguíamos en peligro. Solo nos habíamos alejado unos cientos de metros y no podíamos estar seguras de que no nos hubieran seguido. Escuchamos el crujido de una rama y nos giramos con el pánico grabado en el rostro. Ninguna de las dos iba armada y poco podíamos hacer, salvo lanzarnos sobre nuestros atacantes con las

manos desnudas. Nos disponíamos a hacerlo cuando entre la maleza surgió un rostro conocido.

—¡Agente Schultz! —No tardé en atar cabos—. ¿Usted ha provocado esa explosión?

—Era la única manera de distraerlos para que pudiesen escapar.

—Y menos mal que lo hizo. ¡Bravo! —exclamó Victoria.

—No sé qué habría ocurrido de no aparecer usted... Bueno, sí lo sé —me corregí.

Al observarla, noté que algo extraño le sucedía. De pronto se tambaleó y habría caído al suelo si no la hubiéramos sujetado. La ayudamos a sentarse y entonces lo vimos. La sangre le empapaba la ropa.

—Por amor de Dios, ¿qué le ha ocurrido?

—Uno de los colaboradores de Aguirre, el hombre al que vigilaba usted en la biblioteca, montaba guardia cerca de mi casa y ha conseguido retrasarme. Al parecer, durante los días que ha durado la operación, han estado al tanto de lo que planeábamos y han intentado eliminarme para que no controláramos los movimientos de la mujer... No contaban con usted —susurró sonriéndome—. Ha sido cuestión de suerte que yo llegase a tiempo de ver hacia dónde se dirigían y pudiera seguirlas en otro taxi.

—Déjeme echarle un vistazo a la herida —intervino Victoria. La examinó mientras yo sujetaba la linterna y al terminar dijo—: La bala ha entrado por el pecho y salido por la espalda. Ha tenido suerte.

Una vez más, Kent me sorprendió al actuar con tanta destreza y confianza. De una pequeña cartera que llevaba sujeta a la cintura del pantalón —que, solo entonces me di cuenta, llevaba puesto— sacó una botellita con alcohol, gasas y alguna otra cosa que no supe identificar. Curó las dos heridas de Schultz y después buscó algo que colocarle bajo la cabeza para que reposara. Me quité el abrigo y lo

acomodé de tal forma que la aislara del frío suelo. Un sueño inquieto se apoderó de ella de inmediato.

Miré el semblante pálido de aquella mujer que ya me había salvado la vida en dos ocasiones. Nunca habíamos tenido oportunidad de hablar con calma. Las situaciones en las que nos habíamos cruzado para entregarnos mensajes o relevarnos en alguna misión de vigilancia no habían dado pie a ningún tipo de acercamiento más personal. No sabía absolutamente nada de ella, de cómo había acabado en un país tan lejano del suyo, colaborando para combatir contra sus compatriotas. Me prometí que, en cuanto las circunstancias lo permitieran, intentaría averiguarlo. Pero antes quedaba por ver si sobreviviría a las heridas, aunque Victoria me tranquilizó diciéndome que el hecho de que la bala no se le hubiera quedado alojada en el cuerpo era bueno. La pérdida de sangre, en cambio, no lo era y, si no recibía atención médica lo antes posible, podría morir.

Mientras Kent volvía a conectar la radio y enviaba un mensaje urgente para que alguien viniera y nos ayudara a trasladar a Schultz a un lugar seguro, me sumergí en mis reflexiones. Somos tan frágiles... Perder la vida resulta tan fácil que puede suceder en un abrir y cerrar de ojos. Me planteé entonces si mi decisión de colaborar con los servicios secretos no habría sido un error. Una cosa era que el peligro te acechara y otra muy distinta ir a buscarlo motu proprio. Exponer tu cuello al filo de la guadaña, poner tu pasado, presente y futuro en manos de la Parca equivalía a una verdadera temeridad. Yo había huido de España precisamente para no convertirme en una víctima más de los golpistas. Y aunque lo logré y podía vivir sin ser objeto de ningún tipo de coacción, en un momento dado había tomado la extraña decisión de embarcarme en

algo que me acercaba cada vez más al abismo. ¿Cuánto tiempo sería capaz de continuar haciéndolo? Tenía ya cincuenta y siete años.

En ese instante me di cuenta de que algo acababa de cambiar en mí. No se trataba de miedo, no estaba asustada, pero la revelación de nuestra finitud iba dejando una huella cada vez más profunda en mi ánimo.

El frío arreciaba y nos esperaba una larga noche. Victoria y yo tomamos asiento en un pequeño tronco. Le expresé mi preocupación por que el grupo de criminales pudiera haberse internado también en aquel bosque.

—No creo que lleguen hasta aquí. Lo lógico es que hayan huido en los dos vehículos que tenían aparcados junto a las naves. No pueden arriesgarse a que venga la policía a investigar la explosión. Aun así, debemos estar alerta. Duerme un poco, yo montaré guardia —me sugirió.

—No, descansa tú. No tengo sueño —dije, sin poder reprimir un escalofrío.

—Yo tampoco, pero no sirve de nada que las dos permanezcamos despiertas. —Empezó a quitarse el abrigo y me lo ofreció—. Mañana hablaremos.

—No voy a dejar que te quedes helada. Compartámoslo, ¿te parece?

Sin darle tiempo a replicar, metí un brazo por una manga y se lo pasé por detrás para que hiciera lo mismo con la otra. Por suerte, Victoria iba ataviada con ropa de hombre y dentro de aquel abrigo cabíamos las dos. De inmediato, sentí cómo el calor de nuestros cuerpos me reconfortaba. Una sensación extraña, aunque agradable, me trajo de vuelta aquel día del pasado en el que ambas acabamos frente a un espejo que nos devolvía la imagen de dos seres negruzcos. Lo que experimenté entonces regresó a mí con tanta

claridad como si acabara de suceder. Recordé la cercanía, qué digo, la similitud y afinidad que nos unieron en tal ocasión, diluyendo nuestras amargas diferencias. Y comprendí que, de no habernos separado durante los siguientes años, probablemente nos habríamos convertido en amigas.

Aun en aquella oscuridad del bosque, pude vislumbrar el gesto de Victoria, que no reflejaba en absoluto sensaciones similares a las que yo estaba experimentando. Parecía ausente y cansada, aunque algo me decía que eso no era todo. Había en toda ella, en su postura y su actitud, una tristeza y también una rigidez que nunca había percibido.

—¿Me lo vas a contar? —Se giró y creí notar que sus ojos se adentraban en los míos, llenándome el alma de inquietud. Negó con la cabeza en silencio—. Pues tenemos toda la noche por delante. Y no vuelvas a decirme que me duerma. No podría hacerlo aunque quisiera... después de lo que hemos vivido.

—Sigues siendo tan cabezota como siempre. —En su voz, si bien todavía cortante, distinguí un destello de ironía que me trajo de vuelta a la mujer que había conocido tanto tiempo atrás.

—Ya ves que sí —reconocí con una sonrisa—. De modo que no pararé hasta saber qué te ocurre. ¿Es por algo que has visto allí, en aquella habitación?

Respiró hondo con la mirada perdida. Los brazos cruzados con fuerza acrecentaban la sensación de distancia que irradiaba su cuerpo entero. Los segundos transcurrieron y seguía callada. Me resigné a la idea de que no compartiría conmigo lo que le preocupaba. Las confidencias surgen solas, no pueden forzarse. Tendría que aceptar que no confiaba en mí. Después de todo, llevábamos sin vernos una eternidad y, por mucho que yo me

empeñara en señalar lo unidas que podríamos haber estado, tal vez no fuese así.

—Se llamaba Sara. —Estaba a punto de preguntarle a cuál de las dos mujeres de la caseta se refería, si a la que había seguido yo o a la otra, pero decidí continuar escuchando—. Era francesa. Una mujer maravillosa. Valiente, honesta, generosa... Con un sentido del humor delicioso.

La confusión casi me lleva a interrumpirla. No había oído hablar al contacto del tal Aguirre, pero no tenía aspecto de francesa. En cuanto la idea pasó por mi cabeza, me di cuenta de lo estúpido de mi razonamiento.

—Durante los meses más duros de mi estancia en París, cuando tuve que esconderme para que la Gestapo no me detuviera, esa joven consiguió que me olvidase del horror que nos rodeaba. Te habría encantado.

Detecté en su voz una calidez que no tardaría en desaparecer.

—Seguro que sí... ¿Cómo os conocisteis?

—Trabajaba para el BCRA.

—Los servicios secretos franceses.

—Eso es.

—¿Y os convertisteis en... amigas? —No pude reprimir el tono que envolvió mi pregunta.

—Lo que sentí por ella fue algo que... no esperaba.

—No hace falta que me lo cuentes si no quieres. Sé que...

—No, no lo sabes. Pensaba en ella como si fuese... mi hija. No lo puedo explicar de otro modo.

Me quedé mirándola en silencio. De alguna manera, comprendía lo que acababa de afirmar, si bien me planteé si no haría falta concebir hijos para alcanzar siquiera a intuir el amor que una madre siente hacia ellos. La imagen de la mía regresó a mí trayendo consigo

lágrimas que no permití que cayeran. ¿Sería posible experimentar con otra persona ese vínculo férreo, insustituible, que nos une a quien nos ha dado la vida y solo mira por protegernos y proporcionarnos el máximo bienestar? Reconozco que dudé de si una conexión de tal naturaleza podría establecerse con alguien que no hubiera salido de tus entrañas, pero no dudé del cariño que pudiera llegar a despertar en ti otro ser humano, muy distinto de cualquier amistad. Cierto era que yo nunca lo había sentido, aunque mi intuición me permitía aceptar que otros sí. Por qué no. La empatía y la afinidad surgidas entre dos seres humanos, por mucho que no les una la sangre, existen. Vaya si existen. Así que no iba a ser yo quien negara la posibilidad de que alguien albergara un tipo de sentimientos que escapaban a mi experiencia o entendimiento. La vida me ha enseñado que quien crea que lo sabe todo se equivoca. Y yo soy un buen ejemplo.

—¿Dónde está ahora?

—Muerta.

No esperaba esa respuesta. Tragué saliva.

Con un gran esfuerzo, me contó lo sucedido en Francia durante aquellos cuatro años. Así supe de las penurias que había vivido tras abandonar la Embajada de México al verse obligada a ocultarse, primero en soledad y, después, en compañía de las agentes Renard y Nichols. Entonces descubrí el porqué de su extraña reacción poco antes en la caseta, justo después de encontrarnos. Me confesó que una de las mujeres que se habían reunido con Zimmer era la misma que la había engañado haciéndose pasar por una exprisionera judía huida de un campo de concentración. Su nombre era Helga Müller. Y mientras Victoria lo relataba, pude sentir cómo la culpa la corroía por aquel error que le había costado la vida a Sara Renard. Callé, consciente de que nada de lo que le dijese haría que se sintiera

mejor. Me limité a cogerle una mano y apretarla con cariño. Y ese pequeño gesto pareció derribar el muro que Victoria había construido en torno a sí, aislándola del mundo y de todo consuelo. Cuando se apoyó en mi pecho, un grito ahogado escapó de su garganta. Por fin, el llanto estancado que la estaba envenenando salió como un animal que luchara por liberarse de la jaula que lo mantenía cautivo. Su cuerpo se agitó con tal violencia que no entendí cómo había podido llevar consigo ese dolor y seguir respirando durante tantos meses.

Las vueltas que da la vida. Lo que sucede en un lugar del mundo en un instante determinado puede reverberar tiempo después en otro sitio, a una distancia de miles de kilómetros. Cambian los paisajes y las circunstancias, pero no los protagonistas. En este caso Victoria y aquella sádica, de la que se sabía que había trabajado como guardiana en el campo de concentración de Ravensbrück, habían vuelto a encontrarse, por mucho que no fuera fruto del azar. Según me contó Kent, había aceptado seguir trabajando con los servicios secretos solo con la esperanza de lograr capturar algún día a esa bestia salvaje disfrazada de mujer. De hacerle pagar por sus crímenes, que no eran pocos, entre ellos el de asesinar a su joven amiga francesa. El pesar y la ira que ahora martirizaban a Victoria se debían al hecho de no haber podido apresarla, si bien esa no había sido su misión, que solo consistía en identificarla como la antigua aufseherin. Aquella era la única manera de que fuese detenida y deportada para que la juzgaran, al igual que ocurría con otros tantos nazis escondidos como ratas en Latinoamérica.

—Hasta que no la atrapen no habrá ninguna prueba de su identidad. Hemos seguido su rastro por México, Brasil y Argentina, donde ha ido adoptando distintas identidades gracias a la red de

apoyo que esos criminales tienen por todas partes. Ahora, por fin, estaba tan cerca que... —Un sollozo le quebró la voz.

—Lo conseguirás... Lo conseguiremos. Estrecharán el cerco sobre ellos. Dudo que escapen, con lo rápido que has avisado.

—No lo sé... Cuentan con mucha ayuda y este país es enorme. Si le perdemos la pista es posible que nunca más la encontremos. Ni a los demás.

—Tengamos un poco de fe en los Aliados. También hay muchas personas como nosotras, colaborando para apresarlos. Me niego a rendirme al pesimismo. Nunca lo hice y no voy a hacerlo ahora. Y tú tampoco —insistí, levantándole con suavidad la barbilla para que me mirara—, ¿me oyes?

Transcurrieron varios segundos antes de que terminara por asentir. Le pedí que intentara dormir un poco y, sorprendentemente, me hizo caso. La calma traída por el llanto había consumido sus fuerzas. Después de una hora, más o menos, fue mi turno de descansar.

Las dos estábamos despiertas cuando percibimos un ruido que llegaba desde la carretera. En la quietud de la noche, envueltas solo por los sonidos del bosque hasta hacía unos instantes, comprendimos que se acercaba un vehículo, tal vez dos. Noté que nos mirábamos, como queriendo comunicarnos nuestros pensamientos. Podría tratarse de los fugitivos, que estuvieran buscándonos para eliminarnos al ignorar que contábamos con los medios para transmitir la información sobre su presencia allí. Sin embargo, también podrían ser agentes enviados para ayudarnos.

Los motores se detuvieron casi de forma simultánea y todo volvió a quedar en calma. Victoria se puso en pie. Y, pese a mis silenciosas protestas, se alejó unos metros. Al cabo de varios minutos vimos que una luz avanzaba hacia nosotras. Por supuesto, yo no iba a quedarme de brazos cruzados. Palpé el suelo a mi alrededor y no

paré hasta encontrar algo que me sirviera. Me levanté con una rama en ambas manos, dispuesta a golpear. Sin embargo, los dos hombres y la mujer que surgieron de la espesura habían bajado sus pistolas al reconocer a Victoria.

Nos saludaron y se acercaron a Schultz. Uno de los agentes la recogió del suelo y se la cargó sobre un hombro. Los demás lo seguimos en dirección a los coches, donde nos esperaban dos personas más.

—¿Los han atrapado? —preguntó Kent con la ansiedad grabada en el rostro, visible ahora que comenzaba a amanecer.

No escuché la respuesta, pero sí vi su reacción. La misión no había tenido éxito.

32

UN FUEGO DESCONOCIDO

Londres, una semana después

Anne había avisado a su jefa de que se tomaba la mañana libre, ya que tenía algo importante que hacer. A cambio, prometió entregarle su artículo semanal a primera hora del día siguiente. Connolly, que confiaba plenamente en ella, no hizo preguntas.

Condujo hasta Richmond y antes de las nueve ya estaba en la casa de su madre. Fue directa al sótano. Todavía quedaban algunas cajas por abrir del periodo que le interesaba y eso fue lo que hizo. Seleccionó las que llevaban las etiquetas «1947-1950», «Operaciones especiales» —se sorprendió por no haberle prestado atención antes— y «Procesos». En las tres encontró varias carpetas, de las que descartó todo lo que, a simple vista, no parecía relevante para seguir con su investigación, como textos administrativos y legales o cartas remitidas por altos cargos del MI6, que se prometió revisar en algún momento. El tiempo apremiaba y necesitaba delimitar la cantidad de información que no fuera a proporcionarle datos útiles.

Tenía la intención de retornar a su casa en cuanto acabase. No obstante, de camino a la salida volvió a pasar por el salón, sumido en la penumbra e impregnado de un aire fantasmal debido a las sábanas que cubrían los muebles. Algo la hizo detenerse y acercarse a las cortinas. Las corrió. Tras unos instantes, cerró los ojos y se dejó besar por la luz. Respiró hondo. Acogió con calma el silencio y los recuerdos, embarcados en los olores que la estancia rezumaba, en una mezcla de polvo y pasado. Abrió de nuevo los párpados. Era la primera vez que las lágrimas no le oprimían el pecho.

Fue a la cocina y de un armario sacó la lata antigua de Earl Grey. El té, según comprobó al probarlo tras verter el agua hirviendo, conservaba su sabor afrutado y aromático. Era el favorito de Cecily y, ahora se daba cuenta, también el suyo. Con la taza humeante en la mano, regresó al salón y tomó asiento. No se quitó el abrigo. El frío era intenso y lo más rápido para entrar en calor, aparte de la bebida, era coger la manta que reposaba, enrollada, en un extremo del sofá, bajo la tela que lo protegía del polvo. No pudo resistirse a olerla en busca del rastro de su madre. Y cuando lo encontró, percibió que todo su ser se reconciliaba con la vida.

A pesar de la muerte.

A pesar del dolor.

Por la tarde, pasó por el periódico, donde ya no quedaba nadie, y escribió el artículo que tenía pendiente. Lo dejó en la mesa de Connolly. Cuando llegó al piso, depositó en el suelo del comedor la caja que contenía lo que le había parecido más importante de las tres abiertas en casa de su madre. A continuación, sacó de su cartera de cuero la mantita y la puso en su sillón favorito. Aquel sería su lugar a partir de entonces.

Se sirvió un plato del guiso de carne que había cocinado el día anterior. Después, echó un vistazo a las carpetas de Cecily, pero no le apetecía mucho ponerse a buscar información nueva. Ya eran más de las ocho y estaba cansada para eso. Prefirió continuar con la lectura de los papeles de Clara.

Dormí unas pocas horas, lo justo para tener conciencia de estar en un día distinto tras la agitada noche. Me encontraba demasiado nerviosa. Y lo mismo le debió de suceder a Victoria, quien asomó la cabeza por la puerta entreabierta de la cocina cuando mis labios apenas habían rozado el café. Había intentado sin éxito descansar en uno de los tres dormitorios de la casa que alquilé al regresar a Argentina la última vez. Era más grande de lo que necesitaba, pero en mi interior albergaba la esperanza de que tanto Antoinette como mi hermano Ignacio y mis sobrinos vinieran a pasar una temporada. Sin embargo, tuve que postergar su visita por motivos de seguridad. Mientras colaborase con los servicios de espionaje, no resultaba aconsejable que nadie que me importara estuviese cerca. Nunca sabías cuándo ibas a verte embarcada en una misión, ni mucho menos cuán peligrosa podría llegar a ser. Esa había sido una de las primeras reglas que me dejaron bien claras desde el principio. Así pues, el anhelado reencuentro con mis seres queridos tendría que esperar, por muy duro que fuera aceptarlo.

Le ofrecí una taza y fuimos a la salita, donde nos sentamos frente a frente.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos a plena luz del día —dijo.

Ambas estallamos en una carcajada, probablemente debida al agotamiento, si bien era cierto que nuestros dos últimos encuentros

habían tenido lugar entre tinieblas. No obstante, el recuerdo de las terribles circunstancias que rodearon aquellos momentos trajo de nuevo la seriedad a nuestros rostros.

—Pensaba que no volveríamos a vernos —respondí—. Durante un tiempo creí que habías muerto. Nadie sabía nada de ti.

—Bueno, como te dije, en cuanto entraron los nazis en París no tuve más remedio que esconderme. Ya sabes lo buenos amigos de Franco que son. De no hacerlo, habría acabado muerta en una cuneta o frente a un paredón. Y tú también.

—Lo sé.

—Pero pudiste escapar a tiempo. Oí que llevaste contigo a tu madre, ¿no?

—Sí...

—¿Y dónde está ahora? ¿En España?

Inspiré hondo antes de responder.

—Murió hace dos años. Por suerte, la abogada Antoinette Quinche, una gran amiga que nos acogió en su casa de Suiza, estaba con ella cuando ocurrió.

—Lo lamento.

—Quizá recuerdes a Antoinette —añadí—. Me acompañó durante la campaña electoral del 33. —La mirada de Victoria vagó por la habitación recorriendo los rostros del pasado, si bien acabó negando con la cabeza—. Te agradaría si la conocieras. Tal vez algún día. Ha sido mi apoyo..., mi familia desde que abandoné España.

Sus ojos se detuvieron en los míos durante varios segundos.

—Seguro que me caerá bien.

Nos sonreímos y, aun así, no pude evitar percibir cierta incomodidad por parte de las dos. Resultaba extraño estar en una casa charlando, no solo después de lo sucedido unas horas antes, sino de los años transcurridos desde el peor de nuestros

desencuentros. Y su rastro era todavía muy profundo en el ánimo de las dos. Lo puso de manifiesto el inesperado giro que dio la conversación cuando Victoria dijo algo que parecía no ser otra cosa que una simple broma:

—¿Y qué te trajo hasta aquí? ¿Querías conseguir el voto para las argentinas también?

—Ojalá... Pero me temo que a ellas aún les faltan unos años. —No me equivocaba. Allí las mujeres no lograrían el derecho al voto hasta 1947—. ¿No habrás venido tú a impedirlo aquí también?

No fui capaz de contenerme. Y supe, de inmediato, que aquello le había hecho tanto daño como si la hubiese abofeteado.

—Creo que será mejor que me vaya.

—No, no, perdona. No debería haber dicho eso.

—Si lo has hecho, supongo que será porque es así como lo sientes. ¿Es posible que todavía me guardes rencor? Vamos... han pasado catorce años.

—No es una cuestión de tiempo. Pero si quieres saber si alguna vez pienso en ello, la respuesta es sí. A menudo. Más de lo que quisiera, aunque...

—Pues yo no —me interrumpió y se levantó.

Noté cómo el familiar escozor prendía en mi estómago y descarté las palabras que había estado a punto de pronunciar antes de que ella hablara. Lo que salió de mis labios iba cargado con metralla.

—Pues deberías... ¿Sabes lo cerca que estuvimos de no lograrlo? De otros me lo esperaba. Pero que fueras tú, precisamente, quien decidiera ponerme la zancadilla cuando solo estábamos nosotras para librar aquella batalla...

—¿Ponerte la zancadilla? ¿Tú te escuchas? Hablas como si hubiera sido una cuestión personal, como si fueses el centro del universo. —Un rubor repentino ascendía por sus mejillas a causa de la ira—. ¿No

te dolería tanto porque te estaba llevando la contraria? ¿Porque pretendías demostrar lo valiente y lo inteligente que eras y, sobre todo, que tenías razón? ¿Y no porque las mujeres españolas pudieran ver sus derechos pisoteados?

—¿Cómo te atreves? —Me puse en pie indignada—. ¿Insinúas que defendí el derecho a votar para salirme con la mía? ¿Como si fuese un mero capricho?

—¿Y tú crees que yo me opuse por estropearte la función, por demostrar que te equivocabas?

—¿Y por qué si no? No había ningún motivo objetivo para que boicotearas algo en lo que tantas mujeres habían depositado sus esperanzas. Era una cuestión de dignidad, de acabar con la injusticia que se estaba cometiendo con ellas... Con todas nosotras.

—¿Crees que no lo sé? —Me dio la espalda de pronto.

La rodeé. No iba a permitir que terminase así la discusión. Ella era quien la había iniciado y no sería quien la concluyera. Sin embargo, al hallarnos de nuevo cara a cara, vi que las lágrimas brillaban en su mirada. Mi furia se evaporó de inmediato.

—¿Qué... qué te ocurre?

—Todos pensasteis lo mismo. Que era una traidora. Que no consideraba a las españolas dignas de decidir por sí mismas. Nadie le prestó atención a la puntualización que hice... No me negaba a ello, pero no era el momento. Solo pedí que se aplazara. Y, en el fondo, sabes que tenía razón. No estaban preparadas.

—Eso no es cierto. Muchas, la mayoría, me atrevería a decir, sí lo estaban. Aunque... no todas. Pero si aquel día no hubiese salido adelante la enmienda, probablemente ese derecho nunca habría llegado. ¿No te das cuenta?

Tardó varios segundos en responder.

—Es verdad. Y por eso sé que no debería haberme negado, pero ¿cómo imaginar lo que iba a suceder en tan poco tiempo?

—Imposible hacerlo. Yo tampoco lo vi venir, por muy frágil que fuera la República. Supongo que mi idealismo me cegó. Pensaba que las cosas se encauzarían una vez que todos tuviéramos los mismos derechos. Pero por mucho que me cueste reconocerlo, es posible que un gran número de aquellas mujeres que pudieron votar por primera vez contribuyeran a darnos la patada... a ti y a mí. Es lo que iba a decir antes, cuando nos hemos enzarzado en esta estúpida discusión. Durante estos años no he podido quitarme de la cabeza aquel debate en el Congreso porque, en el fondo, intuía que no te equivocabas. Que no era el mejor momento para darles una papeleta a tantas esposas de hombres de derechas o a las que se pasaban la vida en la iglesia. No hacía falta ser muy listo para saber que, en cuanto pudieran depositarla en una urna, lo harían movidas por las mismas ideas que sus maridos o sus confesores, como alguien insinuó entonces de manera muy acertada. Y lo justo es que te lo diga ahora, aunque sea ya muy tarde.

—No lo es. Significa mucho para mí. Gracias... Además, fue su decisión y, aunque nos doliera entonces, lo justo era que pudieran tomarla.

Una débil sonrisa curvó a la vez nuestros labios.

—En eso siempre estaremos de acuerdo. Ya ves... —añadí—, la mayor parte de nuestra vida parecía que disentíamos cuando, en realidad, defendíamos lo mismo. Y lo que sucedió anoche es la prueba más evidente. Lo que ambas buscamos es la libertad, en todas sus formas. De ahí que nos hayamos embarcado en esta locura, cada una por su lado y en el momento que consideramos adecuado.

—O cuando no vimos otra opción. Y teniéndolo todo en contra..., no solo nuestra edad, sino la falta de vínculos afectivos y de un verdadero hogar. Para que, después de tanto sacrificio, el mundo siga igual de revuelto. En especial nuestro mundo, con Franco todavía en el poder. —Se detuvo con gesto de amargura—. Que Europa se haya enfrentado al fascismo, pero haya preferido no hacerlo en España... Al final, por muchas vueltas que le demos, habremos de aceptar que hemos perdido.

—Eso me temo. Y las cosas no están mejor aquí, en Argentina. Su historia es tan convulsa como la nuestra. El último golpe de Estado tuvo lugar en el 43. Hoy están sumidos en un autoritarismo quizá no tan visible ni ultrajante como el de España, aunque quién sabe lo que pasará en los próximos meses. No sé si se trata de algo cíclico, pero tengo la sensación de que esto mismo va a ocurrir en todas las democracias, incluso las que parecen estar más consolidadas. Tendemos a olvidar y eso es lo que nos acabará destruyendo, a los españoles, a los argentinos, a los europeos y, seguramente incluso a los Estados Unidos, por mucha libertad que presuman de tener... Si no enseñamos a nuestros hijos lo que sucedió, tanto lo bueno como lo malo, no podrán aprender de nuestros errores y los repetirán una y otra vez. Como ves, yo también sucumbo de tanto en tanto al desánimo. Por lo que dicen, la guerra podría acabar muy pronto, pero hasta que no lo vea no lo creeré. Y, aun así, después quedará tanto por hacer, que...

—Y tanto por digerir cuando se desvelen los crímenes que están cometiendo los nazis. Por eso acepté esta misión. Porque si consigo, al menos, que uno de ellos pague por lo que ha hecho, entonces mi vida habrá tenido sentido.

—Lo harán, seguro.

—Ya querría yo ser tan optimista.

En ese momento llamaron a la puerta. Le pedí a Victoria que regresara a su dormitorio por si acaso y fui a ver quién era.

Respiré aliviada al comprobar por la mirilla que se trataba de Andrés García, uno de los contactos de la agente Schultz.

—Traigo buenas noticias.

—¿Schultz se encuentra bien?

—Sí, es una mujer muy fuerte. Y la cura que la señorita Kent le hizo fue mano de santo.

—No sabe cuánto me alegro. Y de esa gente... ¿se sabe algo?

—Todavía no. Pero los atraparemos, ya verá. Ah, esto es para usted. Se lo han llevado a Schultz hace unos minutos y ha insistido en que se lo trajera de inmediato.

En cuanto García se marchó, abrí el sobre que me había entregado. Respiré, notando cómo la presión en mi pecho se relajaba. Después, fui a la habitación en la que Victoria esperaba oculta tras la puerta.

—Tengo algo para ti.

Sorprendida, cogió el sobre y me miró confusa.

—Vamos, ábrelo.

Obedeció y, al instante, se llevó una mano a la boca para contener la emoción.

—Pero... ¿de dónde...?

—¿Cómo era lo que has dicho antes? ¿Que soy valiente e inteligente? —Victoria sonrió, reconociendo las palabras que, de manera tan oportuna y con toda mi astucia, yo acababa de rescatar de la acalorada discusión que habíamos tenido unos minutos antes —. Ahora en serio... Fue puro azar que tomara estas fotos por el hueco de la cortina. Mi intención era captar a Zimmer y cuando se me puso a tiro aquella mujer no le di la menor importancia. Hasta que me contaste quién era y lo que había hecho. Ahí tienes tus

pruebas. Pese a la mala calidad de la imagen, se distingue bien el momento en el que le entregan un pasaporte.

Antes de que pudiera reaccionar, Victoria me abrazó con tanta fuerza que por poco nos caemos al suelo. Cuando nos separamos, vi arder en sus ojos un fuego desconocido. Y, de alguna forma, lo sentí en mi mirada también. Conseguiríamos que no solo aquella asesina, sino también quienes habían cometido las salvajadas que el mundo descubriría pronto, pagaran por sus crímenes.

Tres días después, cuando Victoria ya había partido de Argentina rumbo a Europa, llegaron las buenas noticias: Zimmer y sus secuaces habían sido capturados.

Anne levantó la vista de las hojas. Aquel capítulo ponía el broche de oro a la historia. Por un lado, tras aquella tensa conversación, las dos adversarias habían hecho las paces por fin, al parecer no solo entre sí, sino consigo mismas. Y por otro, sin saberlo, habían colaborado para que la depravada Helga Müller fuese detenida, pese a trabajar para servicios secretos distintos. Aquello era una maravillosa casualidad... ¿O no? ¿Habría tenido Cecily Bishop algo que ver en todo ello? La periodista ignoraba si alguna vez conocería la respuesta, aunque quizá Campoamor o Kent lo supieran. Restaba por averiguar también si Müller había pagado por sus crímenes. No recordaba haber leído su nombre entre los papeles de Victoria sobre los juicios de Núremberg.

Se puso en pie y abrió la caja que había rescatado del sótano de su madre. La carpeta etiquetada con la palabra «Procesos» no era tan voluminosa como las otras. Consultó el reloj. Era tarde, pero necesitaba encontrar la respuesta.

33

LIBERTAD Y BELLEZA

A lo largo de los días siguientes, Anne revisó las carpetas extraídas de la caja etiquetada por su madre como «1947-1950». En una halló varias entrevistas realizadas por Cecily a presos de diferentes campos de concentración. La periodista sintió un escalofrío al ver el nombre de uno de ellos: Ravensbrück. Con el aliento contenido, leyó algunos testimonios.

«Nos daba palizas por motivos tan incomprensibles como no hacer de una determinada forma las tareas que nos había encargado, por desfallecer a causa de la falta de alimento y de las enfermedades, o incluso por mirarla a los ojos. Sin embargo, en muchos casos sabíamos que la Alimaña Rubia lo hacía por simple diversión».

«A algunas les sacaban los fetos y no se molestaban en cerrarles las heridas de la cirugía, a otras les ponían inyecciones para que no tuvieran la menstruación. En cuanto a los pequeños que acababan allí, a muchos los asesinaban de forma salvaje al poco de llegar, ya que no eran productivos».

Aquellas salvajadas recordaban claramente a lo que Cecily había descrito sobre Helga Müller. ¿Sería ella esa «Alimaña Rubia»? Necesitaba confirmarlo, darle un cierre a esa parte de la historia que

su madre le había revelado a través de sus textos. Examinó los materiales recopilados durante su visita al campo. Cuando encontró lo que buscaba, descolgó el teléfono.

—Sí, así era como la llamaban.

—En estos documentos hay, al menos, veinte presas que hablan de ella. —Anne leyó el listado.

—Espera, repite el penúltimo nombre —le pidió Helen Nowak al otro lado de la línea.

—¿Julia Wojcik?

—Dios mío...

—¿Qué ocurre?

Transcurrieron varios instantes de completo silencio.

—Es ella.

—¿Quién?

Según le dijo, aquella mujer había sido la tercera amiga del grupo formado por su madre, Zofia Nowak, y Rebeca Goldstein. Al parecer, las tres habían entablado amistad durante su estancia en aquel infierno. Antes de colgar, Anne le prometió a la estadounidense que intentaría averiguar si Wojcik seguía viva.

Pasó las siguientes semanas buscando información. Visitó de nuevo la Wiener Library y otros archivos con la esperanza de encontrar el rastro de la mujer. No dio con él. Y así no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia de que aquella vía de investigación no conducía a ningún lugar. Además, no podía permitirse el lujo de perder más tiempo con algo irrelevante para la historia de Clara, que apremiaba concluir para que ella pudiera leerla.

Se sumergió de nuevo en una vorágine de trabajo que empezaba y terminaba de madrugada. Las jornadas laborales se iniciaban en el periódico y continuaban en casa, donde los textos que iba revisando y escribiendo se apilaban sobre el escritorio.

Una tarde, cuando estaba a punto de marcharse de la redacción, su jefa le pidió que fuese a su despacho.

—¿Cómo te encuentras? Te veo agotada.

—Estoy bien. —No pudo controlar el tono cortante al darse cuenta de por dónde iban las palabras de Connolly. Desde su incorporación, no le quitaba el ojo de encima, pendiente de su estado. La veterana periodista temía haberle metido demasiada prisa para que volviera —. De verdad. Estoy durmiendo bastantes horas y cuido mi alimentación.

—Buena chica. Aun así, tómatelo con calma, ¿de acuerdo?

Anne asintió, sabiendo que era imposible. El estado de Campoamor empeoraba día a día y sentía que nunca se lo perdonaría a sí misma si no llegaba a entregarle algo, aunque solo fuese un borrador.

—Te he llamado porque tengo algo que podría ayudarte —continuó Connolly—. Estabas buscando a una superviviente del campo de Ravensbrück... —Se puso de nuevo las gafas y leyó en una hoja que había en su escritorio—: Julia Wojcik.

—Así es.

—Está viva.

—¿La has encontrado? —casi gritó la joven.

—Por lo que veo, nació en 1912, así que tendrá unos sesenta años. Quien me pasó su contacto la llamó para cerciorarse de que era ella y de si querría hablar contigo. Aquí tienes su dirección.

Anne se contuvo para no abalanzarse sobre su jefa y darle un abrazo.

—¡Mil gracias!

El avión la llevó hasta la costa oeste de Estados Unidos. Una vez en el aeropuerto de San Francisco, recogió su maleta y se dirigió a la salida. Las luces de un coche parpadearon y caminó hasta él. De su interior bajó Helen Nowak. La periodista había viajado desde Chicago para acompañarla a visitar a Julia Wojcik.

Se dieron un abrazo como si fueran amigas de toda la vida y, al mirarla, Anne comprobó que estaba muy emocionada. No en vano, se le había ofrecido la oportunidad de conocer a una de las personas que habían vivido el horror del campo de concentración con su madre.

Condujeron hasta Sausalito, situada a apenas media hora de allí, donde la señora Wojcik residía. Helen había concertado una cita por teléfono a través de un hombre que dijo ser su marido. No las esperaba hasta el día siguiente, de modo que, después de dejar el equipaje en el pequeño hotel donde habían reservado habitaciones, dedicaron la tarde a recorrer la ciudad.

Durante las horas que pasaron juntas, Anne le reveló lo que sabía sobre lo acontecido en Ravensbrück y cómo lo había averiguado. Le habló con cautela de su madre, la agente Bishop, pese a que Nowak le prometió que nunca revelaría aquella información, que podría comprometer la figura de Cecily. Así, Helen supo de la conexión de Helga Müller con el libro que Anne estaba escribiendo. Por su parte, esta escuchó conmocionada cómo vivió Zofia Nowak su cautiverio. Ella, Rebeca Goldstein y Julia Wojcik, de edades similares por aquel entonces, se habían apoyado mutuamente en los peores momentos, cuando la maquinaria sin alma de los nazis trabajaba con ahínco para exterminar a quienes habían tenido la desgracia de ser apresados. Y aunque Zofia había logrado salir de allí, lo hizo llevando consigo una herida emocional que nunca cicatrizaría. Cargaba con el

peso de su propia historia y la de las personas con las que había compartido aquel horror. Sus últimos años habían estado repletos de pesadillas, tratamientos psicológicos y medicación para combatir las secuelas que le dejó su paso por Ravensbrück.

Tras una noche sin apenas pegar ojo debido al *jet lag*, a la mañana siguiente Anne y Helen se dirigieron a la casa. Un hombre con barba y pelo cano las recibió. Se presentó como Jonathan, el marido de Julia. Era estadounidense y, según les dijo, se había casado con ella veinte años atrás, al poco de conocerla en un bar donde trabajaba como camarera.

Lo primero que llamó su atención, mientras lo seguían por el pasillo y en la habitación a la que llegaron, fueron los cuadros que había por doquier. Cielos azules, mares en calma, extensiones de hierba crecida y aves en pleno vuelo decoraban los muros con tanto realismo que parecían fotografías. Jonathan las condujo a un salón por cuyas ventanas entraba una luz tamizada por livianas cortinas.

La mujer estaba sentada en un sofá. A pesar de no ser tan mayor, su imagen era la de una anciana. Su cuerpo, delgado y de aspecto frágil, ocupaba un espacio mínimo bajo una toquilla que le cubría las piernas. Su gesto era neutro hasta que sus ojos se posaron en Helen. De inmediato se le iluminó la mirada. Extendió los brazos hacia ella sin levantarse y la periodista se acercó y tomó sus manos. Se contemplaron sobrecogidas y se dieron un abrazo.

—Eres igualita que Zofia —musitó la mujer con una voz sorprendentemente enérgica.

—Lo sé, me lo dicen mucho —consiguió decir Helen con las palabras enredadas en llanto.

—¿Está...?

—Falleció hace dos años.

La anciana asintió en silencio, como si ya lo hubiera intuido.

Las recién llegadas se acomodaron en sillas y las tres comenzaron a charlar mientras el hombre preparaba café.

—Era tan valiente —continuó Julia—. La más valiente de las tres. En muchas ocasiones temí que fueran a matarla. Nos defendía a todas las que compartíamos barracón con ella. Se llevó más de una paliza y, aun así, en cuanto podía volver a ponerse en pie, lo hacía de nuevo. Incluso cuando cayó enferma siguió enfrentándose al personal del campo.

—¿Usted también enfermó? —preguntó Helen.

—Tuberculosis. Escapé a la disentería, la neumonía, el tifus..., pero nadie estaba a salvo en aquellas condiciones. Además, las jornadas laborales eran salvajes. Al principio, nos forzaban a trabajar por el simple hecho de castigarnos. Después descubrieron que éramos una mano de obra muy rentable. Esclavas. Y, como tales, lo hacíamos durante más de doce horas, sin apenas descanso e ingiriendo cantidades ínfimas de alimento... Lo extraño es que alguna saliera de allí con vida. Pero cuidábamos las unas de las otras. Nos organizábamos para repartir la poca comida que nos daban, nos asegurábamos de que las ancianas y las niñas comieran lo suficiente. Nos quitábamos los piojos entre nosotras y nos dábamos un abrazo para consolarnos en los peores momentos o simplemente para calentarnos. Nos convertimos en una gran familia, al menos en nuestro barracón.

Wojcik siguió compartiendo sus recuerdos con las periodistas, quienes escuchaban con atención y sin querer interrumpirla. Fue Anne quien nombró a Helga Müller mientras hablaba del proyecto en el que estaba trabajando y de las entrevistas realizadas por Cecily.

—La Alimaña Rubia... El diablo encarnado. Durante aquella conversación le hablé a tu madre de su sadismo, de cómo disfrutaba infligiendo dolor, destrozándonos. Porque eso era lo que pretendía.

Rompernos en mil pedazos hasta reducirnos a la nada y eliminar todo vestigio de dignidad a quienes caíamos en sus manos. Le mencioné a Rebeca y la salvajada que hizo con ella. Y la manera en la que se la llevaron arrastrándola por el suelo siguiendo las órdenes de aquel monstruo. No volvimos a verla... La señora Bishop me prometió que haría lo imposible por llevarla ante la justicia.

—Y lo cumplió —intervino Helen, quien intercambió una mirada cómplice con Anne. La anciana prosiguió:

—Así es... Esa mujer pensó que podría dejarlo todo atrás, huir muy lejos y empezar una nueva vida después de destruir la de tantas personas. —La amargura y la ira relucieron durante solo un instante en su rostro—. Pero la capturaron junto con otros nazis que se escondían en América Latina. Nunca olvidaré aquel día. El veinticuatro de enero de 1948. Yo no estuve allí, pero me informaron del veredicto y de su ahorcamiento.

Anne asintió en silencio, puesto que ya conocía, a través de los documentos de su madre, la sentencia que puso fin a la sobrecogedora historia que había enlazado las vidas de Victoria Kent, Helga Müller y Julia Wojcik. El mundo no sabía del relevante papel que tanto Kent como Clara Campoamor habían jugado para que se hiciese justicia. Sin embargo, eso cambiaría cuando el libro estuviera terminado.

El marido de Julia, que se había sentado a su lado en el sofá, le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí. Besó su frente y le limpió las lágrimas con los dedos. Cuando se hubo recuperado, ella compartió otro recuerdo.

—En los barracones se comentaba una historia que no hay forma de saber si era cierta, aunque presiento que pudo ser así. Se decía que alguien oyó a la guardiana hablarle a una de sus compañeras de la muerte de su propia madre, quien debía de estar muy enferma. El

caso es que, de sus palabras, se podía inferir que ella misma podría haberla asfixiado mientras dormía... Quién sabe. Tal vez se trate solo de una invención nacida del odio y el temor que Helga Müller inspiraba. Aun así —concluyó—, no es rencor lo que siento cuando pienso en ella. La compadezco... Lo digo en serio —insistió ante la expresión atónita de Anne y Helen—. Estoy segura de que la vida de una persona como ella debió de carecer de sentido, desprovista de todo lo que nos convierte en seres verdaderamente humanos: empatía, calidez, la necesidad de proteger a los nuestros y hacer sacrificios por ellos... Tampoco tuvo la inmensa suerte de vivir una amistad tan profunda e inolvidable como la que nos unió a Rebeca, Zofia y a mí. De otro modo, no habría sido capaz de hacer las cosas que hizo. Un ser como ella, sin sentimientos, exento de toda humanidad, solo merece nuestra lástima.

Al escuchar aquellas palabras, Anne no pudo evitar pensar en Clara Campoamor y Victoria Kent. La mujer que tenía delante poseía valores y convicciones tan sólidos como los que ellas habían defendido a lo largo de su existencia. Y comprendió que, solo por conocerla, había merecido la pena viajar hasta allí y darle un final amable a una historia trágica. La de tres jóvenes que se convirtieron en amigas en un lugar y un tiempo brutales.

La visita duró más de dos horas, durante las cuales la superviviente desgranó recuerdos menos dolorosos de su estancia en Ravensbrück con sus compañeras y muchas otras mujeres que pasaron por su vida para dejar una huella imborrable. Después, las periodistas abandonaron aquel hogar lleno de paisajes coloridos, reflejo de la libertad y la belleza que moraban en la hermosa alma contenida en el cuerpo prematuramente envejecido de Julia Wojcik.

34

REENCUENTRO

Lausana, marzo de 1972

Antoinette entró en casa, se limpió las suelas en el felpudo y cerró la puerta que daba al jardín. Estaba destemplada, pese a haber pasado la última hora trabajando con las plantas, lo que implicaba cierto esfuerzo físico. Últimamente acusaba mucho más el frío. Su delgado cuerpo se estremecía incluso bajo las rebecas de lana, como si no estuviera acostumbrado a esas temperaturas. Quien la conociera bien habría podido pensar, al observarla, que había decidido asumir algunos de los efectos de la enfermedad que asolaba el organismo de Clara Campoamor, como si al hacerlo pudiera restarle poder sobre ella. Cualquier cosa con tal de que no sufriera. Sobre todo ahora, cuando ni el láudano ni la morfina conseguían acallar las acometidas que hacían a Clara palidecer o retorcerse en el lecho. Pero esta se negaba a pasar el tiempo que le restara sedada, por lo que muchas veces evitaba la fuerte medicación. Prefería mantener la cabeza despejada y seguir siendo dueña de sus decisiones. Nunca había permitido que nadie la doblegara y tampoco se lo iba a permitir al indeseado huésped que llevaba alojado en sus entrañas. Y aunque

Antoinette hubiera podido siquiera intentarlo, no le habría dejado compartir aquella carga con ella.

Puso agua a calentar. Necesitaba una infusión de hierbas antes de subir a ducharse. Clara dormitaba en la salita, por lo que decidió no molestarla y bebérsela en la cocina.

Apenas había tomado dos tragos cuando sonó el timbre. Frunció el ceño. No esperaban visitas y Sylvie, que había salido a hacer unas compras, tenía su propia llave. La única persona que iba a verlas de tanto en tanto era Anne Bishop y nunca lo hacía sin avisarlas antes.

El estupor paralizó su gesto cuando vio quién esperaba en la puerta de entrada.

—Hola, señorita Quinche.

—Señorita Kent.

Las dos mujeres se quedaron mirándose unos segundos antes de reaccionar. Entonces lo hicieron a la vez, con una sonrisa torpe que delataba lo extraño de la situación. Se hallaban frente a frente, después de tantos años sin haber sido formalmente presentadas, aunque conociéndose a distancia a través de Clara. Y ninguna de las dos parecía saber muy bien cómo actuar.

Por fin, se dieron la mano.

—Adelante, por favor.

—Siento presentarme así, pero... La verdad, no estaba segura de si era una buena idea. Aterricé en Londres ayer y he pasado la noche intentando decidirme... Al final, he improvisado y cogido el primer avión para venir.

—No se preocupe de nada. Estoy segura de que a Clara le hará mucha ilusión verla, señorita Kent...

—¿Qué le parece si nos llamamos por nuestro nombre de pila?

Antoinette asintió y ambas se dirigieron hacia la salita. La suiza se acercó al sofá, donde la española, despierta al haber oído el timbre,

esperaba con gesto confuso. Creía haber reconocido algo familiar en las voces que provenían de la entrada.

—Querida, tienes una visita muy especial.

—Buenos días, diputada Campoamor —la saludó Kent.

La sorpresa demudó el semblante de Clara, que pasó de la incertidumbre a la certeza con una sonrisa emocionada. El pasado, con todo su séquito de recuerdos, transitó por su rostro para transformarlo y rejuvenecerlo durante unos mágicos instantes.

—¡Victoria!

Esta, percibiendo su ceguera, se acercó y le cogió las manos antes de sentarse a su lado. Las dos ancianas se fundieron en un abrazo y se besaron en las mejillas.

—¿Cómo estás? Tendrás que describírmelo, las cataratas no me dejan ver más que siluetas. Qué demonios... me he convertido en una ruina toda yo.

—Anda, no seas exagerada. Estás fenomenal.

—Sigues mintiendo muy mal, diputada Kent.

La frase despertó la risa de las tres mujeres.

—Yo también estoy hecha una vieja, Clara. Qué le vamos a hacer si tenemos más años que Matusalén.

—Pero aquí seguimos, después de todo lo vivido... —Victoria asintió sin soltarle las manos—. Cuéntame, ¿qué te trae por Lausana?

—Bueno... —Kent dudó—. Quería verte, hacía ya demasiado tiempo.

—Querías verme antes de que muera, ¿no es así? Antoinette, que es un cielo, ha pensado que no debía marcharme sin que tuviéramos la oportunidad de despedirnos. Gracias, querida, como siempre has acertado. —Giró la cabeza hacia ella sonriendo.

—Sabía que os gustaría veros. Y necesitáis poneros al día, así que voy a dejaros un poco de espacio.

—No hace falta —intervino Victoria—, puedes quedarte.

—Sabes que no tengo secretos para ti, así que no te vayas.

—Os lo agradezco a las dos, pero necesito una ducha.

Una vez a solas, las antiguas adversarias, las luchadoras exiliadas y las muchas otras cosas que habían sido durante sus periplos personales quedaron cara a cara.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí. ¿Cuánto hacía? ¿Desde el 62?

—Creo que sí...

—Fue cuando viniste a París por no sé qué asunto y nos reunimos allí. Antoinette no pudo ir conmigo, porque... ¡que me aspen si recuerdo el motivo!

—Si mi memoria no falla, fue por algo relacionado con una niña huérfana...

—Ah, tienes razón. Debió de ser cuando ella y su hermana Gertrude estaban con el papeleo para acoger a la hija de una amiga de la familia. Pero sí... —concluyó, intentando distinguir el rostro de Victoria a través del velo de sus ojos—. Diez años son muchos.

—Lo sé, pero qué le vamos a hacer... Louise y yo hemos tenido todo tipo de arrechuchos que nos han impedido viajar, con lo que nos gustaba hacerlo. Además, ya no resulta tan apetecible meternos en un avión y recorrer tantísimos kilómetros, por muy sugerentes que sean los motivos.

Sonrieron.

—Quién nos ha visto y quién nos ve. Con lo que hemos vivido tú y yo, ¿eh?

—Y lo que nos queda —apostilló Victoria.

—Me temo que no..., pero no importa. De verdad —insistió para acallar las protestas de Kent—. No puedo quejarme en absoluto. He tenido una buena vida, mejor de lo que parecía que iba a ser en algunos momentos. Como en 1936. Y aunque entonces me vi obligada a dejarme llevar por los acontecimientos y no vi otra solución que exiliarme, después sí que tuve la oportunidad de elegir. Podría haberme quedado en Europa y languidecer mientras pasaba años de conferencia en conferencia, escribiendo artículos y ahogándome en la nostalgia. Pero decidí aceptar la oferta que me hizo Cecily Bishop y eso lo cambió todo. Incluso la percepción que tenía de mí misma, de mis límites y mis ambiciones. Gracias a ella me redescubrí y tomé el control de mi existencia. Y por mucho que lamentase marcharme del lado de Antoinette, estoy segura de que las experiencias vividas en Argentina me hicieron mejor persona.

—Hum.

—Ahora es cuando tú dices que siempre he sido una buena persona y no ese «hum».

—Es que ese «hum» contiene muchas cosas. Como que estoy de acuerdo en lo que has dicho sobre el efecto que colaborar con los servicios secretos tuvo para ti. Porque para mí fue igual de importante. Además, aquello me permitió conocer a Sara Renard, ¿la recuerdas?

—Claro que sí.

—Cuando apareció, fue como si el sol hubiese desterrado las tinieblas, no ya del caserón donde me ocultaba, sino las que llevaba dentro de mí. De no ser por ella probablemente me habría vuelto loca o habría terminado por entregarme. Después, a pesar de todo lo ocurrido y del dolor tan insoportable que me causó su muerte, al menos tenía un objetivo en la vida: encontrar a su asesina. Sin embargo, ignoraba que me aguardaba una increíble sorpresa en

Buenos Aires: tú. —Contempló el semblante demacrado y los ojos casi ciegos de Clara—. Nunca olvidaré tu expresión en aquel rincón de la caseta, cuando un rayo de luz te reveló que yo estaba allí, a tu lado.

—También fue la mayor sorpresa de toda mi vida, te lo aseguro —afirmó la madrileña con la mirada teñida de pasado gracias al emotivo recuerdo—. Cuando vi tu rostro emerger entre las tinieblas, me olvidé de todo de lo que nos rodeaba. Gracias a ti, la terrible realidad desapareció durante unos preciosos instantes.

—Hasta que aquellos tipos se percataron de nuestra presencia y la agente... ¿Cómo se llamaba?

—Schultz.

—Eso es... Schultz hizo explotar el edificio por los aires.

—Madre mía —concluyó Campoamor—. Para que luego digan que las mujeres de cierta edad llevamos existencias anodinas.

Ambas estallaron en carcajadas que se vieron interrumpidas por el gesto de dolor de Clara.

—¿Estás bien?

—Tranquila, ya estoy acostumbrada.

—¿Puedo traerte algo?

—No te muevas de ahí. Cuéntame cosas. ¿A qué te has dedicado estos años? En el par de cartas que me escribiste eras tan sucinta que hube de utilizar mi imaginación para compensar tus elipsis.

—Es que he estado muy ocupada. Durante años hemos dedicado muchas horas y energía a la publicación de la revista *Ibérica por la libertad*... Te hicimos llegar algún ejemplar, ¿no? —Clara asintió—. Y, además, la ajetreada vida social que llevamos desde que nos conocimos ha ocupado gran parte de nuestro tiempo. Louise, al igual que su madre, es tan aficionada a tener invitados en casa, ya sea en reuniones secretas con miembros de la CIA —sí, como lo oyes— o

con exiliados españoles, que soy incapaz de recordar todos los eventos y fiestas que se han organizado allí. Y, si no, siempre había conferencias a las que asistir o exposiciones cuya inauguración requería nuestra presencia. No, no puede decirse que nos hayamos aburrido. —Hizo una breve pausa—. Eso sí, comparado con lo que tanto tú como yo hemos vivido, mi día a día en Nueva York resulta un tanto anodino y extravagante, por qué no decirlo. De ahí que no fuese algo de lo que me apeteciera hablarte en mis cartas.

—Pero ¿has sido... eres feliz?

Kent se alisó la pernera del pantalón, pensativa.

—Supongo que sí. Como tú has dicho, no puedo quejarme. He llegado hasta esta edad con más o menos achaques. Aunque considerando lo vivido... sí. Soy todo lo feliz que puedo ser. ¿Y tú?

Clara sonrió con algo que a Kent le pareció nostalgia.

—Sí... y no.

—Explícate.

—Verás, me atrevería a decir que estoy en plena madurez intelectual. Recibo reconocimientos bastante a menudo y doy charlas en asociaciones de mujeres. O al menos lo hacía hasta hace unos meses. Y Antoinette es un ángel, mi compañera, mi alma gemela... Compartir estos últimos años aquí con ella ha sido todo un regalo, después de la época tan difícil en Argentina. Y, aun así, no puedo quitarme de la cabeza que me queda algo pendiente.

—¿Qué?

—Volver a casa. Me corroe el alma no haber sido capaz de lograrlo, por muy buena que mi vida aquí sea. Esto no es España.

—Es cierto. Yo siento lo mismo. Y es ridículo, porque parece que la imposibilidad de regresar se deba a nuestro fracaso, cuando no es así. No es culpa nuestra, como tampoco lo es de nadie que se viera forzado al exilio.

—Lo sé —admitió Campoamor—, pero tal vez tendría, yo al menos, que haber intentado reunir más apoyos para la República mientras todavía estaba reciente, en vez de dedicarme a jugar a los espías.

—Aquello no fue ningún juego.

—No me refería a ti, sino a mí. Tú sí que has estado más involucrada con el Gobierno de la República en el exilio. No has dejado de luchar contra la dictadura denunciándola frente a la opinión pública internacional.

—Y tú tampoco. Al colaborar con los Aliados estabas plantándole cara no solo a Hitler, sino también a Franco. Así que no te quites méritos, ¿me oyes?

Clara inspiró hondo y, al hacerlo, una nueva descarga de dolor le atravesó el vientre. Victoria hizo ademán de levantarse a buscar a Antoinette, pero Campoamor la sujetó del brazo.

—No hace falta preocuparla más. Dejemos que disfrute de un buen día, ¿de acuerdo? Porque lo es... Qué digo, es un día magnífico. Mi queridísima amiga Victoria ha venido a visitarnos y eso hay que celebrarlo.

—Pero... —musitó Kent, sometida por las lágrimas.

—Haga el favor de no volver a discutir conmigo, señora diputada. Se acabaron los enfrentamientos y los malentendidos entre nosotras, ¿de acuerdo? —Le ofreció la mano para que la estrechara—. Además —añadió al cabo de unos instantes, mientras también intentaba sobreponerse al llanto—, hay otra cosa que celebrar: el libro que Anne Bishop está componiendo con nuestros recuerdos y los de su madre. Por lo que sé, no falta mucho para que esté terminado. Con unas protagonistas como nosotras, va a quedar una historia estupenda, ¿no crees?

La sonrisa que compartieron Victoria Kent y Clara Campoamor fue una de las últimas que intercambiarían.

Después de ese día, no volverían a verse.

35

CECILY O EL AZAR

Londres, al día siguiente

La cuchara llena de yogur que su mano llevaba hacia la boca se detuvo en seco cuando Anne abrió la puerta. Con el pijama aún puesto, el pelo revuelto y una expresión que rayaba la estupidez, intentó no atragantarse al decir:

—Victoria...

—Perdóneme por aparecer así, Anne. Debería haberla telefoneado antes, pero ya que estaba en Londres, me pareció una buena idea acercarme.

—Por favor, pase. Y disculpe mi aspecto...

—No diga tonterías, está en su casa y aún es temprano. De verdad que lo lamento, pero regreso esta tarde a Nueva York y sentí que le debía una conversación en persona.

La periodista la acompañó al comedor y le ofreció un café que Kent aceptó. La escena se asemejaba mucho a la que había tenido lugar en Nueva York unos meses atrás, si bien las dos mujeres se contemplaron ahora con una sensación distinta. Para Anne, Victoria ya no era una desconocida gracias a sus narraciones y las de Clara.

Había pasado de ser una figura difusa, de la que solo sabía las opiniones controvertidas que se habían vertido sobre ella, a convertirse en un símbolo de la lucha por la democracia y en alguien a quien admiraba profundamente. Por su parte, la española tenía delante a una joven que se había ganado su respeto, no solo por sus artículos, que Campoamor y Quinche le habían mostrado el día anterior, sino por la pasión y el empeño que había puesto en llevar a cabo la tarea que le habían encomendado. Se había enterado también por las dos ancianas del dolor que la pérdida de su madre, su bebé y la ruptura de su relación habían cincelado en el pecho de Anne. Y todo ello había despertado su curiosidad y una simpatía que no podía ocultar. La periodista, que tan intimidada se había sentido en su primera entrevista, no tardó en percibir el cambio en la forma de mirarla de Victoria.

—¿Cómo encontró a Clara?

Kent negó en silencio antes de afirmar:

—No creo que viva mucho más. Aunque con lo cabezota que es... —Consiguió esbozar una débil sonrisa que Anne compartió.

—Ustedes se quieren mucho, ¿no?

—No sabía cuánto hasta que volvimos a encontrarnos. Creo que fue entonces, en Buenos Aires, cuando una amistad que nunca había llegado a propiciarse acabó por surgir. Si hubiera visto la cara que se nos quedó a las dos en aquel rincón oscuro, con los nazis a unos metros de nosotras.

—Debió de ser increíble. De hecho, cuando leí el relato de Clara, me pareció una casualidad... demasiado grande. Que de todos los lugares del mundo fueran a coincidir allí...

—¿Recuerda cuando me preguntó si conocía a su madre y le dije que no la había visto nunca?

—Sí, pero he de confesarle que me costó creerlo. Llegué a pensar que no me estaba diciendo la verdad.

—No la culpo... En aquel momento me resultaba imposible hablar de muchas cosas del pasado y apareció usted haciendo preguntas muy concretas y de respuesta difícil. No obstante, mi reticencia no se debía a que pretendiera guardar secretos por motivos políticos o por lealtad a alguien, sino por el dolor tan insoportable que me provocaban ciertos recuerdos. Y he de agradecerle que, de alguna manera, me haya forzado a hablar de esas cosas que llevaba dentro y tanto daño me hacían. Al compartirlas empecé a sentirme mejor.

—Me alegra oír eso.

—En todo caso, no mentía. Su madre y yo nunca nos vimos, solo recibí un par de comunicaciones escritas con instrucciones de su parte. Imagino que ya habrá leído mi relato sobre lo sucedido en Francia... el asesinato de mi amiga, Sara Renard, a manos de Helga Müller. Pues bien —prosiguió al ver que Anne afirmaba con la cabeza —, cuando los servicios secretos franceses e ingleses cruzaron datos, descubrieron que Müller había sido guardiana en el campo de concentración de Ravensbrück. Al saberse que una *aufseherin* había huido por Francia y se le había perdido la pista en España, ambas agencias trabajaron conjuntamente para capturarla. A ella y a muchos otros nazis que habían escapado antes de que acabase la guerra. Por aquel entonces, la agente Bishop dirigía la red de espionaje que trabajaba en América Latina en busca de colaboradores del Tercer Reich. Según me explicó en aquella comunicación, mi función era identificar a esa mujer, puesto que yo era la única persona capaz de reconocerla al haber pasado un breve tiempo con ella.

—Ahora lo entiendo.

—Así fue como me vi, de pronto, en las filas del MI6... Lo que no sabía era que Clara ya colaboraba con ellos y, mucho menos, que participaba en misiones organizadas para detener a los alemanes huidos y a quienes les proporcionaban una nueva identidad.

—Pero entonces... mi madre fue la responsable de reunirlas a Clara y a usted.

—Si me pregunta si ella era consciente de que tanto Clara como yo estaríamos allí, es evidente que sí, aunque no creo que forzara nada para que nos encontráramos. De hecho, si hubiésemos atrapado a la guardiana en México, yo no habría viajado a Argentina. Podríamos no habernos cruzado nunca. Ahí entró en juego el azar. Pero que nosotras acabáramos en aquella explotación en Buenos Aires a la vez... eso, querida mía, fue una monumental y maravillosa casualidad.

—Qué historia tan bonita. No se imagina lo emocionante que ha sido irlas descubriendo a ustedes dos a través de sus escritos y los de mi madre. Ha sido casi como acompañarlas a lo largo de sus vidas y sus experiencias, las buenas y las malas.

—Hablando de su libro, supongo que sabe lo ilusionada que está Clara con su publicación. ¿Cree que...?

—¿Si me dará tiempo a acabarlo antes de que...? —Tragó saliva—. Confío en que sí, aunque hay algunos textos sobre la década de los cincuenta, tanto suyos como de ella, que no están apenas desarrollados. Son bastante sucintos.

—Bueno, así podrá demostrar sus dotes para la escritura, que, por lo que sé, son excelentes.

—Excelentes... no sé yo. Pero sí quisiera hacerles justicia a las dos.

—Lo hará, Anne, estoy convencida. Y ya que estoy aquí, quizá podría echarle un vistazo a esos textos que ha mencionado y

ayudarla a completar algún dato que necesite saber. Después, todo quedará en sus manos.

—¿Haría eso?

—Por supuesto. Aún tenemos unas horas por delante.

36

EL PESO DE LA NOSTALGIA

La tarde ya había caído y una lluvia de gotas gruesas tamborileaba en los cristales. Hacía varias horas que Victoria Kent se había marchado en un taxi con destino al aeropuerto. Anne Bishop había despejado la mesa, donde solo quedaban la máquina de escribir y los textos en los que ambas habían estado trabajando. En ellos abundaban las anotaciones a mano, con comentarios aportados por Kent e ideas de la propia periodista surgidas a raíz de estos.

Una vez concluida la lectura de todos los materiales, había llegado la hora de tomar las riendas de la narración para concluir la historia de aquellas dos mujeres maravillosas. Se sentó frente a la máquina de escribir y comenzó a teclear.

1946-1952

Pasaban los años y Clara Campoamor continuaba en su exilio de Argentina, aunque no dedicada a las tareas esperables de una mujer de su edad y condición. No obstante, sus colaboraciones con los servicios secretos se habían ido espaciando. Desde la misión que

permitió capturar a varios nazis, entre los que se encontraban Helmut Zimmer y Helga Müller, su participación se había limitado a entregar mensajes a otros agentes más experimentados y vigilar a sospechosos. El tiempo transcurría con lentitud y Clara, que había viajado ya en dos ocasiones a Europa para encontrarse con Antoinette y con Ignacio, exiliado en Francia, comenzaba a sentir que su etapa bonaerense se le hacía cada vez menos llevadera. Los momentos en los que se preguntaba qué demonios hacía allí eran más habituales y las tertulias con sus antiguos camaradas republicanos no hacían sino avivar su nostalgia. Echaba de menos a su familia y su país.

La española volcó sus energías y su creatividad en la escritura de artículos y ensayos. En ellos, reflejaba la lucha de las mujeres por conquistar derechos en terrenos como la política y la educación, y también la necesidad de hallar un camino propio. Como el que ella misma había recorrido. Al echar la vista atrás y darse cuenta de lo poco que quedaba de su gran logro en España se la llevaban los demonios. ¿De qué habían servido tantos esfuerzos si la dictadura había truncado las posibilidades de votar, ya no solo para sus compatriotas femeninas, sino para miles de españoles sometidos a la pantomima del régimen, que fingía la existencia de una plena libertad para elegir? Todos los avances conseguidos habían desaparecido, engullidos por la maquinaria franquista. Ella era el ejemplo más evidente. Y así, fue germinando en su pecho una idea imposible de ignorar: la de regresar, aun sabiendo que al hacerlo se metería en la boca del lobo.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Barajas en enero de 1948. Los pasajeros descendieron y mostraron sus documentos identificativos

a la policía. Cuando faltaba poco para que le llegara el turno, Campoamor sintió que el suelo se deshacía bajo sus pies. Los guardias estaban apostados a sendos lados de la puerta de salida y no había forma de evitar el control. El corazón le latía tan rápido como si estuviera inmersa en una de sus misiones de espionaje. Sin embargo, tenía la sensación de que los riesgos asumidos en sus colaboraciones con los servicios de inteligencia no eran del mismo tipo que la amenaza a la que se enfrentaba ahora, con las autoridades franquistas a escasos metros de ella.

Tragó saliva e intentó tranquilizarse a medida que la fila iba avanzando. Sabía que si el agente que le solicitara la documentación ataba cabos sobre quién era, todo habría acabado. Perdería para siempre la libertad por la que tanto había luchado a lo largo de sus casi sesenta años.

El guardia, un hombre joven, con bigote y mirada torva, le pidió la documentación y Clara se la mostró intentando que los dedos no le temblaran. No lo consiguió, aunque él no pareció percatarse de ello. Durante unos interminables segundos, examinó los papeles y después alzó los ojos. Clara pensó que iba a desmayarse. La presión en el pecho resultaba insoportable. Y entonces lo oyó decir con brusquedad:

—Adelante.

Pese al miedo, trató de caminar con toda naturalidad, incluso demorándose unos segundos de más mientras sacaba un pañuelo del bolso para sonarse la nariz. Aquello le permitió escrutar al grupo de personas que se encontraban al otro lado de la puerta de llegada. Hubo de controlarse para no gritar de alegría cuando halló a quien buscaba.

La doctora Elisa Soriano Fischer, su querida compañera en la lucha sufragista durante los gloriosos años de actividad en lugares como el

Lyceum Club y la Unión Republicana Femenina, la esperaba con gesto emocionado. Las dos se fundieron en un abrazo y después salieron de allí a paso ligero. La posibilidad de que el nombre de Campoamor hubiera hecho saltar ya alguna alarma entre los agentes uniformados no era nada descartable.

Mientras recorrían en el coche de Elisa el centro de Madrid, Clara contempló conmocionada lugares que había conocido bien en el pasado. Muchas zonas estaban todavía destrozadas a causa de los bombardeos que habían sacudido la capital durante la Guerra Civil, si bien muchas otras ya estaban bastante reconstruidas.

Cuando se detuvieron en una calle cercana a la plaza Mayor, la abogada descendió y miró a su alrededor. Las lágrimas besaron su envejecido rostro, como si quisieran transformarlo en el de la mujer aún joven que había partido de allí años atrás. Inspiró hondo y detectó el olor a churros, lo que la llevó a cerrar los ojos con una expresión de placer que hizo reír a su amiga. Caminaron hasta el puesto donde se vendían y compraron una docena. Mientras sujetaba uno de ellos y lo soplaba para no quemarse, Campoamor casi llegó a sentir cómo su cerebro se ralentizaba para disfrutar de aquel momento inolvidable. Y entonces se propuso acumular tantos instantes mágicos como fuese posible, llenar la memoria de belleza para poder rescatarla de su interior cuando ya no la tuviera a su alcance.

Mientras intentaba informarse de su situación respecto a los cargos que pesaban sobre ella tras dejar España en el 36, la exdiputada se reencontró con unos pocos amigos y camaradas de su etapa en la política, quienes le demostraron que continuaban teniéndola en alta estima. En todos halló el consuelo que necesitaba, una cura transitoria para su añoranza y buenas dosis de cariño. No obstante, ninguno de ellos podía ayudarla o darle buenas noticias

sobre su situación y comprendió que, de permanecer en el país, acabaría siendo detenida.

Así, con el alma más dividida que nunca y dejando atrás una mitad de esta, regresó a Buenos Aires unas tres semanas después. Mientras el avión la alejaba de su hogar, quizá para siempre, el llanto le abrasaba la garganta.

Con el ánimo maltrecho y la desilusión grabada en la mirada, Clara afrontó las siguientes misiones sabiendo, de algún modo, que no podría continuar colaborando mucho más tiempo con los servicios secretos. Tras retornar de España se sentía como una anciana y la nostalgia, que antes le escocía en algún rincón oculto de su pecho, se había multiplicado hasta convertirse en un dolor atroz que palpitaba por todo su cuerpo.

Los años pasaron con lentitud ante la imposibilidad de revertir su situación. Sin embargo, tuvo las fuerzas suficientes para intentar volver a Madrid una vez más, en 1951. El resultado fue el mismo.

Tras la misión que la había reunido con Clara Campoamor en Argentina, Victoria Kent había viajado a Europa para asistir a los procesos que juzgaban los crímenes perpetrados por los nazis. Navegando entre el horror y el alivio, Victoria escuchó la sentencia de muerte por ahorcamiento para Helga Müller. Y si bien aquello no borró su dolor, sí le permitió seguir adelante sabiendo que se había hecho justicia, al menos para Sara Renard y para las muchas presas a las que la sádica guardiana había torturado y asesinado en Ravensbrück.

En 1950, Kent fue nombrada experta en temas penales del Departamento de Asuntos Sociales de la ONU. Había llegado allí para

trabajar en un estudio sobre la situación de las mujeres en las prisiones de todo el mundo.

O eso era lo que parecía.

En realidad, gracias a su colaboración en el pasado con los servicios de espionaje franceses e ingleses, había recibido una propuesta para cooperar con la CIA. Sus dotes negociadoras y sus contactos diplomáticos la convertían en la candidata perfecta para establecer alianzas y sondear posibles amenazas para la todavía frágil paz. Más ahora, que una nueva preocupación agitaba los despachos donde se movían los hilos del recién nacido orden mundial: el comunismo. Aunque Kent no podía olvidarse de lo que seguía sucediendo en su querida España, donde Franco conservaba las riendas del poder, y pese a su desconfianza en los Estados Unidos, quienes en 1947 habían rechazado una nueva condena del régimen franquista y la imposición de más sanciones, accedió a trabajar con la agencia.

Su intensa actividad y una existencia bastante satisfactoria en la ciudad de los rascacielos no impedían que Victoria siguiera deseando regresar a su casa. A la de verdad. En varias ocasiones había viajado a Europa y conseguido reunirse con los familiares y amigos que le quedaban. Después, al abandonar el viejo continente, con los besos y los abrazos todavía frescos en la piel, debía volver a amoldarse a esa vida que el destino le había regalado para sustituir a la antigua. Sin embargo, al poco tiempo, la rabia comenzaba de nuevo a trepar por su pecho. No podía ser que un exilio que parecía transitorio no acabara jamás. Se negaba a aceptarlo.

Los años pasaban y se sentía demasiado cansada. Los dolorosos recuerdos y la nostalgia la habían hecho envejecer prematuramente. Con el alma aún entumecida por el miedo desde su estancia en París, Victoria continuaba sumida en las tinieblas. Y aunque sabía

que no le quedaba otro remedio que aprender a ser paciente, necesitaba algo que la sacara de ese limbo insoportable en el que estaba atrapada.

37

EL CIELO DE MANHATTAN

Nueva York, septiembre de 1953

El taxi llegó al 677 de la avenida Lexington y se detuvo. Clara Campoamor pagó al conductor y, con su pequeña maleta en la mano, entró en el edificio.

—¡Qué alegría! —exclamó Victoria al verla. Se dieron dos besos—. Adelante. No sabes cuánto lamento no haber podido ir a buscarte al aeropuerto, pero acabo de salir de una reunión importantísima.

—No te preocupes. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Supongo que sabes que el año pasado me propusieron ocuparme de la representación del Gobierno de la República en el exilio. Hay mucho trabajo que hacer, aunque no se trate de un cargo oficial. Y por si eso fuera poco, después he quedado con Louise para ultimar los detalles del próximo número de la publicación que hemos creado... Te he hablado de Louise Crane, ¿no?

—La has nombrado en alguna de tus cartas.

—Bueno, esta tarde hemos quedado con ella y seguro que habrá más gente. Es una mujer muy especial, se ha volcado como nadie en

la causa de los exiliados españoles. Te caerá fenomenal. Y tiene muchas ganas de conocerte.

Se miraron y sonrieron. La extrañeza, una vez más, surgió entre ellas acompañada de un silencio molesto que Victoria no tardó en romper.

—Me puse tan contenta al saber que ibas a venir a Nueva York.

—Y yo, aunque no tenga ni idea de para qué. Imagino que tú no sabrás nada de lo que se va a tratar en la reunión a la que nos han convocado.

—No. Tampoco entiendo por qué se han puesto en contacto conmigo. Ya no trabajo con los servicios de inteligencia europeos. Aquella época se acabó. Ahora me dedico más a... llamémoslo diplomacia. Aun así, he de confesar que siento mucha curiosidad por conocer a la agente Bishop.

—Pues pronto saldremos de dudas y la verás en persona.

A pesar de la sonrisa que iluminó el rostro de Clara, Victoria detectó el agotamiento y la tristeza ocultos en sus ojos. Su expresión se parecía tanto a la que ella misma veía en el espejo cada mañana que resultaba imposible no reconocerla.

—Hasta entonces, disponemos de unas cuarenta y ocho horas para hacer lo que le apetezca, diputada Campoamor.

—Lo que decidas estará bien.

—Pues te voy a llevar a Central Park. No es el Retiro, pero... posee cierto encanto.

Eran más de las nueve cuando las dos españolas llegaron al club de jazz en el que se habían citado con Louise Crane. La americana las esperaba sentada con varias personas, tal como había previsto

Victoria. Se puso en pie cuando las vio entrar y fue directa hacia Clara.

—Encantada de conocerla —la saludó en castellano.

—Lo mismo digo —respondió Campoamor mientras estrechaba su mano.

Victoria y Louise se besaron en la mejilla y después ambas presentaron a Clara al variopinto grupo de amigos. Las dos mujeres, una de ellas de color, eran cantantes; tres de los hombres se dedicaban al arte en diferentes modalidades y uno era columnista en un prestigioso periódico. Gracias a que uno de ellos hablaba castellano y a la traducción tanto de Louise como de Victoria, que solo chapurreaba el inglés, Clara se sintió muy cómoda. Mientras disfrutaba de las conversaciones, se dio cuenta de lo solitaria que era su vida en Buenos Aires, aunque en realidad no pasara tanto tiempo sin relacionarse con gente. No obstante, los lazos que la unían con su círculo más cercano allí eran sobre todo profesionales o culturales. No había entre ellos nadie con quien le hubiese gustado salir de noche para hacer algo como lo que Victoria y Louise, al parecer, hacían con bastante frecuencia.

En un momento determinado, una de las dos mujeres subió al escenario y comenzó a cantar. Su piel oscura y tersa relucía bajo la iluminación. La poderosa voz le pareció a Clara de una hermosura que no podía comparar con nada que hubiese escuchado antes. La belleza, en todas sus formas, tenía el poder de cautivar a la madrileña hasta el punto de casi hacerle olvidar dónde estaba. Y así, el mundo desapareció durante unos instantes deliciosos que la alejaron de la realidad mientras asistía maravillada a la actuación.

Victoria la observaba de cerca, preocupada por cómo pudiera encontrarse entre aquellos extraños. Y no pudo evitar sonreír al comprobar que Clara daba sorbos a su copa de champán más

relajada de lo que la había visto nunca. En sus ojos se intuían tanto el agotamiento tras el viaje como las emociones vividas durante el día, si bien ninguno de ellos lograba diluir su gesto de felicidad.

La velada prosiguió y los más jóvenes del grupo se levantaron para bailar. Louise se unió a ellos, pero Clara y Victoria prefirieron permanecer en sus asientos, charlando y rellenando sus copas.

A la mañana siguiente, Campoamor amaneció con un tremendo dolor de cabeza. No recordaba cuándo había sido su última resaca, aunque se aventuró a situarla en torno a 1931, cuando obtuvo su acta de diputada.

—¿No me dirás que llevas más de veinte años sin beber alcohol y salir hasta tarde? —preguntó Victoria, incapaz de creerlo.

—No conseguirás avergonzarme —contestó Clara, divertida—. Y aunque así fuera, no me importaría reconocerlo. Desde luego, lo de anoche mereció la pena. Muchas gracias por presentarme a Louise y al resto de vuestros amigos.

—Bueno, en realidad son sus amigos. Entre las dificultades con el dichoso idioma, que nunca he llegado a dominar, y que me cuesta participar en conversaciones que no siempre tienen interés para mí, supongo que pensarán que soy una cascarrabias.

—Pero tú también lo pasaste bien. Se te notaba.

—¿Y sabes quién tiene la culpa, en gran medida, de que estuviera tan a gusto anoche? Tú.

—Pues me alegro —afirmó satisfecha Campoamor—. Por cierto, Louise es encantadora, tiene una personalidad muy atractiva.

—Lo sé.

—Me alegro de que os hayáis encontrado.

Las dos mujeres se tomaron su tiempo para ponerse al día de lo vivido durante los últimos años. Después de almorzar, salieron a recorrer la ciudad. Visitaron museos y rincones de Nueva York que a

Victoria le gustaban especialmente. Cuando llegaron a la Biblioteca Pública, cuya entrada flanqueaban dos leones esculpidos en mármol rosado, las exdiputadas se miraron y compartieron, sin necesidad de expresarlo en alto, el recuerdo de otro lugar donde se alzaban poderosos dos leones: el Congreso de los Diputados. La imagen de aquel Madrid en el que se habían cruzado sus vidas se abrió paso por la memoria de ambas, tensando el hilo invisible que las unía con cada vez más fuerza.

Mientras caminaban, se detenían de tanto en tanto para admirar la formidable altura de los rascacielos. Terminaron la ruta en Central Park, donde almorzaron unos sándwiches sentadas en un banco.

—¿No te parece increíble que algo así se mantenga en pie? Pese al azote del viento, que allá en lo alto ha de ser fortísimo. Y las vistas... Estoy deseando subir —dijo Clara con la mirada fija en la silueta del Empire State—. Ahí arriba uno debe de sentirse como si fuera un pájaro que, tras su vuelo, reposa en un árbol inmenso de cemento y cristal.

Victoria asintió pensativa.

Acababan de regresar a casa cuando sonó el teléfono. Clara oyó a Victoria hablar en inglés. Le pareció que su rostro palidecía de pronto. La conversación duró apenas unos minutos. Después de colgar, la malagueña se la quedó mirando en silencio.

—¿Qué ocurre? ¿Malas noticias?

—Las peores... Sabía que estaban negociando en secreto, pero pensé que no se atreverían.

—¿Quiénes? ¿A qué te refieres?

—Los americanos han firmado acuerdos muy importantes con Franco... Los Pactos de Madrid, los han llamado.

La desolación se apoderó del semblante de Clara.

—Yo también estaba al tanto de esas negociaciones, pero estaba convencida, tonta de mí, de que Truman no lo permitiría. Si hasta hace nada tachaban de imperdonable que Franco hubiera recibido el apoyo de Hitler en la Guerra Civil.

—Y consideraban su colaboración con el Tercer Reich, aunque tibia, insultante. Pero ya ves... todo eso no ha importado al final —concluyó Victoria con amargura—. Franco se ha salido con la suya y les ha sacado una jugosa ayuda económica y militar. Y ellos también han ganado, nada menos que unas bases militares en territorio español.

Clara, que se acababa de poner en pie, empezó a dar pasos de un lado a otro con el ceño fruncido. Hasta que se detuvo y sus palabras surgieron empapadas de amargura:

—Sabes lo que significa, ¿no? Gracias a estos inconscientes, el régimen acaba de dejar atrás el aislamiento internacional que se le había impuesto y su imagen ha salido tan fortalecida como si, en vez de haberse alzado militarmente contra un gobierno legítimo, hubieran ganado unas elecciones... ¡Maldita sea! ¿Cómo han podido? ¿De qué ha servido toda la lucha? ¿Y los muertos y quienes hemos tenido que exiliarnos? ¿De verdad a nadie le importa?

Sus gritos precedieron a un llanto teñido de ira y desesperación. Kent se acercó a abrazarla mientras se recordaba a sí misma reaccionando de un modo similar. Había sido durante su estancia en Suiza con Adèle de Blonay, cuando se enteraron del fin de la Guerra Civil. Sabía que Clara se ahogaba en la impotencia ahora mismo, igual que ella lo había hecho entonces entre los brazos de su amiga. Y aunque era consciente de que no podía protegerla de semejante dolor, provocado por una nueva injusticia, la sujetó con fuerza y dejó que liberara su rabia, a sabiendas de que era lo único que podía

hacer. Su propia rabia habría de esperar. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a ella y una nueva capa de indignación apenas se notaría tras tantos años de tragar bilis.

Al día siguiente, Victoria bajó temprano a comprar The New York Times. Leyó la noticia y respiró hondo. Los medios, tal como se había imaginado, tildaban el acuerdo de provechoso para Estados Unidos y para España. Pero ella sabía bien quién era el principal beneficiario de aquel acuerdo vergonzante. Cuando se lo enseñó a Clara, esta se limitó a leerlo en silencio. El agotamiento y el hastío le habían impedido dormir y no tenía energías para reaccionar.

Se aproximaba la hora de la reunión con Cecily Bishop y ambas se prepararon para marcharse. Victoria acababa de cerrar la puerta con llave cuando oyó el timbre del teléfono. Volvió a entrar.

—Lo siento muchísimo, Clara —dijo al concluir la conversación—. Acaban de convocarme de modo urgente con los otros miembros del Gobierno republicano. Me temo que mi encuentro con la agente Bishop tendrá que posponerse.

Clara bajó del taxi y miró hacia arriba. Por un momento, casi sintió vértigo al hallarse a los pies del Empire State. Había oído hablar de él muchas veces y lo había visto desde la distancia, pero tener aquella mole ante sus ojos y no ser apenas capaz de vislumbrar su final, allá en lo alto, era algo completamente distinto.

Se dirigió hacia el interior, donde la esperaba el fabuloso vestíbulo, decorado en estilo art déco. Tras admirarlo durante unos minutos, se acercó a un pequeño mostrador en el que compró el tique de entrada. Entró en el ascensor y el hombre encargado de operarlo la condujo a ella y a dos personas más hasta el piso ochenta. Después, subió a pie varios tramos de escaleras y salió al impresionante

mirador situado al aire libre. Sabía que había otro observatorio en el piso 102, pero Bishop los había convocado en el que se encontraba, a una altura de ochenta y seis pisos. Clara supuso que este era más adecuado para una reunión secreta, ya que el de arriba, al parecer, estaba cerrado por cristaleras, lo que dificultaría conversar sin ser escuchados.

Se aproximó a la barandilla que delimitaba la superficie y contempló extasiada las vistas panorámicas de Manhattan, con la perspectiva de Central Park, el río Hudson y otros elementos de aquel extraordinario paisaje de cemento y hierro cuyos nombres desconocía. Desde allí podía distinguir otros edificios, todos más bajos que aquel en el que se hallaba. El Chrysler, según le había contado Victoria, había sido inaugurado apenas un año antes.

El viento azotaba su rostro embelesado y la obligó a arrebujarse en su chaqueta pese a ser todavía septiembre. Consultó su reloj. Faltaban cinco minutos. Miró a su alrededor, preguntándose quiénes de aquellas personas serían también espías convocados por la británica. Había varias familias con niños, por lo que la posibilidad de que entre los presentes se encontrase algún agente encubierto se reducía a dos hombres que caminaban solos por la terraza y dos parejas, si bien podría tratarse tan solo de turistas.

Ya pasada la hora, Campoamor comenzó a preguntarse si se habría cancelado la reunión y nadie la había avisado. O tal vez hubiese sucedido algo malo. Se asomó al otro lado del mirador, pero el resultado fue el mismo. Pensó en subir a la terraza de arriba, por si se hubiera equivocado, aunque estaba segura del contenido del mensaje que, siguiendo órdenes, había quemado tras leerlo unos días atrás.

Con cierta inquietud, recorrió varias veces la terraza. Esperaría media hora y después se marcharía. Mientras tanto, se centró de

nuevo en las sobrecogedoras vistas. Apoyó los antebrazos en la barandilla y examinó cada rincón visible desde aquella extraordinaria atalaya. Casi podía rozar las nubes con los dedos. La sensación era embriagadora. Se preguntó entonces cómo sería vivir en Nueva York. Tener al alcance de la mano esa escalera al cielo que era el Empire State. Quizá podría pedirle a Bishop que considerara trasladarla allí. En una ciudad como aquella se le ofrecerían tantas oportunidades de volver a sentirse realizada, de vivir una existencia plena... Y su familia, incluyendo a Antoinette, podría visitarla. Además, contaría con una buena amiga allí, Victoria, y una vida social atractiva.

—Veo que este sitio le gusta tanto como a mí.

Las palabras de la agente Bishop la despertaron de su ensimismamiento.

—¡Cecily!

Se estrecharon la mano, como solían hacer.

—Lamento el retraso. En esta ciudad el tráfico es cada día peor.

—No tiene importancia. Y me temo que los demás no han llegado.

Bishop, que llevaba unas gafas de sol para camuflar su ojo perdido, sonrió.

—Y no llegarán. Solo las he convocado a usted y a Victoria Kent. Por cierto, ¿dónde está?

—Le ha resultado imposible venir a causa de un compromiso ineludible con sus compañeros de partido.

—Imagino que las noticias de ayer fueron un terremoto para los miembros de la República en el exilio y necesitaban hablar del tema. Y para usted también han debido de ser terribles. Por eso, entre otras cosas, decidí reunirme aquí con ustedes.

La confusión asomó al rostro de Clara.

—Creo que no la sigo...

—Sabíamos que Estados Unidos y España estaban a punto de firmar ese acuerdo. Ha habido muchos encuentros secretos desde 1951. Primero Eisenhower y después Truman hablaron con Franco. La cuestión no era si se pondrían de acuerdo, sino cuándo. Franco quería sacar la más grande ta... taj...

—Tajada.

—Eso es, tajada... Gracias. Supuse que la noticia sería menos dura para ustedes dos, más fácil de aceptar, si estaban cerca una de la otra cuando se hiciera pública.

—Le agradezco la deferencia, pero sigue siendo igualmente doloroso, por mucho que lo hablemos. Las palabras, en este caso, no sirven para cambiar los hechos. Y no me entra en la cabeza por qué los americanos negocian con un régimen golpista, habiendo otras naciones más decentes en Europa. Si las cosas continúan así, acabarán por aceptar que España entre en la ONU, después de todos los mensajes de rechazo que ha habido estos años.

—Me temo que es posible que eso ocurra pronto, Clara. Pero piense que las prioridades ahora son distintas. El enemigo ya no son los nazis y sus socios, sino los comunistas. Las potencias internacionales necesitan tener vigilada a la URSS. Y España, con su postura anticomunista, se está convirtiendo en un aliado valioso. Además, su posición estratégica en el Mediterráneo es un factor muy importante.

—Entonces, al final lo único que importa son los beneficios que todos puedan obtener, incluso si hay que colaborar con quienes han destruido la democracia y la convivencia sin ningún pudor. Ya no existen el honor ni el respeto... Tanto los Estados Unidos como todos los que están blanqueando los actos del franquismo actúan con una inmoralidad que nunca pensé que vería.

—Yo también siento asco, Clara, pero me temo que este es el nuevo mundo en el que tendremos que vivir después de una guerra que podría habernos aniquilado. Sin embargo, seguimos aquí y todavía podemos luchar por nuestros principios y los valores que defendemos.

—Pues yo ya no estoy segura... lo siento, Cecily. Se me ha acabado el optimismo. No veo que nada de lo que hacemos, de lo que hemos hecho todos estos años, haya servido para algo. Al final, las cosas siguen igual. Quienes hicieron tanto mal han conseguido salirse con la suya... ¿Entiende esa expresión? —Bishop asintió—. La guerra mundial concluyó con la derrota del Eje, pero en mi país los golpistas siguen ostentando el poder. ¿Y ahora resulta que son unos interlocutores tan válidos como cualquiera de los otros países que sí fueron respetuosos con la legalidad y con los derechos humanos?

Su mirada regresó al horizonte y se perdió en la distancia.

—Entiendo su enfado, pero no podemos rendirnos. Además, se trata de un pacto de conveniencia. Como he dicho, la situación política ha cambiado y eso, por desgracia, beneficia a quienes gobiernan España. Aunque las cosas cambiarán en el futuro. Ya verá...

—Yo ya no puedo más. Estoy cansada...

La voz se le había quebrado mientras contemplaba aquella ciudad que, desde las alturas, se le antojaba inmensa. Notó cómo la agente Bishop apoyaba una mano en su hombro.

—Lo sé. Por eso también las convoqué a la señorita Kent y a usted, además de para agradecerles a ambas su gran trabajo. He pensado en ustedes dos con frecuencia... —Campoamor se giró hacia ella—. Victoria ya dejó de colaborar con nosotros y nunca tuve la oportunidad de darle las gracias en persona. Y a usted tampoco. Clara, ha luchado mucho y creo que... tal vez ya es hora de parar.

Se miraron durante unos instantes. Las frases de la británica circularon por el cerebro de Clara, que las analizó una a una, visionando las imágenes evocadas por ellas: las misiones, los agentes con los que había cooperado, los peligros vividos... Todas las escenas confluían en una sola: el momento, tanto tiempo atrás, en el que Cecily Bishop le había propuesto convertirse en espía.

Habían pasado dieciséis años. Toda una vida.

Lo que la agente Bishop acababa de sugerir era algo que ella ya se había planteado. A sus sesenta y cinco años debería haberse jubilado, y más aún con el tipo de trabajo al que se dedicaba. Si echaba la vista atrás, le parecía increíble que hubiera aceptado unirse a los servicios secretos cuando ya rayaba la cincuentena. Entonces una imagen se abrió paso en su mente: el rostro de Antoinette.

—Estoy de acuerdo —afirmó con un suspiro que dispersó en aquel cielo raso de septiembre todas sus dudas.

Cecily Bishop sonrió y en sus ojos Clara creyó distinguir el brillo de las lágrimas.

—Puedo organizarlo todo para que regrese a Europa en unas semanas.

—Necesitaré algo más de tiempo. Tengo algunos compromisos con la Universidad de Buenos Aires. Y he prometido participar en unas charlas. Me gustaría cerrar esta etapa de la mejor manera posible. Me han tratado muy bien en Argentina y hay muchas personas a las que no me gustaría decepcionar.

—Usted decide, Clara. Solo dígamelo y me ocuparé de ello, ¿de acuerdo? Pero no tarde mucho.

Campoamor supuso que se refería al enrarecido clima político que reinaba en Argentina bajo el mando de Perón. De hecho, ella misma

hacía tiempo que se preguntaba si algo tan terrible como lo sucedido en España podría llegar a ocurrir allí.

Un fuerte abrazo acercó durante unos instantes los corazones de las dos mujeres. Los latidos resonaron en su pecho con afinidad y admiración mutua, con ecos del pasado y con la intuición de un futuro en el que no volverían a verse.

38

LAS ALAS DE LA MEMORIA

Al día siguiente

Clara abrió los ojos sobresaltada. Quien la había despertado golpeando con los nudillos la puerta del dormitorio era Victoria.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

Campoamor se incorporó en el lecho con expresión confusa.

—¿Ha ocurrido algo?

—No.

El gesto de Victoria, visible tras encender la luz, le resultaba imposible de descifrar. Se frotó la cara e intentó organizar sus aún dormidos pensamientos.

—¿De qué se trata entonces?

—No estoy autorizada a decírtelo.

—¿Y no puede esperar hasta que amanezca?

—Me temo que no... Si no queremos llegar tarde, deberíamos salir en breve.

—Pero ¿a dónde? Sabes que mi avión regresa a Buenos Aires esta tarde, ¿no?

—Toma, ponte esto —la apremió mientras dejaba las prendas sobre la cama y el calzado en el suelo.

Al ver las botas de cuero negro la madrileña frunció el ceño. Se levantó y cogió la ropa. Era una especie de mono de una sola pieza hecho de algo que le pareció lona. No fue capaz de sonsacarle nada a Victoria, que no le dio tiempo ni a desayunar. Ataviadas ambas de la misma guisa, bajaron a la calle, donde las estaba esperando un coche negro. El conductor les abrió la puerta después de saludarlas.

En el interior del vehículo, Clara volvió a intentarlo:

—¿Me quieres decir dónde vamos? ¿Para qué nos hemos vestido así?

—Enseguida lo averiguarás. Tranquilízate y confía en mí.

La respuesta liberó los familiares nervios que solían discurrir por el estómago de Campoamor cuando se hallaba en una situación de peligro. ¿Sería posible que Cecily Bishop hubiese reconsiderado su decisión sobre la retirada de las dos españolas? ¿Habría sucedido algo tan grave como para requerir su colaboración una vez más?

El trayecto en coche duró unos cuarenta y cinco minutos. La oscuridad que cubría el cielo al salir del apartamento de Victoria se fue mitigando con la llegada del amanecer. Gracias a eso pudo Clara ver algunas señales que indicaban el rumbo. Long Island.

Cuando el vehículo se detuvo ambas descendieron. Pasaron junto a un cartel en el que Campoamor leyó el nombre Roosevelt Field. No le sonaba de nada, pero al divisar lo que había tras una valla metálica, a un centenar de metros, supo que habían llegado a un aeródromo. Miró a Victoria y constató que el gesto de esta seguía siendo más serio de lo habitual. No se atrevió a preguntar de nuevo. Tendría que confiar en su amiga.

Un hombre vestido con un uniforme similar al que ellas llevaban salió a su encuentro. Saludó a Kent dándole la mano y después hizo

lo mismo con Clara. Caminaron hasta un avión de tamaño pequeño. Tanto Victoria como el hombre subieron los peldaños que conducían al interior. Clara se detuvo.

—Esto no me gusta. Si voy a arriesgar mi vida, merezco saber por qué.

—Tienes toda la razón y te lo explicaré ahora mismo, pero sube. Enseguida lo entenderás todo —contestó Kent.

Campoamor dudó un instante. Algo en sus entrañas se rebelaba contra la idea de dejarse llevar como un cordero. Si iban a participar en algo peligroso, lo menos que podían hacer era darle la oportunidad de negarse. De pronto, la conversación mantenida con la agente Bishop careció de todo sentido. ¿Para qué le había permitido relajarse pensando que aquello se había acabado? ¿Que podía volver a casa con Antoinette? ¿Habría decidido aquella mujer tomar otra vez las riendas de su vida, como cuando la hizo regresar a Argentina? La indignación comenzó a redoblar en su pecho. Si Bishop estaba dentro de la aeronave, iba a decirle todo lo que debería haberle dicho años atrás.

Sin embargo, en el interior no la esperaba nadie que conociera. Había dos hombres y dos mujeres, todos ataviados de la misma forma.

—Bienvenida, señorita Campoamor —dijo una de las jóvenes—. Venga aquí y póngase cómoda.

La perplejidad había dejado abierta la boca de Clara, que la cerró cuando vio a Victoria sonreír por fin.

—Quería darte una sorpresa y esta era la única forma de hacerlo.

—Pero ¿dónde vamos?

—A volar.

—Eso ya lo... —Se detuvo a mitad de frase. Solo entonces se dio cuenta de que en un rincón del aparato había varias mochilas verdes

con arneses de color crema—. ¿No querrás decir que vamos a saltar?

—Así es... Leí tu ensayo La mujer quiere alas. Lo encontramos en una de las muchas revistas que consultamos Louise y yo cuando buscábamos la mejor manera de sacar adelante nuestra publicación. Ahí descubrí tu anhelo de volar y ayer, cuando regresaste del Empire State hablando maravillas de las vistas y de cómo te habías sentido, lo supe: si quería hacerte un regalo que no olvidaras tenía que ser este.

La expresión de Clara seguía siendo de extrañeza y Victoria temió que aquello no fuera a salir como se había imaginado. Sin embargo, en cuestión de segundos, se produjo un cambio extraordinario. Los ojos de Campoamor se habían iluminado con el brillo de la emoción.

—¿De verdad me has preparado esta sorpresa?

—Sí, pero no lo he hecho sola. Me habría resultado imposible sin Louise. En cuanto se lo comenté, contactó con el aeropuerto para que lo prepararan todo. El avión es de su propiedad y estas personas trabajan para ella. Se ocupan de vuelos de recreo y saltos en paracaídas.

—Pero todo esto es... —Clara no se molestó en acabar la frase. Le dio a Victoria un abrazo que la tomó por sorpresa y desató su risa.

—Entonces, ¿vamos allá? —preguntó la malagueña.

—Por supuesto que sí.

Les explicaron el funcionamiento del dispositivo y en qué iba a consistir el vuelo, aunque ellas no tendrían que ocuparse de nada, aparte de saber cómo moverse y la manera en la que habrían de actuar en el momento de aterrizar. Las dos jóvenes que formaban parte del grupo se pusieron el pesado equipo, unos paracaídas que, según les detallaron, podían soportar el peso de dos personas. Después, Victoria y Clara se situaron delante de cada una de ellas y

los hombres les pusieron los arneses. Subirían hasta una altura de unos 4.200 metros y procederían a saltar. El proceso era, en teoría, sencillo de entender, si bien Clara notó que estaba temblando. Miró a su lado y le pareció que la expresión de Victoria denotaba el mismo estado de nervios. Entonces, para su sorpresa, esta le confesó que para ella también iba a ser la primera vez.

—Me he negado a hacerlo en todas las ocasiones que Louise me lo ha propuesto. No tenía el menor interés en lanzarme al vacío sin otro motivo que desafiar a la suerte.

—Pero entonces, ¿por qué ahora sí?

—Porque no lo haré sola, sino contigo, diputada Campoamor. Y es una experiencia que no pienso perderme por nada del mundo. Así que dime que no te lo estás pensando mejor.

—¿Bromeas? Aunque he de confesar que estoy muerta de miedo, tengo la intención de disfrutarlo... Amiga mía, ya casi somos unas ancianas y me temo que esta es nuestra última oportunidad de hacer algo así. Solo espero que estos cachivaches se abran llegado el momento.

—¿Preparadas? —les preguntaron tras comunicarles que habían alcanzado la altura requerida.

Clara y Victoria se miraron.

—¡Adelante! —gritaron a la vez.

Cuando la puerta situada en el lateral del fuselaje se abrió, las dos abogadas sintieron que estaban a punto de ser engullidas por algo parecido a un huracán. Sin embargo, las jóvenes que ambas llevaban pegadas a su cuerpo avanzaron sin ningún temor hacia aquella luz pavorosa. Y antes de que pudieran darse cuenta, ya se precipitaban al vacío.

La primera sensación no resultó agradable. Clara pensó que su corazón reventaría debido a la presión. Gracias a la mujer que la

sujetaba contra sí, su posición era estable, pero aun así le costaba mantenerse quieta. Poco después, por fin notó que podía tomar cierto control de sus miembros y detener sus enloquecidos pensamientos. Las gafas le permitían ver con relativa precisión lo que la rodeaba.

«De modo que así se ve el mundo cuando te conviertes en pájaro y dejas que la ingravidez transite por tus venas para elevarte por encima de la muerte», pensó.

Se sentía ligera y poderosa, pero sobre todo libre. Y esa libertad quedaría para siempre ligada a la belleza de aquellos instantes de dicha que Victoria acababa de regalarle. Miró a su alrededor y descubrió que esta y su guardaespaldas —pues, en verdad, las jóvenes eran algo así para ellas en tales circunstancias— se encontraban bastante cerca. Sus ojos coincidieron con los de Kent, quien caía a tanta velocidad como ella. Y ambas sintieron que el destino, que las había unido tantos años atrás con su lazo, seguía guiando sus pasos para que nunca llegaran a separarse del todo. Los recuerdos revolotearon junto a ellas durante los fugaces momentos en los que se convirtieron en pájaros. La sonrisa que compartieron las antiguas adversarias, las diputadas del Partido Radical Socialista y del Partido Republicano Radical, la Clara y la Yema, la colaboradora del MI6 y la del BCRA... quedaría grabada en sus retinas para siempre, incluso cuando la ceguera y la enfermedad intentaran interponerse entre ellas.

El aterrizaje resultó bastante suave, considerando que los paracaídas se habían abierto a menos de cuatrocientos metros del suelo. Victoria Kent y Clara Campoamor habían pasado setenta y cuatro segundos mecidas por el viento en un limbo de tiempo, sustentadas por las alas de la memoria, que las habían transportado

al pasado y traído de vuelta a un presente en el que volverían a distanciarse.

Hasta que ese caprichoso destino decidiera reunirlas de nuevo.

Anne Bishop alzó la vista del libro al concluir la lectura del capítulo final. Lo cerró y recibió los aplausos del público que se había congregado en aquella librería de la calle Charing Cross para asistir a la presentación de la edición en inglés. La sala estaba abarrotada, hasta el punto de que varias personas habían tenido que quedarse de pie, entre las estanterías y en el espacio cercano a la caja.

Antoinette Quinche permaneció en su sitio, charlando con conocidos y amigos, tanto suyos como de Clara Campoamor. Compañeros del mundo del periodismo de Anne y muchas de sus amistades también habían acudido al evento. La joven solo echó de menos a Victoria, que no había podido viajar por encontrarse indispuesta, si bien le había prometido que haría lo posible por conseguirle una presentación en Nueva York.

El libro había despertado la curiosidad de los medios, gracias en gran parte a Margaret Connolly, quien había apoyado la edición por varios motivos. Entre ellos, porque serviría de antesala a un proyecto sobre los campos de concentración que mantendría a Bishop ocupada y en el candelero durante bastante tiempo.

Un tanto aturdida por ser el centro de atención, Anne saludó a quienes se acercaban para hablar con ella y llevarse su ejemplar dedicado. Cuando levantó la mirada, se fijó en una anciana que hacía cola, apoyada en un joven que debía de ser su nieto. Algo en el rostro de la mujer la transportó hasta un momento vivido unos meses antes.

Acababa de llegar a la casa de Lausana con el borrador recién salido de la máquina de escribir. El olor a flores frescas fue lo primero que percibió al entrar guiada por Sylvie. Antoinette había decidido adaptar el salón como dormitorio para evitar las escaleras. En cuanto vio a Anne, se levantó con su brío habitual y el libro que estaba leyendo en la mano. La besó y le dio un abrazo. Tumbada en el lecho, con un chal sobre los hombros y las hebras de pelo plateado recogidas con horquillas, Clara parecía estar dormida. Su cuerpo había menguado en las pocas semanas que hacía que no la veía. Su palidez, apenas delimitada por un camisón blanco, producía un efecto de irrealidad que la conmovió profundamente. Se preguntó si habría llegado a tiempo. Si Clara estaría lo bastante lúcida aún para recibir el manuscrito que deseaba mostrarle con toda su alma. Miró a Antoinette, cuyo rostro delataba el cansancio y el dolor tras tantos meses de convivencia con la enfermedad y con el miedo a perder a Clara. Al leer la preocupación en su gesto, la suiza la tomó de la mano y ambas se acercaron a la cama.

—Clara, Anne ha venido a vernos.

Sus ojos se abrieron y una chispa ardió en ellos.

—Mi querida amiga...

—Hola, Clara. Ya lo he terminado... tu libro.

La emoción hizo temblar los labios de la española mientras la joven le besaba las mejillas.

—¿Me ayudas a incorporarme un poco? —le pidió a Antoinette, quien recolocó los almohadones para que estuviera más cómoda.

—¿Me hiciste caso? ¿Añadiste los textos de tu madre?

—Sí, está todo lo que revisamos Antoinette, Victoria y yo.

—Me parece estupendo... Al principio, creía que lo importante eran mis vivencias, todo lo sucedido durante mi periplo personal. Pero estaba equivocada. Necesitaba completarlo con la historia de

Victoria y con las de otras mujeres que fueron importantes en nuestra vida. Mujeres mucho más valientes que yo.

—Tú eres muy valiente —intervino Antoinette, emocionada.

—Y tú también, querida mía. Todo lo que he hecho, lo que soy, no habría sido posible sin ti. Y por eso también formas parte de la trama que tan bien ha hilado Anne. Lo esencial de esta narración no era yo, sino todas nosotras.

—«Vosotras, las perdedoras, las exiliadas y las vilipendiadas —leyó Anne en la cita que había escrito para el exergo, en la primera hoja —, las luchadoras incansables, seréis la luz que iluminará a otros cuando pierdan la esperanza y crean que no hay nada más allá de la oscuridad que los rodea».

—Precioso —afirmó Campoamor con los ojos acuosos.

—Solo falta el título, Clara. ¿Has pensado en alguno? —preguntó la periodista.

—*Con las raíces cortadas...* Me encanta el título —dijo una voz que trajo a Anne de vuelta a la realidad de la librería.

Miró hacia arriba y se puso en pie nerviosa. Durante los siguientes segundos James y ella dudaron sobre cómo saludarse. Tanto que lo que sucedió a continuación fue un intento torpe por parte de ambos de hacer algo que se parecía a un par de besos y que terminó con un abrazo del que se separaron bastante rápido. Al concluir la escena, se contemplaron entre avergonzados y sonrientes.

—¿Estabas en la presentación? No te he visto.

—Pero yo a ti sí. ¿Ves ese hueco junto a los libros de autoayuda? —James señaló con el dedo hacia una de las estanterías que separaban el amplio espacio del resto de la librería.

Anne no fue capaz de localizar los carteles de la sección a la que se refería. Entonces comprendió la broma.

—Ya sabes —añadió él— que me hace falta mucha ayuda para dejar de ser tan idiota.

Ella negó con la cabeza sin poder evitar reírse.

—Pues me alegro mucho de que hayas venido. Luego, si quieres, te recomiendo un par de libros sobre ese tema...

Se sostuvieron la mirada.

—Me parece genial. Pero ahora el que me interesa es este... Me ha encantado la presentación y estoy deseando leerlo. Intuyo que esta historia va a tocar muchas conciencias. De hecho, recomendaré en mi universidad que abran una línea de investigación sobre Clara y Victoria, y también sobre otras mujeres silenciadas por la historia. Seguro que aquí tenemos un buen número de ellas y ya ha llegado el momento de hacerles justicia, como has hecho tú. —Hizo una pausa y su expresión se tornó seria—. No sabes cuánto me alegro de que lo hayas conseguido. Te mereces que sea un éxito... Qué digo, lo será.

Anne notó que las lágrimas surgían desde algún lugar al que no tenía acceso para cerrarles el paso por completo. Bajó la cabeza y se centró en la dedicatoria. Cuando acabó, ya más serena, pero con los ojos aún brillantes, le devolvió el ejemplar.

Se contemplaron durante unos instantes más. Después, el profesor comprendió que había llegado la hora de irse. Alzó una mano en señal de despedida y se alejó.

—James. —Su voz consiguió que se detuviera y se girara—. Llámame... pronto, ¿vale?

Él asintió con una sonrisa y se marchó.

39

EL ÚLTIMO VIAJE

Lausana, mayo de 1972

En el paseo marítimo había bastantes personas. La mujer que estaba sentada en el banco tenía los ojos cerrados. Un color rojizo ocupaba el espacio intangible que cubría sus párpados por efecto del sol. Inhaló y sintió cómo el frío avanzaba a través de su nariz y bajaba por su garganta, llenándole el pecho de un aroma conocido.

El objeto que sujetaba entre las manos era redondeado y algo rugoso. Terracota. El tacto la transportó a algún momento del pasado que no lograba rescatar de las cavernas de la memoria, pero que reverberaba con la música que desprenden los recuerdos amados. Entonces lo supo. Clara le había regalado una lámpara de ese mismo material en uno de sus viajes juntas, cuando regresó de Argentina. Estaban en Francia, en un pueblecito precioso... ¿Cómo se llamaba? Antoinette abrió los ojos.

Pont Neuf. Una imagen se engarzó con otra y con otras más.

El puente.

El río.

Los paseos por el mercadillo para comprar pan, queso y algo de pescado que luego comerían en el pequeño apartamento que habían alquilado a unos amigos de la abogada Quinche. Con las instantáneas de aquel viaje regresaron también las risas de ambas, retomadas con avidez tras la separación de diecisiete años. Aquellos fueron buenos tiempos, a pesar de la inevitable sensación de haberse perdido tantas cosas que podrían haber hecho juntas.

La vida acababa de volver a separarlas. Porque no había sido la muerte. La enfermedad, el dolor, la desesperación y el tiempo que se agota pertenecen a la vida. En la muerte no hay nada sino ausencia.

Acarició la vasija despacio, sintiendo su calidez, que contrastaba con el helado viento. Se le ocurrió de pronto que, si la frotaba, tal vez cada pequeña partícula de Clara contenida en su interior despertaría de su letargo —que no muerte, porque de algún modo ella seguía allí, presente, entre sus manos— y comenzaría a moverse. Muy despacio al principio, como el brote minúsculo de una planta que nace en el lecho de la tierra. Y si sus dedos aumentaran el ritmo, esas moléculas empezarían a girar, formando un pequeño torbellino en la vasija. Hasta que llegara un instante en el que la tapa se abriría y, de improviso, un personaje surgiría de dentro para materializarse. Como si fuese el genio de la lámpara. Solo que no sería un hombre, sino una mujer, la mejor de todas, la más querida. Una genia que le concedería a aquella pobre mortal que la contemplaba con una sonrisa infinita su mayor deseo.

Una promesa.

La de que volverían a verse.

En algún momento.

En algún lugar.

Antoinette vio alejarse el coche sin poder contener el llanto. En él viajaban Pilar Lois, ahijada de Clara, y su marido. Llevaban consigo la urna de terracota. El anhelo más íntimo de Campoamor, regresar a España, no había podido cumplirse mientras vivía. No obstante, si todo iba bien, lo conseguiría por fin, aunque de una forma muy distinta a como lo habían imaginado ella y Antoinette. Ambas habían hablado muchas veces de lo primero que harían en cuanto se hallasen en San Sebastián. Las esperaba el ansiado reencuentro con la playa de la Concha. Y los paseos junto al mar, agarradas del brazo, dejándose besar por la brisa y por el olor de las algas. Clara la llevaría por los senderos del monte Urgull y después recorrerían las callejuelas de la ciudad, donde, si uno aguzaba el oído, casi podía escuchar todavía los ecos de aquel abril de 1931.

Nada de eso sucedió. El vehículo atravesó la frontera de noche sin las dos ancianas en los asientos de atrás. Los esposos se turnaron para conducir, de manera que no tuvieran que detenerse apenas. La situación no era tan peligrosa como cuando Campoamor abandonó España en 1936 y tras sus breves estancias clandestinas. Sin embargo, si las autoridades franquistas hubieran sabido que aquella mujer, que representaba todo lo que ellos odiaban e intentaban destruir, había regresado, aunque fuese transformada en cenizas, habrían tratado de dispersarlas al viento para que se la llevara el olvido.

No lo consiguieron.

La fortuna sonrió a la madrileña en su último viaje, que la llevó hasta el cementerio de Polloe, situado a apenas dos kilómetros de San Sebastián. Aunque los muros protegían a quienes reposaban en aquel camposanto, la brisa del mar lograba saltar por encima de ellos y se filtraba entre los árboles y los caminos que flanqueaban las tumbas. Y cuando llegaba hasta el panteón de la familia Monsó Riu,

removía, juguetona, las flores depositadas allí y susurraba un nombre.

Clara.

San Sebastián, 1978

La anciana atravesó el arco, coronado por una cruz, dos ánforas y una inscripción que rezaba: «Pronto se dirá de vosotros lo que suele ahora decirse de nosotros. ¡Murieron!».

Caminaba a paso lento, aunque decidido. Sabía a dónde se dirigía. Recorrió las calles delimitadas por cipreses centenarios de aquella necrópolis en la que convivían la muerte y la belleza. Mausoleos de múltiples estilos arquitectónicos, capillas, cruces, nichos, ángeles dolientes y símbolos de la mitología vasca se extendían por doquier a lo largo del terreno, distribuido en diferentes niveles. Lo único que interrumpía el intenso silencio eran los graznidos de las gaviotas, mensajeras del cercano mar, que atrajeron la atención de Victoria. Su mirada regresó al suelo. Debía ir con cuidado. La edad no perdonaba y lo último que le faltaba era una mala caída. ¿Qué diría Louise, que se había opuesto a que realizara un viaje tan largo sola, si tuviese un estúpido accidente?

Cuando encontró el panteón, donde destacaba la decoración de una cruz con un sudario, se acercó. Una súbita congoja trepó por su pecho al leer el nombre de su amiga al pie de la enorme lápida donde figuraban los difuntos de la familia Monsó.

—Aquí estamos, una vez más, mi querida Clara, aunque en esta ocasión no creo que discutamos —dijo de pronto en voz alta. No había nadie alrededor, de modo que prosiguió con calma—: Eso sí

será una novedad, aunque te diré que echo de menos nuestras conversaciones.

»No quería marcharme de España sin pasar a verte, a hablar contigo una última vez. Necesitaba decirte que el libro fue todo un éxito. Lleva ya un montón de ediciones y ha sido traducido a varias lenguas... Anne se ha convertido en una escritora de éxito. Dejó su trabajo en el periódico y ahora se dedica solo a eso..., ah, y a cuidar de su preciosa niña. ¿Adivinas cómo se llama? Eso es... Cecily. Habrá cumplido seis años, si no me equivoco. Anne volvió con James, ¿te acuerdas de él? Y, por lo que sé, son muy felices.

»También estuve con Antoinette. Se conserva bien, sigue siendo muy activa. Conocí a su hermana Gertrude. Al parecer, las dos se hacen bastante compañía, así que no te preocupes por ella.

»En cuanto a mí, ya me ves... No soy más que una vieja. Pero aún tengo mucho que decir, como te imaginarás. Y ese es el motivo por el que este viaje será el último que haga a España. Ya casi nadie se acuerda de mí... sí, me han hecho varios homenajes y entrevistas, muchas personalidades han posado en fotos conmigo, pero, en realidad, no les interesa lo que yo piense, ni tampoco la República y quienes nos exiliamos. Se ve que ya no toca. Hay que seguir adelante y dejar paso a las nuevas generaciones, dicen... En fin, he venido para presentar mi libro, *Cuatro años de mi vida*, que es como lo han llamado ahora. Y me vuelvo a Nueva York. A casa... Nunca pensé que diría eso, cuando mi hogar siempre estuvo aquí.

»Pero no te preocupes por mí, aunque me oigas quejarme. No estoy triste ni hundida. Al contrario, tengo tantos recuerdos valiosos atesorados en mi mente que nunca me faltarán motivos para sonreír. Y en muchos estás tú, diputada Campoamor. Así que me marcho contenta. Nosotras ya aportamos nuestro granito de arena para convertir este brutal mundo en un lugar un poquito mejor. O tal vez

no... Lo que importa es no conformarse, intentarlo una y otra vez. Y aspirar a más, como hicimos tú, yo y muchos otros de los que nadie se acuerda ya.

»Pese a todo, esta aventura ha merecido la pena, ¿no crees?

Se inclinó y depositó sobre la lápida una rosa envuelta en una cinta con los colores de la bandera republicana.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, querida amiga, ya sea en la luz o en la oscuridad. O quizá en ese espejo donde nos vimos de verdad por primera vez. Allí, donde habita tu reflejo.

Nuestro reflejo.

NOTA DE LA AUTORA

Donde habita tu reflejo es una obra de ficción con ciertos elementos reales que vertebran gran parte de la trama. Cuando surgió la idea de escribirla, recurrí a las fuentes históricas con las que contaba, tales como los dos libros escritos por Clara Campoamor, *La revolución española vista por una republicana* y *Mi pecado mortal: el voto femenino y yo*, y algunos de sus ensayos, recogidos por Beatriz Ledesma. También lo hice con la obra de Victoria Kent, *Cuatro años en París*. Además, leí todo lo que pude encontrar sobre la vida de ambas, entre lo que destacaría los valiosos textos de Carmen de la Guardia. Gracias al *Diario de Sesiones* del Congreso de los Diputados, tuve acceso a las palabras textuales de las dos políticas durante el famoso debate que las enfrentó en octubre de 1931. El objetivo de este proceso de documentación era averiguar todo lo que pudiese sobre cómo fueron en realidad para tratar de imaginar cómo hablarían, cómo se habrían comportado tanto en la esfera pública como en privado. No resultó tarea fácil, puesto que en el caso de Campoamor no existen —que yo haya podido encontrar— testimonios gráficos, excepto fotografías y un vídeo en el que aparece durante unos pocos segundos. En cuanto a Kent, sí que hay alguna entrevista, como por ejemplo la de Joaquín Soler Serrano en el programa *A fondo* en 1979. Por tanto, para bien y para mal, el retrato personal que he plasmado aquí ha surgido en gran parte de mi imaginación y, como tal, es una representación subjetiva que no tiene por qué corresponderse con cómo fueron en verdad las dos

diputadas. No obstante, la idea nunca fue escribir su biografía, sino, partiendo de hechos reales conocidos tanto de su vida familiar como profesional, crear una realidad alternativa, una ficción que, de algún modo, les hiciera justicia y les permitiera reencontrarse. Por supuesto, no tengo conocimiento de que ellas siguieran en contacto o aclararan sus posturas, de modo que supongo que cualquier hipótesis es válida en el terreno novelístico.

Una vez elegido el marco histórico, llegó el momento de crear la trama inventada sobre las actividades que podrían haber realizado durante su exilio, si bien todavía es posible detectar algunos hechos reales cuya presencia dota de verosimilitud esa línea argumental. La parte ficticia de esta novela surge, casi siempre, a partir de acontecimientos que tanto Campoamor como Kent vivieron en realidad y como respuesta a las vicisitudes que tuvieron que afrontar. Así, me he tomado la libertad de crearles a ambas una vida paralela, casi una ucronía, en la que les he ofrecido la posibilidad de hacer algo totalmente inesperado y fantástico. Con ello, he cumplido mi deseo: que estas dos formidables mujeres, olvidadas por muchos, alejadas de su patria y de sus seres queridos a causa del levantamiento franquista, privadas de sus bienes y de su derecho a seguir ejerciendo la abogacía en España, tuvieran una segunda oportunidad de defender sus ideales y luchar por ellos a través de otro tipo de actividades. Y todo esto, aun perteneciendo al reino de la invención, sucede con el telón de fondo de acontecimientos históricos reales, como el alzamiento franquista contra el Gobierno de la República, la Segunda Guerra Mundial y la lucha contra el nazismo tanto en Europa como en Latinoamérica.

Los personajes de la vida real que nombro o que comparten alguna escena con las protagonistas eran, en algunos casos, miembros de su familia. Tal es el caso de María Siano, madre de

Victoria Kent; Manuel Campoamor y Pilar Rodríguez, Ignacio y Consuelo, padres, hermano y sobrina de Clara, respectivamente. En cuanto a otros personajes reales a los que cito con nombre y apellidos, se encuentra Adèle de Blonay, amiga de Victoria Kent y apoyo constante durante su estancia en París. También menciono a políticos españoles como Indalecio Prieto, Niceto Alcalá-Zamora, Luis Jiménez de Asúa o Federico Fernández de Castillejo, que solo figuran de manera circunstancial porque era plausible ubicarlos en ciertas escenas, como puntales que aportan verosimilitud al argumento ficticio de la novela. Asimismo, aparecen personajes históricos conocidos como Charles de Gaulle o Winston Churchill porque forman parte de ese marco histórico real en el que transcurren algunos periodos de la vida de las dos protagonistas. Los militares implicados en el alzamiento franquista son nombrados junto con los hechos reales en los que estuvieron implicados, al igual que Adolf Hitler y el doctor Karl Gebhardt en los capítulos centrados en la Segunda Guerra Mundial. En el caso de Paulina Luisi, la menciono en dos ocasiones por la importancia que su amistad tuvo para Clara Campoamor, ya que fue quien la inspiró para retomar sus estudios, lo cual la condujo hacia un futuro muy distinto del que parecía aguardarla. La segunda mención pretende solo enfatizar el estado anímico que acompañó a Campoamor al iniciar la segunda etapa de su exilio en Buenos Aires, cuando, en realidad, su primera opción había sido Uruguay, cerca de Luisi. Sin embargo, la ruptura de su amistad a causa de las opiniones vertidas por Clara en sus libros frustró ese plan. También menciono a Elisa Soriano Fischer y su encuentro con Campoamor en Madrid, que, por lo que he podido encontrar en algunos textos, sí que se produjo en realidad durante uno de sus intentos de regresar a España. En cuanto a Pilar Lois, ahijada de la diputada madrileña, aparece insertada en la trama

como elemento esencial que permite dar un cierre tanto a la vida real como a la inventada de Campoamor. Con respecto a Antoinette Quinche, nombro a su madre, Florence Sedgwick, y a una de sus hermanas, Gertrude.

Al escribir esta novela he intentado ser fiel a la mayor parte de esos hechos reales a los que ya he aludido, si bien en alguna ocasión me he tomado libertades. Por ejemplo, para novelar la relación que unía a Clara Campoamor y Antoinette Quinche, cuya naturaleza verdadera desconozco, me he permitido elaborar una hipótesis verosímil de tipo romántico o un compañerismo afectuoso que resultara casi tan fuerte como una relación de pareja. Como digo, no poseo los datos para afirmar que fuese esa clase de vínculo el que uniera a las dos mujeres, pese a que tampoco es descartable, dada su afinidad y su convivencia de tantos años, así como el hecho de que no se les conociera —que yo sepa— ninguna relación de pareja con otras personas. Un ejemplo más sería el periodo que Victoria Kent pasó en la capital francesa, esos cuatro años que ella misma describió a su manera en su obra *Cuatro años en París*. Lo que sabemos se reduce a que durante los primeros tiempos de estancia allí se dedicó, en calidad de secretaria de la Embajada de España y delegada nacional de la Infancia Evacuada, a ayudar a los huidos que llegaban desde la Península. También es de dominio público que, después, ella misma hubo de escapar y esconderse, primero en la Embajada de México y más tarde en algún punto del Bois de Boulogne. A partir de esta información, me he permitido novelar esos años para adaptarlos a la faceta ficticia de la vida de Kent que quería desarrollar en esta novela. Otro ejemplo sería el capítulo dedicado al periodo en el que Victoria estuvo en el frente de Guadarrama, que he recreado a mi manera, intentando transmitir la atmósfera y las condiciones en las que tales acontecimientos

debieron de tener lugar. Por último, también he ofrecido mi versión personal de cómo pudo ser la relación entre Victoria Kent y Clara Campoamor a partir de su enfrentamiento en el Congreso de los Diputados, sin poseer ningún elemento de juicio que me permitiese elucubrar algo distinto, puesto que se desconoce, por lo que yo sé, si volvieron a verse y, de ser así, cómo habrían discurrido esos encuentros. Así pues, el modo en que interaccionan en esta obra es enteramente fruto de mi imaginación, al igual que buena parte de los hechos relatados. Todo esto me lleva a afirmar, una vez más, que *Donde habita tu reflejo* es una novela, no un libro de historia. Los lectores y las lectoras que deseen profundizar en los acontecimientos reales mencionados aquí encontrarán mucha literatura de corte histórico que les abrirá las puertas a lo que sucedió en realidad.

Con respecto a los hechos verídicos que, como he dicho, vertebran la trama de ficción, se encontrarían, por ejemplo, la infancia y juventud de Campoamor; la relación con sus padres; el ambiente de camaradería y ajetreada actividad cultural y política en espacios como el Lyceum Club o el Ateneo de Madrid; el mítico debate del 1 de octubre de 1931, en el que Campoamor y Kent tuvieron su encontronazo a cuenta del derecho al voto para las mujeres; la huida de Clara con su madre y su sobrina (aunque no lo sucedido a bordo del barco, escena totalmente inventada por mí); su establecimiento en Lausana durante algo más de un año y su estancia en Argentina entre 1955 y 1972; el fin de la guerra civil española; los movimientos del ejército nazi, que desembocaron en la Segunda Guerra Mundial y, en particular, la invasión de Francia, en cuyo relato, a través de Victoria Kent, he recurrido a las palabras textuales del general De Gaulle en su discurso al pueblo francés desde su exilio en Londres; la descripción del campo de concentración de Ravensbrück, así como de las atrocidades llevadas

a cabo en el mismo; las menciones a las actividades de los nazis en Latinoamérica y sus redes de colaboración en otros países; el traslado de Victoria Kent a Nueva York, donde se instaló a partir de 1950; los acuerdos de Madrid en 1953; los juicios de Núremberg; la enfermedad de Campoamor, si bien ignoro el tipo de cáncer que acabó con su vida, y, entre otras referencias, la escena de Antoinette Quinche y su madre en Londres que, al parecer, sí que tuvo lugar. Además, *Con las raíces cortadas*, el título del libro de Anne Bishop, era el de unas memorias que Campoamor tenía la intención de publicar, si bien nunca llegó a hacerlo.

Para relatar esta historia, he contado con cuatro narradores: uno, el omnisciente, cuya voz sería, por decirlo de alguna forma, la mía; otro, la voz de Clara Campoamor, que nos pone al corriente de todos los hechos, tanto reales como ficticios, que conforman su vida; un tercero, a través del cual Victoria Kent nos relata sus imaginarios escritos autobiográficos; y el último, expresado por una periodista inventada por mí, Anne Bishop.

Espero que esta novela, aparte de proporcionar entretenimiento, sirva para impedir que personas tan valiosas como Clara Campoamor y Victoria Kent, y muchas otras cuyos nombres desconocemos y que lucharon con igual denuedo por la libertad, caigan en el olvido. Gracias a ellos, mujeres y hombres, nosotros, los afortunados del mundo, hemos podido gozar de una existencia libre de contiendas tan terribles como la Segunda Guerra Mundial, si bien como la historia no cesa de repetirnos, no podemos relajarnos en la defensa de la paz, porque los peligros continúan al acecho.

BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL CONSULTADA

«1 de octubre de 1931: la sesión en la que las mujeres dan el gran paso hacia la plena ciudadanía política», en *Fuera de agenda — Blog del Congreso de los Diputados,* 2021. <blog.congreso.es/1-de-octubre-de-1931-la-sesion-en-la-que-las-mujeres-dan-el-gran-paso-hacia-la-plena-ciudadania-politica>.

BLANCO, Leticia, «Victoria Kent, Gabriela Mistral y Victoria Ocampo: pioneras del feminismo... y de lo 'queer'», en *El Mundo, La esfera de papel*, 2019. <https://www.elmundo.es/cultura/laesferadepapel/2019/11/13/5dc55b8d21efa0b07a8b459b.html>.

CAMPOAMOR, Clara, *La revolución española vista por una republicana,* edición y traducción de Luis Español Bouché, Sevilla, Espuela de Plata, 2013.

CAMPOAMOR, Clara, *Mi pecado mortal: el voto femenino y yo,* Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer, 2001.

DE LA GUARDIA, Carmen, *Victoria Kent y Louise Crane en Nueva York: un exilio compartido,* Madrid, Sílex, 2016.

DE LA NUEZ, Paloma, «Victoria Kent Siano», en Real Academia de la Historia, *Historia Hispánica* [en línea], s. f. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/24638-victoria-kentsiano>.

DELGADO, Miguel, «Victoria Kent y Louise Crane, el amor que desafió al franquismo», en *El Español* [en línea], 2016. <elespanol.com/cultura/historia/20160701/136736897_0.html>.

Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes de la República Española de 1931, tomo III, «Intervenciones de Clara Campoamor y Victoria Kent del 1 de octubre de 1931», Madrid, Censores de Rivadeneyra, 1351-1352, 1933.

EIDGENÖSSISCHE KOMMISSION FÜR FRAUENFRAGEN, «Antoinette Quinche 1896-1979», en *CH2021 — Portrait*, 2020. <https://ch2021.ch/fr/antoinette-quinche-1896-1979>.

FRAGA, María Belén, «Tras la alambrada: el campo de concentración de Ravensbrück», trabajo de fin de grado, Universidade de Santiago de Compostela, 2024.

GONZÁLEZ, Alba, «Clara Campoamor. La lucha por los derechos de la Mujer», en *National Geographic Historia-Grandes Mujeres,* 2019.

Juicios de Núremberg, en *Wikipedia*, 2026. <https://es.wikipedia.org/wiki/Juicios_de_Núremberg>.

KENT, Victoria, *Cuatro años en París, 1940-1944,* Madrid, Gadir, 2007.

«La infancia de Clara Campoamor» en *Eco Republicano*, 2019. <ecorepublicano.es/2019/02/la-infancia-de-claracampoamor.html>.

LARREA, Agustina, «La impactante celebración nazi en el Luna Park: cuando miles de argentinos usaron esvásticas y vivaron a Hitler», en *Infobae*, 2020. <infobae.com/sociedad/2020/03/04/la-impactante-celebracion-nazi-en-el-luna-park-cuando-miles-de-argentinos-usaron-esvasticas-y-vivaron-a-hitler>.

«La ruta del dinero nazi en la Argentina: revelaron la identidad de miles de seguidores de Hitler que giraron dinero a Suiza», en *Infobae*, 2020. <infobae.com/sociedad/2020/03/03/la-ruta-del-dinero-nazi-en-la-argentina-revelaron-la-identidad-de-12-mil-seguidores-de-hitler-que-giraron-dinero-a-suiza>.

LEDESMA, Beatriz, *Clara Campoamor:La mujer quiere alas y otros ensayos,* Sevilla, Renacimiento, 2019.

RUIZ, Francisco Javier, «Política de defensa y terrorismo: la guerra secreta por el control de Europa en el siglo XX», en *Tlatemoani: revista académica de investigación*, 15: 41-92, 2014.

SAMBLANCAT, Neus, «Clara Campoamor Rodríguez» en Real Academia de la Historia, *Historia Hispánica* [en línea], s. f. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/8249-clara-campoamor-rodriguez>.

— «Clara Campoamor: cartas desde el exilio», en Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: New York, 16-21 de julio de 2001*,* vol. 3:521-35, 2004.

SCARZANELLA, Eugenia, «Amistad y diferencias políticas: Clara Campoamor, Paulina Luisi y la Guerra Civil española», en E. Scarzanella y M. R. Schpun (eds.), *Sin fronteras. Encuentros de mujeres y hombres entre América y Europa*, *SIGLOS XIX-XX*, vol. 123: 203-222, Iberoamericana/Vervuert, 2008.

SUÁREZ, Antonio, «Antoinette Quinche, figura clave del sufragismo helvético», en *Swiss Info* [en línea], 2019. <swissinfo.ch/spa/politica/antoinette-quinche-figura-clave-del-sufragismo-helvético/44946360>.

VALE, Juan, «De cómo Clara Campoamor tuvo que huir escondida en un barco nazi desde Alicante», en *El consistorio digital — El Atril de Juan Vale*, 2024. <elconsistorio.es/de-como-clara-campoamor-tuvo-que-huir-en-un-barco-nazi-desde-alicante>.

VILCHES, Jorge, «Campoamor, la feminista despreciada (I)», en *The Objective — La historia canalla*, 2024. <theobjective.com/cultura/2024-08-16/campoamor-feminista-despreciada>.

— «Clara Campoamor, la humanista a la que la izquierda despreció», en *La Ilustración liberal: revista española y americana*, 66, 2016. <https://www.clublibertaddigital.com/ilustracion-liberal/66/clara-campoamor-la-humanista-a-la-que-desprecio-la-izquierda-jorge-vilches.html>.

VIÑALS, Carole, «Una red suiza en la ruta de Clara Campoamor hacia Buenos Aires: su amistad con Antoinette Quinche», en *Anales de Literatura Hispanoamericana,* 51: 43-54, 2022.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría podido convertirse en una realidad de no ser por la suerte inmensa que he tenido de ir encontrándome con gente maravillosa a lo largo de estos años. En primer lugar, me gustaría agradecerle su confianza y su paciencia a Rosa Pérez Alcalde, mi editora en Espasa; después, a mi agente, Susana Alfonso, sin cuya perseverancia y profesionalidad no habríamos conseguido que esta historia viera la luz. Y también soy una persona afortunada por contar con muchas otras personas de mi entorno, como mi familia y amigos más cercanos, que me han apoyado desde el principio de mi carrera literaria, durante las subidas y bajadas de este camino que llevo ya unos años recorriendo. Entre ellas, no puedo dejar de mencionar a Gisela Abad, sin cuyo cariño, apoyo y buen ojo no habríamos conseguido que el texto llegara hasta vuestras manos en las mejores condiciones posibles. Si en él halláis algún error u omisión graves, tanto de contenido como de precisión, será totalmente achacable a mí.

Espero que os guste este relato nacido de mi admiración por quienes luchan cada día para hacer del mundo un lugar menos oscuro.

NOTAS

3. El debate

1. Palabras textuales de Victoria Kent tal como aparecen recogidas en el *Diario de Sesiones*.

5. La carbonera

1. Confederación Española de Derechas Autónomas.

9. Música

1. Apelativo cariñoso para «madre» en alemán.
2. Bureau Central de Renseignements et d'Action.

18. El horror

1. Permiso de visita – Monumento conmemorativo de Ravensbrück, 14 de julio de 1971.

25. La casa

1. Special Operations Executive.
2. First Aid Nursing Yeomanry.

30. UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

1. Cita de una carta real escrita por Campoamor en otro momento de su vida.

Donde habita tu reflejo
Ana G. Herráez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: © José Luis Paniagua a partir de imagen de © Mark Owen / Trevillion Images

© Ana García Herráez, 2026
Autora representada por Susana Alfonso Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-670-8299-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Cita
1. Tinieblas
2. Una visita inesperada
3. El debate
4. Cecily Bishop
5. La carbonera
6. La travesía
7. Despedidas
8. Un cambio de planes
9. Música
10. Victoria
11. Árboles
12. El fin de la esperanza
13. Una misión que cumplir
14. Un favor
15. Una pequeña espina
16. Justicia
17. La huida
18. El horror
19. Un disparo en la noche
20. En busca del peligro
21. Rostros del pasado
22. El comienzo del fin
23. El nudo
24. Llamadas
25. La casa
26. Noche de paz
27. La desconocida
28. Culpa
29. Finales y comienzos
30. Una luz en la oscuridad

31. Sombras, voces, abrigo
32. Un fuego desconocido
33. Libertad y belleza
34. Reencuentro
35. Cecily o el azar
36. El peso de la nostalgia
37. El cielo de Manhattan
38. Las alas de la memoria
39. El último viaje
Nota de la autora
Bibliografía principal consultada
Agradecimientos
Notas
Créditos